

TERRITORIOS TALISMÁN

Los guardianes invisibles
de ciudades, lugares y objetos

ÍNDICE

A mis queridos compañeros del programa de radio *La Escóbula de la Brújula* con los que cada semana surco territorios mágicos, algunos de ellos prohibidos, porque cada uno conoce una parte de la realidad que a todos nos sobrecoge y emociona.

A mis queridos Javier Sierra y Nacho Ares, viajeros de mundos físicos y literarios donde saben mezclar la historia y la belleza.

A mi editor, Félix Gil, cuyos consejos acertados y su apoyo le convierten en todo un amigo.

A mi querida Begoña porque siempre es la luz que me guía.

INTRODUZCÁMONOS EN EL TEMA

El aburrimiento se cura con curiosidad.
La curiosidad no se cura con nada.

DOROTHY PARKER

En la esencia del ser humano están la sed de aventuras, el germen de conocer cosas nuevas, de adentrarse en lugares desconocidos, de hacer descubrimientos prodigiosos o de viajar a lugares lejanos para vivir intensamente, no una sino muchas vidas a la vez.

Creemos estar preparados, al menos mentalmente, para sortear peligros, vencer enemigos, aprender nuevas habilidades y todo ello, claro está, siempre que uno vuelva sano y salvo a su hogar. Es el sueño de Ulises. Ese viaje del héroe nos lo han relatado con pelos, señales y lunares muchas leyendas de la tradición universal e incluso antropólogos de la talla de Joseph Campbell, que resume en doce etapas ese viaje iniciático, mítico y épico en su obra *El héroe de las mil caras*.

A poco que viaje uno, pronto averigua que hay enclaves con alma, lugares bendecidos por la suerte y otros maldecidos por el infortunio. Lugares de luz y de vida y otros sobre los que planean sombras y muerte, como pasaba en el Antiguo Egipto, donde el río Nilo (personificado por el dios Hapi) marcaba la columna vertebral de su reino, dividiendo en dos su territorio: la orilla este, donde nace el sol, para los vivos; y la orilla oeste destinada a los difuntos. El río —no lo olvidemos—, es una metáfora del discurrir de la vida. Hay lugares marcados claramente por ese estigma de muerte y no me refiero a los cementerios y catacumbas. Benarés, sin ir más lejos, es el destino final de muchos peregrinos y moribundos que van en pos de su última morada. Ser cremado allí supone que su alma volará libre y directa hasta reunirse con Brahma.

Existen necrópolis impresionantes donde hay más impulso vital, sabiduría e ilusiones que dentro de las grandes ciudades abarrotadas de personas tristes y grises, enmarañadas con sus rutinas y sus prisas.

Queremos vivir en lugares que nos aporten tranquilidad y felicidad. A nosotros y a nuestras familias. Y aquí entramos en la esencia de este libro, que se resume en una sola frase: «El ansia de protección». La necesidad de vivir a salvo de enemigos naturales —y también sobrenaturales— visibles e invisibles, normales y paranormales. No se ha escrito mucho sobre ello porque no deja de ser un tema desconocido, casi tabú, precisamente por ese deseo de preservar el secreto de aquellos que lo poseen.

La mayoría de los lugares supuestamente protegidos (geológica y

atmosféricamente) buscan otro tipo de protección más intangible y, a veces, más efectiva: la protección espiritual de sus dioses. Muchos están situados en espacios agrestes como cuevas, barrancos, en lo alto de colinas y montañas, en profundos valles, en las orillas de los ríos o cerca del mar. El asentamiento de las ciudades, en sus orígenes, respondía a eso mismo. Lo que no se ha hecho es ponerse en contacto con el *genius loci* de ese sitio, con el guardián del umbral, partiendo de la base de que ciertas entidades espirituales están vinculadas íntimamente a un determinado enclave geográfico. Invocarlos es como tocar el timbre para que se manifiesten.

Todo ello forma una «geografía sagrada» compuesta por varios núcleos mágicos tradicionales en los que se han ido sucediendo, a través de los tiempos, numerosos cultos, ritos, leyendas, prodigios, milagros y fenómenos que escapan a la explicación racional, así como misterios celosamente guardados por piedras y objetos que aún no han consentido en revelar el secreto que ocultan.

Muchas culturas de tradición creen ser la auténtica humanidad, los elegidos por los dioses y se consideran a sí mismas el centro del mundo, cosmovisión limitada a sus conocimientos culturales y geográficos. Por ejemplo, los inuits, es un término que designa a los distintos pueblos que habitan las regiones árticas de América. «Inuit» significa «la gente», porque ellos se creen los primeros hombres. Y también los bosquimanos. En el fondo, el ser humano ha ostentando un antropocentrismo que se delata en muchas leyendas. Donde viven creen que es donde todo surge. La mitología nos dice que Delfos, la pirámide de Keops, Cuzco, Jerusalén, La Meca, Roma, Ceilán o incluso la isla de Pascua son «ombligos del mundo», enclaves donde todo se inició y donde todo acabará.

El ser considerado un centro u ombligo no les confiere necesariamente un escudo protector. Muchas ciudades dicen poseer una cierta defensa contra calamidades diversas (sean invasiones, tifones, epidemias o terremotos) y no solo por los mecanismos militares, médicos o tecnológicos que se hayan puesto en marcha. Me refiero a otra clase de protección. Sus habitantes depositan (más bien, depositaban) su entera confianza en conjuros, en orientaciones astronómicas, en amuletos y en entidades religiosas (paganas, cristianas, hinduistas o judías, da igual), seguros de que algo espiritual defiende sus territorios desde hace mucho tiempo.

Por ejemplo, es normal ver imágenes o altares de la Virgen del Carmen, patrona del mar y de los marineros, en la entrada de los puertos o en los muelles para que queden protegidos de una manera simbólica por ella. Aún hoy en día persiste la tradición de persignarse

ante su estatua y que los capitanes de barco hagan sonar la bocina de sus embarcaciones en señal de respeto. En el fondo, y nunca mejor dicho, es el culto a la Reina de los Mares representada en la Estela Maris, la Virgen del Carmen o la Yemanjá de la mitología yoruba, todas ellas figuras arquetípicas femeninas que representan la virtual salvación durante temporales, tempestades o huracanes en pleno océano…

La explicación a este hecho nunca será de carácter científico. Para entender estas costumbres debemos saber que la gente ha tenido y sigue teniendo un «pensamiento mágico» y por su fe, devoción, creencia o, sencillamente, por ancestral y piadosa tradición, tienen el convencimiento de que sus dioses o ciertos seres del panteón religioso protegen de enfermedades o de la muerte a los habitantes de una determinada población.

En este libro contaré varios episodios al respecto y añado una nota importante que deberán recordar a lo largo de sus páginas: no voy a entrar en la veracidad o credibilidad de las leyendas, tradiciones, crónicas, rituales, supersticiones, relatos o creencias populares que vayan apareciendo. Sencillamente, han sido transmitidas de esta manera, vengan de donde vengan y sean de la época que sean. El pueblo llano lo ha sentido y creído así y con eso nos debería bastar. Sé perfectamente que muchas de esas historias tienen un origen dudoso, que están exageradas o que han sufrido una posible adulteración con el paso del tiempo. Pero también sé que cuando un pueblo lo cree, está creando el escenario para que eso sea posible.

En Ciudad Madero y en Tampico, ambas en el Golfo de México, sus habitantes están convencidos de que los extraterrestres llevan décadas protegiéndolos de los huracanes porque se detienen de forma abrupta y, misteriosamente, cambian de rumbo. Afirman que hay una base submarina a unos cuarenta kilómetros de la costa y que han visto sus naves en forma de esferas. Lo dicen abiertamente, sin tapujos. Añaden que los extraterrestres les recomendaron la colocación de varillas de metal en Playa Miramar para conseguir esos efectos conjuratorios o de barrera que frenarían los huracanes. Así lo afirma el libro *De ovnis, fantasmas y otros sucesos extraordinarios* (2014), de Eduardo Anguiano Ortiz, quien durante tres años recogió más de cien testimonios, incluido el de que había que sembrar cada cien metros varillas de un metro de largo de aluminio, hierro y cobre.

Da igual que creamos en la existencia de naves alienígenas y en esas varillas, el hecho cierto es que los habitantes de esas dos ciudades saben que desde hace medio siglo no tienen incidentes meteorológicos

graves.

Decía Víctor Hugo que produce una inmensa tristeza pensar que la naturaleza habla mientras el género humano no la escucha. Hay culturas, pueblos y seres humanos que saben escuchar los latidos de esa naturaleza salvaje, hermosa y emocionante. Han llenado su espacio vital de leyendas para que las generaciones posteriores no olviden que no todos los lugares son iguales, al igual que pasa con las personas. Unos son beneficiosos y otros perjudiciales. Unos destilan encanto y otros producen encantamiento.

Los que vieron por vez primera Peña Tú en Asturias se sintieron impelidos a convertirlo en un tótem sagrado y los aborígenes que vieron Uluru en Australia tuvieron la necesidad de pintar en sus cuevas las escenas de sus mitos. Y casi siempre los dioses, los gigantes y ciertas entidades espirituales, hacen acto de presencia.

Desligar lo profano de lo sagrado sería un error que han cometido muchos investigadores. La experiencia religiosa está profundamente imbricada en muchos de esos enclaves y no la podemos dejar de lado, como tampoco lo que caracteriza a las sociedades tradicionales que, según Mircea Eliade, es la oposición que establecen entre su territorio habitado y el espacio desconocido que las circunda: el primero es el mundo (con mayor precisión: «nuestro mundo»); el resto ya no es un cosmos ordenado, sino una especie de «otro mundo», un espacio extraño, caótico, poblado de larvas, demonios, fantasmas y dioses a los que hay que evitar o congraciar.

Pues eso, que cada uno piense lo que quiera a medida que vaya leyendo los distintos capítulos de este libro. Al final, «los ojos solo ven lo que la mente está preparada para comprender» (Henry Bergson *dixit*). Preparemos nuestra mente para la sorpresa. Eso sí, recuerden que las creencias son muy poderosas, que las leyendas populares afianzan los valores y los símbolos de un pueblo, que existen nombres secretos de ciudades que nunca se pueden revelar, que ciertos talismanes y estatuas tenían una clara finalidad apotropaica y que los efectos de esa eventual protección (sea del tipo que sea) se dejan sentir incluso hoy en día…

PRIMERA PARTE

EL PODER DE LA MAGIA Y DEL SÍMBOLO

El universo no es sino un vasto símbolo de Dios.

THOMAS CARLYLE

1. ¿CÓMO SE CONSAGRA UN LUGAR?

La mayoría de las grandes urbes actuales nos resultan contaminadas, deshumanizadas, estresantes y bulliciosas, carentes de calor y espiritualidad… Pero no siempre fue así. En la Antigüedad, pueblos de todo el planeta establecieron sus asentamientos siguiendo una serie de rituales mágico-religiosos que convertían a las nuevas urbes en auténticas ciudades sagradas.

Mayas, aztecas, incas, egipcios, sumerios, chinos, hindúes, etruscos, griegos y romanos desarrollaron costumbres similares a la hora de sacralizar un lugar, transformando una simple porción de tierra en un espacio conectado con lo divino. Desde la elección del lugar, pasando por el trazado del plano, hasta la construcción de las murallas, templos y viviendas; todo ello se realizaba según un ritual preciso. No se trataba de un mero trámite supersticioso, sino de un procedimiento imprescindible para agradar a sus dioses, orientar ciertas estructuras y garantizar la protección y prosperidad de la nueva colonia.

Esta vinculación con lo sagrado se producía desde los primeros momentos de la creación de una nueva ciudad. Según Mircea Eliade: «Si ha de perdurar, si ha de ser real, el nuevo hogar ha de ser proyectado como el ritual de construcción en el centro del universo».

Dos ejemplos célebres son Delfos y Tenochtitlán. En el primer caso, Zeus hizo que dos águilas comenzaran a volar desde dos puntos opuestos del universo hasta que se cruzaran, y ese punto determinó el «centro del mundo», que resultó ser Delfos. En las excavaciones arqueológicas se descubrió una piedra con forma de huevo decorado y cortado por la base —al que llamaron *omphalos*— que se conserva en el museo del santuario y que demostraría esa creencia y esa leyenda. El geógrafo griego Pausanias escribió sobre dicho ónfalo y dijo que era el símbolo del centro cósmico donde se crea la comunicación entre el mundo de los hombres, el mundo de los muertos y el de los dioses.

El otro ejemplo es cuando los mexicas llegaron al lago de Texcoco y vieron el águila parada sobre el nopal devorando una serpiente. En ese mismo lugar fundaron su ciudad de Tenochtitlán, porque esa era la señal que tenían que encontrar según les pronosticó su dios Huitzilopochtli y así aparece representado en la propia bandera mexicana. Lo celeste toma forma en lo terrestre. De ahí que ciertas culturas intentaran imitar la disposición de algunas constelaciones en un determinado territorio. Del cielo al suelo. Como un espejo.

Muchos místicos y viajeros sensibles han sido conscientes de que la Tierra tiene un *anima mundi* y que incluso cada región, ciudad y

lugar importante tiene también su «alma», representada en muchos elementos sentimentales y etnológicos: sus historias, fiestas, creencias, leyendas, ritos mágicos y hasta su forma de entender la vida y la muerte. Conocerlas, más bien reconocerlas, es un deber sagrado. El concepto de alma es muy humano y se suele ubicar en un contexto religioso, aunque en ocasiones se ha extendido a los animales, a las plantas y a algunos territorios como sinónimo de tener consciencia de su propia identidad.

Cuando hablamos de ciudades, muchas se remontan a milenios y otras tienen unos pocos siglos o años (como Brasilia). Algunas van más allá de su simple estructura urbana amurallada y organizativa y son consideradas espacios sagrados desde tiempos pretéritos. Babilonia, Jerusalén, Roma, La Meca, Estambul o Santiago de Compostela son epicentros de peregrinación o *axis mundi* y no dejan indiferente a nadie, para bien o para mal, se sea creyente o no. Otras, las desprovistas de ese aura o ese «alma», son auténticos infiernos donde vivir resulta una odisea, como Norilsk, la ciudad más grande de Siberia y una de las más contaminadas del mundo. Un buen ejemplo de lo que no se debe hacer.

En Babilonia se erigió la torre de Babel. Eso dicen la Biblia y la arqueología. Se levantó hace más de tres mil años para que sirviera de escalera al cielo, reconstruida en un par de ocasiones. Y dijeron: «Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la Tierra» (Génesis 11:4). Frase muy enigmática. Conocida como *Etemenanki* (la «Casa que sostiene los cimientos del Cielo y de la Tierra», o bien la «Mansión de lo alto entre el Cielo y la Tierra» (según quien lo traduzca del sumerio), la torre fue dedicada al dios Marduk. En realidad, era un zigurat en espiral situado en el centro de la ciudad de Babilonia (Babel) y su importancia como escalera nos la proporciona la tablilla de Esagila, en la que se describe cómo era la base del zigurat situado en el recinto del templo, diciendo que tenía los tres niveles cósmicos: el nivel superior está vinculado a las divinidades, el intermedio es el terrenal y el inferior está asociado al inframundo. La colocación de un altar con el fuego sagrado perenne en su cúspide «marcaba» y consagraba ese lugar de una manera definitiva. En ese sentido, el acto de la consagración también puede definirse como el acto de hacerse sagrado, sea un objeto o un lugar.

Por otra parte, el acto de fundación de una ciudad de la Antigüedad suponía una repetición del mito más importante, el de la creación del mundo. «Lo que es arriba, así es abajo», dice el *Kybalión*. El plano de las ciudades podía considerarse un auténtico mandala y a

menudo estaba orientado en función de los puntos cardinales e inspirado en alguna constelación. El procedimiento para obtenerlo era siempre el mismo: una vez elegido el lugar idóneo, se clavaba una estaca en el centro del emplazamiento que se convertiría más tarde en eje vertical de la ciudad. Alrededor de este punto se trazaba un círculo de grandes dimensiones. Cuando salía el sol, la estaca proyectaba una sombra que «cortaba» la circunferencia, y lo mismo ocurría a la puesta del sol. De esta forma se obtenía el eje este-oeste del edificio o de la calle principal. Con ello, no solo se podía orientar la ciudad, sino que se creaba inmediatamente un vínculo entre ella y el cosmos, pues se había utilizado el sol para orientar y generar el plano y su correspondiente disposición.

En el Imperio romano ese trabajo lo realizaban los augures, que además tenían su propio colegio sacerdotal. Haciéndolo coincidir con un punto elegido del cielo, el augur determinaba un lugar físico que sería el centro del poblado, donde originalmente se sepultaban tres símbolos:

1. Los restos de un ave que fuera identificada como portadora de los buenos augurios, en representación del Cielo.
2. Un poco de tierra traída de alguna ciudad hermana o la de procedencia de los fundadores, representando la Tierra.
3. Los restos del héroe fundador de la nueva ciudad, en representación de la humanidad.

Sobre la losa o piedra del *mundus*, se construía un ara o altar con fuego, llamado *focus*, punto central y neurálgico de la energía de la nueva ciudad. En el acto de encendido del *focus*, el fundador daba a la ciudad tres nombres: uno público, otro sagrado y otro secreto. Este nombre secreto se compara con un «¡ábrete sésamo!» para la ciudad, cuya seguridad podía vulnerarse y quedar indefensa si caía en conocimiento de enemigos.

Con el tiempo, españoles y portugueses practicaron este protocolo y algo similar hicieron en la fundación de ciudades americanas. En el punto central de cada plaza de armas se erigía el llamado rollo o árbol de la justicia, poste de piedra que se empleaba también como picota y como *gnomon*, útil en el trazado urbanístico que se proyectaba alrededor de este eje.

La consagración de una ciudad a un dios o una de las múltiples manifestaciones de la divinidad en general o de la gran diosa en particular fue una práctica habitual. En tiempos de los antiguos griegos consagraron su capital, Atenas, a la diosa Atenea, que compitió con Poseidón por ser la deidad protectora de una ciudad que aún no tenía nombre. Poseidón golpeó el suelo con su tridente e hizo que brotara una fuente de agua salada. Por su parte, Atenea plantó un olivo. En ese pique intervinieron los atenienses (o, mejor dicho, su rey Cécrope) y escogieron el olivo, no solo porque había sido plantado en primer lugar, sino porque era más práctico y útil que una fuente de agua salobre. Con ello Atenea consiguió el patronazgo de Atenas y de la Acrópolis, cuyo prestigio hizo que fuese también la diosa protectora de otras ciudades como Esparta, Argos, Gortina, Lindos y Larisa.

Una variante de este relato nos la aporta Varrón (citado por san Agustín) y dice que los propios atenienses eligieron por votación a uno de los dos dioses en liza para que diera nombre a su ciudad recién estrenada. Todas las mujeres votaron por Atenea y todos los hombres por Poseidón. Ganó Atenea por un solo voto y Poseidón, con su mal perder, cogió un cabreo monumental hasta el punto de inundar la región. Y menos mal que Zeus le obligó a parar a tiempo antes de que las desgracias fueran mayores. Para calmar la cólera de Poseidón, dicen que desde entonces las mujeres dejaron de tener derecho al voto y los hijos no podrían tener nombres derivados de la madre. Caprichos divinos.

En el interior de Atenas, Atenea velaba por los negocios públicos, el comercio, la industria y las artes. En toda la región de Ática protegía el cultivo del olivo, principal riqueza del país. Y para que la creencia se afianzara era necesario ver su imagen. Los marineros, al entrar en el puerto del Pireo, podían descubrir su estatua de 15 metros, hecha por Fidias, dominando la Acrópolis, a la que saludaban con vítores como personificación ideal de su sabia e industriosa ciudad. En Alejandría y Rodas (y su coloso que representaba al dios Helios) ocurría algo similar con sus respectivos faros, que eran algo más que simples faros, además de dos de las siete maravillas del mundo antiguo.

En afamadas novelas como *El señor de los anillos,* de J.R.R. Tolkien, o *Canción de hielo y fuego,* de George R. R. Martin se describen estatuas gigantescas, por lo general a pares, flanqueando un puerto, barranco o bahía en ademán de saludo o de amenaza. Ahora ya saben el porqué.

2. CAÍDOS DEL CIELO

«Las piedras no pueden caer del cielo, porque en el cielo no hay piedras». Esta contundente y temeraria frase, atribuida al naturista francés George Cuvier (otros se la adjudican a Antoine Lavoiser) resume la postura de la Academia de Ciencias Francesa que todavía a principios del siglo XIX catalogaba a los meteoritos como mera fantasía y negaba su existencia. Y se quedaron tan anchos, a pesar de que seguían cayendo pedruscos a lo largo del planeta. Menos mal que no habían leído historias mitológicas en las que abundan los testimonios de rocas caídas del cielo que luego se convirtieron en el epicentro de potentes lugares de culto dedicados, por lo general a divinidades femeninas.

Muy probablemente, muchas de las antiguas creencias religiosas hayan tenido su origen en la caída de meteoritos. Que se lo digan a los habitantes de Éfeso, cuya estatua de Artemisa fue construida con una gran piedra de esas características y por eso era una *diopetes*, es decir, «caída del cielo». Pablo de Tarso lo tuvo difícil al ir allí para predicar que erradicaran ese ancestral culto y eligieran el de Cristo.

Durante el reinado de Numa Pompilio, segundo rey de Roma, que gobernó entre los años 715 y 671 a. C. cayó del cielo un escudo o rodela de bronce que los romanos tomaron por un «regalo de los dioses». El obsequio cósmico interesó a tal punto al rey que, por temor a que alguien quisiera apoderarse de él, ordenó forjar once copias iguales del escudo, llamado *ancila*, y además instituyó un colegio de doce sacerdotes, los salios, para custodiarlos. Declaró sagrado el sitio donde había caído el objeto, y para conmemorar la fecha, los salios recorrían todos los años las calles de Roma llevando en procesión los sagrados escudos, saltando, bailando y cantando himnos alusivos: son los llamados *Carmina Saliaria*.

La versión original nos la cuenta Plutarco en sus *Vidas paralelas*, en el libro dedicado a la vida de Numa, capítulo XIII:

> Los sacerdotes salios dícese que se crearon con este motivo: en el año octavo del reinado de Numa una enfermedad pestilente que corrió la Italia, afligió también a Roma. Estando ya todos desalentados, cuéntase que una rodela de bronce arrojada del cielo vino a caer en las manos de Numa; acerca de la cual refirió este una maravillosa declaración, que había recibido de Egeria y de las Musas: que aquella arma venía en salvación de la ciudad, y debía tenerse en gran custodia, haciéndose otras once en la figura, en la magnitud y en la forma del todo parecidas a ella, de manera que un ladrón no tuviera medio, a causa de la semejanza, de acertar con la venida del cielo; y que además aquel terreno debía consagrarse a las Musas con los prados inmediatos, adonde por lo común concurrían a conferenciar con él: y la fuente que regaba el mismo terreno había

> de designarse como agua sagrada para las vírgenes vestales, a fin de que yendo a tomarla todos los días, con ella lavaran y asearan el templo; de todo lo que dicen da testimonio el haber cesado al punto la peste. Presentó, pues, la rodela, y dando orden de que trabajaran los artistas en las que habían de hacerse semejantes, todos los demás desistieron; solo Veturio Mamurio, que era operario sobresaliente, se acercó tanto a la semejanza, y las sacó todas tan parecidas, que ni el mismo Numa sabía distinguirlas.[1]

Numa fue un reformador que restauró el culto al misterioso dios Jano edificando un templo en su honor y modificó el calendario. Su reinado fue uno de los más pacíficos de la historia de Roma, paz que los romanos tuvieron que implantar a base de invasiones militares a partir de su nefasto sucesor. Es como si el efecto terapéutico y divino de la rodela de bronce hubiera desaparecido tras la muerte de Numa, al igual que desaparecieron los doce escudos con el transcurso del tiempo.

Roma, a falta de rodelas, tenía otros talismanes protectores propios, apropiados o agenciados de otros pueblos dominados por el Imperio.

Valerio Manfredi en una de sus novelas, *El talismán de Troya*, se adentra en el misterio del *Palladium* (Paladión o Paladio), tótem legendario de la ciudad de Troya y de los aqueos que más tarde, gracias a la intervención de Eneas, sería llevado y conservado en Roma para salvaguardar esta ciudad de incendios, terremotos, plagas e invasiones. El *Palladium* era una escultura de la diosa guerrera Palas Atenea (de ahí su nombre) realizada con una piedra meteórica, diferente a la de Éfeso. Esa Palas se convierte en Minerva en la mitología romana. Su presencia era muy similar al Arca de la Alianza para los hebreos: tener ese objeto mágico daba poder, seguridad, confianza, tranquilidad, pero… perderlo podía originar todo lo contrario. Decían que había caído del cielo (como el *dorje* de los tibetanos) en respuesta a la oración de Ilo, el fundador mítico de Troya. El oráculo había anunciado que la ciudad no sería conquistada mientras la estatua estuviese allí, sin profanar. Ulises y Diomedes se apoderaron de ella y sabemos que poco después la ciudad cayó en manos enemigas.

El *Palladium* terminó en Roma y, al final, se perdió su rastro, como pasó con la piedra de Pesinunte. En plena Segunda Guerra Púnica, los romanos consultaron los Libros Sibilinos para obtener alguna solución oracular que les proporcionara una victoria definitiva. Y consultaron también al oráculo de Delfos, cuya pitonisa les propuso que se enviase una embajada a Pesinunte (Pessino), en Asia Menor, para obtener la famosa Piedra Negra de origen meteórico. Se ignora qué precio pagaron por el fetiche; el caso es que lo consiguieron. Los

romanos identificaron la Piedra con la propia diosa Cibeles que, en su representación más arcaica, era el soporte de la epifanía de Cibeles. En la época de Augusto se acuñaron monedas de bronce que representaban dicha piedra negra sobre un altar y un bucráneo de ciervo encima.



La piedra negra de Pesinunte (Frigia).
Reverso de una moneda de la época de Augusto.

Por encima de todas las leyendas y portentos con los que se envolvió su llegada, lo cierto fue que en la ciudad del Tíber, la diosa Cibeles fue venerada como la Magna Mater, encarnación de todas las virtudes que debían adornar a la matrona romana y su culto permaneció vivo hasta el siglo IV, compitiendo incluso en popularidad, en dicha fecha, con el mitraísmo y el cristianismo. Para presidir el templo que se levantó en su honor en el Palatino, se le dedicó una estatua labrada en plata.

Los romanos no se conformaron tan solo con esas piedras negras sagradas caídas del cielo. Querían más y cada monarca anhelaba la suya propia, como la rodela de Numa. Es entonces cuando Avito, que luego adoptó el nombre de Marco Aurelio Antonino Augusto (y, más tarde, Heliogábalo, por el que es conocido), uno de los más excéntricos y tarados emperadores de toda la historia de Roma, consigue el suyo. Sabía que el templo de Emesa (Siria, en la actualidad, Homs), donde había nacido y de donde eran todos sus

ascendientes, contenía una piedra sagrada elevada a la categoría de dios solar. Él se creía un dios y mandó traer *El-Gabal*, así se llamaba la piedra, palabra compuesta por «El», principal divinidad del panteón cananeo, y «Gabal», montaña. Tenía forma cónica y en su honor se levantó el Elagabalium, dentro del Palatino, y nuestro adolescente malcriado, Avito, decretó su culto sí o sí y adoptó el nombre del dios, llamándose a sí mismo «Elagabal». Ya se imaginarán de dónde proviene el nombre de Heliogábalo, por el que fue conocido años después de su muerte (en el 222).

Nos aclara el historiador Indro Montanelli, en su estupenda y divertida *Historia de Roma*:

> De vez en cuando, al recordar su pasado sacerdotal, tenía crisis místicas. Un día se circuncidó, otro intentó castrarse y aun otro se hizo enviar de Emesa el famoso meteorito de su bisabuelo materno, hizo construir encima un templo y propuso a hebreos y cristianos reconocer sus religiones como oficiales, si unos aceptaban sustituir a Jehová y otros a Jesús por aquel pedrusco suyo.[2]

Lo de venerar rocas extrañas no es cosa del pasado. Se sigue produciendo a día de hoy en ciertas culturas de tradición y, de cuando en cuando, aparecen noticias periodísticas a este respecto, en las que se comprueba que no todo el mundo tiene la misma sensibilidad en cuanto a su apreciación y distinción como piedras raras o piedras sagradas.

El meteorito *Willamette*, el mayor de Estados Unidos con sus 15,5 toneladas, fue llevado al Museo de Historia Natural de Nueva York, pero en el año 2000 la Confederación de Tribus Grand Ronde de Oregón reclamó su repatriación al considerarlo un objeto de gran valor moral, espiritual y cultural. No les hicieron caso.

Una piedra de jaspe semipreciosa fue extraída del Parque Nacional Canaima por el artista alemán Wolfang von Schwarzenfeld en 1998. Era el «abuelo» pemón. Los indígenas pemón, ubicados en el estado de Bolívar, al sureste de Venezuela, consideran que los desastres naturales y el desequilibrio de la naturaleza que han sufrido desde entonces se deben a la sustracción de este monumento natural de 30 toneladas, llamada también «piedra Kueka», que salió de manera bastante irregular de la comunidad de Santa Cruz de Mapaurí y fue trasladada a los jardines del parque Tiergarten de Berlín para adornarlo. Ni Schwarzenfeld ni el Gobierno alemán tienen mucho interés en devolverla a día de hoy.

En resumen, desde la más remota Antigüedad los meteoritos han sido objeto de extrañeza y veneración como piedras caídas del cielo (diopetes) y, por lo tanto, *cratofanías*, manifestaciones de poder de la diosa madre. También se las llamó «piedras de rayo» y como los *betilos* (*beth-el*), término semita que significa «morada del dios», recibieron

culto en numerosos templos o santuarios. Hemos citado la «piedra negra de Pesinunte», tenida por la diosa frigia Cibeles, o el sagrado *betilo* que, recubierto de oro, era la encarnación de la Artemisa efesia. En la actualidad, un culto similar pervive en la Kaaba de La Meca, adornado con otras leyendas, cultos y ritos.

Una sugerente teoría que comparto es que el carácter sacro de las «divinas piedras negras» propició el hecho de que las primeras efigies que se hicieron de las vírgenes cristianas en época medieval tuvieran el rostro y las manos negras o de color moreno, como muestra de su sagrada antigüedad. Dicha tez también se aplicó al Niño que aparecía en sus rodillas. Se ha dicho que podría ser por la cristianización de las diferentes imágenes paganas de la diosa Isis con su hijo Horus en brazos que estaban hechas con material oscuro. Bien pudiera ser en algunos casos, en otros tenemos que remitirnos a los meteoritos, en su calidad de *betilos* y de manifestaciones de la Diosa Madre. A partir del siglo XII florecieron en Europa, gracias al impulso de benedictinos y templarios, las llamadas «vírgenes negras» que fueron, y aún son, objeto de la máxima veneración en iglesias, monasterios y santuarios.

Por ejemplo, en 1191 los caballeros templarios tomaron Chipre y en Pafos descubrieron la existencia del culto dedicado a una piedra negra, supuesta encarnación de la Astarté fenicia, asimilada, posteriormente, a la Afrodita Cipria, como sucedió en otros muchos lugares y promontorios del Mediterráneo. En dicho lugar levantaron un templo en honor de la Virgen María, a la que representaron con la cara negra, tal vez porque en su rostro incrustaron parte del meteorito, como se hizo en su día con la estatua de plata de la diosa Cibeles. Yo las llamo «Metamorfosis sagradas».

3. LA HISTORIA DE LA CIERVA BLANCA

Tan importante es saber elegir el lugar donde vivir, como saber protegerlo física y espiritualmente. Nuestros antepasados lo tenían claro. Todo valía. Y para interpretar la voluntad de los dioses, estaban las sibilas, los chamanes o los sacerdotes. O las señales del cielo. En la Antigüedad los poblados se protegían contra enemigos visibles e invisibles a costa de amuletos y talismanes de todo tipo colocados en altares y también —¿por qué no?— en los cimientos de puentes, en tumbas o edificios principales.

Ya hemos visto la importancia de las piedras meteoríticas. Abundaban y hasta se fraccionaban para que sus efectos se multiplicaran. Una tradición gnóstica cuenta que Hermes Trismegisto depositó «protecciones mágicas» en un gran número de ciudades contra tormentas, desbordamiento de ríos, plaga de serpientes, escorpiones, incendios y demás calamidades. No se dice cuáles serían esas protecciones, aunque nos podemos imaginar el material. Algunas todavía deben de seguir ahí, escondidas. Con el tiempo, los griegos colocaron junto a las piedras acumuladas en las encrucijadas unos pilares de base cuadriforme sobre los que se colocaba un busto del dios Hermes —que, entre sus muchas funciones, era el guardián de los caminos—, altares que eran considerados portales entre los tres mundos: el de los dioses, el de los hombres y el inframundo. Con el cristianismo, el culto a Hermes y a Mercurio se sustituyó por la construcción de cruceiros.

Con similar finalidad, se hicieron los *Palladium* en Troya, Roma, Bizancio o Antioquía. O se los robaban unos a otros. Ya digo que todo valía. Y no todos eran objetos sólidos; los había en movimiento, vivos y coleando. Siguiendo esa línea supersticiosa en la que tanto romanos como bárbaros confiaban su suerte a augurios, señales y amuletos, les formulo una pregunta que tal vez les quite el sueño: ¿se pueden ganar batallas con la sugestión y la superstición?

Y aquí les traigo la sorprendente historia de la cierva blanca que cuentan, como hecho histórico y verídico, tanto Plutarco como Salustio. Y también Tito Livio (que lo narró en las denominadas guerras sertorianas) y el político romano Frontino, quien afirma que Sertorio se presentaba ante sus soldados lusitanos con una cierva de piel blanca, a la que estos atribuían el don de la profecía, prometiéndoles mayores triunfos si permanecían fieles a su autoridad.

En términos generales (por lo del general romano Quinto Sertorio), se cuenta que recibió, por parte de un lusitano llamado Spanós, un regalo muy extraño y muy especial a la vez. Se trataba de

una cervatilla blanca recién nacida, la cual creció dócil siguiéndole a todas partes, sin atemorizarse de las ruidosas actividades desplegadas por los soldados en Hispania, donde fue destinado en el siglo I a.C. La cierva, cuyo carácter extraordinario venía dado principalmente por su atípico color blanco, pasó así a ser considerada como un *numen*, *daimón*, espíritu familiar o signo de la inspiración divina. Entre las tropas lusitanas se extendió la idea de que Diana dispensaba mediante la cierva su protección a Sertorio, conduciéndole así de victoria en victoria. Creían que este animal era una especie de tótem, un símbolo ancestral de su cultura que presagiaba buenos augurios. Cuando recibía noticia de una victoria, la cierva se paseaba saltarina entre las tropas, coronada con una guirnalda, fortaleciendo así la moral común de sus efectivos militares, en los que se integraban romanos, nativos y algunos cientos de libios.

Y el romano, más listo que el hambre, no tardó en aprovecharse de la circunstancia. Divinizada por los nativos, Sertorio atribuyó su pericia en la batalla y sus poderes a los secretos que el cérvido le comunicaba. De tal guisa motivaba a sus legiones que, a la vista de los resultados, acabaron creyéndose la argucia. Y ahora llega el quid de la cuestión. Ante una importante batalla, posiblemente la celebrada en 76 a.C. en las inmediaciones del río Sucro (Júcar), no se le ocurre otra cosa a la cierva que largarse con viento fresco… El mosqueo de Sertorio y el desánimo de sus tropas se hizo sentir. Pensaron que su suerte se había terminado y empezaron a buscarla como si en ello fuera su vida. Pero la batalla no tenía demora. Así que… no les quedó más remedio que zurrarse sin la cierva. Y hete aquí que cuando los manípulos y las cohortes de ambos bandos estaban en formación de batalla, aparece la cierva blanca, tan campante. Las tropas de Pompeyo, aterrorizadas, ¡huyeron en desbandada!

Este episodio lo cuenta así Plutarco en sus *Vidas Paralelas*, tomo IV:

> Como le llamasen, pues, los lusitanos, abandonó el África, y poniéndose al frente de ellos, constituido su general con absoluto imperio, sujetó a su obediencia aquella parte de la España, uniéndosele los más voluntariamente, a causa, en la mayor parte, de su dulzura y actividad, aunque también usó de artificios para engañarlos y embaucarlos; el más señalado entre todos fue el de la cierva, que dispuso de esta manera. Uno de aquellos naturales, llamado Espano, que vivía en el campo, se encontró con una cierva recién parida que huía de los cazadores; y a esta la dejó ir; pero a la cervatilla, maravillado de su color, porque era toda blanca, la persiguió y la alcanzó. Hallábase casualmente Sertorio acampado en las inmediaciones, y como recibiese con afabilidad a los que le llevaban algún presente, bien fuese de caza, o de los frutos del campo, recompensando con largueza a los que así le hacían obsequio, se le presentó también este para regalarle la cervatilla. Admitióla, y al principio no fue

grande el placer que manifestó; pero con el tiempo, habiéndose hecho tan mansa y dócil, que acudía cuando la llamaba, y le seguía a doquiera que iba, sin espantarse del tropel y ruido militar, poco a poco la fue divinizando, digámoslo así, haciendo creer que aquella cierva había sido un presente de Diana, y esparciendo la voz de que le revelaba las cosas ocultas, por saber que los bárbaros son naturalmente muy inclinados a la superstición. Para acreditarlo más, se valía de este medio: cuando reservada y secretamente llegaba a entender que los enemigos iban a invadir su territorio, o trataban de separar de su obediencia a una ciudad, fingía que la cierva le había hablado en las horas del sueño, previniéndole que tuviera las tropas a punto. Por otra parte, si se le daba aviso de que alguno de sus generales había alcanzado una victoria, ocultaba al que lo había traído, y presentaba a la cierva coronada como anunciadora de buenas nuevas, excitándolos a mostrarse alegres y a sacrificar a los dioses, porque en breve había de llegar una fausta noticia.[3]

Un poco más adelante, cuando su talismán astado desaparece del campamento, el desánimo cunde y Plutarco describe esta circunstancia, como si fuera un truco de magia:

Andaba muy decaído de ánimo, a causa de que no aparecía por ninguna parte la cierva, y se sentía falto de este artificio para con aquellos bárbaros, entonces más que nunca necesitados de consuelo. Por casualidad, unos que discurrían por el campo con otro motivo dieron con ella, y conociéndola por el color la recogieron. Habiéndolo entendido Sertorio, les prometió una crecida suma, con tal que a nadie lo dijesen; y ocultando la cierva, pasados unos cuantos días se encaminó al sitio de las juntas públicas con un rostro muy alegre, manifestando a los caudillos de los bárbaros que de parte de Dios se le había anunciado en sueños una señalada ventura, y subiendo después al tribunal se puso a dar audiencia a los que se presentaron. Dieron a este tiempo suelta a la cierva los que estaban encargados de su custodia, y ella, que vio a Sertorio, echando a correr muy alegre hacia la tribuna, fue a poner la cabeza entre las rodillas de aquel, y con la boca le tocaba la diestra, como antes solía ejecutarlo. Correspondió Sertorio con cariño a sus halagos, y aun derramó alguna lágrima, lo que al principio causó admiración a los que se hallaban presentes, pero después acompañaron con aplauso y regocijo hasta su habitación a Sertorio, teniéndole por un hombre extraordinario y amado de los dioses, y cobrando ánimo concibieron faustas esperanzas.[4]

Así, damas y caballeros, se forja una leyenda, así nace un improvisado oráculo, así se crea un poderoso talismán sin necesidad de sacerdotes, piedras mágicas ni libros de conjuros. Un simple animal de color anómalo le bastó a Sertorio para dar ánimos e ímpetus a sus soldados y funcionó… hasta que la cierva murió. En Osca (Huesca), donde el general tenía su centro de operaciones, en el transcurso de un banquete y sin que su cierva le avisase esta vez, Sertorio cayó víctima de una conjura, organizada por uno de sus mejores comandantes, Perpenna, el mismo que le asestó una puñalada trapera y mortal. Una pena, debió de pensar.

Corría el año 73 a.C. y la suerte de Hispania fue otra.

4. EL TABÚ DEL NOMBRE SECRETO

Cuenta una vieja leyenda que los dioses envidiaban a Ra porque él era quien dominaba el mundo y toda criatura estaba sometida a su jurisdicción. Según envejecía, los demás dioses veían con ojos golosos que cada vez estaba más débil y más cerca el momento de dar un golpe de Estado y hacerse con su poder. Isis, la más lista, trazó su plan estratégico. Hizo con sus manos una serpiente con barro y le dio apariencia de bastón. Cuando Ra lo agarró con su mano, la serpiente le mordió. Fue entonces cuando Isis le convenció de que si no le decía su nombre secreto no podría acabar con el maleficio. Se lo dijo e, inmediatamente, el sufrimiento desapareció. A partir de aquel momento Ra tendría que compartir su poder con Isis.

Esta leyenda egipcia nos pone en antecedentes de que ni siquiera los dioses son tan inmortales y que gran parte de su poder reside en su verdadero nombre. Héroes, monarcas y gobernantes de todo el mundo siempre han querido imitar a los dioses. Por tal razón, hacían todo lo posible para protegerse y para tener a buen resguardo sus nombres secretos. Las ciudades tenían el suyo propio. Faltaría más. Revelarlo estaba rigurosamente prohibido (a los pocos que lo sabían) y penado no solo con una atroz muerte física, sino con la condenación eterna de su espíritu.

En el nombre secreto de una divinidad radica su fuerza, mas también su debilidad pues aquel que controle el nombre oculto es capaz de controlar su voluntad y su destino. Y el tabú del nombre de los dioses pasa al reino de los humanos. El héroe griego Aquiles estaba totalmente protegido para cualquier incidencia que le surgiera en la batalla, salvo en su talón. Siempre hay un secreto que se debe ocultar. Y ese fue su «talón de Aquiles». Por cierto, en la película *Troya* suelta una memorable frase que define muy bien a los dioses de cualquier panteón mitológico: «Te contaré un secreto, algo que no se enseña en tu templo: los dioses nos envidian porque somos mortales, porque cada instante nuestro podría ser el último, todo es más hermoso porque hay un final».

Adán fue el que se encargó de poner nombre a cada planta y animal, y en el momento que lo ponía empezaba a existir y adquiría poder sobre todo lo que le rodeaba. Se convierte en el primer zoólogo. A Lilith, la primera mujer de Adán, le tocó sufrir el exilio del Paraíso porque osó llamar a Dios por su propio nombre. En el *Alfabeto de Ben Sira* (escrito entre el siglo VIII y el XI), se narra cómo Lilith se resistió a los deseos de Adán: «¿Por qué he de yacer debajo de ti? Yo también fui hecha con polvo y, por tanto, soy tu igual», afirmó Lilith, que, al

ser forzada por Adán a obedecerle, pronunció el nombre secreto de Dios y decidió abandonar el Edén con dirección al mar Rojo.

Cuando Moisés le pregunta a Yahvé por su nombre, este le responde tangencialmente: «Soy el que soy». Más claro y más oscuro, imposible.

En el País Vasco existe una arraigada creencia de que aquello que no tiene nombre no existe (lo mismo que ocurría en la antigua Babilonia). Por lo general, los niños vikingos recibían el nombre de un familiar que hubiera fallecido recientemente para heredar algunas características nobles suyas. Y en las bodas mormonas (o «sellamientos», como ellos dicen) se le otorga un nombre tanto a la mujer como al marido que resultan secretos y que solo ellos conocen. Lo mismo ocurre en las ceremonias de iniciación de ciertos cultos y ritos. Nos dice el antropólogo J. G. Frazer que en el siglo XIX el nombre del rey de Dahomey se mantenía secreto, temiendo que su conocimiento pudiera generar malos pensamientos a algún malvado para dañarle. Los apelativos con que los diferentes reyes de Dahomey han sido conocidos por los europeos no eran sus verdaderos nombres, sino meros títulos.

En un grado superior, saber el verdadero nombre de Dios es conocer la totalidad de su Creación. Un multimillonario pagaría fortunas para conseguir ese poder. Los cabalistas creen que Dios posee 72 nombres que son las 72 combinaciones de las letras hebreas del capítulo 14 del libro del Éxodo. Y todo ello se puede resumir en dos palabras: *Shem Shemaforash*, es decir, el Nombre Impronunciable. El rey Salomón, muy sabio él, era uno de los depositarios del mismo y para evitar que algún día pudiera perderse en el olvido, creó un criptograma geométrico a partir del cual puede deducirse la Palabra Perdida. Salomón lo hizo inscribir en una plancha metálica, una especie de código encriptado o talismán de oro engastado con piedras preciosas que los autores latinos denominan Mesa de Salomón y los autores árabes el Espejo de Sulimán. Desde entonces, muchos han sido los que han intentado buscar esa mesa-espejo y descifrar ese nombre. Sin éxito, claro.

El Islam habla de los 99 nombres de Alá, que son las formas de referirse al Creador. Algunos piensan que el número 100 sería su auténtico e impronunciable nombre, ya que todos los demás son adjetivos que simplemente lo describen. Los seguidores de la Fe Baha'i, una religión sincrética que nació en Persia hace un par de siglos, piensan que el centésimo nombre sería Bahá, una palabra que significa «esplendor». Para el hinduismo, el sonido y el verbo son la sombra de la divinidad, de Brahma, el inefable, aquel que no se puede

nombrar porque no admite predicado alguno. Su sonido, el de la creación, sería la sílaba «OM» convertida en un mantra sagrado. Los *shadus*, que son los maestros e iniciados en el hinduismo, proporcionan un nombre secreto a cada uno de sus discípulos con el fin de establecer un vínculo intemporal y espiritual entre maestro y alumno.

Sabido esto, no nos debería extrañar que entre los elementos de protección para un ser humano o para una población utilizados a lo largo de la historia por diversas civilizaciones, no solo están los talismanes, paladios, reliquias, invocaciones, oraciones, tumbas de santos o lo que se nos ocurra. También están los nombres sagrados y secretos. Cuando unos padres eligen el nombre de su hijo lo hacen a conciencia, por la cuenta que les tiene. Lo mismo pasa con los nombres que se dan a los territorios. Bajo esa premisa mágica de que solo existe (y tiene alma) aquello que tiene nombre, se han esforzado en buscar aquellos que identifiquen mejor lo que se quiere designar. Aunque no siempre.

Lo de poner nombres a territorios geográficos que se iban descubriendo tiene hasta su gracia. Solían aludir al apellido del conquistador, a meros caprichos del explorador de turno o bien a la circunstancia de ser descubiertos en fechas especiales. La Florida y la isla de Pascua reciben esos nombres porque fueron encontrados un domingo de Resurrección, en la Pascua Florida. Lo de la península del Yucatán, en México, es una historia con más enjundia. En 1517 Francisco Hernández de Córdoba descubre y conquista este territorio y, cuando un soldado le preguntó a un indígena azteca cómo llamaban ellos a ese lugar, le gritó asombrado: «Tectetán, Tectetán», que significa: «No te entiendo, no te entiendo». El soldado, de cortas entendederas, anotó «Yucatán» (así lo cuenta al menos el cronista fray Toribio de Benavente). Lo mismo ocurre, al parecer, con la palabra canguro que en idioma aborigen significa: «No entiendo lo que dices».

Si los nombres imprimen carácter, algunos topónimos poéticos designan su futuro: Arabia Saudí sería «la tierra de la buena fortuna». Si hay un denominador común en los topónimos sudamericanos, ese es el agua, símbolo de vida. Si Argentina es «la tierra junto al Río de la Plata», Perú es «la tierra del río». Venezuela significa «la pequeña Venecia», dado que a los conquistadores Alonso de Ojeda y Américo Vespucio les recordaba a la ciudad de los canales italiana. Guyana es «la tierra de las muchas aguas» y Uruguay «el río del marisco». Paraguay, sin salida al mar, tampoco renuncia a la etimología acuática y encuentra el origen de su nombre en el «pueblo nacido a la orilla del río». Para los curiosos, por cierto, la etimología de Paraguay es

guaraní, y «guay» no significa lo que se están imaginando sino más bien «nacido».

Las pequeñas islas que conforman Oceanía encuentran su bautizo en el amor a sus orígenes. Llama la atención especialmente Papúa Nueva Guinea, «la tierra de los hombres de cabello rizado»; el archipiélago de Vanuatu, «nuestra tierra para siempre» y el estado independiente de Samoa, uno de los cuatro que conforman Polinesia, lo tenía claro: «El centro sagrado del universo», porque la leyenda local asegura que fue allí mismo donde el dios samoano Tagaloalagi creó todo lo que creó. Además, fue el inspirador de que todas las casas samoanas posean la forma semiesférica, es decir, del cielo extendiéndose hasta el horizonte. La isla de Pascua, en su idioma autóctono, antes era conocida como *Te pito o te henua*, que significa «el ombligo de la Tierra» y *Mata ki te rangi* («los ojos que miran al cielo»). La denominación de Rapa Nui se hizo posteriormente.

España se queda en «tierra de conejos», que no tiene tanto *glamour*. Ya lo saben, y si es en pepitoria mucho mejor, salvo que sean vegetarianos. Esos ejemplos son suficientes para darnos cuenta de que el país donde vivimos viene marcado, desde su origen, por un nombre basado en la orografía o en las leyendas y, luego, por toda clase de avatares históricos. Algunas localidades españolas han sido finas a la hora de hilar su nombre para que no deje lugar a dudas. Pongo dos ejemplos: Los Infiernos, en Murcia, ¿por el calor en verano? Y Dios le Guarde, en Salamanca, porque hace mucho tiempo se hallaba cerca de esta aldea un bosque llamado Tenebrón. Se trataba de una zona muy frondosa con lobos que acechaban a cualquiera que se atreviera a adentrarse en él. Así que conocedores del peligro, los lugareños de esta aldea bendecían al viajero intrépido que se atrevía a cruzar esta arboleda con las mismas palabras: «¡Dios le guarde!». Hoy en día el bosque tenebroso no existe, pero el nombre se ha quedado para la posteridad a modo de protección.

Ya se habrán dado cuenta de que la creencia en nombres secretos y no revelables al mundo profano proviene del ancestral «tabú del nombre», o sea, de dar a las personas o urbes apelativos públicos y, a la vez, nombres reservados solo para iniciados, transmitidos por cada generación en su lecho de muerte a la siguiente. Tal nombre era como un abracadabra. Hacer revelación del tal título exponía a la ciudad a calamidades y conjuros en su contra, abriéndola al peligro de conquistas y castigos. La tradición del nombre secreto se practicó en la península ibérica. Ciudades como Santiago de Compostela, Toledo, Córdoba, Zamora, Oviedo y Lisboa habrían tenido sus propios títulos ocultos que se han perdido en la bruma del tiempo.

El citado antropólogo irlandés Sir James George Frazer, en su ya mítica obra *La rama dorada* (1890, en dos volúmenes), dedica varias páginas a las palabras tabús y dice que los dioses debían guardar en secreto su verdadero nombre, temiendo que otros dioses —y aun los hombres— aprendieran su místico sonido y pudieran conjurarlos con ellos. Donde mejor se mantuvo la virtud mágica del nombre divino fue en el Antiguo Egipto. Ya hemos visto que Ra tenía muchos nombres, al igual que Amón, pero el gran nombre que le daba poder sobre todos los demás dioses y sobre los hombres solo era conocido por él mismo (y luego por Isis). Frazer escribe:

> La creencia en la virtud mágica de los nombres divinos fue compartida por los romanos. Cuando emprendían el asedio de una plaza, los sacerdotes romanos se dirigían a la deidad guardiana de la ciudad con oraciones o conjuros, invitándola a abandonar la ciudad sitiada y venir a los romanos, que la tratarían tan bien o mejor que pudiera haberlo sido en su antigua patria. Por eso, el nombre de la deidad protectora de Roma se conservaba en profundo secreto por miedo a que los enemigos de la República pudieran atraerla de igual modo que los romanos habían inducido a muchos dioses a desertar como ratas… No solo el nombre verdadero de la deidad protectora, sino el nombre de la ciudad misma quedaba guardado en el misterio y no podían ser nunca pronunciados ni aun en los ritos sagrados. Un tal Valerio Sorano, que se atrevió a divulgar el secreto inapreciable, fue muerto o terminó de mala manera. De igual modo, parece que los antiguos asirios tenían prohibida la mención de los nombres místicos de sus ciudades y hasta los tiempos modernos los cheremís del Cáucaso mantienen secretos, por motivos supersticiosos, los nombres de sus aldeas comunales.[5]

Las ciudades, repletas de almas, son sensibles al poder subyugante de esos nombres prohibidos. El erudito romano Macrobio (en sus *Saturnales*, libro III) hace referencia a la *evocatio*, que consistía en una ceremonia realizada ante una ciudad sitiada a la que era muy difícil someter. La fórmula consistía en evocar a los dioses tradicionales de la ciudad con el fin de que estos permitieran su conquista. En otras palabras, los sobornaban (con más ofrendas, templos y plegarias) para que pasaran a su bando y dejaran de proteger su ciudad por no ser merecedora de dicha ayuda.

¿Lo conseguían? De momento, lo mantengo oculto.

5. LOS ESCOGIDOS POR LOS DIOSES

«No sé, si, con excepción de la sabiduría, los dioses inmortales han otorgado al hombre algo mejor que la amistad», decía irónicamente Cicerón. Muchos creen que también han creado a la raza humana y han otorgado protección y bendición a algunos pueblos. No a todos. Y aquí les hago dos preguntas: ¿hay comunidades elegidas por los dioses para vigilar y determinar su destino? Y en caso afirmativo, ¿tienen alguna cláusula por la cual estén protegidos contra toda calamidad por esos propios dioses?

Un antropólogo convencional diría que son los hombres los que crean a sus dioses, pero ciertas leyendas contumaces insisten en lo contrario. No es tan común que una determinada entidad celestial señale a una persona o a un pueblo completo y elija el lugar exacto en el que sus «elegidos» deben tributarle los honores que merece. Muchos historiadores dirán que son simples leyendas. ¿Y si no lo fueran?

No hay más que recordar la revolución religiosa y la fundación de una nueva ciudad surgida durante el reinado de Amenofis IV (Akenatón). Lo que enredó este faraón. Su establecimiento se atribuyó a los expresos deseos del dios Atón, que se apareció a Akenatón en forma de «gran disco» (dotado de numerosos brazos que acababan en manos) y se posó sobre el lugar exacto donde quería que se le construyera la nueva ciudad. Un enclave, por cierto, situado en uno de los parajes egipcios más desérticos e inhóspitos del país y alejado de todas las rutas comerciales de la época. Durante diecisiete años, del 1364 al 1347 a.C. (según la cronología de Christian Jacq), Egipto se va a embarcar en una extraña y temeraria aventura bajo la dirección de Amenofis IV y su esposa Nefertiti, marcando una ruptura en la evolución histórica de Egipto. Ocurrió durante el año cinco de su reinado. ¿Y lo hizo como un buen alumno contactado? Tras esa aparición o visión, cambia de nombre, cambia de capital, cambia de moda, de sacerdotes, de ritos, cambia de dios…

Y construyó la ciudad de la luz, Aketatón («el horizonte de Atón»), donde ubicó la nueva capital de su reinado. Duró lo que duró su vida. La palabra «atón» significa justamente eso: «disco». Se colocaron catorce estelas fronterizas y fundacionales marcando los límites de la nueva ciudad sagrada en función de las señales celestes que iba encontrando el faraón, recorriendo el territorio montado en su carro. Y en cada estela se colocó un texto. El arqueólogo británico Norman de Garis Davies logró descifrar casi todas las estelas encontradas en Amarna y demostró que ese mensaje era muy parecido a las cláusulas de un contrato, firmado, en este caso, con todo un dios.

Se indica que la ciudad de Aketatón será construida en ese lugar preciso, que el dios Atón lo habitará según su expreso deseo, que nadie podrá persuadirlo para que cambie de residencia y que, si la muerte encontrara al faraón lejos de allí, su cuerpo debería ser traído para reposar en Aketatón.[6]

En un gran discurso dirigido a sus cortesanos, soldados y fieles, el rey explica que Atón ha querido establecerse en la ciudad. Es el propio dios quien ha elegido este lugar: «Solamente Atón, mi padre, me ha conducido hasta esta ciudad del horizonte», manifiesta Akenatón orgulloso. Si este faraón estaba inspirado, guiado y protegido por su dios Atón, ya sabemos cómo terminó todo. Mal, muy mal, ni más ni menos que con una *damnatio memoriae*, es decir, la condena o maldición de la memoria, su borrado de los cartuchos reales y su olvido en la historia. Le llamaron el «faraón hereje», cambiaron de nuevo la capital del reino a Tebas y siguieron adorando a Amón.

Recuérdese también el penoso peregrinaje del pueblo judío hasta asentarse en la «tierra prometida», el lugar elegido por su dios Yahvé. El Antiguo Testamento es muy claro al mostrar que, entre todas las naciones —y había unas cuantas— Yahvé escogió a ese pueblo como su favorito. Lo liberó de la esclavitud en Egipto y le dio la tierra de Canaán.

Eso de ser un «pueblo elegido por Dios» tiene sus ventajas y desventajas. Conociendo la historia de Israel, no parece un plato de buen gusto. La Biblia dice que después de muchos años de peregrinación por el desierto, los israelitas llegaron al monte Sinaí, allí Yahvé se manifestó en toda su gloria y majestad ante Moisés para darle las tablas de la ley y pactar con su pueblo una alianza. Pide ante todo una cosa: que sea fiel con su culto y con sus obras. Es muy celoso y vengativo, lo advierte en varias ocasiones. Si su pueblo cumple con las normas establecidas, entonces Él los protegerá, derrotará a sus enemigos y asegurará la salvación por los siglos de los siglos:

> Bendito serás en la ciudad y bendito en el campo. Bendito será el fruto de tus entrañas, el producto de tu suelo, el fruto de tu ganado, el parto de tus vacas y las crías de tus ovejas. Benditas serán tu cesta y tu artesa. Bendito serás cuando entres y bendito cuando salgas. A los enemigos que se levanten contra ti, Yahvé los pondrá en derrota: salidos por un camino a tu encuentro, por siete caminos huirán de ti. Yahvé mandará a la bendición que esté contigo, en tus graneros y en tus empresas, y te bendecirá en la tierra que Yahveh tu Dios te da. Yahvé hará de ti el pueblo consagrado a él, como te ha jurado, si tú guardas los mandamientos de Yahvé tu Dios y sigues sus caminos. Todos los pueblos de la Tierra verán que sobre ti es invocado el nombre de Yahvé y te temerán.[7]

¿Y qué me dicen de la ubicación definitiva de Tenochtitlán? Esta ciudad azteca fue asimismo elegida por el dios Huitzilopochtli, quien,

tras manifestarse con gran aparatosidad, ordenó a sus fieles que abandonaran la región que habitaban y se desplazaran hacia la aventura, al sur, «hasta que encontrasen un lugar en el que verían un águila devorando a una serpiente posada en un nopal», algo que les generó unos cuantos quebraderos de cabeza y recambio de calzado hasta que, por fin, lo consiguieron, no sin unos cuantos disgustos y sacrificios. En el actual escudo de la bandera de México aparecen esos elementos.

Pues bien, de manera idéntica a los antiguos dioses, también las apariciones marianas promueven que sus fieles construyan templos o capillas sobre los mismos escenarios de la aparición, prometiendo milagros y bendiciones, aunque sin éxodos por medio.

El exjesuita Salvador Freixedo lo tenía claro. Veía una clara manipulación de esos dioses en el devenir de la raza humana. En su polémico libro *¡Defendámonos de los dioses!*, establece un curioso paralelismo entre el éxodo hebreo y la peregrinación azteca. Dice que la personalidad de Yahvé era muy parecida a la de Huitzilopochtli. Ambos querían ser considerados como protectores y hasta como padres, pero eran tremendamente exigentes, caprichosos, implacables en sus frecuentes castigos y muy dispuestos a la ira. Resume en estos puntos sus conclusiones:

1.
Ambos dijeron a sus pueblos escogidos que abandonasen la tierra en que habitaban. Yahvé lo hizo primeramente con Abraham haciendo que dejase Caldea y lo hizo posteriormente con Moisés forzándolo a que abandonase Egipto al frente de todo su pueblo.
2.
Ambos acompañaron «personalmente» a sus protegidos a lo largo de toda la peregrinación, ayudándolos directamente a superar las muchas dificultades con que se iban encontrando en su camino.
3.
Yahvé los acompañaba en forma de una extraña columna de fuego y humo que lo mismo los alumbraba por la noche que les daba sombra por el día y les señalaba el camino por donde tenían que ir, haciendo además muchos otros menesteres tan extraños y útiles como apartar las aguas del mar para que pudiesen pasar de una orilla a otra. Huitzilopochtli acompañó a los aztecas en forma de un pájaro que, según la tradición, era una gran águila blanca que les iba mostrando la dirección en

que tenían que avanzar en su larguísima peregrinación.
4.
Este peregrinar en ninguno de los casos fue de días o semanas. En el caso judío, Yahvé se dio el gusto haciéndoles dar rodeos por el inhóspito desierto del Sinaí durante cuarenta años (cuando podían haber hecho el camino en tres meses). Huitzilopochtli fue todavía más errático y desconsiderado en su liderazgo, pues tuvo a sus protegidos vagando dos siglos aproximadamente, hasta que por fin los estableció en el lugar de la actual ciudad de México. La distancia que tenía que recorrer el pueblo hebreo era, teóricamente, de unos trescientos kilómetros; pero Yahvé se encargó de estirarlos hasta convertirlos en más de mil. La distancia recorrida por el pueblo azteca fue mucho mayor, ya que no debió de ser inferior a los tres mil kilómetros, distancia que fue fielmente recorrida por las seis tribus que inicialmente se pusieron en camino.
5.
Ambos pueblos tuvieron que enfrentarse a un sinnúmero de tribus y pueblos que ya habitaban la «tierra prometida» cuando llegaron los «pueblos escogidos». Los amorreos, filisteos, gebuseos, gabaonitas, amalecitas, etc., que a cada paso nos encontramos en la Biblia en guerra con los judíos, tienen su contrapartida americana en los chichimecas, tlaxcaltecas, otomíes, tepanecas, xochimilcos, etc., con quienes tuvieron que enfrentarse los aztecas en su peregrinaje hacia Tenochtitlán.
6.
Ambos pueblos, en cuanto fueron adoptados por sus respectivos dioses protectores, comenzaron a multiplicarse rápidamente, pero sobre todo en cuanto llegaron al lugar prometido y se establecieron en él, se hicieron muy fuertes y pasaron a ser pueblos dominantes en toda la región, avasallando a sus vecinos. Ambos pueblos llegaron a la cúspide de su desarrollo aproximadamente a los dos siglos de haberse establecido en la tierra prometida.
7.
Tanto Yahvé como Huitzilopochtli exigían a sus pueblos sacrificios de sangre. Entre los hebreos esta sangre era de animales, pero entre los aztecas la sangre era

frecuentemente humana, como en la dedicación del gran templo de Tenochtitlán cuando, según los historiadores, se sacrificaron varios miles de prisioneros, abriéndoles el pecho de un tajo y arrancándoles el corazón, todavía latiendo y sangrante, para ofrecérselo a Huitzilopochtli.

8.

Tanto Yahvé como Huitzilopochtli abandonaron de una manera inexplicable a sus respectivos pueblos cuando estos más los necesitaban. Yahvé —que ya estaba bastante escondido desde hacía varios siglos— desapareció definitivamente a la llegada de los romanos a Palestina, y Huitzilopochtli hizo lo mismo cuando llegaron los españoles; y a partir de entonces, la identidad de los aztecas como pueblo se ha disuelto en el variadísimo mestizaje de la gran nación mexicana.

9.

Por supuesto, como no podía ser menos, ambos pueblos fueron instruidos detalladamente acerca de cómo habían de construir un gran templo en el lugar en donde definitivamente se instalasen.

Por último, Freixedo relata algo que a él le produjo una profunda impresión cuando lo leyó en un texto de fray Diego Durán, uno de los muchos frailes franciscanos que escribieron las crónicas de los primeros tiempos del descubrimiento de las Américas, basadas en lo que los propios indios les contaban:

> El buen fraile, en su relato de las creencias de los antepasados de los aztecas, nos cuenta (por supuesto, con una cierta lástima ante el paganismo «demoníaco» en que se hallaban sumidos aquellos pueblos) que cuando el pueblo entero avanzaba hacia el sur, siguiendo siempre a la gran águila blanca que los dirigía desde el cielo, lo primero que harían al llegar a un lugar era construir un pequeño templo para depositar en él el arca que transportaban mediante la cual se comunicaban con su Dios. Este detalle de llevar también un arca, al igual que los hebreos, y de considerarla de gran importancia pues era el vínculo que tenían con su protector, es algo que me sumió en profundas reflexiones y que me hizo llegar a la conclusión de que algunos de estos «espíritus que están en las alturas» —tal como los denomina san Pablo— tienen gustos muy afines. Y puede ser que no solo gustos, sino también necesidades, cuantas veces se asoman a nuestro mundo, o a nuestra dimensión, en donde no pueden actuar tan naturalmente como lo hacen cuando están en su elemento.[8]

Desde luego, es una versión diferente de lo que nos han contado hasta ahora sobre el papel de los dioses cuando escogen a un pueblo. Todo esto nos obliga a plantearnos que esas supuestas protecciones divinas, además de ser interesadas, no son permanentes.

De hecho, la base original de las antiguas monarquías obedece a este principio egocéntrico de diferenciarse de los demás, del pueblo llano o de la chusma, dotando al monarca de matices de superioridad al decir que su investidura está refrendada por Dios, sea el que sea. Por tanto, muy atentos a esos grupos religiosos, de antaño y de hogaño, que utilizan términos como «linaje divino», los «escogidos» o los «hijos de Dios» porque, suponiendo que sea cierto y así lo crean sinceramente, el ser escogido no es ninguna garantía de nada.

6. VÍRGENES BRAVUCONAS

En tiempos pasados era frecuente que una dama luminosa (que el pueblo interpreta como la Virgen) se apareciera a un ser sencillo y que postulara la construcción de un santuario en el lugar del prodigio; también que no creyeran al pastorcillo o la persona que recibía el favor y que, al quedar probado el hecho por algunas señales sobrenaturales, se intentara llevar la imagen a la iglesia y por sí sola volviera al sitio original, repitiéndose esto hasta tres veces.

Cientos de leyendas cuentan historias parecidas y luego esas advocaciones marianas se convierten en patronas y protectoras de sus respectivas localidades. Una variante es la intervención de santos, vírgenes o entidades celestiales luminosas decidiendo el curso de una batalla, un hecho que nos llena de estupor y de escepticismo en doble sentido. Primero, que una entidad espiritual se preste a rebajarse a estos dimes y diretes tan sangrientos y tan humanos. En segundo lugar, por el hecho sobrenatural en sí: una intervención que, lejos de ser neutral, toma partido por uno de los dos bandos y que pretende algo a cambio. Sus antecedentes clásicos estarían en la diosa Atenea, la hija favorita de Zeus, protectora de las ciudades y acrópolis, virgen guerrera a la que se ofrecía el botín de las empresas victoriosas.

Una de las primeras noticias legendarias que tenemos sobre la aparición de una «Señora maravillosa» durante la Edad Media en un conflicto bélico fue en Constantinopla durante el asedio establecido por parte de los ávaros y los persas sasánidas en el siglo VII. Los testimonios recogidos de la época (Jorge de Pisidia, Teodoro Synkellos y el *Chronicon Paschale*, así como, más tarde, el patriarca Nicéforo y Teófanes) aseguran que gracias a la fuerza divina y la intercesión de la Virgen María la ciudad, a la que conciben como una «ciudad de Dios», pudo salvarse. En las *Cantigas de Santa María,* de Alfonso X el Sabio (hacia 1272) en su Cantiga XXVIII, y en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gautier de Coincy (hacia 1330-1334) se muestra la escena en que se ve a la Virgen durante el asedio y el jefe de los persas, Muselinus, ve salir de una nube una «Señora» cuyo manto hace de muralla contra el asalto de su ejército a los bizantinos en el año 626.

El culto exclusivo de la Virgen María hay que buscarlo en el siglo VI, como se aprecia en la oración que el autor del *Panegírico de Justino II* pone en boca de la emperatriz Sofía, quien, después de invocar a la *Theotokos* como «soberana del alto cielo», exclama: «A ti, gloria de las madres, ruego tu auxilio; que siempre te adore y te reconozca como señora y protectora del nuevo Imperio de Justino (...). Concede al Imperio tu protección (...). Somete a los pueblos feroces y que

perezcan los soberbios bajo justa espada».

Es interesante destacar que los constantinopolitanos terminaron por «olvidar» la dedicación original de Constantinopla a la pagana Tyché (Fortuna), y la reemplazaron por una consagración a la Theotokos (Madre de Dios) que les infundía más confianza, cuestión totalmente establecida tras el sitio de 626. Algunas tradiciones bizantinas aseguraban que la decisiva actuación de la Theotokos durante el asedio al que el kanato ruso sometió a la capital del Imperio en el año 860 la salvó de perecer frente a los bárbaros. Miguel III, el emperador reinante en ese momento, cuando vio aparecer a este ejército, se dirigió a la iglesia de Blaquernas, sacó el manto de la Theotokos en procesión por las murallas y, luego, lo introdujo en la orilla del Cuerno de Oro. Mágicamente, se levantó una terrible tempestad que asoló la flota enemiga causándole gran mortandad.

En España son varias las advocaciones marianas que hacen referencia a la batalla o a la victoria para remarcar que, gracias a su intercesión, pudieron vencer al enemigo infiel. El pueblo no ha tenido ningún recato en convertir un símbolo espiritual en uno guerrero que comulga bastante mal con los dogmas de cualquier religión en cuanto a promover el amor al prójimo y la no violencia. La expresión «a Dios rogando y con el mazo dando» adquiere aquí todo su significado bizarro.

Algunas entidades femeninas intervienen de una manera muy sutil, utilizando métodos tan sofisticados como «detener el sol» para que Gómez Correa gane su batalla de Tentudía (Badajoz) en 1173, y otras lo hacen más a las bravas, como Nuestra Señora de la Corona, de Piracés (Huesca), entronizada por Alfonso I el Batallador por la ayuda que le prestó en el asalto al castillo que dominaba el pueblo. Lo mismo hizo Nuestra Señora del Portillo, en Zaragoza, que ayudó a las tropas de este monarca contra los moros en el lugar donde hoy se levanta su iglesia.

Y en ocasiones el prodigio figura en el escudo de la localidad, como ocurre con la Virgen de la Vega, patrona de Benavente (Zamora), cuya imagen se representa en ademán de lanzar piedras sobre un puente con torres en sus extremos y que rememora la batalla del Mato o de la Polvorosa, en el año 812, con Alfonso II el Casto y Bernardo del Carpio. La leyenda dice que un copioso ejército bajo el mando de Omar llegó a Benavente y lo sitió. Durante el transcurso de la feroz batalla, al borde del puente sobre el río Esla, apareció la Virgen María con el Niño Jesús en brazos y se puso a arrojar piedras que traía en su regazo contra el ejército musulmán, hasta que este se retiró del campo de batalla.

Son leyendas sin más, que, leídas entre líneas, manifiestan la inseguridad que se vivía en aquellas épocas donde la vida valía poco o nada y que se tradujo en un miedo que podríamos calificar de sobrenatural dentro de una mentalidad supersticiosa. El pueblo encontró en la Virgen María el ser benéfico capaz de garantizar la seguridad en el aquí y en el ahora y la esperanza en el más allá, después. Es decir, un auxilio presente y transcendente en tiempos de angustia.

Durante la conquista del Nuevo Mundo, las tropas cristianas identifican la presencia de mujeres de blancas vestiduras y radiantes rostros con una determinada advocación mariana (Nuestra Señora de la Peña de Francia o la Virgen de la Merced, según los casos). Las consideran Vírgenes a pesar de que son poco convencionales, nada pacíficas y muy partidistas. Damas agresivas cuya presencia es tan sospechosa y tan fuera de lugar como la aparición de caballeros celestes dando mandobles. En la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo hace una clara mención a una Señora que iba delante de los españoles (a los que llamaban *teules*) haciéndoles invulnerables y animándolos en el conflicto:

> Y preguntó el Montezuma que, siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas y buen pelear; que no les pudieron hacer retraer, porque una gran tecleciguata de Castilla venía delante de ellos, y que aquella señora ponía a los mexicanos temor, y decía palabras a sus teules que los esforzaba; y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora que era Santa María y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos al gran Montezuma con su precioso Hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo vi, porque estaba en México, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ello y plugiese a Dios que así fuese. Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído, e así es verdad, que la misericordia divina y Nuestra Señora la virgen María siempre eran con nosotros; por lo cual le doy muchas gracias.[9]

Y en Perú lanza tierra... Guamán Poma de Ayala, en su crónica, hace mención a un «milagro de Santa María» que nos deja un poco atónitos porque aquí su presencia tampoco es testimonial, sino muy participativa, tanto que arroja puñados de tierra a los ojos de los incas en la conquista de Cuzco:

> Santa María de Peña de Francia, una señora muy hermosa, todo vestido de una vestidura muy blanca, más blanca que la nieve, y la cara muy resplandeciente, más que el sol. De verla se espantaron los yndios y dizen que le echaba tierra en los ojos a los yndios infieles.[10]

El autor comenta que no hubo conquista porque «no se defendieron los yndios»: al lanzarse a la batalla, los capitanes y soldados incas se postraron y cayeron al suelo, asombrados por la

visión milagrosa de la Virgen María.

Esto de echar tierra a los ojos lo volvió a repetir años después, en 1560, en Chile. La piadosa leyenda dice que la Virgen de la Merced abandonó su capilla y se apareció a los cristianos en la copa de un árbol, plataforma desde la cual arrojó a los indios puñados de tierra logrando su huida despavorida y dejándoles sin fuerza alguna. Durante el asedio al que los indios araucanos estaban sometiendo a la ciudad de Concepción, en Chile, fundada por Pedro de Valdivia cinco años antes, nos dice el historiador y misionero jesuita Diego Rosales, cuya crónica la escribió en 1674, que una señora celestial los ayudó de una singular y estrambótica manera:

> Respondieron (los mapuches) que habían huido todos por haber visto venir delante de los españoles una Señora hermosísima y cercada de grande resplandor que con su vista les asombraba y les cegaba la vista con tirarles puñados de polvo a los ojos y que con esto les obligaba a que se retirasen sin poder pasar adelante y que, aunque ellos iban confiados de acabar con los españoles y no les temían por ser tan pocos, que esta Señora les había puesto tanto asombro y cegándoles de suerte con el polvo que los arrojaba que no tuvieron fuerzas para pelear ni acuerdo para hacer otra cosa que huir.

Más adelante —en el Libro Cuarto, capítulo XXV— relata otro suceso similar de una dama, que esta vez identifica con Nuestra Señora de las Nieves, y hace huir igualmente a los mapuches, aun superándoles en número: «Y fue cosa de maravillar, que como si los enemigos fueran todos heridos de un golpe, huyeron espantados y temerosos a un río cercano, dejando las armas». Los propios españoles se quedaron sorprendidos por esta reacción tan sin sentido. Cuando capturan a algunos, les preguntan por qué huían de esa manera y esta fue su respuesta:

> Dijeron que no huían de ellos (de los españoles) sino de una mujer resplandeciente que veían en el cielo, que les cegaba con polvo los ojos. Repitiendo en esta ocasión Nuestra Señora de las Nieves los favores que hizo en la Imperial y en Concepción a los cristianos defendiéndolos de los bárbaros, cegándolos con polvos, como se dijo en otra parte.[11]

Lejos de nuestra cultura occidental y cristiana, en una distante zona geográfica, encontramos casos similares en los que se asocia la presencia de una entidad femenina a esa flojera de remos. En la isla de Pohnpei, en la Micronesia, Andreas Faber-Kaiser recoge una leyenda sobre un singular combate entre los habitantes de la región de Palikir con los de Matolenim:

> En el fragor de la lucha fueron muertos también muchos de los hombres de Palikir. Entonces elevaron oraciones rápidamente a un espíritu llamado Sanoro. Su oración halló eco en el espíritu. Puesto que cuando sucumbieron en la lucha, el espíritu hizo aparecer rápidamente a una mujer entre los combatientes de Palikir. La mujer era tremendamente grande. Extendió entonces su cabellera y

> cubrió con ella a la gente de Palikir. En cuanto los hombres de Matolenim vieron a la mujer que se había alzado entre los de Palikir, los brazos le comenzaron a pesar, y contemplaron extasiados, sin poderse mover, a la mujer que se encontraba entre la gente de Palikir. Entonces los hombres de Palikir se abalanzaron rápidamente sobre los de Matolenim y los mataron a todos.[12]

Más cerca en el tiempo tenemos otros casos de «partidismo mariano» o, dicho de manera castiza, «barrer para casa». Uno de los más divulgados, aunque tardíamente, ocurrió en la Primera Guerra Mundial durante la primera batalla del Marne, conocido también como «milagro del Marne». Se combatió en el frente occidental en septiembre de 1914 y trajo como consecuencia la guerra de trincheras. Un diario de la época, *Le Courrier de la Manche*, del 8 de enero de 1917, recogió varios testimonios de enfermeras, soldados franceses y alemanes hechos prisioneros después de los combates del 5 al 8 de septiembre de 1914:

> Un sacerdote alemán, herido y hecho prisionero en la batalla del Marne, murió en una ambulancia francesa en la que se hallaban religiosas. Él les dijo: «Como soldado, debería callarme; como sacerdote creo mi deber decir lo que he visto. Durante la batalla del Marne, estábamos sorprendidos de ser rechazados, pues éramos legión, comparados a los franceses, y esperábamos llegar a París. Pero vimos a la Santísima Virgen toda vestida de blanco con una cintura celeste, inclinada hacia París... Nos daba la espalda y con la mano derecha parecía repelernos. Eso lo vieron muchos de nosotros».

Se podrían poner más ejemplos de este tipo (¿y no voy a contar lo de los «ángeles de Mons», tranquilos?). Por tanto, para no cansar, voy a relatar un último caso de cómo esa supuesta protección tiene claros tintes psicológicos. Lo apreciamos en una de las ciudades francesas que más sufrió la Primera Guerra Mundial. Se trata de Albert, situada en el departamento del Somme, cerca de la frontera belga, que estuvo en plena línea del frente durante casi todo el conflicto. Fue escenario de terribles batallas de desgaste, así que la ciudad tuvo que sufrir continuos bombardeos tanto de un bando como del otro. Y surge, entonces, una curiosa variante de esas «damas protectoras».

El principal monumento de la ciudad es la basílica de Notre-Dame de Brebières, la «Lourdes del norte», uno de los centros de peregrinación católica del país. Durante los primeros combates en la villa, en septiembre de 1914, un proyectil de artillería impactó en la torre coronada por la figura de una virgen dorada con el niño en brazos. La estatua quedó tan inclinada, en posición horizontal, que parecía que iba a caer al suelo de un momento a otro, pero no caía. Ver la imagen de esta forma estimuló la imaginación y la superstición de la tropa. Pronto comenzó a circular el rumor de que cuando la Virgen cayese al suelo la guerra se terminaría. Para ayudar a que se cumpliese la profecía cuanto antes, tanto la artillería alemana como la

francobritánica disparaban contra la torre siempre que tenían ocasión. Y nada. Fueron pasando los meses y los años, pero la Virgen continuaba allí, aguantando en su difícil equilibrio. Tanto resistía que la leyenda urbana acabó mutando un poco y, al final, se aseguraba que el bando que derribase a la Virgen sería el perdedor de la guerra. Ya nadie disparaba a la estatua, por si acaso.

Eso se llama folclore en formación. Finalmente, la torre se derribó en abril de 1918, cuando la ofensiva alemana obligó a las tropas británicas a retirarse. Antes de abandonar Albert, los británicos evitaron que el enemigo pudiese utilizar aquella torre como observatorio. Y, en ese momento, se acabó su leyenda profética, aunque no del todo. En noviembre de 1918 terminó la Gran Guerra e historias como la de Marne, la de Albert o la estatua ecuestre de Juana de Arco en Reims —que nunca llegó a caerse a pesar de la metralla—, empezaron a menudear y a alimentar la creencia de que ciertas intervenciones providenciales eran algo más que meras leyendas…

7. LOS PROTEGIDOS POR EL DESTINO

¿Elegido y protegido es lo mismo? Está claro que no, al menos tal como lo entendemos en este libro. No sé si habrán visto la película *El protegido*, de M. Night Shyamalan, donde se plantea la posibilidad de que ciertas personas en un accidente aéreo, de tren o de barco sean invulnerables a las heridas, roturas de huesos o a la propia muerte. La pregunta es por qué. Uno de los protagonistas sufre la enfermedad de los «huesos de cristal» y tiene la teoría de que si en el mundo hay personas tan frágiles, también deben de existir otras que sean fuertes, sanas e irrompibles; que hayan sido enviadas sin saberlo para proteger a quienes los rodean.

¿Tienen una suerte especial o un ángel de la guarda a tiempo completo? El hecho cierto es que hay bastantes casos de hombres, mujeres y niños, con nombres y apellidos, que han sido los únicos supervivientes en esta clase de trágicos accidentes, saltándose a la torera la ley de probabilidades.

En épocas de guerra donde el peligro y la muerte acechan en cada esquina, muchos sobreviven para contarlo y lo que cuentan algunos es para caerse de espaldas. Son hombres y nombres elegidos por el destino, que suena a título de película. Y es que a veces los dados de un inexplicable azar quieren bendecir a una serie de personas sin ninguna relación entre sí. Uno de los casos más rocambolescos —y seguramente falsos— fue el de tres hombres apellidados Green, Berry y Hill ahorcados en Londres en 1911 acusados de asesinar a *sir* Edmond Godfrey en su residencia de Greenberry Hill. ¿Estaban o no marcados por una fatalidad onomástica? Si compran una novela del escritor John Dickson Carr, en concreto, la titulada *El asesinato de sir Edmond Godfrey*, que sepan que nada tiene que ver con el citado y sí con un magistrado inglés del siglo XVII.

¿Creen en las serendipias? ¿En las casualidades imposibles? Veamos una muy gorda. El 5 de diciembre de 1664 en el estrecho de Menay, en la costa del norte de Gales, se hundió un barco y ochenta y dos pasajeros murieron. Se salvó únicamente un hombre llamado Hugh Williams. ¿Cómo explicar otro accidente naval ocurrido el 5 de diciembre de 1785, en esa misma zona, el cual arrojó un balance de sesenta personas ahogadas y un superviviente: Hugh Williams? Y el colmo fue un tercer naufragio, también en el estrecho de Menay, ocurrido el 5 de agosto de 1860, de un barco de bandera escocesa con veintiséis pasajeros a bordo de los que se salvó tan solo uno, cuyo nombre era… ¿lo adivinan? Hugh Williams. Lo último que conozco es del 10 de julio de 1940, cuando un pesquero arrastrero británico fue

destruido por una mina alemana: solo dos sobrevivieron, un hombre y su sobrino, ambos se llamaban Hugh Williams. Llamarse así era un seguro de vida, o dicho de otra manera, nunca embarques con alguien que se llame Hugh Williams.[13]

Un suceso célebre tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial cuando unos pocos japoneses no solo sobrevivieron a la bomba de Hiroshima estando muy cerca de la zona cero, sino también a la de Nagasaki cuando se refugiaron en esta ciudad pensando que sería mucho más segura en caso de que hubiera un segundo impacto. Se equivocaron y aun así se salvaron de sus efectos, incluida la radiación atómica. Aproximadamente, 140.000 personas murieron en Hiroshima, mientras que otras 80.000 perecieron tras la destrucción de Nagasaki tres días después. En Japón se denominan «los ocho afortunados» a los sobrevivientes que estuvieron en las dos ciudades, en un radio de tres kilómetros del epicentro de la explosión, cuando se lanzaron las bombas atómicas. Aquellos que lo pudieron contar por dos veces son una rareza y se los llama *hibakusha*, personas doblemente irradiadas, los renacidos dos veces. El último, Tsutomu Yamaguchi, murió en 2010 con noventa y tres años de edad y totalmente convencido de que había que erradicar y destruir las armas nucleares de una vez por todas.

Además, hubo una iglesia de jesuitas alemanes en Hiroshima que quedó intacta, como una isla, cuando la explosión derribó todas las viviendas cercanas. Nadie se lo podía explicar. Fue el 6 de agosto de 1945, fiesta de la Transfiguración, y la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción estaba a un kilómetro de donde cayó la bomba *Little Boy*, a las 08.15 h de la mañana. Los cuatro sacerdotes jesuitas sobrevivieron a la catástrofe, y la radiación —que mató a miles en los meses siguientes— no tuvo efecto en ellos. Esta historia, documentada por historiadores y médicos, es conocida como el «Milagro de Hiroshima». Fueron examinados por decenas de doctores a lo largo de los años posteriores, sin que se hallase en sus cuerpos rastro alguno de la radiación. Los cuatro religiosos nunca dudaron de que habían gozado de la protección divina y, en particular, de la Virgen: «Vivíamos el mensaje de Fátima y rezábamos juntos el rosario todos los días», explicaron.

No es algo nuevo. El monje Gonzalo de Berceo, digno representante del mester de clerecía y primer poeta castellano de nombre conocido, nos dejó su obra cumbre: *Milagros de Nuestra Señora* (siglo XIII), en la que hace mención, en forma de poemas, de varios hechos prodigiosos. En el Milagro XIV —«La imagen respetada por el incendio»— relata cuando el monasterio francés de San Miguel de la

Tumba se incendió y cómo, por obra de Dios, la imagen de la Virgen, su Hijo y aquellos enseres que la rodeaban, se libraron de las llamas:

Cayó un rayo del cielo por los graves pecados,
incendió la iglesia por los cuatro costados,
quemó todos los libros y los paños sagrados,
por poco que los monjes no se quemaron también.
Ardieron los armarios y todos los frontales,
las vigas, las gateras, los cabrios, los cumbrales,
ardieron las ampollas, cálices y ciriales,
sufrió Dios esa cosa como sucede con otras parecidas.
A pesar de que fue el fuego tan fuerte y tan quemante,
ni alcanzó a la señora ni alcanzó al infante,
ni alcanzó al flabelo que colgaba delante,
ni le hizo ningún daño que costara un dinero.

No me voy a extender en casos antiguos ni en aquellos que afectan a individuos o reliquias católicas, como esas sagradas formas que salen indemnes de un fuego (algunas volando, como en Zamora), sino más bien me voy a referir a lugares que han tenido esa extremada suerte en momentos difíciles, a pesar de que todo pintaba en contra. Como si estuvieran metidos dentro de una campana protectora. Me refiero a tsunamis, bombardeos, erupciones volcánicas o incendios. Al llegar a un determinado recinto, la catástrofe se detiene de repente como si hubiera una barrera invisible y «alguien» delimitara el contorno y dijera: «¡Hasta aquí!».

Pondré varios ejemplos, incluida la caída de bombas que no explotan en lugares sagrados, pues creo que es la mejor manera de darnos cuenta, a nivel histórico, de que existen hechos contrastados que van contra la lógica, que vulneran el sentido común y las leyes de la naturaleza. Algunas personas pías no dudan en calificarlos de auténticos milagros.

1. Isla Martinica (Mar Caribe): 1902

La erupción más famosa del Monte Pelée ocurrió en 1902. El 8 de mayo de ese año sus habitantes no lo olvidarán nunca. Tras semanas de fenómenos preocupantes, entre ellos la invasión de víboras amarillas muy venenosas escapando de los vapores mefíticos, la cumbre del volcán retumbó con una explosión titánica. En los segundos que siguieron, una onda choque y un flujo piroclástico de 1.000 grados centígrados de temperatura asolaron la ciudad de Saint-Pierre, matando a más de 28.000 personas. Este cataclismo causó estupor en el mundo y mucho más el hecho de que de las tres personas que sobrevivieron, una fuera un prisionero que no pudo salir huyendo. Se llamaba Louis-Auguste Cyparis, de veintisiete años, preso el día anterior por haber participado en una pelea con desenlace fatal.

Estaba recluido en una celda sin ventanas, que solo se ventilaba por una apertura abierta en dirección contraria a la del volcán. Tenía que haber muerto asfixiado, como todos los habitantes de la ciudad. Pero esa celda quedó preservada. Cuatro días después de la tragedia, los gritos del preso alertaron a los voluntarios que estaban haciendo las labores de socorro. Lo encontraron con quemaduras en las extremidades y la espalda. Al reconstruir los hechos, y según su testimonio, la erupción tuvo lugar a la hora del desayuno y, en un momento dado, hizo un calor intenso y el aire caliente se mezcló con finas cenizas. No sabía explicarlo y no podía respirar bien. El caso es que esa celda quedó inmune a la lava y a los gases. El preso, indultado al final, acabó ganándose la vida en el célebre Circo Barnum & Bailey, donde lo presentaban como «el hombre que sobrevivió al día del Juicio Final», mostrando sus quemaduras y cicatrices dentro de una réplica exacta de su mazmorra. Fue el primer negro en conseguir la celebridad en el mundo del espectáculo durante la época de la segregación. El destino le tenía reservado un futuro que nunca llegó a sospechar.

2. San Juan de Paricutín (México): 1943

El campesino Dionisio Pulido se encontraba arando sus tierras cuando muy cerca del pueblo Paricutín, en el estado de Michoacán, la tierra comenzó a abrirse y a brotar humaredas nunca antes vistas. Estaba ocurriendo algo único y él era testigo excepcional. Ni más ni menos que el nacimiento de un volcán en el siglo XX, el volcán más joven del mundo. Era el 20 de febrero de 1943 y su lava, poco a poco, fue sepultando dos poblados: Paricutín y San Juan Parangaricutiro. Sus casas fueron arrasadas y de San Juan solo sobrevivió parte de su iglesia. Solo hay que ver imágenes aéreas de este enclave para darse cuenta de que la lava lo arrasó todo menos eso, un espectáculo absolutamente irreal. La iglesia está en mitad de un mar de lava negra, como desafiando su propio destino y congelada en el tiempo. La torre derecha aparentemente cayó, aunque estaba en construcción en el momento de empezar el fenómeno. Los purépechas no dudan que hubo un milagro, puesto que la lava no llegó a tocar el altar ni a su Cristo elaborado con pasta de caña de maíz, un Cristo que ya tenía fama de milagroso desde 1597. Desde entonces se le llama «el Señor de los Milagros». No hubo que lamentar víctimas porque hubo tiempo para evacuar a todos, incluido el campesino Dionisio Pulido, que había dado la voz de alarma.

La actividad volcánica se extendió por nueve años y once días, hasta que cesó por completo. Un volcán de corta duración, a

diferencia de otros que permanecen activos durante siglos o milenios. Paricutín es un nombre purépecha —*Parhíkutini*— que significa «lugar al otro lado». Muy curioso.

En el reconstruido Nuevo San Juan Parangaricutiro, al que también se le conoce como «el pueblo que se negó a morir», el Cristo es muy visitado para pedirle protección y deseos varios. Para hacerlo hay que seguir un ritual muy peculiar. Primero se debe entrar «bailando», dando tres pasos adelante y dos hacia atrás a lo largo del pasillo de la iglesia, hasta el altar donde se encuentra ubicado el crucifijo y, una vez allí, rezarle con fe. De manera oficial es conocida como «la danza de los curpites» (los que se juntaron) con sus trajes típicos, que hacen su ritual folclórico cada 8 de enero. Por cierto, en San Juan hay un dicho muy repetido que hace referencia a las causas imposibles: «Lo que pides no se logrará, aunque entres a San Juan bailando».

3. Isla Reunión (océano Índico): 1977

Es una isla volcánica por naturaleza y allí, en la localidad de Piton-Sainte-Rose, justo al pie del volcán Pitón de la Fournaise, existe una iglesia llamada Nôtre Dame, que, de manera inexplicable, fue respetada por las embestidas de la furibunda lava, durante la última gran erupción volcánica ocurrida el 13 de abril 1977, en plena Semana Santa.

La lava ardiente lo arrasó todo, casas, campos, carreteras, así hasta centenares de hectáreas... Sin embargo, justo cuando iba a llegar a la iglesia, la lava se detuvo y rodeó el edificio dejándolo totalmente intacto, creando una muralla. A partir de entonces, el templo quedó bautizado como Nôtre Dame des Laves (Nuestra Señora de las Lavas). Cambio lógico de advocación. En la actualidad, puede verse una especie de muro de lava petrificada a un metro de la fachada y a sus alrededores. Eso sí que es una reliquia original e inamovible.

Otro detalle curioso es que en el interior de la iglesia se venera la imagen de la Virgen con un paraguas encima de la cabeza —la llaman «la Virgen de la Sombrilla»— simbolizando la protección divina que ha deparado a los reunioneses. Eso de que una imagen vale más que mil palabras, aquí se ve en su máxima expresión.

4. Cádiz (España): 1755

El famoso terremoto de Lisboa tuvo lugar el 1 de noviembre de 1755, víspera del Día de los Difuntos, y se caracterizó por su gran duración, dividido en varias fases, y por su violencia, causando la muerte de entre 60.000 y 100.000 personas. Tuvo repercusión en gran parte de

la península ibérica. En Cádiz, el maremoto alcanzó los doce metros de altura, frente a los cinco que alcanzó en Lisboa. No se pudo evitar que las altas olas rompieran las murallas portuarias y que el mar invadiera el barrio de la Viña tres veces y provocara la muerte de quince personas. El fraile capuchino Bernardo de Cádiz y el párroco Francisco Macías sacaron de una iglesia un estandarte de la Virgen de la Palma, junto a un pequeño crucifijo, con la esperanza de que desde el cielo se obrara el milagro. Y ante la mirada atónita de los presentes, las aguas del tsunami se detuvieron y retrocedieron cuando se toparon con la procesión y al grito del capuchino: «¡Hasta aquí, Madre mía!».

Una placa en la calle de la Palma, exactamente en el mismo lugar del suceso, recuerda hoy cómo la Virgen estancó las aguas de manera totalmente antinatural, para que la gente no crea que fue una simple leyenda popular. A partir de entontes, cada 1 de noviembre sale en procesión la Virgen de la Palma desde la iglesia viñera, considerada la salvadora de Cádiz.

5. ZARAGOZA (ESPAÑA): 1936

En el interior de la basílica de la Virgen del Pilar, dos bombas adornan la pared más próxima a la imagen de la patrona de Zaragoza. Los visitantes pueden leer una placa que les informa de que se trata de dos de los tres artefactos arrojados contra el templo la madrugada del 3 de agosto de 1936. Y que no llegaron a explotar. Es un hecho histórico que el trimotor Fokker F-VII del ejército republicano lanzó tres bombas sobre la basílica. Una se clavó en la calle, a unos pasos del templo. Las otras dos entraron por el techo con idéntico resultado. Y aún se pueden ver los boquetes. Para muchos maños, no fue fruto de la casualidad sino de un milagro evidente de la Pilarica. En cambio, para otros las bombas estaban en mal estado antes de ser arrojadas.

En la plaza, en una de las baldosas está inscrita esta fecha: «3-VIII-1936», marcando con una cruz de mármol el lugar donde se produjo uno de los impactos y que suele pasar desapercibido para la mayoría de los viandantes.

6. MOSTA (MALTA): 1942

Al visitar la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, también conocida como la Rotonda de Mosta, me contaron una historia parecida a la de Zaragoza, esta vez referida a la Segunda Guerra Mundial, cuando los lugareños se refugiaron en la iglesia en su anhelo de buscar lugar seguro bajo una cúpula inmensa e impresionante, con un diámetro de cuarenta metros, la tercera en tamaño del continente europeo. Fue durante el bombardeo del 9 de abril de 1942, cuando

una de las bombas alemanas cayó en el interior haciendo un boquete en la cúpula y entonces se produjo un silencio absoluto… La bomba impactó en el suelo y rodó por él sin explotar, ante la sorpresa (y el susto mayúsculo) de unas trescientas personas que allí se encontraban.

En la sacristía de la iglesia pude ver una réplica de aquella bomba de gran tamaño que no quiso explosionar, porque la original tuvo que ser detonada en su día de forma controlada.

ELEGIDOS POR EL RAYO

Una de las peores maldiciones que alguien podía echarle hace años, era aquella de: «¡Ojalá un mal rayo te parta!». ¿Sabe que la posibilidad de que te caiga un rayo es de una entre un millón? A pesar de su aleatoriedad, cada año son alcanzadas por el rayo unas seiscientas personas en todo el mundo, de las cuales suelen morir al instante un 98 por ciento. Haciendo un juego de palabras, si sales con vida te cambia la vida. El 2 por ciento que se salva, si no quedan paralíticos o idiotizados, pueden desarrollar desórdenes de su sistema nervioso y suelen adquirir una serie de poderes que antes no tenían.

Se cuenta que Martín Lutero, a la edad de veintidós años, quedó marcado profundamente por la caída próxima de un rayo que lo lanzó a tierra durante una terrible tormenta. No le dio, pero le asustó. Fue en un bosque el 2 de julio de 1505, cuando regresaba a la ciudad alemana de Erfurt, en cuya universidad estudiaba jurisprudencia. Invocó a santa Ana y juró entonces: «Quiero ser fraile», porque vio en ello una señal divina, por lo que, al cabo de un tiempo, ingresó en la orden de los agustinos. Y ya sabemos el cisma que preparó con la Reforma protestante, ni más ni menos que se empeñó en reestructurar la Iglesia cristiana y regresar a las enseñanzas originales de la Biblia, siempre según su punto de vista.

Si ya es raro que te caiga un rayo, mucho más lo es que sean cuatro, como le ocurrió al comandante galés Joseph Surfolk, que fue alcanzado por uno en la campaña de noviembre de 1939, motivo por el cual fue excluido de las trincheras afectado de una parálisis en las extremidades inferiores e ingresado en un hospital de Gales. Allí le cayó otro rayo que le dejó un brazo y la mitad izquierda superior del cuerpo sin movimiento. En su tranquilo retiro inglés, mientras reposaba en un jardín en compañía de su familia, un rayo selectivo se cebó de nuevo con él en pleno día, sin que apenas se hubiera iniciado la tormenta y le diera tiempo a refugiarse. Corría el año 1948 y, ahora sí, quedó completamente paralizado. Un año después, una descarga eléctrica entraba por la ventana de su alcoba y lo atravesaba de parte a parte matándolo en el acto. ¿Descansó por fin? Pues no. Lo más

tenebroso de este asunto es que sobre el panteón familiar se precipitó otro rayo en 1960, afectando únicamente a su nicho. Eso es tener querencia. Ni los sepultureros se atrevieron a acercarse hasta que llegara la policía. Por si era contagioso...

No se relajen, pues hay más casos electrizantes. Uno sobrevivió a siete descargas de rayos. Se trataba del guardabosque Roy Sullivan, de Virginia, apodado el «pararrayos humano». La primera vez, en 1942, solo sufrió la pérdida de la uña del dedo gordo de un pie; en la segunda (1969) se le carbonizaron las cejas; en la tercera (1970) sufrió quemaduras en el hombro izquierdo; en la cuarta (1972) se le chamuscó el pelo; en la quinta (1973) se le quemó la pierna derecha; en la sexta (1976) tan solo le afectó a un tobillo y, en la séptima y última (1977), mientras estaba en el patio interior de su vivienda (ya no se atrevía a salir al exterior) le alcanzó un rayo dejándole graves heridas en el pecho y el estómago. Al año siguiente, se mudó de casa. Si eso es increíble, que lo es, lo más inexplicable es que Sullivan no muriera a consecuencia de las heridas, sino que se suicidara el 28 de septiembre de 1983, descerrajándose un tiro en la sien, al parecer, por una cuestión de cuernos. Logró sobrevivir a varias descargas eléctricas de 50.000 voltios y 30.000 grados centígrados de temperatura, pero no a un desengaño amoroso.

Aparte de esas anécdotas, que para una tertulia de café con los amigos son muy agradecidas, el hecho es que para ciertas culturas que alguien sea «señalado» por un rayo y no muera le confiere unos poderes. Ocurre con los *graniceros*, una estirpe de chamanes mexicanos que dicen poder controlar el clima para el bien de sus vecinos. Para los *graniceros*, contactar con un mundo invisible es la gran labor de los «trabajadores del tiempo», los númenes con los que han de comunicarse para calmar o hacer venir a los elementos.

A lo largo de la altiplanicie mexicana —y, en especial, en la región de Morelos— los graniceros y otros hombres de conocimiento dedican sus dones al amparo del hombre, de su comunidad. Uno de los más famosos fue don Lucio Campos, de Morelos, que sobrevivió a la descarga de un rayo, pero estuvo en tierra de nadie, entre la vida y la muerte, en estado catatónico durante tres años. Al despertar sabía cuál era su misión. Muchas de sus enseñanzas no son suyas, sino que le son dictadas por los «trabajadores del tiempo», que a su vez son comandados por una serie de personajes sobrenaturales y etéreos que se denominan «los pastores», pertenecientes a un mundo invisible.

Como a veces nuestra cultura es muy cinematográfica, si quieren ver dos películas que se hicieron casi al mismo tiempo y que hacen referencia a los «elegidos por un rayo» o por la luz, vean *Powder* (Pura

energía), una película de 1995 dirigida por Victor Salva, y *Phenomenon* (1996) protagonizada por John Travolta y dirigida por Jon Turteltaub. Son de las que te hacen pensar.

8. ESTATUAS APOTROPAICAS

Voy a decir una aparente perogrullada: hay estatuas que son más que estatuas. Da igual que sean de mármol, hormigón armado, madera, confeti o cristal. En ocasiones son símbolos que nos están transmitiendo una ideología o un mensaje profundo.

A los que me voy a referir en este capítulo son un tipo de monumentos ciclópeos, estatuaria sacra en su mayoría. Han de ser vistos por mucha gente y por eso se sitúan en promontorios con grandes pedestales. Contienen un evidente significado político o religioso. No es lo mismo ver una estatua gigantesca de Gengis Khan que de Buda y no significa lo mismo un monumento a Lenin que a Cristo Rey. Sabiendo esto, observemos aquellas ciudades europeas que poseen un monumento colosal (la mayoría de las veces antropomorfo), tanto en una de sus plazas principales como a las afueras, en lo alto de una colina, para ser contemplado por diversos ángulos. Evidentemente, no me estoy refiriendo a la estatua de tal o cual escritor, pintor, rey o reyezuelo con sus dos metros de altura como máximo, subido a un caballo o enarbolando una espada, una pluma o un libro.

Me refiero a estatuas de mayor tamaño dentro del mundo espiritual europeo, asiático y americano. Por lo general, responden a un fin apotropaico, es decir, de clara protección sobre esa localidad o ciudad, además de ofrecer cordialidad y acogimiento, extendiendo los brazos o las manos. Ocurre en Córdoba, en Mesina, en Palencia y en Río de Janeiro, por citar unos cuantos ejemplos en el ámbito católico. Ocurre, asimismo, en otras partes del mundo, menos confesional. Mucha gente no percibe este significado. Mira la estatua, comenta algo sobre sus dimensiones, a veces se apoya en su pedestal, la fotografía varias veces y pasa de largo.

Se ubican en lugares elegidos a conciencia, enclaves elevados, energéticos, telúricos y, en ocasiones, reivindicativos. Están en sitios abiertos y públicos, como en la entrada de puertos o en las cimas de montañas, para ser vistos sin dificultad. No están para decorar sino para mandar un mensaje. ¿De qué? Esa es la cuestión. Conociendo su propósito y el entorno donde se halla, es un mensaje de índole proteccionista ante aquello que pueda hacer daño, en general, sean enemigos visibles e invisibles, demonios, malos espíritus, tormentas, invasiones, calamidades o lo que usted se quiera imaginar (como ocurría con la colocación de *paladios*), pero es indudable que se erigieron con esa finalidad de dar visibilidad y protección a un territorio, lo supieran o no sus artífices, mecenas, escultores o el

pueblo llano. Ya sea de modo consciente e inconsciente, el símbolo ejerce siempre su influencia. A veces, con el transcurso del tiempo, esa intencionalidad oculta se va olvidando y nadie recuerda por qué se levantó esa estatua. En muchas ocasiones el origen está en una promesa, un agradecimiento, una visión celestial o un evento sobrenatural como una aparición mariana, crística o angélica.

¿Por qué alguien construye un Buda de 128 metros, si con algo más pequeño cumple igualmente su objetivo? Me refiero al Buda del Templo de Primavera, en China, la estatua más grande del mundo, cuatro veces el tamaño del Cristo Redentor de Río de Janeiro. La finalidad para un budista sería la misma: proteger, atraer lo bueno y alejar lo malo, como si fuera un gigantesco y potente imán, a la par que talismán. Efecto similar ejercían los ídolos africanos o los tótems de los indios norteamericanos. La idea era rendir culto al ídolo que representaba el espíritu de un dios o de un animal poderoso para que este protegiera a la tribu o poblado. El tamaño, en este caso, sí que importa.

Los países ateos también tienen sus estatuas y, aunque no lo digan expresamente, siguen teniendo un carácter apotropaico. La estatua de la Madre Patria en Rusia, de 87 metros de alto, y la de Gengis Khan en Mongolia, son dos buenos ejemplos. No se habla de una protección divina, sino que se cree que el líder sigue inspirando con su presencia pétrea los valores de libertad, heroísmo, etc., que representó en vida, que ese pueblo valora y no quiere que se olviden.

Algo parecido piensa un cristiano cuando reza ante la estatua de san Miguel Arcángel, puesto que el juego y el lenguaje del simbolismo siguen las mismas reglas. Estatuas y monumentos ciclópeos que expresan conceptos e ideales religiosos los encontramos en todas las culturas y latitudes. En Japón tienen su impresionante Buda de Ushiku Amida. Hecho de acero y bronce, con 120 metros de altura (de los cuales cien son de la propia estatua y los veinte restantes corresponden al pedestal en forma de flor de loto), que se relacionan con doce rayos de luz que surgen del Buda hacia todo el mundo. Y las dimensiones en detalle también son sorprendentes: cada ojo mide 2,5 metros; la oreja 10; cada mano mide 18 metros y su posición, haciendo con los dedos dos mudras, significa la aceptación de todos los hombres del mundo, con independencia de sus creencias. La escultura es a la vez un edificio de cuatro plantas con museos, tiendas y lugares de oración. Según el budismo Shinshu, el Buda Amida es el corazón de la fe y señala la fuerza vital que cuida al hombre. Es una personificación de la dimensión transcendental y misteriosa de lo que los budistas llaman el *dharmakaya* (el vacío).

¿Nos vamos dando cuenta de ese sentido apotropaico que he comentado? Especial significación tienen las estatuas de cristos protectores de ciudades católicas. Hay más de los que parece y se busca esta iconografía porque sus habitantes consideran que con su mera presencia, a veces con los brazos extendidos en cruz, está defendiendo el territorio al que mira. El más conocido sin duda es el Cristo Redentor en Río de Janeiro, de 38 metros de altura incluyendo el soporte y 1.200 toneladas de peso, conocido como el Cristo del Corcovado. No solo es la escultura *art déco* más famosa del mundo (realizada en 1931), sino que desde el 2007 es una de las Siete Maravillas del Mundo Moderno. Y como suele ocurrir, en su origen hay algo especial. La idea surgió a mediados del siglo XIX, a sugerencia del religioso Pedro María Boss, que había tenido una visión y requirió entonces el apoyo mediático y económico de la princesa Isabel de Portugal; aunque lo tuvo, el proyecto no fraguó. Se buscó el lugar adecuado para erigirlo y se decidió que fuera en el Corcovado (por su forma similar a una joroba) si bien, inicialmente era conocido como el Pico de la Tentación, curioso nombre porque a alguien le recordaba (no se sabe a quién) al pasaje de la Biblia en el que se hablaba del monte donde Jesucristo fue tentado. Pasaron casi cinco décadas hasta que la idea se retomó en 1921, dentro de las celebraciones por el centenario de la independencia de Brasil. Al final se erigió en 1931 gracias a la financiación católica carioca y —dato curioso—, nadie murió durante la construcción del mismo, algo único y casi inverosímil para la época.

La estatua no fue construida en Brasil sino en Francia y transportada en numerosos bloques de hormigón (solo la cabeza está formada por más de cincuenta piezas). Además, la ensamblaron de forma contraria a lo que se podría pensar, es decir, en vez de empezar por los pies, se empezó por la cabeza.

Otros cristos gigantes similares con ansias de proteger el entorno están repartidos por el mundo católico. Uno de ellos se ubica en Cochabamba (Bolivia) y se llama el Cristo de la Concordia (34 metros), con los brazos extendidos, en un claro ademán de protección sobre la ciudad y hospitalidad de los habitantes de esta ciudad. En Cali (Colombia) tienen su espectacular Cristo Rey de 26 metros, construido en 1953 como un homenaje a la paz y un símbolo de seguridad para los locales. Se encuentra en la parte superior de Los Cristales Hill y cuenta con un mirador. La estatua de hormigón de Cristo Rey de Świebodzin (Polonia) completada en 2010, tiene 33 metros, sin incluir la corona dorada. Su altura simboliza la edad a la que se cree que Jesús murió.

9. SANTORAL CONTRA CASI TODO

Los habitantes de un entorno rural que viven de la agricultura o la ganadería saben del esfuerzo cotidiano y de las inclemencias meteorológicas. También saben que nadie da algo a cambio de nada; y los dioses no son una excepción. Cuando las cosas van mal dadas en sus cosechas o en la salud de personas y animales, se recurre a toda la corte celestial, a sus representantes en la Tierra, a sabiendas de que no todos los santos tienen peana ni el mismo poder de obrar milagros, según sea la petición.

Piden y a cambio ofrecen misas, procesiones, exvotos, penitencias, oraciones… Es otra cualidad de los personajes santificados: su poder para proteger y curar ciertos males. Los que más predominan son aquellos que alivian o sanan dolores de cabeza, infecciones o traumatismos, pero «hay de todo en la viña del Señor», y nunca mejor dicho. También destaca la protección de peligros más inmateriales (contra los demonios, dudas o tentaciones) y otros cuyos efectos son más sensibles y devastadores: erupciones volcánicas, incendios, naufragios, sequias, terremotos, tormentas…

Muchos pensarán que todo esto no son más que tonterías, supersticiones baratas o una manifestación de idolatría dentro del orbe católico (algo que ya criticaron los reformistas protestantes en el siglo XVI). El catecismo de la Iglesia católica sale al paso de estas acusaciones diciendo: «La idolatría no se refiere solo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios. Hay idolatría desde el momento en que el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios».

Cada uno es libre de encomendarse a quien quiera o de pensar si tanto santo curandero al final acaba haciendo las funciones de los dioses del Antiguo Egipto o del panteón griego. Ya lo dice el refrán: «A cada santo se le debe una vela». Y recuerden, ya que estamos sentenciosos, que «al santo que no me agrada, ni padre nuestro ni nada».

Veamos una lista de santos (no están todos) y de lo que supuestamente protegen, curan o sanan, porque nunca está de más conocer estas informaciones que han condicionado la fe y las creencias populares de nuestros antepasados.

ENFERMEDAD	SANTO PATRONO
Alcoholismo	San Juan de Dios
Ampollas	San Blas
Ansiedad	San Vidal
Calambres	San Pancracio

Problemas de la vista	Santa Lucía
Complicaciones en el parto	San Nonato
Convulsiones	San Aubiés
Depresión	San Digón
Desmayos	San Valentín
Disentería	San Policarpo de Esmirna
Dolor de muelas	Santa Isabel de Hungría
Dolores abdominales	San Carlos Borromeo
Dolores de cabeza	San Pedro mártir
Dolores de oído	San Cornelio
Dolores de parto	Santa Margarita de Antioquía
Enfermedades de la piel	San Antonio Abad
Sífilis y otras enfermedades venéreas	San Fiacro
Enfermedades del estómago	San Timoteo
Epilepsia	Santa Bibiana
Gota	San Andrés
Hernia	San Conrado de Piacenza
Herpes	San Antonio Abad
Incontinencia urinaria	San Vito de Lucania
Úlceras	Santa Aldegunda
Viruela	San Matías
Tuberculosis	San Casimiro
Tormentas marinas	San Telmo
Contra el granizo	San Abdón, san Senén y san Bernabé

Algunos son multiusos y sirven para varias cosas: san Blas para las ampollas, la dermatitis y los problemas de garganta. San Juan de Dios para el alcoholismo, los problemas del corazón, etc. Además de los dichos, los más consultados a día de hoy siguen siendo san Antonio de Padua para los solteros/as empedernidos y santa Bárbara bendita para los rayos y las tormentas (ya se sabe: «Acordarse de santa Bárbara cuando truena»). Y para los más desesperados, hay cuatro santos que son conocidos especialmente por su destreza en interceder en causas que consideramos sin esperanza y totalmente perdidas; y son: santa Rita de Casia, san Judas Tadeo, santa Filomena y san Gregorio de Neocesarea. Cuatro patronos de las causas imposibles, a los que se les pide de todo, desde aprobar un examen hasta que te toque la lotería.

Ahora bien, si tuviéramos que elegir al santo más universal, popular y querido de toda Europa, estaríamos posiblemente ante san Jorge. Y aun así no está entre los santos favoritos de la Unión Europea. Hay tantos… ¿Sabían que Europa tiene seis santos patrones para que protejan a sus estados miembros de achaques, baches y pecados? Solo hay que mirar su historia para comprobar que no es un campo florido de orégano. Son tres hombres y tres mujeres, paridad absoluta, para que no digan:

San Benito de Nursia
San Cirilo y san Metodio
Santa Catalina de Siena
Santa Brígida de Suecia
Santa Teresa Benedicta de la Cruz (la alemana Edith Stein)

Ninguno es español. Ni falta que hace. Lo importante para un creyente son los efectos, si es que los acreditan y los tienen. En España poseemos los nuestros. Y son muchos, tantos como pueblos y ciudades, tantos como provincias (esto es, cincuenta). Desde la Constitución de 1978, hay diecisiete autonomías y dos ciudades autónomas (Ceuta y Melilla) y ni una deja de tener un santo, una santa, una Virgen o un Cristo que las ampare en sus momentos difíciles. Es como un salvoconducto para sequías, tormentas o epidemias, en cuyo honor se celebran las fiestas mayores y menores de la localidad.

Para entendernos, los patrones son santos o advocaciones de Cristo y las patronas son santas o advocaciones de la Virgen. A los protestantes esta cuestión les pone de muy mal humor. Ellos, al considerar a Cristo el único mediador entre Dios y los hombres, niegan la necesidad de terceras personas o figuras que intercedan por nosotros. Y eso, entre otros motivos, provocó un cisma.

De un solo vistazo, veamos esas advocaciones marianas, patronas oficiales, muy comunitarias ellas, cada una con sus respectivas oraciones, romerías y rogativas:

—
Andalucía: no está definida, pues cada una de las ocho provincias tiene la suya con sus rivalidades, a cuál con más devoción y fervor, pero hay una corriente que quiere proclamar como patrona de los andaluces a la Virgen del Rocío, conocida popularmente como «La Blanca Paloma» o «La Reina de las Marismas».

—
Aragón: Nuestra Señora del Pilar, conocida popularmente como «La Pilarica».

—
Asturias: Virgen de Covadonga, conocida popularmente como «La Santina» (si bien santa Eulalia sigue también ostentando el título de patrona desde 1639).

—
Baleares: Virgen de Lluc.

—
Canarias: Nuestra Señora de la Candelaria, conocida popularmente como «La Morenita».

—

Cantabria: La Bien Aparecida, con sus 22 centímetros incluido el pedestal, es la imagen más pequeña de todas las patronas.

—

Castilla y León: Virgen de la Peña de Francia.

—

Castilla-La Mancha: Nuestra Señora del Sagrario.

—

Cataluña: Virgen de Montserrat, conocida popularmente como «La Moreneta».

—

Ceuta: Virgen de África.

—

Comunidad Valenciana: Virgen de los Desamparados, conocida popularmente como «La Geperudeta» (la jorobadita).

—

Extremadura: Virgen de Guadalupe.

—

Galicia: Virgen de la Franqueira.

—

La Rioja: Virgen de Valvanera.

—

Madrid: Nuestra Señora de la Almudena, aunque la patrona oficiosa es la Virgen de la Paloma.

—

Melilla: Nuestra Señora de las Victorias.

—

Murcia: Virgen de la Fuensanta.

—

Navarra: Santa María La Real.

—

País Vasco: Nuestra Señora de Aránzazu.

Se podrán imaginar que cada una de ellas merecería un capítulo aparte, analizando sus respectivos «libros de milagros» que hacen mención a curaciones inexplicables y a la defensa a ultranza de una población, algo que se escaparía del propósito de este libro.

10. EL BELICOSO SAN JORGE

Muchas leyendas hacen participe a san Jorge de hechos prodigiosos en medio de batallas y dragones, salvando a ejércitos, doncellas y poblaciones en apuros. Su distintivo es la cruz griega de color rojo y está en muchas enseñas, banderas, blasones y escudos de ciudades y entidades. Incluso el Fútbol Club Barcelona (el Barça) la ostenta. Es el patrón de Cataluña, de Aragón y de muchas localidades de la península ibérica que van desde Alcoy a Santurce, pasando por Cáceres.

Su verdadera difusión en Europa se produjo a partir de finales del siglo XI, a medida que los combatientes cruzados regresaban de Oriente y traían noticias de su culto en aquellas lejanas tierras donde era llamado el «megalomártir». Por su condición de guerrero invencible (además de guapo, de origen noble y bien ataviado) muchos caballeros cristianos y varios soberanos se encomendaron a su protección y lo eligieron como patrono. No estamos hablando de una Virgen, un ángel o cualquier otra divinidad con poderes de serie, sino de un mortal, un ser de carne y hueso, supuesto mártir capadocio del siglo IV, que llegó a acumular tantos méritos como Batman.

Sumemos a eso su intervención en batallas estratégicas contra enemigos acérrimos, pues muchos países se rindieron a sus pies o para ser exactos a las herraduras de su caballo. El arraigo a la devoción de san Jorge se debió en buena medida al fenómeno de las Cruzadas, iniciadas en 1096, que, a su paso por Bizancio y Macedonia, camino de Tierra Santa, iban recogiendo testimonios sobre su figura. El primer acontecimiento sonado en el que intervino visiblemente fue durante el sitio de Antioquía (1098). Los soldados afirmaron que cuando estaban a punto de ser derrotados por los sarracenos, se les apareció san Jorge a caballo, vestido con una armadura blanca en la que resplandecía una cruz roja. Les animó a que siguieran combatiendo sin temor alguno, ya que suya era la victoria, lo que dicho por él, con esa prestancia, enaltecía los ánimos.

Desde el siglo XII se fue extendiendo progresivamente su patronazgo sobre guerreros, caballeros y armeros cristianos de toda Europa. En España, aunque era conocido desde el siglo X, no alcanzó notoriedad hasta el siglo XIII, principalmente en los estados de la corona de Aragón.

No es extraño que se crearan iglesias y órdenes de caballería con su nombre y que muchos países europeos lo adoptaran como hijo predilecto: Grecia, Inglaterra, Lituania, Polonia, Portugal, Bulgaria, Rusia y Serbia son algunos de ellos. También es el patrón de Etiopía

(con fuerte presencia de cristianos ortodoxos) y de los *boy scouts.* Y evidencia aún más su popularidad el que todo un estado —la antigua república soviética de Georgia—, deba su nombre a este santo.

Solo había un problema y es que sus datos biográficos eran tan exiguos que la propia Iglesia mostró muchas reservas acerca de su existencia. En 1961 su fiesta se suprimió del santoral católico, quedando reducida a simple conmemoración y, encima, el año 1969 se trasladó su fecha de celebración al 1 de enero, junto con la de otros santos como Nicolás y María Goretti.

Un duro golpe a su estima, que no afecta a su gloria. San Jorge sigue siendo un santo guerrero, extranjero y partidista, que intervenía en ayuda de las tropas cristianas, se la hubieran pedido o no. Lo mismo hacía el apóstol Santiago con su caballo, y entre ellos hubo sus piques. O más bien entre sus seguidores. Uno era la enseña principal de los soldados castellanos, que al grito de «¡Santiago y cierra España!» entraban en batalla. El otro, san Jorge, lo era para los aragoneses al grito de «¡Aragón, Aragón, san Jorge!», y ahí subyace la rivalidad entre ambos reinos que hicieron de esta diferenciación de patronazgo una de sus señas de identidad.

Si tiramos de cronología, su figura está relacionada con la batalla de Alcoraz (Huesca), de 1096, en la que ayudó al ejército del rey Pedro I, que supuso la reconquista de la ciudad de Huesca y posibilitó la posterior configuración de Aragón como un reino extenso y poderoso. Según las crónicas, las tropas moras buscaron el socorro del rey de Zaragoza Almozaben para derrotar al infiel. Cada bando acusaba de infieles a los del otro. El campamento cristiano estaba en inferioridad numérica y esta refriega sucedía, según la tradición, simultáneamente con el sitio de Antioquía antes mencionado, lo cual no es verdad, porque esto último ocurrió dos años después (primer punto débil de esta leyenda). Pero bueno, vamos al grano, que es cuando apareció entonces un jinete resplandeciente vestido con sus mejores galas, luciendo cruz roja en pecho y escudo, acompañado de un ser humano con aspecto despistado.

Finalmente, la victoria se decantó del lado cristiano, ya que las armas del santo eran poco santas y bastante mortíferas. Buscaron entonces a ambos caballeros para darles las gracias, aunque al que encontraron fue a su acompañante alemán, que contó atónito que estando en Antioquía, en las cruzadas de Oriente, mataron a su caballo y, al encontrarse en el suelo, lanzó el grito de guerra «¡san Jorge, a ellos!». Inmediatamente vio a su lado a un efebo que lo montó a la grupa de su caballo y volando por los aires lo transportó desde Tierra Santa a los llanos de Alcoraz. Y hasta ahí podía contar, pues no

se acordaba de nada más. El jinete es identificado como san Jorge y en el lugar de la batalla levantaron una ermita en su honor.

Toda esta inaudita historia de teletransportación se puso por escrito en el siglo XIV, tres siglos después de los hechos bélicos (segundo punto débil), que es cuando se había extendido el patronazgo de san Jorge sobre el estamento caballeresco. En la *Crónica de los Estados Peninsulares* es donde aparece por vez primera y luego se extiende a otras obras del siglo XV y XVI. Quien da más datos es el historiador Diego de Aynsa, que en 1619 reproduce al detalle la batalla y allá cada cual con su credibilidad. En grafía más moderna dice así:

> Invocando al Rey el auxilio de Dios nuestro señor, apareció el glorioso caballero y mártir S. George, con armas blancas y resplandecientes, en un muy poderosos caballo enjaezado con paramentos plateados, con un caballero en las ancas, y ambos a dos con Cruces rojas en los pechos y escudos, divisa de todos los que en aquel tiempo defendían y conquistaban la Tierra Santa, que ahora es la Cruz y hábito de los caballeros de Montesa. Y haciendo la señal al caballero que se apease, comenzaron a combatir ambos a dos tan fuerte y denodadamente contra los Moros, dándoles tan mortales golpes, el uno a pie, y el otro a caballo: que abriendo carrera por do quiera que iban, recogían y acaudillaban los cristianos. El caballero que trajo el santo mártir, dice la historia de S. Juan de la Peña alegada por Çurita, que era alemán, al cual en aquel día y hora peleaba en Antiochia con los demás cruzados, mataron los moros el caballo, y lo rodearon para matarle; y a este punto le apareció el gloriosos S. George, sin que el buen caballero Alemán entendiese ni supiese quien era ... y ayudole a subir en las ancas de su caballo, y sacole de su batalla, y súbitamente lo transportó a Aragón, al lugar donde era la batalla del Rey don Pedro con los Moros, y señalole que se apease y pelease...

Con el tiempo, la cruz de Alcoraz, este emblema georgino, acabó formando parte del escudo de Aragón y de la bandera de Cerdeña, con las cuatro cabezas de moros.

El arraigo a esta devoción hizo que proliferaran los relatos que reproducían un episodio similar al narrado sobre Alcoraz en otras muchas batallas de la Reconquista. Así ocurrió en las campañas de Pedro II en el Maestrazgo (1210) o en la toma de Mallorca (1229) y de Valencia (1237, batalla del Puig de Enesa) por Jaime I, que, además de rey, era cronista. Y cuenta que en la campaña contra Valencia algunos nobles y caballeros entre aragoneses y catalanes le explicaron que cuando ellos «estuviesen en un monte que ahora se llama Santa María del Puig, y contra ellos viniese toda la morisma, en la gran batalla que se entabló entre ellos, se apareció San Jorge con muchos caballeros del paraíso que ayudaron a vencer en la batalla en la que no murió cristiano alguno».

El mismo Jaime I narra que en la conquista de Mallorca, «según

nos contaron los sarracenos, decían que vieron entrar primero a caballo a un caballero blanco con armas blancas». Para el rey este caballero fue san Jorge, «pues en historias encontramos que en otras batallas lo han visto tanto cristianos como sarracenos muchas veces».

Dada su fama, la corona de Aragón y todos los estados europeos que tenían influencias intentaron conseguir alguna reliquia de san Jorge, lo que fuera, una canilla, una tibia, una oreja y no digamos la calavera. La catedral de Valencia posee un relicario con un brazo y una mano de san Jorge desde el siglo XIV. Y el cráneo dicen que está en una iglesia de Roma. Nos faltan la espada flamígera y los huesos del caballo. Todo se andará.

11. AMULETOS SALVADORES DE VIDAS

Leyendas, costumbres, tradiciones, supersticiones, creencias, rarezas, manías… llámenlo como quieran, pero ahí están, pase el tiempo que pase. Para el zulú puede ser la escama de una tortuga, para el bosquimano una corteza de baobab y para un católico una medalla de san Benito, una cruz de Caravaca, un *lignum crucis* o un escapulario. Y en todos ellos se deposita la misma fe y se busca la misma finalidad: suerte, salud, dinero y amor. Y en el apartado de la salud, el propósito de evitar un peligro, una enfermedad o la propia muerte.

Sus raíces se hunden en la magia empática de ritos paganos y ancestrales, basada en que «lo similar produce lo similar», es decir, los efectos se parecen a sus causas (también lo llaman magia imitativa). O bien, aquellas cosas que han estado en contacto alguna vez siguen ejerciendo influencia mutua una vez separadas (y lo llaman magia contagiosa).

Con artes mágicas o sin ellas, el sueño de la invulnerabilidad es universal. Los «detente bala», sean en estampa o en brebajes, han estado en la cabeza de mucha gente. Con tal de infundir valor al soldado se hacía cualquier cosa, por extravagante que fuera. Los oficiales saben que la moral en el campo de batalla es un arma mucho más eficaz que una ballesta o un AK-47. Durante la Guerra de los Treinta Años se puso de moda el *aqua magnanimitalis* —«agua de la magnanimidad»—, una sustancia milagrosa y protectora para no temer el acero de los enemigos. He aquí los ingredientes de la receta de marras:

> En medio del verano, golpea un hormiguero con el látigo de montar para que las hormigas destilen de su cuerpo, por el miedo producido, un líquido de fuerte hedor, muy picante. Toma una cantidad cualquiera de dichas hormigas, encerrándolas en una retorta. Llena dicho recipiente con aguardiente fuerte en estado puro, sin mezcla alguna; tapa la boca de la retorta y déjala expuesta a los rayos del sol. Déjala así durante quince días. Luego destílalo todo, y en el líquido así obtenido póngase media onza de canela.[14]

Antes de cada batalla había que mezclar media cucharadita de este brebaje con un poco de vino. Para el gaznate y a pelear. Inmediatamente, el soldado notaba unos calores que le recorrían todo el cuerpo ¿Los efluvios del vino? ¡Qué va!, el curandero de turno le diría que ese calor era el valor y que todo ese proceso se debía a que había tomado posesión del instinto belicoso de las hormigas. Y se lo creían. Solo les faltaba que grabaran en su frente la frase de «nasíos pá matá», del sargento Aresinvia.

A esta agua magnánima le salió una competidora: la «moneda de

Mansfeld», que se acuñó en memoria de Hoyer Mansfeld, afamado por haber nacido gracias a una cesárea y por su extremada suerte en la guerra. Su lema proclamaba su gloria: «Yo, conde Hoyer, que no nací, nunca he perdido una batalla». Las monedas Mansfeld, acuñadas durante la guerra de los Treinta Años, llevaban en una cara este lema y por la otra una imagen ecuestre de san Jorge matando al dragón. Aquellos afortunados que la tenían en su faltriquera heredaban con ella la invulnerabilidad en el combate de Hoyer Mansfeld, suficiente para que se «disparara» la demanda en la compra de esta moneda por la que se llegaba a pagar diez o doce táleros corrientes.

Líquidos y monedas. Nos falta un poco de musgo. Que en 1615 se publicara en Alemania un libro con el sugestivo título de *El tesoro misterioso de los héroes* picaba mucho la curiosidad, pues no era una obra corriente, sino un grimorio mágico que ofrecía remedios y hechizos como si de ciencia pura se tratara. Su autor se escondió bajo el seudónimo de Johannes Staricius. Y, entre otras barbaridades y tonterías, se incluía en él una receta para evitar verse herido en la batalla:

> Búsquese y hállese el cráneo de un ahorcado, o de uno que haya muerto en la rueda, sobre el cual ya haya brotado moho. Señálese bien el lugar y déjese intacto el cráneo. Vuélvase al día siguiente y prepárese el cráneo para que sea fácil recoger el moho. El viernes siguiente, antes de la salida del sol, acúdase nuevamente al lugar, ráspese el moho, recójaselo en un trocito de paño, y cósaselo al forro de la chaqueta, bajo la axila izquierda. Mientras se use la chaqueta, se estará a salvo de bala, filo o estocada.[15]

De acuerdo con otra forma de la receta, era mejor tragar un poco de este moho antes de la batalla. Corrías el riesgo de una diarrea, pero… El autor tenía un amigo, un valiente capitán, que atestiguó solemnemente el efecto de esta magia: durante veinticuatro horas hacía inviolable al sujeto. No era un musgo cualquiera. El llamado «musgo craneal» formó parte de las boticas hasta el siglo XIX. Con él se formaba la «usnea humana» o «moho de cráneo», que gozaba de gran fama como agente curativo para enfermedades cerebrales o para detener la sangre producida por una herida (aplicándolo sobre la misma herida o apretándolo con la mano cerrada). Era *conditio sine qua non* que el cráneo fuera de un ajusticiado o de un soldado muerto en el campo de batalla, porque dejaba un cadáver bonito y sanísimo, apto para el crecimiento de la mejor variedad de musgo.

Sigue diciendo el tal Staricius que todos los cazadores saben que en determinada época del año las gamuzas, mamífero rumiante parecido a la cabra, son invulnerables a las balas. Se debe a que mascan unas hierbas especiales que las preservan de las posibles heridas de los disparos del cazador. Esta hierba se encuentra en los

pastos habituales de las gamuzas, pero ¿cuál de todas era? Y Staricius explica que cuando se abate por fin al animal se le abre el vientre y se buscan en su estómago las hierbas mal digeridas, que mezcladas con su pelo formaban residuos sólidos de forma esférica. En las viejas boticas se conocía este producto con el nombre de «piedra-gamuza». Era un pariente pobre de la piedra bezoar, extraída del estómago de los antílopes y de otros animales asiáticos de cuernos, un material que fue tema de innumerables leyendas en su condición de supuesto curalotodo o antídoto infalible del veneno. Su modo de empleo es el siguiente:

> Cuando la Tierra caiga bajo el dominio del planeta Marte, pulveriza la piedra de gamo, toma una brizna de la misma en un vaso de malvasía, y ponte a correr con todas tus fuerzas hasta que el sudor moje tu cuerpo. Repite el mismo procedimiento tres veces seguidas, y tu cuerpo se volverá invulnerable.

Al menos en este caso no hay que comer musgo ni llevar monedas de la suerte. Con darse una buena sofoquina era suficiente. Total, los efectos eran los mismos: nulos.

Hablando de Marte, una de las razones por las que Atila, rey de los hunos, se consideraba invencible en todas las batallas, y así lo creían sus soldados, era porque blandía la mismísima espada del dios Marte. De acuerdo con una leyenda recogida por el historiador romano Jordanes (siglo VI), Atila la descubrió así:

> Dice el historiador Prisco que fue descubierta en las siguientes circunstancias: cierto pastor descubrió que un ternero de su rebaño cojeaba y no fue capaz de encontrar la causa de la herida. Siguió ansiosamente el rastro de la sangre y halló una espada con la que el animal se había herido mientras pastaba en la hierba. La recogió y la llevó directamente a Atila. Este se deleitó con el regalo y, siendo ambicioso, pensó que se le había destinado a ser señor de todo el mundo y que por medio de la Espada de Marte tenía garantizada la supremacía en todas las guerras.

Y se lo creyó. Tanto que la supremacía y el imperio del «azote de Dios» duró diecinueve años. Muchos o pocos, según lo veamos. Después de él la hierba volvió a crecer.

Si todos estos métodos, objetos y sustancias no convencían, había otros tipos de magia. En 1611, Kaspar Neithart, otra especie de azote a su manera, era el verdugo pícaro de Passau (Austria), y tuvo una idea brillante. Ofreció a los mercenarios varios trozos de pergamino cubiertos de signos y fórmulas mágicas. Y los convenció de que, si se colgaban los fragmentos alrededor del cuello (o, mejor aún, si los tragaban) serían inmunes al acero del enemigo. Algunos incluían estas palabras: *arios*, *beji*, *glaigi*, *ulpke*, *nalat nasaa* o grupos de letras elegidas al azar. Insensatez pura.

Las extrañas combinaciones cabalísticas y el morbo que siempre rodea a un verdugo, excitaron la imaginación de los sencillos

soldados, de modo que caían en tan primitivo ardid. Los trozos de pergamino se pagaban a precio de oro. Al menos tenían cierto efecto: infundían extraordinaria bravura a los soldados, pues estaban seguros de que las armas enemigas nada podían hacerles. Si un soldado era herido, existía una sencilla explicación: el enemigo había aplicado fórmulas mágicas más potentes que las suyas. Este sencillo pero astuto truco hizo rico a Neithart.

Durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial esta creencia en medallas de santos, crucifijos, relojes de bolsillo, monedas o, incluso, ropa interior de sus novias sirvió para reforzar la moral de los soldados y aviadores. Hasta el propio general Eisenhower tenía un juego de siete monedas de la suerte que frotaba antes de tomar las decisiones estratégicas más importantes. Los ejemplares de la Biblia de pequeño tamaño se agotaron en Gran Bretaña durante las dos contiendas mundiales, puesto que muchos soldados llevaban una en el bolsillo superior izquierdo para proteger el corazón. Al parecer, en algunas ocasiones funcionó. Un caso que transcendió fue el del sargento Louise Harward, que durante el Día D, al poco de desembarcar en la playa de Utah, vio cómo una bala enemiga impactaba en su rifle y, al rebotar en él, era interceptada por la Biblia que guardaba en un bolsillo del pecho, quedando alojada en ella. Sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y conservó siempre esa Biblia agujereada como un preciado amuleto de vida.[16]

La creencia en talismanes, fueran los que fueran, provocaba seguridad psicológica, pero en ocasiones podía ocurrir lo contrario, causar un sufrimiento psicológico si olvidaban o perdían el amuleto o talismán, porque sin él se sentían muy vulnerables. Y eso es muy peligroso en un campo de batalla…

12. EXCREMENTOS SAGRADOS

Mira que se ha buscado la llamada «panacea universal» y no se ha reparado en gastos ni en moral para ello. Se han utilizado todo tipo de sustancias minerales (plomo, cobre, oro, plata), vegetales (ricino, genciana, romero, aceite, vino), orgánicas (leche, grasa, huesos, vísceras de animales) y otras que constituyen la llamada apoteca nauseabunda o farmacología asquerosa (orina, sangre menstrual, carne putrefacta, pulgas pulverizadas, sapos calcinados, excrementos de cocodrilo, heces de mosca, cerumen de orejas de pollino... y no sigo).

Y ¿nada de nada? Depende. Todo es relativo. En su día apareció el polvo de momia y el cuerno de unicornio, que se decían capaces de curar por sí mismos todas las patologías que se pueden encontrar en un tratado médico. Se crearon incluso ciertas mixturas que intentaron camuflarse como curadoras de todo tipo de envenenamientos y males, algunas de ellas llegaban a contener más de setenta sustancias exóticas diferentes, a cuál más ineficaz. El ejemplo clásico es la Triaca de Mitrídates, la Gran Triaca de Galeno o el Arconticon.

Lo normal es acudir a sustancias más convencionales y ordinarias. En la India, donde la vaca es un animal sagrado, los hinduistas han atribuido a su orina propiedades espirituales y medicinales, entre ellas la capacidad de estabilizar la presión arterial y la de curar problemas de estómago y de corazón. Aunque hay gran parte de mito en esto, los científicos han comprobado que la orina de vaca presenta altos niveles de hierro, nitrógeno, azufre, sodio y otros minerales, los cuales son capaces de restaurar el equilibrio de estos iones en el cuerpo y eliminar toxinas. Cuestión de dosis y de náuseas.

A lo largo de la historia, distintas culturas han venerado las heces. No pongan cara de asco. En el Imperio romano había unos cuantos dioses encargados de las heces. Sterquilinus era uno de ellos, y Cloacina, la diosa que gobernaba la cloaca máxima, es decir, el alcantarillado y las letrinas de Roma. Y Crepitus era el dios de los retretes y de las flatulencias. Tenían sus templos y eran invocados en caso de diarrea y estreñimiento. Estos «dioses de mierda» (con perdón) protegían de todo aquello que no se quería nombrar. Los aztecas llamaban al oro *teocuiliatl,* o sea, la «cagada de los dioses». Con perdón, de nuevo.

Entre los libros raros y curiosos de mi biblioteca tengo el de John Gregory Bourke, un antropólogo de Filadelfia que en 1891 publicó *Escatología y civilización*, en el cual se analizan varios ritos, usos, creencias y comportamientos antropológicos del mundo entero a cuál

más excéntrico. Cita el caso de ciertos reyes árabes cuyos excrementos eran la materia prima para la elaboración de un incienso sagrado o las reliquias textiles del Niño Jesús, sus pañales, por ejemplo, como poseedoras de poderes milagrosos.

Uno de los que más me ha llamado la atención es el dedicado a los excrementos del Dalai Lama del Tíbet. Nos cuenta Bourke que hasta hace algún tiempo era generalmente aceptada la creencia de que algunos amuletos de monjes budistas se confeccionaran con cabellos, uñas, secreciones y defecaciones de un gran lama venerado.[17]

El geógrafo danés Konrad Malte-Brun, fundador de la Sociedad Geográfica de París (1821), lo afirmaba rotundamente en su obra *Universal Geography* al decir: «Es un hecho cierto que los residuos expulsados por su cuerpo son recogidos con sagrada complacencia para ser utilizados como amuletos e infalibles antídotos contra las enfermedades». Sin embargo, el reverendo padre Huc, en su obra *Recuerdos de un viaje por la China* (1849), lo niega con estas palabras: «El Dalai Lama es venerado como una divinidad por los tibetanos y mongoles y la influencia que ejerce sobre la población budista es verdaderamente asombrosa; no obstante, es excesivo afirmar que sus excrementos son recogidos cuidadosamente para convertirlos en amuletos que los devotos encierran en saquitos que cuelgan del cuello».

Arduo y oloroso asunto este, hasta el punto de que Warren Hastings, el que fuera gobernador general británico de la India, habla de los grandes sacerdotes tibetanos, los *kuchuktu*, de los cuales dice: «Reconocen la superioridad del Dalai Lama hasta el extremo de que sus excrementos son vendidos a un alto precio como amuletos entre las tribus tártaras seguidoras de esta religión». El colmo del detalle lo proporciona el aventurero francés Jean Baptiste Tavernier, al afirmar, en sus *Travels into India,* que los excrementos eran cuidadosamente reunidos y secados para ser posteriormente usados de numerosas maneras: como condimento en alimentos, a manera de polvo para aspirar (semejante al rapé) o como medicina.

El viajero y artista ruso Nicolás Roerich, en una de sus experiencias por el Tíbet en 1928, se queda asombrado de ciertas reliquias:

> Un lama, con aire de profundo misterio, te ofrece vender unas píldoras que hacen milagros. Tienen gran poder y curan todas las enfermedades. Cuando te ves convencido de la necesidad de esta compra, el lama te informa, como la mayor de las recomendaciones, que la fórmula de estas píldoras incluye los excrementos de Su Santidad o de algunos lamas importantes. Luego viene un habitante de Lhasa de aspecto piadoso, asistente de un alto personaje, trayendo un amuleto para vender. Este amuleto garantiza completamente una seguridad

> contra las balas. El amuleto tiene tanto poder que el precio es nada menos que de trescientas rupias. Explica que el amuleto está garantizado y bendecido por un alto lama. Como tiene una garantía tan absoluta, sugieres que haga una demostración consigo mismo. Pero el hombre religioso prefiere confinar su demostración a una cabra, mientras sigue hablándote acerca del poder total del amuleto. Cuando no aceptas que la cabra sea el «chivo expiatorio», el hombre de Lhasa se aleja indignado.[18]

Según Freud, este tema de las heces nos incomoda porque nos recuerda nuestra naturaleza más puramente animal.

La mayoría de los textos de magia mencionan la orina y los excrementos, tanto humanos como de animales, con cuatro propiedades primordiales:

— Para elaborar amuletos con enjundia.

— Para realizar sortilegios y filtros de amor.

— Como antídotos contra esos sortilegios.

— Como medio para descubrir a las brujas.

13. PICATRIX Y LAS CIUDADES TALISMÁNICAS

La necesidad de creer es esencial cuando estás convencido de que eso te puede ayudar. En la Alta Edad Media la astronomía y la astrología tenían la misma categoría de científicas o seudocientíficas. La medicina y la magia a veces eran indistinguibles. Las ciencias ortodoxas y las heterodoxas iban de la mano. Los conocimientos llegaban hasta donde llegaban y no había mucha discusión. Todo era válido menos lo ilegal.

Dentro de la astrología occidental existían cuatro ramas principales: la astrología horaria, la natal, la mundana y la electiva o judiciaria, con la que, a petición del cliente, el astrólogo hacía pronósticos, horóscopos, almanaques y vaticinaba la fecha, la hora y el lugar geográfico más propicio para llevar a cabo una transacción comercial, una boda, construir una casa (o un monasterio como el de El Escorial) o emprender una batalla. Dentro de esta última modalidad se podría incluir la astrología taslismánica, en la que un objeto era imbuido de poder, o sea, de las influencias astrales de un instante determinado a fin de atrapar o atraer dichas energías a favor del portador. Dos famosos ejemplos en el mundo de la pintura serían el retrato que hizo Durero a su amigo Kleberger, en el que podemos descubrir en la esquina superior izquierda un extraño emblema, formado por seis estrellas y un misterioso símbolo cabalístico de protección conocido como *Sol in corde leonis*, conjunción de la estrella más brillante de Leo con el Sol. O bien, el cuadro de Velázquez, *Las Meninas*, en el que el pintor distribuyó a los personajes según la disposición de las estrellas en la constelación de Capricornio y la de Corona Borealis para proteger precisamente a la infanta Margarita y a los demás miembros de la Casa Real.

Todo esto se hacía más o menos con sigilo y precaución, pues no todo el mundo estaba preparado para entender el mensaje. Un manuscrito medieval se atrevió a revelar lo que hasta ese momento estaba oculto. Me refiero al *Picatrix*, aunque el título es erróneo. Parece que en el Renacimiento tradujeron mal el nombre de su autor árabe y lo utilizaron como título. El *Picatrix* fue escrito a mediados del siglo XI por un sabio musulmán que vivía en Andalucía. Su título original era *Ghayat El Hakim*, que significa «la meta del sabio». Fue escrito primero en árabe, usando como referencia una colección de 224 libros sobre las artes más prohibidas y heterodoxas: hermetismo, astrología, magia y alquimia. Se cree que el autor fue Abū-Maslama, un astrónomo, matemático y alquimista de Al-Andalus que quería reunir todo el conocimiento del Medio Oriente. Muchos autores

resumen la obra como «la exposición más completa de la magia celestial en árabe». El *Picatrix* está dividido en cuatro tratados y desvela todo tipo de fórmulas sobre «cómo influenciar a los hombres a distancia» y cosas parecidas, que ya las quisiera para sí un jefe de *marketing* sin escrúpulos.

Este grimorio fue codiciado por muchos reyes y nobles, costase lo que costase, algo que no es de extrañar si empieza diciendo:

> El tratado primero tiene siete capítulos, y con objeto, pues siete son los planetas. El primer capítulo trata de la nobleza de la sabiduría, porque en el tratado primero trato de la esfera celeste y los cuerpos de la esfera celeste, referidos a la composición de talismanes, y a cómo proyectan los astros sus rayos sobre este planeta.[19]

Circularon varias copias en la época medieval y el Renacimiento, pero no es hasta 1933 cuando se dispone de una versión árabe fiable y se traduce a varios idiomas europeos. Se dieron cuenta de que el *Picatrix* trataba sobre una forma de magia hermética que daba una visión diferente de la realidad, conocida por los expertos como «magia celestial» o «magia astrológica», que intentaba atraer a la Tierra el poder y la influencia de las estrellas, los planetas y de ciertos espíritus.

La idea consiste en seleccionar un objeto especial o un monumento al que se denomina talismán y a través de rituales, ceremonias y encantamientos mágicos inducir las energías astrales de espíritus y ángeles para que moren dentro de él. El *Picatrix* es un manual sobre cómo pueden crearse estos talismanes y acaba hablando del diseño de una ciudad entera colocada bajo los alineamientos astronómicos y astrológicos precisos con monumentos, obeliscos, estatuas, capillas y edificios cuidadosamente diseñados con esquemas sagrados y geométricos: «Talismán para favorecer una ciudad o un sitio. Fabrica un talismán en un ascendente fasto, fastos la décima y su dueño, la segunda y la octava, fastos la Luna, el dueño de la casa de la Luna y el dueño de la casa del dueño del ascendente; entiérralo en medio de la ciudad: verás maravilla». Y si lo que se quiere es lo contrario: «Talismán para la ruina de una ciudad o un sitio cualquiera. Hay que hacerlo a la hora de Saturno, que es nefasto, que sean nefastos el ascendente de la ciudad y su dueño, y el dueño de la casa del dueño del ascendente, exilados los astros fastos del ascendente y del dueño del ascendente, y en caída los astros fastos de los trígonos del ascendente y de los angulares, y enterrarlo en medio de la ciudad».

En la versión latina del *Picatrix* se dice que esta ciudad-talismán fue diseñada hace siglos por Hermes-Thot, se llamaba Adocentyn y estaba situada cerca de abundante agua, en la que Hermes también construyó un templo solar y se levantó al este de Egipto, de unos veintitrés kilómetros de largo. En la versión árabe original del *Picatrix*

la ciudad se llama Al Ashmunain, que es el nombre de Hermópolis Magna (la ciudad de Hermes), donde una vez estuvo la capilla más importante del dios Thot. Los coptos atribuyen a Hermes un templo al Sol:

> Y que se hacía invisible a la gente que no le veía, aunque estaba con ella. Él es quien construyó la ciudad oriental de Egipto que tenía doce millas de largo y donde hizo una ciudadela con cuatro puertas, una por cada punto. En la puerta oriental hizo la imagen de un águila. En la puerta occidental, la de un toro. En la septentrional, la de un león. En la austral, la de un perro. Habitaban en ellas las espiritualidades que hablaban si alguien venía hacia ellas, y se les oían voces horrísonas y nadie se atrevía a acercárseles si no con permiso del encargado de ellas. Plantó en ellas un árbol imponente que daba toda clase de fruta y en lo alto del alcázar hizo un faro de treinta brazas y coronado por una cúpula que lucía cada día de la semana de un color y la ciudad se ponía de ese color. Alrededor del faro puso mucha agua donde se criaron peces. En torno a la ciudad puso talismanes de todas clases que apartaban los males de su gente. Se la denominaba ciudad de los Asmoneos.

Desde esta perspectiva, un talismán es un objeto con significado que pretende atraer buena suerte. Es un símbolo o icono potente que puede disparar la imaginación y las emociones de hombres y mujeres en cualquier lugar y en cualquier momento. Puede ser un pequeño amuleto, un anillo, un estandarte, un libro, un obelisco, una estatua, un templo e, incluso, una ciudad entera. Se intentó hacer con Babilonia, con Hermópolis y, más recientemente, con París o Washington.

El nombre de París procede, según el criterio de varios estudiosos, de la diosa Isis, algo que le dio bastante juego literario al novelista Dan Brown para la trama de *El código Da Vinci*. A nivel etimológico, algunos defienden que París sería una contracción de «para Isis», por Isis, la diosa del Nilo, cuyo culto expandieron las legiones romanas hasta las fronteras del Imperio. Jean Tristán, señor de Saint-Amant, opinaba otra cosa en 1644. Para él, el nombre viene de *Paria Isis*, basándose en la inscripción de unas medallas que representan a Helena, esposa de Juliano, el gobernador de las Galias y que residió en Lutecia en los años 358 y 359. Antoine Court de Gebélin, diseñador del tarot egipcio en el siglo XVIII, dio otra hipótesis: la embarcación con la que llegó Isis a la ciudad se llamaba Barís, que más tarde derivó fonéticamente en París. En fin.

En cualquier caso, el escudo de armas de París posee un evidente significado para aquellos que tengan un ápice de conocimientos mitológicos. Mírenlo, por favor. Lo encargó Napoleón en 1811. Verán un navío que navega por el río Sena y en su proa una inconfundible imagen de la diosa Isis y su estrella Sirio, para remarcar que era ella quien guiaba los destinos de esa embarcación y, por tanto, de la

capital de Francia, siempre por el buen camino en busca de puertos protectores. No en vano, Napoleón ordena a Champollion que traiga un gran obelisco para emplazarlo en el centro de la plaza de la Revolución, donde en su día se colocó la guillotina —que hoy se llama plaza de la Concordia como símbolo de reconciliación.

Este obelisco —y su hermano— originalmente marcaba y protegía la entrada al templo egipcio de Luxor y llegó a París en agosto de 1834 después de remontar el Sena. Dos años más tarde, el rey Luis Felipe lo colocó en su ubicación actual con una gran celebración. Era el 25 de octubre de 1836. En agradecimiento sincero y como compensación, Francia les ofreció una virguería de reloj mecánico, que hoy adorna el patio de la mezquita de Muhammad Alí, en la ciudad de El Cairo, pero los cairotas aseguran que nunca funcionó. Algún muelle o tornillo se debió de perder en el camino.

El Obelisco de París es una columna de granito rojo de 23 metros de altura, repleta de jeroglíficos. Pesa 230 toneladas y es de la época de Ramsés II. El Piramidión, situado en la cumbre del obelisco, se cubrió con láminas de bronce y oro, añadidas en mayo de 1998. Así evoluciona la historia, así se desarrolla el folclore en formación: una plaza donde las cabezas decapitadas levantaban gritos frenéticos de excitación popular y la sangre burbujeante corría por el alcantarillado, hoy se ha reconvertido en un lugar paradisíaco con una aguja egipcia en el centro que hace a la vez de reloj de sol, de monumento pagano y de *axis mundi*.

Isis fue transformada paulatinamente desde el siglo XII en una Virgen Negra. La cripta en la cual se le rendía culto está hoy abierta en el subsuelo situado en la Isla de la Cité, frente a Notre Dame. A partir de entonces, la ciudad de la luz ha sido capital política de Europa, residencia de las vanguardias culturales y foco de difusión de las más variadas corrientes esotéricas, ocultistas y mágicas. Por si fueran escasas estas influencias, lo último ha sido construir en el Museo del Louvre un lucernario o claraboya enorme en forma de pirámide de cristal. Y en su interior, no por casualidad, se encuentra una de las mayores y mejores colecciones arqueológicas del Antiguo Egipto.

Robert Bauval y Graham Hancock, en uno de sus trabajos, hacen referencia explícita a París, Filadelfia, Washington y Nueva York, indicando que, más que ciudades, serían organismos vivos en cuyas raíces subyacen unas claves secretas de grupos bien organizados que se reflejan en la arquitectura de sus edificios. Afirman que existe una antigua tradición hermética que ha pasado desde el Antiguo Egipto hasta nuestros tiempos a través de sociedades como los templarios o

los masones y que esta arquitectura monumental intenta imitar la disposición de algunas constelaciones, reflejando sobre la Tierra la posición exacta de las estrellas.[20]

A estos autores les resulta muy obvio que el simbolismo egipcio aparece en las artes, la arquitectura y el urbanismo en todo el Renacimiento europeo, y que así se puede apreciar en ciudades como Roma o París, con ciertos monumentos dispuestos sobre ejes o alineaciones estelares. Creen que fueron diseñadas siguiendo una notable influencia de la tradición herméticoegipcia, como vemos en Washington DC, planeada según principios masónicos, o en la ciudad de Alexandria, con el monumento a George Washington imitando la isla de Faros. También tenemos la Estatua de la Libertad, de Nueva York, que en su origen representaba a Isis, y cuyo escultor, Bartholdi, era masón. De hecho, era un regalo de las logias masónicas de París a las logias americanas.

No hay duda de que los franceses implantaron sus ideales de la Revolución de 1789 en Estados Unidos, siendo obra de masones los principales monumentos de su capital, con su obsesión por la arquitectura y mitología egipcia.

Bauval y Hancock aportan numerosos datos para intentar demostrar esa especie de religión secreta que ha perdurado hasta hoy. Después de la firma de la Constitución norteamericana surgió el deseo de crear una capital digna del nuevo Estado y encargaron la construcción oficial de la ciudad —que comenzó el 15 de abril de 1791— al arquitecto francés Pierre Charles L'Enfant, un masón que fundó una logia en Cincinnati. La primera piedra del nuevo Congreso fue colocada el 18 de septiembre de 1793. La ceremonia estuvo presidida por la Gran Logia de Maryland y George Washington dirigió el acto. El arquitecto nombrado para construir la Casa Blanca fue James Hoban, que había diseñado el Capitolio de Carolina del Sur. Hoban estaba afiliado a la logia n.º 9 de Georgetown. La colocación de la primera piedra del Capitolio también se hizo mediante un rito masónico y no olvidemos el gran obelisco blanco de 170 metros que está situado frente al Capitolio y que es un monumento al primer presidente de la nación.

Con un simple vistazo cenital al mapa de la ciudad de Washington, algunos ven que sus principales monumentos, estatuas y plazas se pueden unir formando un pentagrama o pentáculo y, claro, este símbolo dispara la imaginación. Siempre hay alguien que intuye en todo esto una deliberada estructura masónica y otros afirman que es satánica o, ya puestos, la programación del nuevo orden mundial.

La ciudad de Buenos Aires sigue unos pasos similares en cuanto a

su diseño a partir de 1880, momento de la federalización de la capital de la República Argentina. Si trazamos un círculo alrededor de la sede de la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones, ubicada en la calle Perón n.º 1242, a su alrededor se encuentran las instituciones más poderosas del país. Al norte: el poder judicial de la nación, ubicado en el Palacio de Tribunales frente a plaza Lavalle. Al oeste: el poder legislativo ubicado en el Congreso de la Nación. Y al este: la Casa Rosada, el poder ejecutivo. Los expertos aseguran que no es ninguna casualidad, puesto que uniendo los tres puntos se forma un triángulo con el edificio de la masonería argentina en el medio.

De sociedad secreta estamos pasando a sociedad con secretos y, desde un punto de vista más global, a ciudades con sus historias más o menos confesables, símbolos, talismanes y secretillos de familia que, al final, solo saben unos cuantos elegidos…

SEGUNDA PARTE

CUANDO LOS DIOSES DEJAN SU HUELLA

—Vinieron del palacio y se llevaron a Sivalinga de nuestra aldea.

—¿El qué se llevaron?

—Una piedra sagrada que les protege.

—Por eso Siva les ha traído hasta aquí.

—No nos han traído hasta aquí. Tuvimos un accidente de avión.

—Nos estrellamos.

—No, no. Rezamos a Siva para que nos ayude a encontrar la piedra. Fue Siva quien hizo que cayeran del cielo. Así que irán al palacio de Pankot para encontrar a Sivalinga y devolverla a nuestro pueblo.

(De la película *Indiana Jones y el templo maldito*, 1984)

14. EL ALMA DEL MUNDO

Franz Kafka exclamó: «En la lucha entre uno y el mundo, hay que estar de parte del mundo». Hay muchas formas de interpretar esta frase, una de ellas nos remite a la antigua doctrina del *anima mundi* en la cual el alma individual de cada ser humano participa de esa alma más global, como si todo y todos estuviéramos interconectados por hilos invisibles. Lo que le pase a Gaia repercutirá en nosotros. Lo que me recuerda a esa parrafada que escribió el jefe indio Seattle en una carta dirigida al presidente de Estados Unidos en 1855:

> Enseñen a sus niños lo que enseñamos a los nuestros, que la Tierra es nuestra madre. Todo lo que le ocurra a la Tierra le ocurrirá a los hijos de la Tierra. Si los hombres escupen en el suelo, están escupiendo en sí mismos. Esto es lo que sabemos: la Tierra no pertenece al hombre; es el hombre el que pertenece a la Tierra… Hay una unión en todo. Lo que ocurra con la Tierra recaerá sobre los hijos de la Tierra. El hombre no tejió el tejido de la vida; él es simplemente uno de sus hilos. Todo lo que hiciere al tejido, lo hará a sí mismo.

Si somos hilos sería bueno encontrar el ovillo. Y una pista nos la proporcionan los lugares considerados sagrados donde el hombre va en peregrinación, en los cuales el hombre tiende a transcender. La filosofía platónica concibe el universo entero como un organismo viviente que se proyecta al mundo para manifestarse y reconocerse. Y parte de ese organismo es el planeta Tierra, que tiene sus venas, nervios, músculos, corazón y alma. De ahí la importancia de conocer esos puntos geoestratégicos.

En el siglo XX, la antroposofía de Rudolf Steiner, la Teoría de Gaia de James Lovelock, el jesuita Teilhard de Chardin con su idea de la noósfera y el antropólogo Terence McKenna con su Logos de Gaia han creado una especie de revolución consciencial y ecológica que nos hace mirar hacia el pasado para reencontrar nuestro sitio en relación con la naturaleza.

La ingeniera suiza Blanche Merz planteaba hace unos años una hipótesis atractiva, al menos para mí, que era medir la vibración de algunos lugares mágicos del mundo entero para determinar por qué han tenido siempre ese poder de atracción. Utilizó para ello un método geobiológico como es el biómetro de Bovis (UB, unidad de medida radiestésica que define la vitalidad que posee un producto, una persona o un lugar).

Merz realizó una investigación por distintos puntos del planeta para cuantificar el conjunto de las radiaciones presentes en un determinado lugar o monumento, así como la interacción entre ellos y sus moradores. A partir del biómetro de Bovis básico, Merz diseñó el

biómetro ampliado, que cubre el rango de frecuencias de 10.000 a 20.000 UB. Con él se cubrió el campo de los «niveles vibracionales etéricos» que va de 11.000 a 13.500 UB, y el de los «niveles vibracionales espirituales», de 13.000 a 19.500 UB. Estos últimos propios de santuarios especiales y centros de iniciación. Sus resultados se publicaron en *Pirámides, catedrales y monasterios* (1987).

Con frecuencia habla de la «Red H» y se refiere a una red de fuerza invisible pero perceptible que forma una cuadrícula en todo el globo terrestre, como una red de pescar o un sistema nervioso, que lo recorre de norte a sur (con una distancia entre ellas de 2 metros) y de este a oeste (con una distancia de 2,50 metros). El espacio entre ambas líneas geométricas lo ocupa una zona neutral, sin perturbaciones. La anchura o grosor del rayo o línea es de 21 centímetros. La Red H debe su nombre a su descubridor, el médico alemán Ernst Hartmann, y pasa por todas partes, tanto sobre el terreno como a través de las habitaciones.

Uno de los «lugares cumbre» analizados en el libro fue la catedral de Santiago de Compostela, llegando a la conclusión de que el punto más energético se encuentra justo en la cripta, donde se haya el sarcófago. Lograron medir una intensidad de 21.000 unidades de energía, la vibración más alta de todos los lugares mágicos visitados. Hasta ellos se quedaron asombrados.

Sabemos precisamente por los trabajos de Merz y otros investigadores cómo la estructura energética de la catedral de Chartres y la de Santiago de Compostela son tremendamente semejantes, hasta el punto de que en ambas existen catorce canalizaciones artificiales de agua subterránea realizadas por los maestros canteros que convergen en un único punto que se encuentra en el cruce del transepto de la catedral, convirtiendo este punto, junto a otros factores, en uno de los de mayor nivel vibratorio del sitio. Y, por supuesto, no es casual. Llámenlo geometría sagrada o acupuntura telúrica, dan igual los términos, pero muchos enclaves obedecen a esas reglas con una evidente intencionalidad.

Incluso se habla de que Gaia es una entidad viva, orgánica, autorreguladora, que posee siete chakras planetarios (centros energéticos o biogeneradores) principales, amén de otros cuantos secundarios, donde la energía y la espiritualidad se potencian, considerados tradicionalmente como entornos de paz y meditación, vistos como poderosos vórtices de energía planetaria y universal. Serían los siguientes:

1. Monte Shasta (norte de California, Estados Unidos).

2.

Lago Titicaca (entre Perú y Bolivia).

3.

Uluru Kattjuta (Australia).

4.

Glastonbury (Inglaterra).

5.

La Gran Pirámide de Keops (Egipto).

6.

Kuh-e-Malek Siah (Irán).

7.

Monte Kailash (Tíbet).

No todos los especialistas están de acuerdo en que esos siete sean los principales. No sabemos los criterios arbitrarios de selección. Y dicen los geobiólogos que cada país tiene los suyos propios (Egipto, Perú, Brasil, China, México, India...) cumpliendo las mismas funciones. Solo hay que saber buscarlos y conectar con su onda vibratoria. Los de España, en la península, serían los siguientes:

1.

El Escorial (Madrid).

2.

Cañón del Río Lobos (Soria).

3.

Monasterio de Guadalupe (Cáceres).

4.

Santiago de Compostela (La Coruña).

5.

Covadonga (Asturias).

6.

Montserrat (Barcelona).

7.

Caravaca de la Cruz (Murcia).

Y muchos tienen sus talismanes (ocultos o a la vista) y sus propios guardianes invisibles. Les pongo un ejemplo referido al Barranco de Badajoz (Tenerife), algo que escribimos Javier Sierra y yo en *La España extraña*:

> El barranco de Badajoz no es un lugar cualquiera. Para los amantes del misterio se trata, probablemente, de uno de los lugares más mágicos de Tenerife, ubicado no demasiado lejos de las célebres pirámides de Güímar. Allí Rosa Poveda y Ana escucharon extraños sonidos que incluso lograron grabar en magnetófono, vieron los destellos luminosos que periódicamente alumbran la

> zona y hasta percibieron la presencia física de tres seres. A uno de ellos lo identificaron incluso como el «guardián del barranco», y este les anunció que aquel era un lugar sagrado de paz y oración, controlado por ángeles, transmitiéndoles su propio símbolo secreto. Hasta les reveló que este enclave lo llamaban Kallomani, «la tierra del hombre libre».[21]

En los dos archipiélagos existirían también dos centros importantes de poder telúrico y místico: el Monte Randa (en Mallorca) y la Candelaria (en Tenerife). Todos ellos son lugares de culto reconocidos por las tradiciones populares y avalados por mitos, ritos y leyendas tanto de épocas paganas como cristianas. Faltaba tener «pruebas» de su posible eficacia.

La citada Blanche Mertz y su equipo fueron a Egipto para analizar las pirámides y la esfinge de Guiza, así como algunos de sus templos. Quedaron fascinados por los resultados y llegaron a una conclusión:

> Nuestro estudio geobiológico nos enseña que esas gigantescas construcciones faraónicas tienen un punto en común: la red H forma una verdadera barrera de 18 líneas telúricas, siguiendo el contorno de las construcciones. El visitante que se apresta a franquearlas, por poco sensible que sea, las registra como si se tratase de un freno, de un obstáculo invisible… Este tipo de cordón de obstrucción o de protección en torno a las gigantescas construcciones se detecta tanto en la Gran Pirámide como en las pirámides que albergan tumbas… y el mismo fenómeno se repite alrededor de los templos más célebres de Luxor, Karnak, Tebas y Kom-Ombo, al igual que en el Valle de los Reyes, en torno a dos tumbas de líneas restringidas, en una de las cuales descansa Narth. Curiosamente, la tumba de Chamuas está rodeada solo por una barrera de siete líneas de rayos H en lugar de dieciocho.[22]

Yo no sé si serán correctas estas mediciones, pero desde luego corroboran lo que dicen místicos, iniciados, tradiciones herméticas y ciertas leyendas de que los lugares más sagrados están protegidos por toda clase de artilugios, artefactos, energías y entidades. Otro factor interesante que plantea Merz es que la cuadrícula telúrica se detiene a ras de las paredes, de manera que en el interior de la pirámide o del templo se disfruta de una zona neutral, exenta de rayos H. Todo esto se hizo buscando unos efectos precisos. Llámenlo magia, tecnología, sabiduría oculta o como se quiera.

15. ULURU: LA MONTAÑA SAGRADA EN EL CENTRO DE AUSTRALIA

Cuenta una leyenda que en Uluru se libró una terrible batalla durante el Tiempo del Sueño. El pueblo conocido como Los Hombres Serpiente Venenosos atacó a los que habitaban la zona, que eran los Hombres Serpiente sin más, pero Bulari, la Diosa Madre de la Tierra, logró vencer a los invasores con una nube de gases letales. Muchos de aquellos Hombres Serpiente, los que sobrevivieron, permanecen todavía encerrados en una prisión bajo los subterráneos de Uluru.

Los geólogos creen que solo aflora a la superficie el 10 por ciento de la montaña (su altura es de 350 metros), el resto se introduce en la tierra unos tres kilómetros más. Así que lo que vemos es como un iceberg de arenisca de 600 millones de años de antigüedad. Parece salido de la nada. En medio de kilómetros de desierto, en el corazón de Australia, se alza este montículo de Uluru como si acabara de emerger de las profundidades del magma terrestre. Y la luz le da vida por los cambios de tono que tiene a medida que van pasando las horas. Es el centro de lo que los aborígenes australianos llamaron *Dreamtime* (el Tiempo del Sueño), la época en la que todo comenzó, un tiempo más allá del tiempo en el cual los Seres Espirituales ancestrales formaron todo lo que vemos, donde se produjeron dos grandes batallas míticas y todo ello relacionado con los anangu, el pueblo aborigen que se considera guardián de la misteriosa roca.

Es el mayor monolito natural del mundo. La gran roca roja, la que cambia de color, el lugar más sagrado para los aborígenes, el ombligo del mundo, la montaña de los dioses… En fin, podríamos dar unos cuantos titulares periodísticos más y todos le harían justicia. Con forma oval, tiene más de 3,5 kilómetros de largo y unos 2 de ancho, con un perímetro de 9 kilómetros para los atrevidos que los quieran recorrer, siempre por un sendero señalizado y con barandillas. Y para verlo hay que ir adrede, como a todos los buenos lugares mágicos. Pese a lo imponente que resulta, no es el punto más alto de la zona. Una de las formaciones rocosas de los cercanos montes Olga (Kata Tjuta para los anangu) mide 546 metros de alto, está a 32 kilómetros de Uluru y también es venerada por los nativos.

Uluru en principio no se puede escalar ni fotografiar de cerca. Eso forma parte de las normas de Tjukurpa, la ley tradicional por la que los aborígenes se rigen en su moral y su vida social. Pero los turistas lo fotografían y lo escalan. Hay una cuerda de hierro anclada a la piedra que permite el acceso con cierta seguridad. Aun así, van más de treinta víctimas. Y no deja de ser una de las muertes más estúpidas

que uno pueda tener. Que te de un infarto o te despeñes en un lugar al que te han dicho que subir es una falta de respeto, es una forma insólita de pasar a la posteridad. En varias partes se hallan carteles con el mismo ruego aborigen y con tono filosófico:

> El lugar que va a escalar es un símbolo sagrado para nosotros. No debería hacerlo. No es lo más importante. Lo realmente auténtico es detenerse y oír. Estar atento a todo lo que le rodea. Escuchar y comprender. ¿Por qué tenemos que decirle que se vaya de aquí y que no suba? Solo deseamos que lo comprenda y nos comprenda. ¡No suba! Quizás le haga sentir tristeza, pero es lo que debemos decirle. ¡Estamos obligados a decírselo! Y así a los turistas se les encenderá una luz y dirán... ¡Ahora lo veo claro! Este es el camino correcto. ¡No escalar Uluru!

De los 400.000 visitantes que tiene al año, tan solo unos pocos suben a la roca. Y en 2019 estará totalmente prohibido. La alternativa es rodearla sin prisas, observando las cuevas y las pinturas que contienen algunas de ellas. Durante el recorrido, viendo las formas caprichosas de la roca y sus covachas, quizá encuentre un cartel cuyo nombre le haga esbozar una risita pícara: «Mala Puta». No van por ahí los tiros. Hace referencia a una cueva sagrada solo para mujeres anangu. Mala es el nombre de un pequeño marsupial, el *wallaby* de roca, y el cartel alude a la forma de la cueva con aspecto de bolsa epidérmica de los marsupiales. Además, el cartel remarca: «Muy importante espiritualmente», lo que nos sugiere que allí las mujeres celebraban determinados ritos de fertilidad.

En 1873, mientras exploraba el árido territorio del norte de Australia, el comisionado William Gosse descubrió una hilera de montículos rocosos al sur de Alice Springs. El más impresionante de todos fue un enorme monolito rojo, al que bautizó como Ayers Rock, en honor del primer ministro de Australia meridional, Henry Ayers. Pero Gosse ignoraba (o se hizo el loco) que la roca ya llevaba el nombre de Uluru. Cada grieta, cada recoveco, cada voladizo quiere decir algo para los aborígenes desde hace miles de años, algo que no se ha respetado hasta hace bien poco.

Dentro de sus numerosos mitos se habla de la pitón sagrada, del gran lagarto Kandju buscando su bumerán perdido, de la batalla entre los hombres canguros y los demonios dingo… Una cosmovisión compleja y difícilmente entendible para el hombre no aborigen que se limita a hacer fotos sin documentarse y, lo que es peor, sin impregnarse de la sabiduría milenaria de esa roca. Nos dicen que, durante el Tiempo del Sueño, seres ancestrales viajaron a lo largo y ancho de la Tierra y perpetraron hechos remarcables de creación y destrucción. Por ejemplo, en Uluru tenían su morada los Pitjantjatjara u hombres-canguro, que vivían en la zona norte, y los Yankuntjatjara

u hombres-serpiente, que habitaban en el lado sur, mitad hombres, mitad animales. En sus proximidades se libraron dos grandes batallas que aún son rememoradas en cantos, ceremonias y en las pinturas de las grutas donde abundan los animales, los círculos concéntricos y los puntos blancos.

En 1985, se devolvió la montaña a sus legítimos propietarios anangu, así como la competencia en su conservación y administración, que a su vez han cedido al Parque Nacional del Estado por 99 años. Dos años después, se declaró Patrimonio de la Humanidad al parque natural y nacional de «Uluru-Kata Tjuta», dejando claro que no es una zona de recreo ni un parque temático. Es lo que es: algo único, impresionante, un recuerdo dejado allí por sus espíritus ancestrales, un santuario desde el Tiempo del Sueño…

¿Y qué pasa con los *wandjinas*?

En relación a ese mítico Tiempo del Sueño y sus primeros moradores existen otras extrañas pinturas lejos de Uluru, a las que se han ido atribuyendo autorías y antigüedades diferentes. En 1938, cerca de Gleneg River, en la región de Kimberley, al noroeste de Australia, fueron descubiertas oficialmente gran cantidad de pinturas rupestres que dejaron con la boca abierta a los arqueólogos. Lo de la boca es un decir, porque los humanoides que están pintados en sus paredes carecen de ella.

El doctor Andreas Lommel (miembro del Instituto Frobenius), su descubridor, vivió durante meses en esta parte de Australia con una tribu aborigen llamada *Unambal*, cazadores recolectores cuyos orígenes genéticos dicen remontarse a los 60.000 años de antigüedad, que sería cuando llegaron a Australia procedentes de Polinesia, según la teoría de las migraciones. El doctor Lommel se enteró de que los seres allí pintados estaban asociados a la creación del mundo y que, si eran ofendidos, podían causar inundaciones e intensos relámpagos, por lo que sus representaciones tenían ciertos poderes especiales y debían ser conservadas cuidadosamente.

Los aborígenes llamaban a esas figuras antropomorfas *wandjinas* y aseguraban que no las hicieron sus antepasados, sino unos seres que descendieron del cielo a la tierra en tiempos remotos. Eran muy altos y trajeron la civilización y la prosperidad a los pueblos de la zona. Su símbolo era la serpiente arco iris o *Ungud* (similar a otros dioses del resto del mundo, como el caso de Quetzalcóatl, llamado la Serpiente Emplumada). En las pinturas de Kimberley destacan cabezas con grandes ojos negros y seres calzados con sandalias, algo absurdo si tenemos en cuenta que los aborígenes siempre han ido descalzos. En ocasiones tienen tres o siete dedos, tanto en las manos como en los

pies.

¿Y su antigüedad? Los arqueólogos habían estimado la edad de estas pinturas en unos 5.000 años. Fue casual que el arqueólogo aficionado Grahame Walsh se fijara en un nido de avispas situado encima de uno de los *wandjinas* mientras observaba dichas pinturas: se trataba de un avispero fosilizado. Con la colaboración de Richard Roberts, geólogo especializado en luminiscencia óptica, analizaron dichos fósiles en 1996 y dataron los avisperos en unos 17.000 años de antigüedad. Por tanto, la edad de las pinturas debería de ser aún más antigua, al estar realizadas antes que los nidos. Pero aún hay más sorpresas. En mayo de 1970 el australiano Rex Gilroy descubrió la huella fosilizada de un gigantesco pie de 59 centímetros de largo por 18 de ancho. Pronto se dispararon las conjeturas sobre si los *wadjinas* serían gigantes.

En el periódico *The Sydney Morning Herald*, el geólogo Andrew Gleadow hizo en 2016 unas sorprendentes declaraciones:

> Si podemos decir que el arte australiano es el más antiguo registro en la Tierra, esto sería extraordinario. Hemos tenido una perspectiva tradicional de que todo comenzó en Europa y desde allí emigró al mundo. No necesariamente. El arte rupestre de Kimberley se celebrará como uno de los mayores logros culturales de la gran saga de migración y desarrollo humano en nuestro planeta.

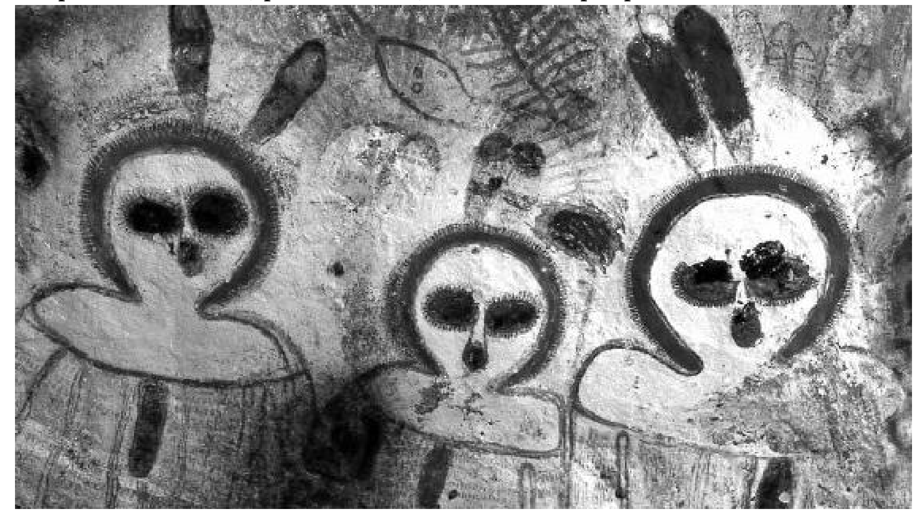
La cronología correcta es el gran escollo al que se enfrentan los arqueólogos. Solo hay que ver cómo algunas pinturas de las cuevas prehistóricas del norte de España se están empezando a datar, por el método del uranio-torio, en más de 65.000 años, lo que nos lleva a derroteros insospechados pues en ese tiempo no había *Homo sapiens* en esa zona.

Por cierto, una de las más enigmáticas pinturas de Kimberley representa a un hombre con túnica rosa, con una aureola en la cabeza y una inscripción de seis letras o números dentro de la misma, algo que hasta el momento nadie ha sido capaz de descifrar, aparte de una serie de puntos dispuestos en fila, que parecen ser un lenguaje con una cierta interpretación que también se nos escapa.

Andreas Lommel extrajo relatos orales de los aborígenes y le dijeron que, mucho tiempo atrás, la Tierra era blanda y no tenía forma. Las características del paisaje fueron creadas como resultado de los actos de los *wandjinas* y fueron ellos los que hicieron la lluvia, excavaron los ríos y pozos de agua, construyeron las montañas (como Uluru) y las llanuras niveladas. Ellos también crearon a los seres humanos, los *gyorn gyorn*, y les dieron leyes y conocimientos (condensados en la *Tjukurpa*). En palabras del escritor cántabro Juan Gómez:

> Cuando terminaron su labor, dicen que algunos de estos *wandjinas* volvieron a

la Vía Láctea, mientras que otros atravesaron las rocas de esa cueva, desde la que observan cómo los *gyorn gyorn* evolucionan. Pero lo más interesante de la tradición aborigen es que, antes de desaparecer, los *wandjinas* decidieron retratarse a sí mismos en la piedra para que el hombre no olvidara su presencia. Fueron, por así decirlo, autorretratos por parte de sus dioses.[23]



Qué curioso. Seres encerrados bajo Uluru y otros que están detrás de esas cavernas rupestres, ambos esperando el momento —el tiempo— para volver a resurgir. Además, en el vocabulario aborigen no existen palabras como ayer o mañana. Ahora es todo lo que importa.

POR ÁFRICA Y ASIA

Sueño con un África que esté en paz consigo misma.

NELSON MANDELA

16. LOS GUARDIANES DE LAS PIRÁMIDES

No está de más recordar que la palabra jeroglífico —según el egiptólogo R. A. Schwaller de Lubicz— se decía *Medú Neter*, que significa «palabras divinas» o «palabras de los dioses». Todo alquimista y todo mago sabe que uno de los grandes secretos de su arte radica en el poder de las palabras o, precisando más, en la forma en que ciertas palabras pueden cargarse de poder y tener efectividad. A Thot se le conocía como el «maestro de las palabras de los dioses», por eso era muy importante cuando se representaba a este dios en papiros o en las paredes de los templos, pues normalmente tenía que ver con la revelación de algún secreto.

Conocer el nombre auténtico de un faraón era tener su perfecto dominio. Para evitar esto, los egipcios tenían dos nombres: uno solo era conocido por quien lo llevaba, por su madre y por su padre. En un monolito de un gran sacerdote de Ptah (de la época tolemaica) puede leerse esta inscripción: «Se le dio por nombre Imhotep y se le llamó Petubast». La mayor afrenta que se podía hacer a un rey egipcio era destruir su nombre grabado en un cartucho. En una estela de execración contra los violadores de tumbas (traducida por el Dr. Mardrus) se pueden leer frases tan estremecedoras como esta: «Que sean aniquilados quienes atacan mi Nombre, mis efigies, las efigies de mi Doble y mi Fundación... Serán privados de su Nombre, de su Doble, de su Ka, de su Ba, de su Khu».

Creían en la magia como arma arrojadiza y, a la vez, como escudo protector. Al fin y al cabo, tal como se afirma en las Instrucciones del faraón Merikara (X Dinastía): «Un dios dio la magia a los hombres para ayudarlos a defenderse del poder del mal y de las visiones de la noche y el día». En el Antiguo Egipto todo está teñido de una pátina de insondable misterio.

Cuando el 26 de noviembre de 1922 Howard Carter abrió la tumba de Tutankhamon con los sellos intactos dijo: «Fue el día más maravilloso que nunca he vivido». Tras retirar los escombros de la escalinata y abrirse camino por el pasadizo, Carter hizo una brecha e introdujo una vela. Lord Carnarvon le preguntó «¿ve usted algo?», a lo que Carter respondió: «¡Veo cosas maravillosas!». Y vio, amontonados en la sala, «animales extraños, estatuas y oro, por todas partes el brillo del oro». Esa famosa expresión de Carter, muy repetida, no es nada comparada con lo que van a leer a continuación.

Puede ser verdad o mentira, como dice la canción, no hay pruebas —lo reconozco—, pero en todo caso es digno de un buen relato de anticipación. Cualquier egiptólogo sabe que fuera y dentro de las

pirámides aún hay muchas sorpresas por desvelar en forma de túneles, pasadizos o cámaras ocultas; algunas inimaginables. No en vano, queda por descubrir más del 80 por ciento de los yacimientos arqueológicos, según el cálculo del Servicio de Antigüedades de Egipto.

Diversas crónicas árabes cuentan lo que a ellos les contaron los cristianos coptos o lo que vieron por sí mismos cuando accedieron al interior de las tres pirámides de la meseta de Guiza: estatuas que recobran vida, libros que contienen ciencias ignotas y objetos muy extraños que nunca más se han vuelto a ver, se destruyeron o se escondieron en alguna cámara secreta o túnel inexplorado bajo las pirámides o la propia Esfinge, como guardiana de la necrópolis, esperando el momento oportuno para salir a la luz.

Lo mejor es acudir a las llamadas «leyendas árabes» recogidas entre los siglos VIII al XV, procedentes de informaciones transmitidas oralmente. En ellas se dice de todo, dando importancia a lo asombroso, al estilo de los cuentos de *Las mil y una noches*, donde se mezcla el folclore con toda clase de distorsiones históricas o fabulosas patrañas. Sin embargo, ya sabemos lo que ocurre con ciertas leyendas, que se pueden amoldar o tergiversar como si fueran plastilina, aunque si sabemos leer entre líneas algunas aportan pistas que nos conducen a un pasado ignoto y prodigioso, donde los antiguos egipcios eran capaces de hacer «cosas maravillosas». Todo ello en un tiempo inmemorial, en el Zep Tepi, antes de que llegara el mítico diluvio universal. El historiador romano Amiano Marcelino (siglo IV), refiriéndose a las pirámides, ya había escrito que:

> Existen también pasajes subterráneos y refugios en espiral que hombres conocedores de los antiguos misterios, y previniendo por ello la venida de un diluvio, construyeron en diferentes lugares a fin de que no se perdiera la memoria de todas sus ceremonias sagradas.

¿Qué se perdiera qué? En su obra *El enigma de la gran pirámide* (1971), el egiptólogo francés André Pochan, quien describió por primera vez el efecto lumínico que se observa en las paredes de la Gran Pirámide en el momento exacto en el que se producen los equinoccios (21 de marzo y 21 septiembre), da cuenta de muchos de estos conocimientos y prodigios legendarios. En la Gran Pirámide, la de Keops u oriental, Al-Maqrizi afirma que se construyeron habitaciones donde se guardaba cuanto habían hecho los abuelos de Surid en materia de estatuas e inscripciones. André Pochan lo traduce así:

> En la pirámide oriental se construyeron estancias en las que estaban representados el sol y las estrellas, los perfumes que se quemaban para los planetas, los libros que les concernían, el mapa de las estrellas fijas y la

> relación de su revolución a través del tiempo, la lista de acontecimientos de épocas pasadas sujetos a su influencia y el momento en que deben ser examinadas para conocer el porvenir. En fin, todo lo concerniente a Egipto hasta el final de los tiempos. Además, se depositaron allí los pilones que contenían el agua mágica y otras cosas parecidas.[24]

El misterioso rey Surid (que algunos identifican con Keops) sería el promotor de los monumentos como archivos del conocimiento de una civilización al borde de la desaparición. Al-Maqrizi es uno de los muchos autores de las «leyendas árabes» que vivió en El Cairo entre 1360 y 1442 y uno de los que mejor relata un sueño catastrófico que tuvo el faraón Surid ben Sahluq, interpretado por sus sacerdotes como presagio de un diluvio, y por tal razón:

> Surid hizo llenar las pirámides de talismanes, de maravillas, riquezas e ídolos; hizo depositar en ellas los cuerpos de los reyes y, siguiendo sus órdenes, los sacerdotes trazaron sobre estos monumentos todas las máximas de los sabios; se escribió sobre todos los lugares posibles de las pirámides —techos, bases, murallas—, todas las ciencias conocidas, y se dibujaron las figuras de las estrellas, se inscribieron los nombres de las drogas y sus propiedades útiles y nocivas, la ciencia de los talismanes, de las matemáticas, de la arquitectura…

Vamos, que decidió que las pirámides fueran arcas o cápsulas del tiempo para preservar su contenido en la posteridad. Me pregunto a qué se refería con lo de la «ciencia de los talismanes». Y continúa escribiendo sobre algo sumamente sorprendente al decir que a cada pirámide se le asignó un guardián terrorífico, para que esos conocimientos no fueran profanados por aquellos que no estuvieran debidamente preparados. Parece que se está refiriendo a los *afrit* o *ifrit* de la cultura popular islámica, que son los espíritus o genios dotados de gran poder que cuidan los lugares antiguos:

> El guardián de la pirámide oriental era una estatua de piedra negra, con manchas blancas y negras, de ojos abiertos y brillantes; estaba sentada en un trono y sostenía una jabalina. Si alguien la miraba, oía una voz espantosa, procedente de la estatua, que te hacía caer sobre el rostro, y moría allí, sin poder levantarse.
>
> La pirámide occidental (la de Kefrén) fue colocada bajo la custodia de una estatua de mosaico de granito, se encontraba de pie y tenía en la mano algo parecido a una jabalina y llevaba como casco una víbora enroscada sobre sí misma. Si alguien se acercaba, la serpiente se le lanzaba al cuello, lo mataba y volvía a su lugar.
>
> La tercera pirámide (la de Micerinos, también llamada pirámide pintada o encarnada), la vigilaba un pequeño ídolo de basalto (o de piedra de águila), de pie sobre un zócalo del mismo color y material. Ejercía una atracción fatal: atraía a todos cuantos le miraban sin que pudieran apartarse de él, quedaba pegado a la estatua y solo se desprendía una vez muerto. Cuando todo ello estuvo concluido, las pirámides fueron rodeadas por espíritus inmateriales; en su honor se degollaron víctimas, ceremonia que las protegería de todo aquel

que quisiera acercarse a ellas.

Suena todo a magia negra, a un poder oscuro. Intrigantes son las revelaciones del cadí El Galil Abu Abd Allah sobre supuestos gigantes y «armas inoxidables» en su interior:

> En la tercera cámara había gran número de estanterías de piedra que sostenían canastos de piedra, en los que estaban depositados instrumentos de guerra y gran cantidad de armas de hierro. Midieron una de las espadas: no tenía menos de siete palmos; una de las corazas medía dieciocho palmos.

Un palmo es la distancia entre el extremo del pulgar y el dedo meñique, con la mano extendida, o sea, unos 24 centímetros. Las espadas medirían entonces 1,68 metros y las corazas 4,32 metros. Dignas de un gigantón.

En el año 820 el califa Al-Mamún había oído relatos de las riquezas que albergaba el interior de la Gran Pirámide y no quiso esperar más. Decidió entrar a la fuerza haciendo un túnel, sin rumbo fijo, demoliendo todo lo que encontraban a su paso. Solo después de que oyeron el eco de una piedra al caer dentro de la pirámide fue cuando orientaron el túnel en dirección al sonido, llegando al pasadizo descendente. El manuscrito árabe *Le Murtadi* (traducido al francés por Pierre Vattier en 1636) revela que ese grupo expedicionario musulmán se encontró con dos estatuas guardianas y amenazantes: la de un hombre tallado en piedra oscura (se supone que de raza negra) y una estatua de mujer en piedra blanca (se supone de raza blanca), y «ambos eran de un físico muy distinto al de los antiguos egipcios». Una estatua estaba armada con lanza y la otra con un arco. En medio de ellos había una vasija herméticamente cerrada que parecía tallada en cristal rojo, con una característica insólita: se llenaba de agua y, al volverla a pesar, resultaba que su peso era el mismo que cuando estaba vacía.

Otra versión nos la proporciona Ben Isaac El-Nadim (recogida por André Pochan) que habla de un mausoleo y encima dos estatuas de piedra representando a un hombre y a una mujer, situados cara a cara. El hombre con una tablilla de piedra en la mano y la mujer con un espejo y una tablilla de oro. En una sala cuadrada había muchas estatuas y entre ellas la figura de un gallo de color rojo, adornada con piedras preciosas y con unas cualidades letales. Cuando los hombres se aproximaron, el animal emitió un pitido terrible, comenzó a batir las alas y, al mismo tiempo, se oyeron voces ensordecedoras procedentes de todas partes. Digno escenario de una mansión encantada.

Son muchos los detalles fantasiosos y las contradicciones en estas «leyendas árabes» como para creerlas a rajatabla. ¿Pueden existir cámaras secretas o salas de archivos aún no descubiertas, con o sin tesoros? Robert Bauval así lo cree cuando ha escrito un voluminoso

libro titulado *La cámara secreta*, dando multitud de datos que evidencian la existencia de esas cámaras o túneles en distintas partes de la meseta de Guiza, cuyos arcanos tan bien custodiados darían un vuelco a nuestra visión del pasado de la humanidad.[25]

Y no es el único que opina de esta manera. Dentro de la pirámide de Keops, además de las tres clásicas cámaras por todos conocidas (la del Rey, la de la Reina y la del Caos, amén de la Gran Galería y las cámaras de descarga), habría otras sorpresas reservadas para el egiptólogo avispado:

> —
> La tumba del faraón Keops, a 58 metros bajo la base de su pirámide, según dice Heródoto, que visitó Egipto en el siglo V a.C.
>
> —
> A muchos metros de profundidad de la Gran Pirámide estaría la llamada «sala del aprendizaje», donde el investigador y periodista británico Paul Brunton dice que estuvo en espíritu, en los años sesenta, guiado por el espectro de un sumo sacerdote egipcio.
>
> —
> El profeta Edgar Cayce dice que entre las 14.000 «interpretaciones» o videncias recibidas de los archivos akhásicos, unas cuantas tratan directamente de la «sala de los archivos» que algún día se encontrará con documentos de especial relevancia. «Muchos son los templos que todavía han de descubrirse cerca de la Esfinge», escribía, y especificaba que «hay una cámara o pasadizo desde la pata delantera derecha hasta esta entrada de la cámara de los archivos o tumba de los archivos».

El cronista Al Masudi (fallecido en el año 956), en su obra *Praderas de oro*, cita la entrevista de Ahmed ibn Tulun con un viejo copto hacia el año 260 de la hégira (año 874) preguntándole sobre la construcción de las pirámides. Le contesta que en la superficie de las mismas se encontraba toda clase de inscripciones con «caracteres de las naciones antiguas y de los reinos que ya no existen». No se sabe qué era esa escritura ni lo que significaba, pero las inscripciones eran tan numerosas que si se trasladaran al papel «cubrirían 10.000 páginas» (según estima el cronista Ibn Khordadabah). Cuestión de fe y de folios.

Originalmente, la Gran Pirámide estaba recubierta por 27.000

placas de piedra caliza pulida, hasta que el califa al-Mamun hizo saquear la pirámide y quitar, placa a placa, el magnífico revestimiento. Y un terremoto ocurrido en el siglo XIII prácticamente destruyó la ciudad y sirvió para que los egipcios echaran mano del recubrimiento de la pirámide y lo utilizaran en la construcción de la nueva ciudad de El Cairo. Hoy solo quedan algunas placas sueltas a los pies o a las faldas de la Gran Pirámide y en ninguna de ellas hay rastros de inscripciones, aunque Heródoto dijo que estaban llenas de jeroglíficos.

Este tipo de relatos siguen alimentando la imaginación a día de hoy. Boquiabiertos dejaron a todos los presentes las declaraciones del arqueólogo bíblico estadounidense John Kinnaman, cuando, en una conferencia privada dada en 1955 en el norte de California para un grupo de masones, afirmó la existencia de objetos prodigiosos. Dijo que en 1924, junto con el prestigioso egiptólogo sir Flinders Petrie, encontró un túnel cerca de la cara sur de la Gran Pirámide, un corredor descendente que llegaba hasta una sala que contenía gran número de cachivaches de extrañas formas, de prismas de cristal cuya función ignoraba y una máquina antigravedad usada para la construcción de la pirámide, entre otras muchas cosas que «usted no se creería», según las palabras textuales de Kinnaman. También dijo que encontraron inscripciones muy antiguas realizadas por la civilización de la Atlántida, las cuales revelaban que la pirámide fue construida hace más de 35.000 años y que no fue usada como una tumba. Ante la pregunta de por qué no revelaban esa entrada secreta a la humanidad, dijo que tanto él como Petrie hicieron un «pacto de sangre» de no decir la ubicación exacta de este túnel tan singular hasta que no hubieran muerto. Pues ya han muerto y así seguimos. El túnel no ha vuelto a ser localizado jamás y la reputación de Kinnaman se puso en entredicho…

De existir una décima parte de lo que narran los cronistas árabes estaríamos ante autómatas, manuscritos científicos, cadáveres de gigantes, armas y materiales desconocidos. Todo un arsenal fantástico y fantasioso a bajo precio, con tal de encontrarlo. Claro. Que por soñar no quede…

Hay más. En el libro de André Pochan se reproduce una carta de William Groff, fechada el 8 de enero de 1897, dirigida al Instituto Egipcio, en la cual explicaba algo desconcertante que había observado en el exterior de las pirámides y que parecía tener un origen incierto y un comportamiento inteligente:

> Hace aproximadamente dos semanas, tuve ocasión de pasar la noche en el desierto de Guiza con nuestro vicepresidente, el doctor Abate Bajá. Hacia las ocho de la tarde observé una luz que parecía girar lentamente alrededor de la

tercera pirámide, más o menos a la mitad de su altura; era como una pequeña llama que daba la impresión de rodear tres veces la pirámide, después de lo cual desapareció. Vigilé atentamente esta pirámide durante buena parte de la noche. Hacia las once, volví a ver otra luz; esta vez era de color azul pálido; ascendió lentamente, casi en línea recta, y al llegar a cierta altura sobre la cúspide de la pirámide, desapareció, extinguiéndose… He pasado muchas noches en el desierto cerca de las pirámides de Guiza, y he visto alrededor de ellas luces, aunque al principio no me planteé cuál era su origen. Luego fui prestando mayor atención al asunto e hice algunas averiguaciones; la primera de ellas, que estas luces no se ven con mucha frecuencia sino tan solo algunas veces, unas cinco horas después de la puesta del sol. Sospecho que son debidas a emanaciones procedentes del interior de la pirámide.

Nos enfrentamos al problema de interpretar por qué estas luces aparecen en determinados días u horas, suben y bajan o dan varias vueltas al recinto. Una posible explicación sobrenatural nos la proporciona el mencionado Al-Maqrizi, que era copto (no olvidemos que los coptos son cristianos y en su cosmovisión esos guardianes son una especie de demonios), y cuenta que:

El espíritu correspondiente a la pirámide del Norte es un diablo amarillento y desnudo, de largos dientes. El de la pirámide del Sur es una mujer que deja ver sus partes naturales, es hermosa, pero también tiene largos dientes, encanta a los hombres que la miran, les sonríe, les atrae y hace que pierdan la razón. El espíritu de la pirámide pintada es un viejo que sostiene un incensario donde se queman perfumes. Muchas gentes han visto muchas veces estos espíritus dando la vuelta a la pirámide hacia el mediodía y a la hora del crepúsculo.

El egiptólogo Nacho Ares, en sus numerosos viajes a Egipto, ha plasmado en sus libros muchas de estas creencias y ha podido charlar con los guardianes físicos de los templos, los vigilantes musulmanes que pasan allí muchas horas y que creen en la presencia de *djinas* y *efrits*, genios tanto malévolos como benévolos de los mitos populares árabes, y muchos de sus testimonios dicen que las pirámides de la meseta de Guiza están protegidas por algunos de ellos. «Siento cómo los espíritus de las estatuas de los faraones me llaman por mi nombre», le dijo a Nacho uno de los guardianes del templo de Karnak.

El ka y el ba de dioses y faraones, tanto entonces como en nuestros tiempos, han sido temidos por los egipcios, al igual que los *djinas* y los *efrits* (esos miedos ancestrales tan arraigados aún) pensando que sus espíritus pueden volver para atacarles. Al igual que pudo haber lugares especialmente protegidos por artes mágicas desconocidas y que, con el tiempo, esos conocimientos se fueron perdiendo, otros templos más modernos carecen de esa misma protección, incluso se dice que están malditos. Es el caso de la mezquita de Ahmed Ibn Tulun (la más antigua de El Cairo, del siglo IX, la misma que está representada en el reverso de los billetes de cinco

libras), muy poco visitada.

A lo largo de su historia ha sufrido infinidad de calamidades (terremotos e incendios incluidos) que la dejaron en estado de abandono y se creyó que era debido al mal fario por la profanación de bloques de piedra y de objetos que pertenecían a tumbas «intocables». Antaño, en ella vivían magos de origen marroquí que atendían a personas en busca de ayuda física y espiritual para solucionar los problemas, hasta los años noventa, en que fue reconstruida. Hoy quiere volver a su viejo esplendor pero algo se lo impide…[26]

17. SERAPEUM: ¿TUMBAS DE GIGANTES?

Para qué negarlo. Nada más entrar en el recinto subterráneo tuve un escalofrío. Y no era por las corrientes de aire. Estaba ante uno de los lugares más asombrosos que he visto en mi vida. Tal vez sugestionado por mis lecturas o por el ambiente que destilaba el Serapeum aquel sofocante verano de 1998, durante el primer viaje de los cuatro que he hecho a la tierra de los faraones.

El Serapeum está cerca de Menfis, en el complejo arqueológico de Saqqara, en la orilla occidental del río Nilo, es decir, en la orilla de los difuntos. Entré por un pasillo que me conducía a una cripta, a unos doce metros de profundidad. La luminosidad era tenue, la atmósfera con cierto olor a zotal y allí, en unos nichos excavados en la roca, se encontraban veinticuatro sarcófagos gigantescos. Una anomalía respecto a otros monumentos egipcios. De granito negro pulido, sarcófagos enormes, enigmáticos, monolíticos, tallados en un solo bloque y con su tapa. Estaban colocados en línea y dentro de ellos… nada. Los sarcófagos estaban vacíos y aparentemente saqueados.

¿Quién los talló, y con qué tecnología? Cada uno pesa unas setenta toneladas y mide cuatro metros de largo, con un grosor de casi medio metro. Una vez tallados, hay que bajarlos hasta allí y colocarlos en su sitio preciso y con unas tapas de veinticinco toneladas. Es sabido que esa piedra no es autóctona del lugar y que se trajo de muy lejos, a más de ochocientos kilómetros de distancia, desde la cantera de Asuán.

Desde que se descubrieron en 1851 por el francés Auguste Mariette, se dijo que eran las tumbas de los sagrados toros Apis. Dentro deberían de estar sus momias con mucho cuerpo y mucha tela de lino para vendar. Se encontraron textos y estelas de Apis, pero no al dios Apis o su representación terrenal en forma de toro. Un lugar bajo tierra para proteger unos sarcófagos ciclópeos que nunca debían ser vistos. Tenía ante mis ojos uno de los misterios mayores de Egipto y mira que este país tiene misterios a tutiplén. Este era diferente. No se trataba de un sarcófago de faraón, ni de sumo sacerdote, ni de un animal momificado, ni de una princesa de Amón. Parecían cápsulas para contener el cuerpo de algo muy grande: ¿bueyes?, ¿toros?, ¿gigantes?, ¿extraterrestres? Esta última hipótesis la suscribiría Erich von Däniken sin problemas.

¿Y por qué lo de «Serapeum», entonces? Ese nombre se lo puso el historiador y geógrafo Estrabón al asociar el culto de Apis a Serapis en la última etapa ptolemaica. Dijo que los toros se enterraban de una manera muy suntuosa y solemne. Y desde que lo dijo nadie había

encontrado esos vestigios hasta 1851…

Mariette, que también fue el fundador del Museo de El Cairo, supuso que los veinticuatro sarcófagos habían sido saqueados. Entre los escombros, encontró la famosa estatua del «escriba sentado», que ahora se exhibe en el Museo del Louvre y que se considera una de las más bellas esculturas egipcias. Según sus biógrafos, Mariette es guiado por un sueño a ese lugar concreto de la necrópolis de Saqqara para excavar en medio del desierto, donde creía que habría esfinges y, efectivamente, encontró no una sino 134 esfinges que constituían toda una avenida. Había leído a Estrabón y sabía que estaba en el buen camino para encontrar otras cosas importantes. Colocó dinamita en una parte concreta y vio cómo el suelo se desplomaba. Debajo encontró un corredor a doce metros bajo el suelo y, entonces, es cuando vio esos sarcófagos de basalto y granito negro.

Ve estelas diseminadas por el suelo y que las tapas están ligeramente movidas. Se asoma a su interior y no hay nada de nada, polvillo a lo sumo, ni huesos, ni trozos de vendas, ni bichejos. Los saqueadores, si es que habían estado allí antes que ellos, se solían llevar el oro y las joyas, nunca se llevaban la momia, que no les servía de nada. Estaban limpios por dentro de polvo y paja. Muy limpios. Por la ligera abertura que presentaban solo cabe un hombre, y de lado. En caso de que los toros hubiesen sido sacados por allí debieron de cortar la momia en muchos pedacitos.

En el verano de 1852 Mariette hace otro descubrimiento colosal: debajo de esa galería de trescientos metros había otro nivel y otro laberinto. Y encuentra dos sarcófagos más, esta vez herméticamente cerrados, de una época anterior. Y también la momia de un humano, el príncipe Jaemuaset, el cuarto hijo de Ramsés II, que se convirtió en sacerdote de Ptah, por lo que dedujo que era de la XIX Dinastía. Dentro de esos dos sarcófagos gigantes encontró dos momias de toros. «¡Por fin!», debió de pensar Mariette. Los desvenda y se topa con otro enigma: no es una momia, es un muñeco de betún con forma de toro y dentro hay huesecillos de varios animales y unos amuletos. En la siguiente momia ocurre lo mismo.

La mayor sorpresa vino en los años treinta, cuando el arqueólogo británico Robert Mond y el doctor Oliver Myers estudiaron la momia del hijo de Ramsés encontrada por Mariette. Tras los vendajes se descubrió la misma masa maloliente de betún y la misma amalgama de astillas de huesos. Era otro muñeco. Perplejidad al cubo. ¿Era tal vez un sortilegio, un ritual mágico? Se sabe que ciertos sacerdotes fabricaban muñecos para darles vida, pero todo esto desbordaba el entendimiento.

Javier Sierra, en su libro *En busca de la edad de oro* (2000), cree que son piezas elaboradas en los primeros tiempos de Egipto. Al templo del valle cerca de la Esfinge o el Oseirion, debajo del templo de Seti I en Abydos, le pasaría algo parecido. No hay jeroglíficos y fue una época donde se movían grandes bloques de piedra. En ninguna de las estelas que se encontraron en el Serapeum se explicaba cómo llegaron allí esos bloques. Ni Estrabón lo cuenta, porque él relata los rumores que le habían llegado. Sierra habla de otra tumba situada entre el templo del valle y la pirámide de Kefrén, donde hay un pozo de treinta metros de profundidad y abajo, en la capa freática del subsuelo, hay un enorme sarcófago de doscientas toneladas y de más de cuatro metros de largo, de granito, con la forma de un hombre tallado en el fondo, que de estar allí en cuerpo presente debería de medir unos dos metros y medio. Los egiptólogos la llaman la «tumba de Osiris», el cenotafio de un gigante. De nuevo los gigantes hacen acto de presencia (al menos en teorías y leyendas) en cuanto menos lo esperas.

Por cierto, en la ciudad de Hermontis, cerca de Luxor, Robert Mond descubrió lo que él denominó el Bukheum, es decir, una necrópolis de toros *bukhis*: había sarcófagos enormes, más pruebas y también… vacíos, sin inscripciones. Otro misterio más a añadir a la lista, si bien en el museo de El Cairo, en la sala de los animales, se puede ver la momia de un toro *bukhis* de esta misma necrópolis. Por lo tanto, algo no concuerda.

El Serapeum es un lugar de muertos sin muertos, de momias sin momias, un lugar de vacíos inexplicables… Sabiendo todo esto, la sensación es que te encuentras ante algo de otro mundo, quizá del mundo de los muertos por la orilla donde se encuentran, quizá del otro lado de la realidad que ha dejado vestigios físicos de una cultura que podría ser de una dinastía anterior a la que dicen los egiptólogos, o quizá predinástica, algo que se ha atrevido a decir Brien Foerster, investigador estadounidense, quien alega que son un claro ejemplo de ciudades antiguas de alta tecnología creadas antes del Predinástico egipcio. Lo que está claro es que tanto el Oseirion, como el cenotafio de Osiris en Guiza, como el Serapeum (los bueyes sagrados serían representaciones de Osiris) están relacionados con este legendario dios. Todos ellos son bloques de piedra gigantescos, sin inscripciones, grabados ni jeroglíficos, salvo algunos que son notoriamente posteriores.

Durante quince años el Serapeum ha estado cerrado a cal y canto por trabajos de reparación (la entrada de oxígeno, de turistas y las explosiones con dinamita de una cantera cercana no le han sentado

nada bien) hasta que, en 2012, debido en parte a la crisis económica que está sufriendo Egipto por su inestabilidad política, con la consiguiente escasez de turistas, lo han reabierto para que algunos (no muchos, pues está fuera de las rutas turísticas habituales) puedan admirar el misterio en toda su dimensión. Y recalco lo de «misterio».

18. TOMBUCTÚ: LA CIUDAD DE LOS 333 SANTOS

¿Una tumba con muerto puede ser un amuleto de vida? Ocurre con los santos cristianos y con los santones islámicos. Al fin y al cabo, es religiosidad popular creyendo que esas personas que fueron santas en vida les siguen protegiendo desde el otro lado una vez muertas, como intermediarias entre el mundo divino y el humano.

Los santones son personas especialmente gratas a Alá y protegidas por él, con la función de interceder en favor de la comunidad islámica, intercesión tan beneficiosa, que si alguien maldice su memoria deviene en hereje. Santones fueron los cuatro primeros califas ortodoxos (Abu Bakr, Omar, Én y Alí). La lista se completa con una pléyade de gentes piadosas de todas las profesiones. En este ambiente, particularmente extendido por África del Norte, tanto árabes como bereberes mezclan sus cultos con la piedad musulmana. El *marabut* (*al-marabit*, morabito, «almorávide») es un campeón de la fe, a veces ermitaño, buen conocedor del Corán, famoso por su profunda piedad, cuyo prestigio le lleva a ser consultado por los doctores de la ley y a ser tomado por árbitro y juez de la tribu o incluso de la región, levantándose a su muerte una tumba (también llamada *marabut*), adonde acuden en peregrinación.

El poder del *marabut* sigue unido a ese lugar y se espera que pueda producir milagros. El culto a los morabitos suele denominarse, en español, morabitismo o marabutismo. El pueblo llano visita las tumbas de los santos para besarlas y abrazarlas y este culto no es de origen coránico. Buscan la bendición o gracia divina (que ellos denominan *baraka*), a través de la cual esperan que les sean concedidos deseos. Creen que los morabitos otorgan la bendición de Dios a las poblaciones colocadas bajo su protección y a quienes peregrinan a sus tumbas. Marruecos es el centro del morabitismo como resquicio de los bereberes antes de convertirse al Islam, que supieron adaptar a sus nuevas creencias.

Y Malí no le va a la zaga. Tombuctú alberga mausoleos dedicados a sabios santones, santuarios asociados a la tumba de alguien considerado santo que es poseedor de *baraka*, lo que ha suscitado siempre un anhelo de visitarlos y un rechazo de los sunníes radicales que se oponen a cualquier forma de culto que se separe del más estricto monoteísmo. De hecho, el wahabismo (una corriente políticorreligiosa musulmana de la rama mayoritaria del sunismo) se opone a la veneración de los santos y otras manifestaciones de religiosidad popular, considerándolas idolatría.

En mi visita a esta ciudad, situada al norte de Bamako, la capital

de Malí, en julio del año 2000, pude comprobar que Tombuctú estaba siendo invadida por las arenas del desierto. No vi esplendor en sus casas y mezquitas hechas de ladrillos de barro cocido. La ciudad fue declarada patrimonio de la humanidad en 1988, no tanto por su belleza y sus numerosos escritos conservados de un pasado glorioso, sino para preservarla de unos daños mayores. Y encontré uno de los secretos mejor guardados de Tombuctú, que le confiere el apodo de la ciudad «invulnerable». Su perímetro está rodeado por 333 tumbas correspondientes a 333 santos del Islam. Creen los tuaregs, los songais y los «pueblos armas» que protegen la ciudad de invasores inoportunos y de malos espíritus. Entre los más conocidos se encuentran los de Sidi Mahmoud Ben Omar, el primer santo venerado en la ciudad, fallecido en 1548 y enterrado a unos 150 metros al norte de Tombuctú, en su antigua vivienda; y junto a él están enterrados otros 167 santos. Otras tumbas famosas corresponden a Abdoul Kassim Attawaty y Mohamed Tamba-Tamba. Y allí está el mausoleo de Alpha Moya, un ulema que se opuso a la ocupación marroquí y fue asesinado en la mezquita de Sankoré. Cada uno de estos santos procede de una tribu o comunidad diferente. Los hay árabes, songais, tuaregs, peul y cada comunidad los reconoce como personas inspiradoras por sus grandes conocimientos y devoción religiosa.

Los hay para todos los gustos. Acuden a ellos con suma devoción para pedir por las bodas, implorar la lluvia o contra la hambruna. Junto con las mezquitas históricas de la ciudad, estos mausoleos son un testimonio del pasado glorioso de Tombuctú, que recuerda que son lugares de peregrinación para países limítrofes de África occidental.

Es como si cada tumba tuviera un radio de acción o de influencia territorial que expande su protección a varios metros. Más que un radio de acción debería decir de irradiación de energía espiritual y sanadora de la que se pueden beneficiar todos los que se acerquen allí con fe, algo común a casi todas las creencias religiosas, sean judíos, cristianos, hindúes, musulmanes o cualesquiera que crean en el poder de los lugares santos.

Los morabitos cumplen perfectamente esta función. Los que van en peregrinación a estos enclaves lo saben muy bien. Tal como aseveran los profesores María Dolores Vargas y Eduardo Seva, de la Universidad de Alicante:

> Para que el santo no se olvide de sus peticiones, tanto los devotos como las devotas, cuelgan trapos, cintas, prendas personales, en muchos casos íntimas, en árboles, arbustos y lugares que consideren adecuados, y no necesariamente de origen vegetal, y que se encuentren cercanos a la tumba del salih, de forma que este espacio sagrado comparte una realidad idealizada de protección contra las enfermedades.[27]

Jimmy, nuestro guía en Tombuctú, que hablaba un español con acento cubano, me dijo algo que los tuaregs tenían muy claro: «Nadie puede venir aquí para hacer daño, porque esas 333 tumbas que rodean Tombuctú la protegen contra los infortunios. Por eso la llaman La Misteriosa». Esas palabras, que habían sido válidas durante lustros, las recordé doce años después de mi visita.

De esas 333 tumbas o mausoleos, muchas de ellas corresponden a *salih* (profetas) y *cheikhs* (maestros ancianos venerados como sabios). Y lo que son esas paradojas de la vida y de la historia: su función es proteger la ciudad y a sus habitantes, algo que no consiguieron cuando varios grupos yihadistas afiliados a Al Qaeda, como el de Ansar Dine, destruyeron salvajemente catorce de estos mausoleos al grito de «Allah Akbar».

Estos grupos impusieron su ley, la *sharía*, en el norte de Malí entre marzo de 2012 hasta enero de 2013. Una intervención militar internacional, impulsada por Francia, los venció y expulsó del lugar. Los musulmanes de Malí no entendían cómo otros musulmanes fanatizados podían destruir esos lugares sagrados en nombre de Alá. Su reconstrucción se empezó en marzo de 2014, como parte de un programa de la Unesco financiado por varios países e instituciones a partir de los restos de muros, de fotografías y de los recuerdos de los ancianos del lugar. Y en febrero de 2015 se celebró una ceremonia de «sacralización» de los cenotafios.

Las milicias de Ansar Dine (que se creen los «defensores del Islam»), al destruir tumbas y mezquitas, no sabían que se estaban destruyendo también a sí mismos. Los habitantes lo consideraron una especie de justicia divina. Tombuctú vuelve a estar protegida por los 333 santones. ¿Hasta cuándo?

Recuerden que un viejo refrán tuareg habla de los secretos de esa zona del Sáhara: «La sal viene del norte, el oro del sur y la plata de la tierra del hombre blanco; pero la palabra de Dios y los tesoros de la sabiduría únicamente se encuentran en Tombuctú».

19. JERUSALÉN: LA HISTORIA DE LA TIERRA Y EL CIELO

A finales de 2017 Donald Trump anunció públicamente que era «el momento de reconocer oficialmente Jerusalén como capital de Israel» y confirmó el traslado de la embajada norteamericana a la Ciudad Santa. De nada sirvieron las advertencias de sus aliados occidentales, ni las amenazas de los árabes. Es cierto que en 1980 el Estado de Israel declaró a la ciudad como su capital. Y los palestinos designaron a Jerusalén del este como la sede de su Estado. Pero ningún país lo reconoció como tal.

Estados Unidos buscó una fecha histórica y simbólica para trasladar su embajada de su ubicación actual, en Tel Aviv, a Jerusalén. Fue el 14 de mayo de 2018, durante el aniversario de los setenta años de la fundación de Israel. Se podría decir, como asegura un refrán, que Estados Unidos e Israel «no dan puntada sin hilo». Ese día hubo disturbios y muchos muertos. Más sangre sobre Jerusalén. Una vez más este lugar de Oriente Medio volvió a ser el centro de atención internacional. La Unión Europea siempre ha defendido que haya un *statu quo* y que Jerusalén se convierta en la capital compartida de Israel y del futuro Estado independiente de Palestina. Todo un peligroso juego de geoestrategia que está originando desde hace décadas que una de las ciudades santas y místicas del mundo sea, asimismo, una de las ciudades más controvertidas y violentas.

Muchos analistas políticos y profetas religiosos creen que en este lugar se librará la batalla del Armagedón y afirman que no habrá paz en el mundo mientras no la haya en Jerusalén, como si fuera un espejo o un *axis mundi* crucial para el devenir de la humanidad. Y, efectivamente, desde un punto de vista religioso, así es. Son muchos los que consideran este lugar y, en concreto, el Monte del Templo (también llamado «Explanada de las Mezquitas») como un centro del mundo o una puerta dimensional.

Teddy Kollek, el que fuera alcalde de Jerusalén por casi tres décadas, dijo una vez de manera fina y ufana: «Todos tienen dos ciudades, la suya propia y Jerusalén». Ciertamente, a nadie le es indiferente Jerusalén: la aman o la odian o bien caen bajo su embrujo y su síndrome. Su nombre viene del hebreo *Yerushalayim* y algunos afirman que procede de las palabras *yeru* (casa) y *shalom* (paz), por lo que significaría literalmente «casa de la paz». Qué ironía para más de uno. El nombre árabe de Jerusalén es Al-Quds, que significa «lo sagrado».

En los mapamundis medievales, como los del Beato de Liébana o el de Burgo de Osma, inspirados en las *Etimologías* de san Isidoro de

Sevilla, tan simples que se los denominaba «mapas de T en O» u *Orbis Terrarum*, colocaban siempre a Jerusalén en el centro de los tres continentes conocidos: Asia, Europa y África. Era el *umbilicum mundi*, muy habitual en la espiritualidad cristiana medieval. Tal es así que, en *La divina comedia*, Dante inicia el viaje a los infiernos desde el subsuelo de esta ciudad. La cartografía no pretendía ser topografía, sino un sistema de adoctrinamiento cristiano.

Todo indica que, como urbe clave para tantos millones de personas de distintas religiones, la ciudad de Jerusalén habría tenido un nombre secreto tras su remotísima fundación. Según la tradición hebrea, habría nacido de pueblos asentados por Sem y Eber, los ancestros de Abraham, siendo conquistada hace tres mil años por el rey David de Judá, quien la renombró la Ciudad de David. Otras tradiciones hablan de Ariel como el nombre secreto de Jerusalén, de acuerdo a lo que se desprende de la Biblia en el Libro de Isaías, 29:

> ¡Ay, Ariel, Ariel, villa donde acampó David! Añadid año sobre año, las fiestas completen su ciclo, y pondré en angustias a Ariel, y habrá llanto y gemido. Ella será para mí un Ariel; acamparé en círculo contra ti, estrecharé contra ti la estacada, y levantaré contra ti trinchera; serás abatida, desde la tierra hablarás, por el polvo será ahogada tu palabra, tu voz será como un espectro de la tierra, y desde el polvo tu palabra será como un susurro.[28]

Algunos investigadores piensan que el nombre dado secretamente a la ciudad habría sido Ilía, que parece guardar alguna relación con el antiguo nombre de la ciudad de Troya, conocida alguna vez como Ilión (de ahí el título de Homero, *La Ilíada*). Uno de los que conocía ese nombre secreto y que le dio facilidades para conquistar la ciudad fue el califa Omar (Umar Ibn Al Jattab), con la siguiente proclama de seguridad y respeto para su población, del año 638:

> En el Nombre de Allah, el Más Misericordioso, el Más Compasivo, esta es una garantía de paz y de protección dada por los siervos de Allah: Umar, comandante de los creyentes hacia la gente de Ilia. Les doy una garantía de protección para sus vidas, propiedades, iglesias y cruces; para quienes están enfermos y para los saludables y para toda la comunidad religiosa.

Este nombre, ya no secreto sino revelado, se usó durante la Edad Media en algunos documentos producidos entre los siglos X y XI.

Está claro que Jerusalén es una ciudad santa para las tres religiones monoteístas del mundo, por donde pasaron Salomón, Cristo y Mahoma. Y por mucha paz y espiritualidad que algunos quieran respirar, no hay que olvidar que la posesión de esta tierra generó varias cruentas cruzadas, donde precisamente el amor brillaba por su ausencia. Judíos, musulmanes y cristianos veneran las mismas piedras, aunque ellas no son lo más importante. Y lo saben. Ni la piedra del Santo Sepulcro, ni la lápida de la Ascensión de la Virgen, ni el Muro de las Lamentaciones, ni el Domo de la Roca. Su verdadero valor

descansa en lo que representan, no en lo que son.

Sabiendo esto, la cima del monte Sion es uno de los lugares más enigmáticos de todo Jerusalén. En un mismo edificio se encuentran el Cenáculo y la tumba del rey David (la «sala de los misterios» como la llamaban los cruzados). El edificio ha sido, a lo largo del tiempo, tanto una iglesia como una sinagoga y una mezquita. Tiene una doble historia que corresponde a los dos pisos. Basándonos en la tradición —al menos desde inicios de la Edad Media— el piso inferior albergó la tumba del rey David, mientras que el piso superior habría sido el lugar donde tuvo lugar la Última Cena de Cristo con sus discípulos. El lugar fue también escenario de otro episodio bíblico muy importante, descrito en Los Hechos de los Apóstoles. Tras su ascensión al cielo, los discípulos estaban aquí reunidos, a puerta cerrada y, de repente, un tornado envolvió la casa y aparecieron «lenguas de fuego». Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas. Da igual que no haya pruebas arqueológicas que lo sustenten. No hay que ponerse tiquismiquis. Ya digo que lo importante es lo que representan esas historias y edificios, esas piedras y esas creencias en cuanto a que los judíos se han considerado «el pueblo elegido por Dios» y foco de atracción para millones de turistas y peregrinos.

Dejando aparte esa alianza de Yahvé con este pueblo, de la que ya hablamos, lo cierto es que Jerusalén tiene «algo». Es la tercera ciudad santa del Islam, después de La Meca y Medina, hecho expresado de una manera contundente en el siguiente *hadiz* (frases pronunciadas por el profeta): «Una plegaria realizada en la mezquita de Jerusalén equivale a mil plegarias; una hecha en la mezquita de Medina equivale a diez mil y una hecha en la mezquita de La Meca equivale a cien mil». Es como las indulgencias plenarias del mundo católico, que borran todos los pecados cometidos (un chollo) y cuya eficacia es mayor según en qué santuario o catedral se rece.

Según al-Maqdisi, autor palestino del siglo XII, Jerusalén se habría creado, junto con La Meca y Medina, antes del resto del mundo. Era una parte del Paraíso que se convirtió en una especie de ombligo del mundo. Y el epicentro sería la roca alrededor de la cual se construyó el santuario que hoy es conocido como Cúpula de la Roca. Otro *hadiz* dice: «Quien ore en Jerusalén es como si orara en el cielo», de ahí la importancia de esta ciudad en la planificación geoestratégica, en la mística y en la tradición apocalíptica. Me llaman la atención esos lugares que se convierten en *scala dei* (escaleras de Dios) porque en esa roca es donde dicen que el patriarca Jacob soñó con una escala por la que ascendían y descendían ángeles del cielo, toda una metáfora.

¿Quieren otra? Aquí ocurre el «viaje nocturno» del Profeta a los siete cielos, es decir, el misterioso trayecto que habría realizado de noche, guiado por el arcángel Gabriel y la prodigiosa yegua *al-Buraq*, para vivir una experiencia visionaria decisiva en su vida y que marcó ese lugar como el pedestal o punto de despegue. Por tanto, sacralizó aún más una roca que ya de por sí era sagrada. Los relatos dicen que Jerusalén es la puerta del cielo y que en esa explanada se encuentra el eje que conduce al Trono de Dios. En la obra de al-Maqdisi se describe Jerusalén como el lugar desde el que la «luz celestial fluye permanentemente sobre la Tierra».

Los investigadores de estas claves simbólicas saben que en este lugar de Oriente Medio todo tiene un propósito (a veces oculto) que hace de nexo de unión de dos realidades. Uno de los historiadores mejor documentados sobre esas claves escribió:

> La octogonal Cúpula de la Roca, erigida en iglesia principal del Templo, bajo la advocación de «Templo del Señor», se levanta sobre la roca *shethiyah*, situada en los cimientos del que fue Templo de Salomón. Esta roca, sagrada en la mitología de las tres religiones monoteístas derivadas de Abraham, es la que en el desaparecido Santo de los Santos salomónico estaba situada bajo el Arca de la Alianza, que guardaba en su interior las piedras con la Ley de Dios y el *betilo* de Jacob, elementos todos que actúan como puerta dimensional, donde entran en contacto lo terrestre y lo celeste, permitiendo la comunicación trascendente entre el Centro del Mundo, terrestre, y el Centro Supremo, superior, celeste o divino.[29]

Hablar de puerta dimensional es usar palabras mayores, porque la otra posible dimensión que tiene esta ciudad es que la colocan como protagonista principal en lo que se ha venido en llamar el «fin de los tiempos», ocupando un papel axial en la tradición apocalíptica musulmana y judía. Hay quien cree firmemente que Jerusalén es una bomba de tiempo que está a punto de estallar. Aquí el Mahdi vencerá al Anticristo que sitiará Jerusalén y realizará con Cristo la plegaria ritual en esta ciudad. En ese momento la Kaaba se trasladará de La Meca a Jerusalén y lo mismo harán todas las mezquitas. En ese preciso instante Jerusalén se convertirá en el centro espiritual único de una humanidad ya reunificada. Para el Corán, esta ciudad está bendecida por Dios, es una provincia del espíritu, una tierra de luz, un punto de contacto con nuestra realidad visible y también con la invisible.

El primer ministro inglés Benjamin Disraeli, que algo sabría del tema, resumió su impresión con una certera frase: «La vista de Jerusalén es la historia del mundo, es más, es la historia de la Tierra y del Cielo».

Quizás uno de los vídeos de ovnis más virales y que sorprendió incluso a los profanos en ufología es uno en el que una potente luz

blanca desciende en línea recta a la Cúpula de la Roca y luego se dispara al cielo a una enorme velocidad. En la bóveda celeste de Jerusalén, luego, la cámara capta unas luces rojas haciendo una especie de coreografía luminosa. Las imágenes fueron grabadas el 28 de enero de 2011, a la una de la mañana, y días más tarde salieron en el portal de internet YouTube otros vídeos donde se veían escenas similares. Para los creyentes era una prueba más de que la Explanada de las Mezquitas es una puerta o escalera al cielo, para los escépticos fue todo un montaje, sin más.

Por cierto, si tienen pensado viajar a esta ciudad y comprobar lo que allí se siente, acuérdense del «síndrome de Jerusalén», que es una psicosis que afecta a ciertos individuos muy influenciables por los antecedentes religiosos e históricos de Tierra Santa y, según la cual, el que lo sufre se identifica con un personaje del Antiguo o del Nuevo Testamento. Casi nadie con Judas. Por fortuna, no es grave. Tiene cura. Eso dicen.

20. LA MECA: EL CULTO A LA KAABA

La expresión «de la ceca a la meca», un dicho muy común entre los hispanohablantes, significa ir de acá para allá y no se refiere a los peregrinos que van a la ciudad sagrada. Hay que tener en cuenta que ni «ceca» quiere decir «casa de moneda», ni «meca» hace referencia a La Meca. Tan solo era un sonsonete, como lo «del oro y el moro». Nada geográfico ni espiritual. O sí.

Dicho esto, para la comunidad musulmana el centro simbólico y espiritual es, sin duda alguna, la ciudad de La Meca, en Arabia Saudí, que recibe el nombre de *umm al qurá*, «la madre de las ciudades», porque en ella se encuentran los santuarios que se veneran durante el *hajj* o peregrinación mayor y la *umra* o peregrinación menor.

Hacia allí dirigen las plegarias rituales diarias 1.500 millones de personas. Eso durante cinco veces al día, cada día del año. Es su ciudad principal. La segunda en importancia es Medina, la «ciudad iluminada», donde Mahoma —o Muhammad— fundó el primer estado musulmán y vivió los últimos diez años de su vida, de 622 a 632. Recordemos que desde el año 612 hasta el 624, la orientación ritual en la plegaria de los musulmanes era hacia Jerusalén y en ese año se reveló un versículo coránico en el que se pedía que se dirigieran a la Casa Antigua o La Casa de Dios (la Kaaba), decisión que no gustó a todos y que hoy nadie discute.

La Meca, desde aquel momento, asumía todas las prerrogativas de una ciudad santa, al tener allí su piedra negra, su *betilo*, su meteorito celeste cubierto por una estructura cúbica y recubierto a su vez con una tela negra, todo ello construido por Abraham y su hijo Ismael, el padre de los árabes, quienes la trajeron del monte Abú Qubays, en las proximidades de La Meca, donde se encontraba desde que cayó del cielo, como así lo creen los musulmanes. O sea, que allí está la presencia de la divinidad, al igual que en el Templo de Salomón estaba el Arca de la Alianza, en el sanctasanctórum, como así lo creen los judíos.

Por extensión, el término *betilo* se aplica a cualquier piedra que se considere sagrada por una cultura y más si es de origen extraterrestre (nos referimos a meteoritos), a las cuales se atribuían poderes similares a los talismanes mágicos que protegían ciudades o a viajeros y navegantes de los peligros del rayo, las tempestades y de enfermedades. Su mera presencia —y no digamos su contacto— era una especie de bendición protectora de la propia divinidad. Por eso sus receptáculos, en diferentes culturas, se consideran Tronos de Dios.

El Corán empieza con la primera sura, que tiene solamente siete

aleyas, y hace una declaración de principios, de quién es Alá, que es justo con los creyentes a los que defenderá contra cualquier adversidad y colérico con los descreídos, al estilo del Yavhé de los judíos:

> En el nombre de Alá, el muy Misericordioso, el Compasivo (de esta manera empiezan las 114 suras): Alabanza a Alá, el amo de los mundos. El muy Misericordioso, el Compasivo. ¡El Rey del Día del Juicio! A ti es a quien servimos. ¡A ti a quien imploramos socorro! Guíanos por el camino recto. Vía de aquellos en los que Tú te complaces. Y no de los que son objeto de tu cólera y están en el error.[30]

No hay fotografías de la piedra y, para colmo, según palabras del propio Mahoma, la roca que descendió del cielo era blanca como la leche, pero se fue tornando negra a causa del progresivo alejamiento de Dios por parte de los hombres.

> Acuérdate de que cuando Yo di a Abraham como asilo la Casa (la Kaaba) le dije: «No me asocies a nadie, guarda pura Mi Casa para aquellos que cumplen los circuitos (dar siete veces la vuelta a la Kaaba, acto principal de la peregrinación), para los que se levantan para orar, para los que se inclinan y para los que adoran. (El Corán, Sura XXII, 26).

Un musulmán es consciente de que la Kaaba es más que una piedra, es el punto de la Tierra que le vincula a su propio origen, el de la tradición espiritual, y que todos los espacios de este mundo se encuentran unidos por un hilo invisible a un único centro que es la Kaaba (la Casa de Dios). Es el reflejo terrestre del templo celestial que rodea el Trono de Dios.[31]

La palabra «Kaaba» significa exactamente «cubo», que simboliza la estabilidad y la inmutabilidad, ese eje cósmico que une el Cielo con la Tierra dentro de la cosmovisión islámica. La Kaaba contiene la «presencia de Alá», revestida de un tejido negro con hilos de oro que la cubre. Es lo poco que se ve en las fotos. Todo lo demás es alto secreto. El tejido se cambia cada año y, luego, la vieja *kiswa* se trocea y se distribuye como si fueran reliquias para que beneficie y dé suerte a los receptores.

Se dio importancia a La Meca en el siglo VIII y no por ello Jerusalén cayó en el olvido. Se podría decir, de una manera desenfadada, que «de roca a roca y tiro porque me toca». De la sagrada Kaaba a la no menos sagrada «piedra del fundamento» de Jerusalén. Los califas de la dinastía omeya construyeron la Cúpula de la Roca (mal llamada, a veces, la mezquita de Omar) así como la mezquita de al-Aqsa, sobre la explanada del antiguo Templo de Salomón. Y hemos visto en el capítulo anterior cómo esta roca está muy vinculada a las tradiciones místicas de Mahoma en su ascenso a los siete cielos (para el Corán, son los siete mundos que existen en el universo).

En la Kaaba hay también un tesoro que nadie conoce y que solo está reservado al *mahdi,* cuya función tendría que ver con la *Hora*, es decir, con los momentos finales del mundo terrenal. Así pues, ese tesoro sería de naturaleza espiritual y no será revelado hasta el momento tras el cual ya no habrá momentos, no habrá más tiempo.

La Meca recibe en la tradición islámica el nombre de «ombligo de la Tierra» (en árabe *surrat al-ard*), es decir, el punto de origen del conjunto del mundo visible y físico. El Corán se encarga en numerosas ocasiones de reafirmar que esta ciudad es mucho más que una urbe con edificios y que no está reservada para todos:

> Cuando Abraham dijo: «Señor haz de esta ciudad (La Meca) un lugar de seguridad y provee de frutos a su población, por lo menos a aquellos que crean en Dios y en el último día», Dios dijo: «En lo que afecta al descreído, Yo le dejaré gozar de ella poco tiempo; luego, al punto, lo empujaré por la fuerza al castigo del fuego. ¡Desdichado fin el suyo! (Sura II, aleya 120).

Un *hadiz* trasmitido por el sabio Ka'b ibn Ahbar, uno de los compañeros del Profeta, dice lo siguiente sobre un futuro acontecimiento telekinésico:

> La resurrección de los muertos no tendrá lugar antes de que uno de los dos templos (La Meca y Jerusalén) viaje hacia el otro, ya que la morada de Dios y el lugar desde donde Él juzga se halla allí.

Creo que son datos más que suficientes para darnos cuenta de la existencia de puntos clave, calientes, geoestratégicos y con una alta carga política y religiosa en nuestro planeta, que están destinados a jugar un papel importante en las etapas finales de esta humanidad. Y esas dos ciudades siempre están en boca de aquellos que saben lo que se cuece en el presente y en el futuro, esa otra historia más oculta donde la Hora y el Armagedón son algo más que dos simples términos.

En relación con esas piedras sagradas que provocan efectos apotropaicos, que generan litolatrías y que hacen que Jerusalén o La Meca sean ciudades con un poder de atracción inusitado para millones de creyentes, contamos con un relato sorprendente de uno de los viajeros más misteriosos del siglo XX, que habla de un pedrusco similar, esta vez en Mongolia, y lo asocia nada menos que con el Rey del Mundo. En un encuentro que el explorador polaco Ferdynand Ossendowski tuvo con el Bogdo Gheghen, pontífice lamaísta de Urga, en Mongolia, este le narró una historia tomada de una crónica antigua:

> Luego que Gushi Kan, jefe de los calmucos, terminó la lucha contra los gorros rojos del Tíbet, se llevó con él la piedra negra misteriosa que el Rey del Mundo había regalado al Dalai Lama. Gushi Kan deseaba fundar en Mongolia occidental la capital de la religión amarilla, pero los oletos se hallaban en aquella época en guerra con los emperadores manchúes por el trono de China y sufrían derrota tras derrota. El último kan de los oletos, Amursana, huyó a

> Rusia, pero antes de escaparse envió a Urga la piedra negra sagrada. Mientras estuvo en Urga y el Buda vivo la usaba para bendecir al pueblo, ni la enfermedad ni las desgracias cayeron sobre los mongoles; pero hace unos cien años, alguien robó la piedra sagrada y desde aquel día los budistas la han buscado inútilmente por el mundo entero, porque sin ella el pueblo mongol no puede ser grande.[32]

Los kalmukos y los oletos son tribus mongolas del Asia central. Urga era el nombre de la capital de Mongolia antes de recibir el de Ulan Bator. La entrega de la piedra negra al Bogd Khan de Urga debió de hacerse en el año 1757.

Está piedra está relacionada con la piedra brillante Chintamani (conocida como el «Tesoro del Mundo»), con las míticas Agharta y Shamballa, con Nicolás Roerich que la reflejó en algunas de sus pinturas o con la expedición que hizo al Tíbet el naturalista nazi Ernst Schäfer; promovida por la Ahnenerbe… algo que nos llevaría por otros derroteros y merecería un capítulo aparte.

21. BENARÉS: DONDE LOS HINDÚES QUIEREN MORIR

Hay quien busca experiencias cumbres en su vida, de esas que le sorprendan, que le produzcan un buen nivel de adrenalina, que le generen una catarsis y le dejen un recuerdo imborrable. Pues destino: la India. Y dentro de este subcontinente, Benarés es una de las ciudades más impresionantes y sagradas del mundo, donde nada te deja indiferente y la vida se mezcla estrechamente con la muerte. Una ciudad que produce atracción o repulsión. No hay términos medios.

A mí me ocurrió lo segundo cuando la visité en septiembre de 1988. Ha llovido desde entonces. Era mi primer viaje al extranjero, saliendo de mi esfera de confort como funcionario del Ministerio de Trabajo de Madrid. Había leído mucho sobre la India, su religión, sus costumbres, sus templos… sabía que allí nada era parecido a lo de aquí y quería verlo con mis ojos, fotografiarlo, olerlo, tocarlo y sentirlo. Había leído lo que en su día escribió Mark Twain: «Benarés es más antigua que la Historia, más antigua que las tradiciones, más vieja incluso que las leyendas, y parece el doble de antigua que todas juntas». Y eso fue un acicate para acercarme a esta parte del mundo asiático.

En el hinduismo, los lugares sagrados se conocen como *tirtha*, están siempre relacionados con el agua. Un río genera vida, crea una frontera y es escenario de los más diversos rituales. Ese río, en estas latitudes, es el Ganges.

Benarés —también llamada Varanasi (en el estado de Uttar Pradesh)— es una de las siete ciudades más santas en el hinduismo. La deidad más popular es Shiva «el destructor», representante de la trinidad o trimurti sagrada, junto a Brahma «el creador» y Visnú «el conservador». La leyenda cuenta que la ciudad de Varanasi fue fundada por Lord Shiva y que contiene la mano izquierda de Satí, su esposa, quien se prendió fuego después de escuchar como Daksha, su padre, hacía un discurso en el que se burlaba de Shiva. Se cree que una de las cuatro cabezas del dios Brahma descansó aquí. Esta vetusta ciudad es una puerta cósmica de peregrinación, purificación y reencarnación. Muchos hindúes lo saben.

El principal destino de sus turistas y visitantes son los *ghats* (que en hindi significa peldaños), el nombre con el cual se conoce a las escaleras de piedra que descienden al río. Cada escalinata tiene un significado distinto y la ciudad cuenta con más de cien *ghats*. El crematorio más importante de Varanasi, el Manikarnika Ghat, es el más antiguo del mundo.

Cuando llegamos a Benarés, tras el madrugón preceptivo (los

rigores del sol aconsejan levantarse antes de que amanezca), fuimos rumbo al Brahma *ghat* para coger una barca y recorrer parte de la orilla izquierda del río Ganges. Antes de montar en la barca, un *sadhu* nos puso la *tilak*, el punto rojo en mitad de la frente con pasta de sándalo, a modo de tercer ojo, a mi mujer y a mí, y nos dio su bendición. Una forma de empezar nuestro itinerario de manera olorosa y bien protegidos.

Los baños en este río se consideran purificadores de los pecados, por lo que muchos hindúes acuden al amanecer para lavarse y adorar al dios del Sol llamado Surya. Morir y ser incinerado en Benarés es algo más que un acto funerario. Precisamente, el misterio más grande que se teje alrededor de esta urbe es que, según los preceptos hindúes, todo aquel que muera aquí queda inmediatamente liberado de *moksha*, es decir, de la rueda de las reencarnaciones, encontrando así el descanso eterno. Este beneficio también se aplica a todo aquel que muera en sesenta kilómetros a la redonda de la ciudad.

Sabiendo esto, uno mismo se contagia del ambiente. Al despuntar el día, dentro de mi barca, rodeado de otros turistas, observé cómo los indios, posiblemente muchos hindúes, colocaban pequeñas hojas en la superficie del río con una pequeña vela, vi a gente meditando, vi cómo hacían sus abluciones, cómo lavaban sus ropas o se cepillaban sus dientes, vi a un toro muerto flotando plácidamente y, un poco más lejos, a una mujer tumbada de bruces con el cuerpo hinchado sobre el Ganges. Vi templos, vi la casa del jefe del crematorio, vi… lo mundano y lo sagrado, todo junto.

En el *ghat* de las cremaciones hay unos diez pisos que funcionan las veinticuatro horas del día y observé que muchas correspondían a mujeres por la tela roja que suelen llevar a modo de mortaja. Se estima que la cifra de incinerados se eleva a 32.000 personas cada año. El mismo cuerpo de Mahatma Gandhi fue ofrendado al río Ganges.

Nadie que haya pasado por Benarés con la mente abierta ha regresado igual a su tierra. Les ha ocurrido a escritores, campesinos, contables, artistas o conductores de autobús. Algo tiene su atmósfera o su forma de entender la vida y la muerte.

Tras mi recorrido viendo la actividad y la vida de los *ghats*, quise conocer la otra Benarés, la del Templo de Oro, recorrer las calles del Chowk, su antiquísimo barrio comercial y lugar ideal para comprar sedas o *kajal* sin hacer ascos al regateo y, por supuesto, el Templo de Durga o templo de los monos, que se las saben todas para hurtar algo de comida al turista desprevenido. No todo se puede ver, aunque tengas tiempo y dinero, y menos aún algo que menciona la mitología

hindú y jaina. Me refiero a la ciudad subterránea de Patala, el equivalente al inframundo o infierno, que es el nivel más bajo del universo, compuesto por siete países donde habitan seres como los *nagas* u hombres serpientes, los *daitya* y los *yaksas*, todos ellos genios locales heredados de la tradición popular y de un culto animista anterior a los arios que hacen la función de divinidades tutelares y espíritus guardianes.[33]

Mucha gente en la India cree que la entrada está en Benarés, y se penetra a través del Pozo de Sheshna, un lugar de gran poder; y solo aquellos hombres debidamente preparados y santos pueden hacer contacto con ella. No sé si será una coincidencia semántica, pero en el Tíbet, debajo de su santuario principal, el Potala, creen que hay un antiguo sistema de cavernas y túneles, que se extiende por todo el continente asiático.

Recurro ahora a dos autores que conocen a la perfección las intimidades de la India en general y de Benarés en particular, para que expliquen mucho mejor que yo por qué esta ciudad es tan impactante e importante para tantas almas. El primero es un maestro de yoga, viajero, escritor, Ramiro Calle, quien hace unos años escribió:

> La ciudad más santa de la India: Benarés. La ciudad más peregrinada de la India: Benarés. La ciudad en la que la mayoría de los hindúes anhelan ser cremados: Benarés. Es por excelencia la ciudad de Shiva, de los tres mil templos y santuarios, que reúne por igual a santos y pícaros, los *sadhus* auténticos y los falsos que se ponen de hachís hasta las cejas, genuinos hombres de Dios y todo tipo de charlatanes, embaucadores y vendedores de lo Oculto. Espiritualidad auténtica y refinada, religión mecanizada y degradada y no poca superstición se entrelazan en Kashi, la ciudad de la luz.
>
> Benarés es muy antigua, ya peregrinada por devotos chinos desde hace milenios. La ciudad de los ritos, las ofrendas, los cánticos sagrados, las incineraciones que no cesan. Y el río Ganges, lamiendo con sus aguas los decadentes edificios de templos y mansiones de la abigarrada ciudad; el río más penetrado por cuerpos humanos del mundo, más ansiado, que recibe las cenizas de millones de personas y los cuerpos de niños y hombres santos.
>
> Buenas librerías en Benarés, enormidad de *ciclorikhaws*, bullicio ensordecedor, olor a fritangas y sándalo, vendedores de semillas sagradas y limpiadores de oídos, sacamuelas y masajistas callejeros, el siempre audible *Om Namah Shivaia*, las mujeres recatadas y sus susurrantes plegarias, los transportadores de cadáveres de aquí para allá, los *sadhus* pintarrajeados, los dignos renunciantes con sus prendas anaranjadas, los decidores de cuentos o los encantadores de serpientes, legión de mendigos, comerciantes ávidos entre los ávidos, niños de cráneo pelado tras haber recibido la iniciación a su casta.
>
> El gran espectáculo del mundo se ofrece en la milenaria y variopinta Benarés, caleidoscopio que fascina y aturde, implacable escenario de vida y de muerte. Mezcla de religiosidad y mercadería. Y por casi todas partes el *lingam*, el falo de Shiva, el gran miembro viril cósmico, clavado sobre la vulva de la

diosa, ungido de aceites y mantequilla, ofrendado con hermosas y olorosas flores. Al indio le gusta tanto o más adorar aún que ver la televisión, que no es poco.

Benarés es el gran laberinto que oculta su centro. Su centro es el ángulo de conexión con el Divino. Algunos lo buscan, otros hacen que lo buscan y otros van a lo suyo: poder sobrevivir día a día. Pocas ciudades hay tan insolentemente llamativas y que originen tantos sentimientos ambivalentes a cada momento. Aquí Shiva no deja de moverse en una frenética danza cósmica que nos ofrece todos los rostros imaginables e inimaginables.

Benarés es Benarés. Nadie es capaz de describirla en toda su grandeza y toda su miseria. Lo intentó Blasco Ibáñez, lo intentó Mark Twain y Pierre Loti, lo he intentado osadamente yo, pero Benarés escapa a toda descripción.[34]

O como la describe otro escritor también viajero y conocedor de las tradiciones más simbólicas y sagradas, Fernando Sánchez Dragó:

Benarés pasa habitualmente por ser la más antigua ciudad del mundo. Desde hace milenios, todo el espectacular detritus de la enfermedad, la carroña y la muerte afluyen a sus *ghat* (así se llaman las plataformas, terrazas y escalinatas distribuidas por espacio de cuatro millas en la ribera izquierda del Ganges).

Los leprosos, los bonzos, los opulentos, los apestados, los brahmines, los gimnastas, los magos, los titiriteros, los encantadores de serpientes, las jovencitas de piel tersa, los virulentos, las suaves damiselas de las altas castas, los parias, los pedigüeños, los agonizantes: todos acuden a las aguas en confuso montón, y en ellas se desnudan, lavan sus ropas, exponen sus vergüenzas, liberan sus pechos, dejan que las febles túnicas se les adhieran al cuerpo, meditan, cruzan las manos sobre el ombligo, se quitan la pelusilla de los dedos de los pies, pliegan y dislocan los músculos y las articulaciones en inverosímiles posturas yóguicas, se afeitan, se cortan las uñas, se anudan el moño y echan su meadita, digo yo, como cualquier hijo de vecino.

De vez en cuando asoma por el horizonte un cadáver flotante con dos o tres buitres socavándole las entrañas. Nadie se inmuta ni se altera ante la aparición de estas insólitas embarcaciones.

Más allá, casi en las fauces del campo desolado, se alza la Manikarna Ghat, la terraza donde los hindúes incineran a sus difuntos.

La escena puede verse, pero no puede ni debe fotografiarse, hay que respetar las costumbres. Donde fueres, haz lo que vieres. Compórtate como un viajero, no como un turista. La familia del finado —por lo general un viejecito, un pajarito más bien anémico y desguarnecido— lo transporta hasta el lugar de la cremación sobre unas angarillas. Antes ha envuelto cuidadosamente el cadáver en papeles, refajos y cintas de colores brillantes. El cortejo es grave, silencioso y desfila con lentitud verdaderamente mayestática, con la severa precisión de una ceremonia de datación inmemorial.

Por fin depositan el fardo con unción y le aplican fuego en varios puntos con la ayuda de unas largas varillas. En la operación intervienen todos: familiares, deudos, amigos del finado, incluso los niños. Es un ritual puntilloso, reflexivo, sereno y petrificado desde hace miles de generaciones. Ni le falta ni le sobra nada, ha quedado así decantado en su aparente sencillez. A diferencia de nuestros protocolos funerarios de judeocristianos este no asusta, no repele,

> no evoca la imagen de san Jerónimo y la calavera, no es en modo alguno un *memento moris* (los brahmines están hechos con la antimateria de los cartujos), pero tampoco un gorigori moral a la manera del paganismo senequista y petroniano.
>
> Curiosa e inesperadamente ni siquiera el olor desagrada, como podríamos esperar: no es acre, no es grasiento, no es agudo, no es imperceptible… Estamos, en cualquier caso, a millones de años luz de los abyectos entierros occidentales, con su dulzona necrofilia, su leucémica mortaja, sus mecánicos estribillos de pésame, sus velorios de comadres zumbonas, sus chistes verdes y hasta sus castizos copazos de anís.
>
> Aunque sea duro de creer, tal es el poder de evocación de la ciudad santa que una vez a punto estuve de servirme un vasito de esas aguas fecales del Ganges, con tropezones de miasmas en estado de efervescencia. Fue a la del alba de mi segundo día en Benarés, durante mi primera visita, hace ya bastantes años…[35]

De mi viaje a la India y de mi paso por Benarés me traje como recuerdo un recipiente de latón, con tapón de rosca, en cuyo interior metí un poco de agua recogida personalmente en el Ganges. Quería tener agua sagrada, a modo de reliquia líquida, como así hice cuando estuve en el río Nilo o en el Níger. A los pocos días esa agua se había evaporado y en el fondo del recipiente quedaron unos residuos orgánicos verdinegros de no sé qué ignotos ingredientes, en los que me imagino habría algo de huesos calcinados.

Cada vez que lo veo me viene a la mente la futilidad de la existencia que encarna perfectamente Benarés. En el fondo, quieres conservar un pedazo de recuerdo de ese lugar, que al final se evapora y se difumina en la nada, como la propia muerte.

22. CHINA: ¿DE QUÉ PROTEGE LA GRAN MURALLA?

En China todo lo hacen a lo grande. Territorio y chinos hay de sobra para emprender las construcciones más megalómanas. Les da igual que sea el Gran Canal, el mausoleo del Emperador Amarillo y su ejército de terracota, la Ciudad Prohibida o el transiberiano. Todo para dejar constancia de que son capaces de hacer lo que nadie hace. Y lo hacen bien.

Un buen ejemplo es la Gran Muralla. ¿Por qué Marco Polo no la menciona, ni tampoco cita los palillos de comer o los pies vendados de las niñas tan característicos de China? Francis Wood, bibliotecaria inglesa, autora del libro *Did Marco Polo Go to China?* (¿Fue Marco Polo a China?, 1995) basa su duda en que tiene olvidos «imperdonables» porque, además de lo dicho, no menciona tampoco la escritura china, las prácticas de acupuntura, las populares teterías, ni tampoco el taoísmo o el confucianismo.

Otros autores afirman categóricamente que Marco Polo estuvo en China, o Catay como se llamaba entonces, y que el hecho de que no mencione la muralla es porque en aquel tiempo, siglo XIII, estaba bastante deteriorada. Si bien fue durante la época del primer emperador, el tiránico Qin Shi Huang, cuando más impulso se le dio a esta gigantesca construcción, los chinos han tenido una baja estima hacia esta proeza debido a los sufrimientos que ha generado y eso podría explicar uno de los enigmas de la obra de Marco Polo, que no la citara, y ni siquiera otros viajeros posteriores hablasen de ella al referirse a las glorias y prodigios de China.

Se conoce como la Gran Muralla China desde fines del siglo XIX. Anteriormente se la nombraba simplemente «muralla», «barrera» o «fuerte», que le daba menos *glamour*. No se sabe cuántos trabajadores y esclavos pudieron herniarse en esta fastuosa y ciclópea obra. Se estima que en total trabajaron unas 800.000 personas en la construcción de toda la muralla. No sabemos cuántos miles de muertos están enterrados cerca o debajo de ella, fallecidos por agotamiento, castigos o hambre. No existe evidencia de que sus cadáveres fuesen «reciclados» o utilizados como argamasa para levantar los muros, ya que, por ahora, no se han encontrado restos humanos en su estructura. Hasta que se demuestre lo contrario, los materiales utilizados fueron piedras, granitos y ladrillos disponibles, dependiendo de cada época. Nada de materia orgánica, como algunos autores han afirmado.

Es una de las maravillas del mundo hecha a base de sudor, lágrimas, latigazos y sangre. Desde que China existe ha tenido que protegerse contra las invasiones de los pueblos nómadas instalados

junto a sus muchos kilómetros de fronteras. Originariamente no se trataba de un único muro, sino de diversas murallas de protección destinadas a marcar los límites de la civilización (que eran ellos) y los pueblos bárbaros del norte (que eran los otros). Unidas y restauradas por los sucesivos emperadores durante más de mil años, se convirtieron en lo que son hoy, un símbolo, un tótem, una proeza, una machada y un mito.

Gengis Khan demostraba cada vez que podía su astucia y estrategia militar y, en su afán de conquistar la China de la dinastía Song, sabía que el obstáculo mayor era franquear su «inexpugnable» Gran Muralla. Una mañana, el gran emperador mongol reunió a todos sus hombres en una zona central de la muralla y les dijo: «Memorícenla, porque pronto estará destruida». Frase chulesca que sirvió para enardecer a los mongoles, convencidos de que, antes o después, acabarían entrando por ella.

En su avance militar se encontró con la ciudad amurallada de Volohai. Gengis solicitó al gobernador un tributo muy peculiar si querían conservar su vida y levantar el asedio: les pidió mil gatos y diez mil golondrinas. Algo extraño, pensaron. Pero no tenían otra alternativa, si bien los más doctos de la ciudad sospechaban, y con razón, «que había gato encerrado».

Los habitantes se entregaron a la tarea de recolectar y capturar los animales, que al final entregaron al líder mongol. Una vez los tuvo en su poder, ordenó al general Subotai que los soldados mongoles les amarraran banderines, tablillas y objetos de maderas livianos a sus cuerpos. Y prendieron fuego a los animales. Como era de esperar, los aterrados felinos y las aves una vez salían de sus jaulas emprendieron la dirección de la única ciudad que conocían y donde esperaban obtener refugio. Los gatos escalando las murallas y las golondrinas sobrevolando la ciudad. Un enorme incendio comenzó a crecer en los barrios de la fortaleza. Los defensores estaban demasiado ocupados extinguiendo los fuegos para poder cuidar las murallas y los mongoles entraron a sangre y fuego. Al final, Volohai cayó ante el poderoso ejército mongol. Gengis Khan cruzó la Gran Muralla defendida por mercenarios y cuando en la corte del Celeste Imperio se apercibieron del peligro ya era tarde, y la veloz caballería del Khan arrolló con facilidad a la infantería china para tomar la capital Zhongdu (Pekín o Beijing) en 1214.

El sueño de la conquista definitiva de toda China tuvo que esperar unos años, y ocurrió gracias a su nieto Kublai Khan. Fue en el año 1271, creando la dinastía Yuan —de mongoles—, momento de una nueva etapa para el Imperio chino y para Marco Polo.

Con diez metros de altura y unos siete de anchura, estaba protegida a lo largo de su trazado por cerca de veinticinco mil torres separadas un centenar de metros entre sí. Los mensajes se transmitían de torre a torre con señales ópticas: si era de día, mediante banderas; si era de noche, mediante luces. Hoy se sabe que esta enorme construcción tiene 21.196 kilómetros de longitud; sí, han leído bien, más del doble de lo que se creía originalmente. Va desde la frontera con Corea, al borde del río Yalu, hasta el desierto de Gobi y esta «avenida de piedra» permitía también la circulación de personas, de carros y de correo hacia las lejanas provincias del norte y del oeste. Y no se hizo en un solo día (como las leyendas que hacen intervenir al diablo, véase el Acueducto de Segovia) ni en un mes ni en un año ni en un lustro ni en un siglo. La muralla comenzó a construirse en el siglo V a.C. y se terminó oficialmente en 1644.

En una de sus novelas ambientadas en este país, la escritora estadounidense Pearl S. Buck (que, además, pasó media vida en China) dijo con conocimiento de causa que «nada ni nadie puede destruir el pueblo chino. Ellos son sobrevivientes implacables. Es el pueblo civilizado más antiguo de la Tierra». La muralla demuestra ese tesón y esas ansias de supervivencia. Hoy es uno de los lugares turísticos más visitados del mundo, algunos dicen que el primero en el *ranking*, aunque este galardón es más que discutible según a qué fuentes acudas.[36]

Cada dinastía hizo su parte. Durante la dinastía Qing, de origen manchú, las fronteras del Imperio se extendieron mucho más al norte del territorio que protegía la robusta muralla construida por los Ming, y sus labores, así como su mantenimiento, descendieron hasta niveles que causaron un gran deterioro y numerosos derrumbamientos. Además, buena parte de las murallas conservadas en el extremo oeste del país apenas suponen una hilera de barro que se alza unos pocos metros.

Es probable que el propio Mao Zedong tuviese mucho que ver con su promoción, no solo por su idealizada visita al lugar, sino también por su célebre frase: «No serás un héroe hasta que subas a la Gran Muralla», aunque durante la Revolución Cultural su gobierno la despreció como un símbolo del feudalismo y despotismo más rancio de las milenarias dinastías chinas y animó a los lugareños a que se apropiasen de sus piedras en caso de necesidad para construir sus propias casas. Aunque en el pasado cumplió con la función de frenar las invasiones de los reinos y tribus del norte, y durante ciertos periodos marcó la frontera con los dominios mongoles de Gengis Khan, de los manchúes y los coreanos, en la actualidad, sus piedras ya

no destilan sangre y ahora están para menesteres más lúdicos.

El 1 de octubre de 2014, durante una festividad nacional, el monumento fue visitado por la increíble cantidad de ocho millones de personas, solo en un día. Ya he dicho que aquí todo es a lo grande. Además, la Gran Muralla es un referente y un reto para los aficionados y profesionales del maratón que cada año se celebra allí. Una competición que incluye vérselas con 5.164 escalones de nada.

Se han dicho muchas tonterías respecto a esta magnánima obra. Una de las más repetidas es que la Gran Muralla es la única construcción humana visible desde el espacio, e incluso hubo periodos en que se decía que podía verse desde la Luna (antes de que el hombre llegase a ella, claro). Uno que dio pábulo a esta leyenda urbana fue el astronauta William Pogue, quien dijo haber visto la muralla desde el *Skylab*, aunque más tarde se supo que lo que había visto en realidad era el Gran Canal de China, otra de las grandes maravillas de este país.

Lo primero que preguntaron al primer astronauta chino, Yang Liweu, cuando llegó a la Tierra tras permanecer un tiempo en órbita, ya se imaginan qué fue y él dijo que nada de nada. En realidad, los científicos de la NASA consideran que es imposible ver la muralla a simple vista desde una órbita baja, ya que no solo harían falta unas condiciones climáticas excepcionales, sino también una vista hasta veinte veces más aguda que la media entre los seres humanos. En cierta ocasión, se publicaron unas fotografías del satélite *Proba* con las cuales se quería demostrar que la Gran Muralla se veía a más de seiscientos kilómetros de distancia y luego tuvieron que rectificar diciendo que era un río que desemboca en el embalse de Miyum.[37]

Uno de los primeros historiadores occidentales que escribió sobre ella con detalle fue el riojano Juan González de Mendoza (1540-1617). Nunca viajó a China, lo que no le impidió describir la Gran Muralla gracias a la información que le llegaba de paisanos viajeros que sí la conocieron, entre ellos, los misioneros franciscanos y los de la Compañía de Jesús. Por cierto, su libro *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reyno de la China* (1585) fue el primero en presentar los caracteres chinos a los europeos y su obra fomentó en toda Europa la curiosidad hacia el Lejano Oriente, cuyo momento culminante se materializó con la llegada de cuatro embajadores japoneses al Vaticano en 1582 y un aumento en la importación de productos chinos a España.

Ya sabemos que Marco Polo no fue el primero en pisar la Gran Muralla y hay que esperar a 1605 para que el gobierno chino permita que un occidental, de origen ibérico y de pura casta para más señas, se

entere de cómo está hecha la principal estructura defensiva de su país. Que ese secreto se conociese los hacía vulnerables, igual que la cartografía; no la dejaban ver a cualquiera por miedo a que fuera un espía. En aquel año permitieron el paso al explorador portugués y jesuita Bento de Góis. Se convirtió «oficialmente» en el primer europeo en poner un pie sobre la inexpugnable muralla.

En 2015 se publicó la novela *La caja china*, del historiador Jesús Maeso de la Torre, ambientada en uno de los asuntos más curiosos, originales y desconocidos de la historia pasada: el plan de Felipe II de conquistar China. Sabíamos de sus ínfulas de conquista de Inglaterra, y así le fue con la Armada Invencible. ¿Pero China? Pues también. Los estrategas de la corte estimaban que el número de soldados necesarios para acometer la campaña sería de unos 15.000 hombres reclutados por todos los rincones de la monarquía hispánica, más unos 6.000 soldados japoneses, que les tenían ganas a los chinos. Siempre se ha dicho que la ignorancia no conoce el miedo y menos mal que no se embarcaron en esa aventura megalómana para llegar a la Ciudad Prohibida, pues no hace falta ser muy listos para saber cómo iba a terminar todo: de bruces con la muralla.[38]

Como curiosidad final, digamos que existe otra muralla muy larga, mejor dicho, una valla, que no es lo mismo, que atraviesa la mitad de Australia de este a oeste y tiene una longitud de 5.614 kilómetros, que se dice pronto. Es la Dingo Fence que no se erigió para cerrar el paso a ejércitos enemigos ni a «los caminantes de la noche» (guiño para los que vean la serie *Juego de tronos*), sino para mantener alejado a un animal predador especialmente numeroso en Australia y que por eso ha dado su nombre a la valla: el dingo.

De escala más modesta, tenemos la muralla de Ávila, rodeando el casco antiguo por un anillo de piedra de 2,5 kilómetros de longitud, 12 metros de altura y 2 metros de grosor, con 88 torres y 9 puertas, que le dan un aire de cuento medieval de hadas. Son las murallas y torres mejor conservadas del mundo. Todo el *pack*. Cuando la ves, parece la hija pequeña y «fermosa» de la Gran Muralla China, e igualmente tiene jugosas historias que contar bajo la sombra de sus muros.

23. TAILANDIA: LEONES DE FU Y CASAS DE ESPÍRITUS

Cuando viajo me encanta visitar mercados. En ellos se nota el pulso vital de una ciudad. Y no me refiero solo a los mercados de abastos, con sus productos alimenticios a cuál más energético. En Centroamérica y Sudamérica hay varios en los que venden otra clase de productos, esos que sirven para realizar ritos mágicos. Y en Bangkok encontré uno de amuletos (*Amulet Market*).

En una capital como la tailandesa, de más de once millones de habitantes y en la que el 95 por ciento de la población es budista, es fácil entender que la religión y las fuertes creencias asociadas a la misma son algo que invade cada aspecto de la vida cotidiana. Muchos de los asiduos a estos puestos en las calles cercanas al Palacio Imperial son monjes budistas. Tiene su lógica, pues allí puedes encontrar todo tipo de imágenes de Buda en pequeñas estatuas, estampas, grabados en bronce o cualquier otro material. Hay amuletos para alejar el mal de ojo, piedras semipreciosas que te atraen la buena suerte o hierbas de nombres exóticos al gusto del cliente más supersticioso, para mejorar su salud o empeorar la del vecino.

Con independencia de que uno compre alguno de esos objetos como si de un *souvenir* se tratara, lo más interesante para el viajero —o incluso el turista—, que viaje por Tailandia es que se fije en sus templos. Son templos budistas y por ello están repletos de muchas sorpresas visuales y toda clase de amuletos (algunos no muy visibles) con una clara intención proteccionista.

Se cree que el budismo se introdujo en Tailandia hace unos 2.200 años, cuando el emperador de la India, Ashoka el Grande, envió monjes a un gran número de países para difundirlo. Y a la chita callando, se calcula que hoy en día habrá unos 40.700 templos budistas, y la mayoría activos. Uno de ellos es de libro Guinness. Me refiero al Wat Traimit, situado en el distrito de Chinatown, en Bangkok, el más conocido y visitado debido a que alberga el Buda de Oro, dicen que macizo y dicen también que el más grande del mundo, con tres metros de altura y más de cinco toneladas y media de peso, algo muy goloso para cualquier ladronzuelo. Para evitar tentaciones y dar la impresión de que tenía menos valor, la estatua fue recubierta de estuco hasta que en 1955 se cayó el envoltorio y se descubrió toda su hermosura y valor. Ahora la protección que tiene es de otra clase, más contundente: cámaras de seguridad y guardia imperial bien armada.

¿Se han fijado en que a la capital de Tailandia se la conoce oficialmente como Krung Thep Maha Nakhon o «la ciudad de los ángeles»? Ángeles ya quedan pocos, sobre todo si visitas por la noche

el barrio de Patpong, pero sus creencias en seres monstruosos siguen intactas.

Los que hayan visitado algún país oriental cuya religión sea el budismo, bien Nepal, Tailandia, India o China, sabe que es obligado ver sus palacios y algunos de sus templos, *wats* o pagodas. Pues bien, en la entrada de esos recintos se ven claramente (y si no lo vemos es que estamos muy despistados o tenemos alguna dioptría de más) unos animales con aspecto feroz en postura sedente, flanqueando la escalera o la puerta de acceso de ese templo, ese palacio o esa tumba. Los llaman por lo general «leones de Fu» porque se asemejan a un híbrido entre un león y un dragón (un dragón con melena y garras de felino). Es verdad que el nombre no inspira mucho respeto, aunque su función no es decorativa. Para un budista está protegiendo el recinto de malos espíritus o de turistas molestos (esto último lo añado yo).

En algunos lugares los mencionan como «perros de Fu» y se quedan tan anchos. Solo hace falta mirar con atención su fisonomía para darnos cuenta de que son esculturas felinas y no caninas. Además, el león es uno de los animales consagrados a Buda. Los maestros del Feng Shui los consideran como guardianes celestiales (en ocasiones, son llamados «guardianes de la felicidad»). Además, son símbolo de valor, poder y honor. Y van a pares, como los obeliscos en los templos del Antiguo Egipto. Fijémonos en unos cuantos detalles:

—

Son macho y hembra.

—

Si la pata o zarpa derecha se apoya sobre un orbe (globo terráqueo), una perla o esfera bordada con diseños geométricos, es un macho. Personifica lo masculino, el Yang, y cuida el exterior del inmueble.

—

Si la pata izquierda se apoya sobre una cría o cachorro, es una hembra. Ella representa el principio femenino, el Yin. De acuerdo con la tradición, es la encargada de la seguridad interna del templo, hogar u oficina.

—

Algunas veces la hembra tiene la boca cerrada y el macho abierta. Esto simboliza la pronunciación de la sílaba sagrada OM.

—

Sus ojos siempre están abiertos en actitud de vigilancia.

—

Son defensores de la ley y la moral, el Dharma, una

palabra sánscrita que significa «protección». Con la práctica de las enseñanzas de Buda nos protegemos del sufrimiento.

—

Son tan populares que en muchos restaurantes chinos y asiáticos de Europa los tienen puestos en sus entradas. Reciben otros diversos nombres como «leones de Buda» o «leones Coreanos».

La primera representación de leones de Fu se remonta a la Dinastía Han, del siglo III a.C. al siglo III. Sin embargo, durante casi cuatrocientos años no se vuelven a encontrar y solo reaparecen en la Dinastía Tang (618-917). En China reciben el nombre de *Rui Shi*, son los guardianes imperiales y fueron introducidos en sus tradiciones a través del budismo. Una antigua leyenda oriental sostiene que la entrada al Cielo es resguardada por una pareja de estos seres al impedir el acceso de entidades negativas. Los palacios de la Ciudad Prohibida de Pekín están celosamente custodiados por varias parejas de leones de Fu. Recordemos que esta ciudad fue pensada y construida en base a las reglas o normas del Feng Shui. Por eso, a los leones, dentro de este arte ancestral basado en la cosmogonía china, se los asocia a la vigilancia, al juego limpio y a la defensa del débil.

La bandera del Tíbet, por su parte, es como un talismán, pues incluye a dos «leones de las nieves» enfrentados entre sí. Y las tres joyas coloridas elevadas por los leones representan la reverencia guardada por los tibetanos a las Tres Joyas Supremas (Buda, Dharma y Shanga). Por cierto, esta bandera es ilegal en China y ya se imaginarán por qué.

En Japón, donde nos podemos encontrar santuarios budistas y sintoístas, una vez que traspasamos el Torii, es decir, la puerta que separa el mundo mundano del mundo espiritual, la puerta que da acceso al recinto sagrado, veremos los *komainu*, que son los leones o perros guardianes de los que estamos hablando y que se encuentran a cada lado de la entrada del templo. En el caso de los santuarios dedicados a la diosa Inari en Kioto se trata de zorros, cuyo poder purificador les permite expulsar de allí a fantasmas y demonios.

Otro detalle en el que debemos fijarnos —y escucharlo— bordeando esta clase de templos son las campanillas que cuelgan de los alerones de los tejados de las pagodas tailandesas y que emiten un tintineo constante al compás de la brisa o del viento. Tienen la misma misión de alejar malos espíritus de su entorno, pues el sonido metálico crea una especie de barrera vibratoria que no permite acercarse a entidades oscuras de baja vibración. En Japón las llaman «campanillas

furin» (viento) y se colocan en ventanas, balcones y puertas de las casas al principio del verano. Suelen ser de cristal, aunque vale cualquier otro material con la condición de que emitan ruido.

Los templos de Tailandia juegan un papel muy sustancial en la vida cotidiana de los tailandeses. La gente va normalmente al templo para pedir a Buda buena salud, fortuna o riqueza y buscar el asesoramiento espiritual de los monjes. Aunque en líneas generales los templos tailandeses son conocidos como *wat*, este término se emplea no solo para el edificio en sí, sino también para el complejo religioso entero, que suele constar de varias edificaciones. Una es el *chedi*, *estupa* o pagoda, que es la estructura más importante, visible y sagrada del *wat* y originalmente contenía reliquias de Buda. Aunque las hay de varias formas, por lo general son cónicas y en Tailandia el estilo más utilizado es con forma de campana. Entre los elementos exteriores del *wat* están los *Singha*. Así llaman a esas criaturas que se parecen a un león de Fu, guardianes de los templos, por lo que suelen estar en la entrada.

Por si esto fuera poco, tienen a los *Yakshas*, unas estatuas que representan a los demonios protectores de la naturaleza, presentes en el hinduismo y el jainismo. En Tailandia son reinterpretados como guardianes de templos y se los muestra a gran tamaño, con gorro, armadura, una gran espada que sujetan con las dos manos, ojos saltones, expresión de ferocidad y grandes colmillos. Aunque se los represente con formas terroríficas, no son maléficos por naturaleza. Tan solo hacen su trabajo, que consiste en jorobar a aquellos que molesten a Buda o a los *bodhisattvas*. O sea, que no es nada personal, solo negocios.

Pero hay más. En cualquier jardín de Tailandia, Birmania, Laos o Camboya se pueden ver unas «casitas de espíritus» elevadas sobre un pilar. Son como los *lararios* de los antiguos romanos, diminutos santuarios dedicados a los espíritus de los antepasados protectores de las casas o edificios. Toda construcción debe tener su propia «casa de espíritus», la cual ha de ubicarse orientada al norte en la parte trasera de la casa o delante, según cada caso. Los tailandeses creen que, al proveer de cobijo a los espíritus, la armonía y la serenidad descenderán sobre la casa, negocio o edificio donde se instalan estas pequeñas construcciones, ya que entonces los espíritus no tendrán necesidad de rondar o, lo que es peor, encantar la casa.

También se erigen «casas de espíritus» para pueblos enteros en honor del espíritu local o *Chao Pho*. Suelen ubicarse en las afueras, normalmente cerca de árboles, adonde acuden a menudo los lugareños para pedir el favor de esos espíritus. Es habitual que, una vez al año,

todos los habitantes se reúnan para realizar una gran ofrenda en común, con el fin de pedir al espíritu la protección del pueblo. Y pasan lista para que no falte nadie. En algunas ocasiones, las veremos en los márgenes de la carretera, en aquellos sitios donde ha habido un accidente mortal, en señal de respeto a los espíritus de aquellos que perecieron.

Todos los días, preferiblemente por la mañana, el dueño habrá de ofrecer comida, bebidas, guirnaldas de flores o bastoncillos de incienso, que depositará en una pequeña mesa delante de la «casa de espíritus» para ganar su protección. Su origen se remonta a cultos animistas que provienen de tiempos inmemoriales. Por medio de esas ofrendas, se intenta tener algún tipo de control sobre las fuerzas de la naturaleza que condicionan sus vidas.

No sé si se debe a esta clase de atávicos talismanes protectores —hasta los taxis llevan alguno—, pero los tailandeses están muy orgullosos de ser el único país del sudeste asiático que nunca ha sido colonizado.

24. CAODAÍSMO: LA RELIGIÓN DE LAS RELIGIONES

Todas las religiones prometen la salvación eterna. Cada una con sus métodos propios. ¿Y si hiciéramos una encuesta a pie de calle, en la ciudad europea que sea, y preguntáramos por el caodaísmo? Si saben lo que es sería para nota.

Algunas religiones, tal vez lo sepan, se han creado recientemente. Me refiero al siglo XIX (como la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días o mormones) y en el siglo XX, como la Fe Baha'i o Cao Dai. De esta última quiero hablar, pues si a alguien le dio por pensar en hacer una «religión Frankestein», aquí la tenemos, vestida con todos sus atuendos y símbolos.

Es una de las aportaciones de Vietnam al mundo de la espiritualidad, y eso que se trata oficialmente de un país comunista; pero es un comunismo de puertas afuera, con sus banderas, lemas y postureo político, porque luego paseas por Hanoi o Ho Chi Minh y, aparte del ensordecedor ruido de miles de motos, no verás una tienda o una casa sin su respectivo templo dedicado a alguna divinidad budista. Además de la gran cantidad de pagodas repartidas por todo el país. El budismo vietnamita es una curiosa combinación de varias ramas del budismo, ya que veneran a sus antepasados al creer que son estos los que, desde el más allá, velan constantemente por la familia que aún permanece en la Tierra.

Tras la fundación de la República Democrática de Vietnam (ahora República Socialista de Vietnam), el partido y el Estado concedieron permanente importancia a la práctica de los credos e implementaron la política de respetar y garantizar el derecho a la libertad de religión y creencias, con la idea de fortalecer la unidad entre los fieles, fueran del dogma que fueran. De acuerdo con estadísticas oficiales, el 27 por ciento de la población, equivalente a veinticuatro millones de personas, son creyentes de las seis principales religiones. La fundamental es el budismo de la rama Mahayana, por esa razón no hay ateos convencidos. Cada vietnamita hace lo que le da la gana, siempre y cuando no se meta con el partido único.

La religión caodaísta tiene su dios principal: Cao Dai y recoge conceptos del budismo, cristianismo, hinduismo, taoísmo y de unas cuantas más. Es la mejor manera de estar a bien con todas y ascender a los cielos en un *turbojet* si cumples sus principios más elementales. Al entrar en cualquiera de sus templos, la primera impresión es impactante, por su colorido chillón y por sus imágenes. Se mezcla a Jesucristo con Buda y con Víctor Hugo, que ya es algo chocante. ¿Por qué? Lo iremos viendo.

Antes una reseña biográfica de su fundador con nombre impronunciable: Ngo van Chieu. Nació en la provincia de Tay Ninh (al sur de Vietnam) y su vida transcurría como la de un triste funcionario que trabajaba para la administración francesa (en aquella época Vietnam formaba parte de Indochina, que a su vez estaba bajo el protectorado de Francia). A través de varias sesiones de *mediumnidad,* empezó a recibir una serie de revelaciones de una entidad que se autodenominó Cao Dai, y le dictó los principios en los que esta doctrina debería basarse. La traducción literal de Cao Dai es «un lugar superior» o «torre alta», un eufemismo del nombre de Dios.

Y al poco tiempo creó el Vaticano caodista. Me refiero al Templo de Tay Ninh, también llamado el Templo Divino, como no podía ser menos, y con una decoración muy divina. Otros dirían que tiene un estilo *kitsch*. Es una mezcla de estilo colonial francés, un templo chino y una mezquita islámica. Por decir algo.

Su nacimiento oficial tuvo lugar en una ceremonia realizada en 1926. Un año después ya contaba con 26.000 adeptos y a mediados de los años cincuenta uno de cada ocho vietnamitas del sur profesaba el caodaísmo. De hecho, fundaron un virtual estado feudal independiente en la provincia de Tay Ninh, aunque con la llegada de la terrible guerra del Vietnam, al tomar partido sus miembros por las fuerzas estadounidenses y el Gobierno de Vietnam del Sur, las cosas se complicaron. Cuando llegan al poder los comunistas, los adeptos de esta religión sincrética fueron represaliados, expurgados, prohibidos y casi disueltos. Pero ni con esas lograron exterminar un culto que se estaba asentando de manera firme. Caía bien a casi todo el mundo que no tenía una religión definida. Sus tierras fueron confiscadas por el nuevo Gobierno y hubo que esperar hasta 1985 para que se les devolviera el control de los más de cuatrocientos templos de su credo.

Esta religión, por muy desconocida que nos resulte o por muy rara que nos parezca, busca la armonía de todas las creencias, la paz mundial y la reconciliación de la especie humana. Practican la no violencia y no quieren que haya más guerras ni disputas por cuestiones religiosas. Los seguidores de Cao Dai creen en la llegada de una era llamada La Gran Amnistía, en la que la sensatez volverá a la Tierra. Mientras tanto, quieren que sus templos sean remansos de espiritualidad practicando las cinco virtudes básicas del confucionismo (no matar, no robar, no cometer adulterio, no tomar sustancias tóxicas y no utilizar palabras agresivas), además de llevar una alimentación vegetariana durante diez días al mes.

Cuenta a día de hoy con cinco millones de adeptos repartidos por Vietnam, Australia, Europa y también por Estados Unidos. Algo los

atrae. Es indudable. ¿Qué símbolos más representativos ostenta? Uno que es muy universal: un gran ojo dentro de un triángulo. Es el llamado «ojo que todo lo ve» y el triángulo es el de la justicia. Un símbolo que suscribirían tanto católicos como masones. Como toda buena religión, tiene sus dioses y sus santos. Los tres más importantes son:

- El fundador de la República de China Sun Yat-sen.
- El profesor vietnamita Nguyen Binh Khiem, que representa la alianza entre lo terrenal y lo divino.
- El escritor francés Víctor Hugo, vestido con su sombrero típico de gabacho. Su presencia se justifica porque fue un espiritista convencido. Afectado por la muerte de su hija Leopoldine, y tras un periodo inicial de escepticismo, Víctor Hugo consagró buen número de veladas a este tipo de comunicación, hasta el punto de que creyó que los espíritus le dictaban obras. Una vez muerto, y desde el más allá, dicen que sigue escribiendo novelas dictadas a médiums y entregando mensajes de todo tipo.

Las tres figuras con sus respectivas aureolas de santos se pueden ver en un cuadro justo a la entrada del templo. Algo que ya llama la atención y eso que solo es el principio. Los adeptos a esta religión dicen haber recibido revelaciones de espíritus superiores, entre los que no faltan Mahoma ni Confucio ni Jesús. Pero ¿qué pintan los espíritus de Shakespeare, Pasteur, Descartes o del mismísimo Lenin? Pues también están.

Los sumos sacerdotes del caodaísmo dicen que fueron espíritus inspirados o tuvieron relación en algún momento con Dios: patriotas, guerreros, filósofos, poetas, líderes políticos y gente llana y sencilla. Debido a sus frecuentes apariciones a los médiums caodaístas de Phnom Penh (capital de Camboya), Víctor Hugo fue nombrado a título póstumo jefe espiritual de los trabajos misioneros en el extranjero.

En mi viaje a Vietnam asistí a una ceremonia en vivo y en directo, pues es la mejor manera de apreciar todo este mejunje de espiritualidad donde se juntan sacerdotes vestidos con túnicas de diferentes colores, la música y el propio diseño del templo. Su arquitectura refleja los preceptos de esta religión, donde nada es casual y todo obedece a un propósito y un orden específico. Otra cosa es que lo entendamos. Por ejemplo, los dos campanarios son propios

del cristianismo. En lo alto de la fachada principal encontramos la estatua de buda Maitreya en posición de flor de loto. Las tejas en color rojo y los tejados puntiagudos son propios de la arquitectura china y del hinduismo.

El interior de un templo Cao Dai, tiene dieciocho columnas lacadas en color rosa, con esculturas de dragones y serpientes enroscadas a ellas. Las columnas dividen la parte central del templo en nueve regiones, representando las nueve regiones que componen el Delta del Mekong y también las nueve etapas caodaístas hasta llegar al Cielo. Los techos están pintados en color azul, representando la bóveda celeste y las estrellas, concretamente hay 3.072 estrellas. No me pregunten por qué ese número precisamente.

Por todo el templo tenemos multitud de representaciones del Ojo Divino caodaísta, que observa a los fieles y al turista sin parpadear, lo mires por donde lo mires. Esa extraña sensación de que estás siendo observado te acompaña durante toda la visita. En el fondo está el altar principal, donde destaca sobremanera una enorme bola del mundo en color azul, junto con el Ojo Divino, un orbe gigantesco que domina el lugar. Para ellos, si los elementos de nuestro alrededor, como el agua o el sol, son igual de beneficiosos y tienen los mismos efectos en animales, plantas o rocas es porque comparten un origen común, que es Dios, quien nos ha concedido a los mortales, a toda la naturaleza y al cosmos una parte de su espíritu vital. El altar suele estar acompañado de ofrendas florales, tres copas de vino, una copa de agua y una copa de té. Justo encima del altar tenemos las estatuas de los tres santos del caodaísmo.

Está abierto tanto a hombres como a mujeres, en igualdad de rango. El prototipo de templo Cao Dai dispone de seis puertas de acceso. La puerta principal, llamada «puros de corazón», está reservada para los monjes y el acceso de los fieles una vez comienza el oficio religioso. En los laterales hay una puerta para las mujeres (al margen izquierdo) y una puerta para los hombres (margen derecho). Todos los turistas sin excepción han de acceder por la puerta derecha. Antes hay que quitarse los zapatos (se permite entrar con calcetines) y como las baldosas del suelo están calientes por el sol, normalmente se pone una alfombra roja desde el lugar donde se dejan los zapatos hasta el interior del templo. Piensan en todo. Se permite el acceso a los dos balcones, una especie de anfiteatro que se llena con facilidad. Cuando ha empezado la misa-ceremonia entonan unos cantos salmódicos que te duermen o te dejan en un estado alterado de conciencia. Son cantos muy repetitivos, como mantras o letanías de un rosario. En ese momento no te permiten pasear por los alrededores del

templo (jardines exteriores incluidos), ni tampoco circular con ninguna clase de vehículos.

El templo principal que visité está a unos noventa kilómetros al noroeste de Ho Chi Minh City y, aproximadamente, a cincuenta kilómetros de los túneles de Cu Chi, una de sus atracciones bélico turísticas.

No tengo claro si entrar en un templo Cao Dai y asistir a una de sus ceremonias te da indulgencias y bendiciones extra, lo que sí sé es que no he visto nada igual en mi vida y que, al menos, el intento de crear algo similar a una religión de religiones merece una visita y una consideración.

POR AMÉRICA

En América Latina, lo maravilloso se encuentra
en vuelta de cada esquina,
en el desorden, en lo pintoresco de nuestras ciudades (...).
En nuestra naturaleza y (...) también en nuestra historia.

ALEJO CARPENTIER, *El reino de este mundo* (1949)

25. TEOTIHUACÁN: ¿LA VERDADERA CIUDAD DE LOS DIOSES?

Y seguimos hablando de gigantes porque a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo hay leyendas que hablan reiteradamente de ellos, no como una raza mítica y fantástica, sino como personajes reales a los que se atribuye la construcción de monumentos colosales.

En un remoto lugar de la República Komi (uno de tantos entes autónomos rusos) se yerguen, separadas entre sí, siete impresionantes formaciones rocosas de unos cuarenta metros de altura y una leyenda *mansi* asegura que son el fruto de un hechizo lanzado por un chamán a siete gigantes que pretendían cruzar los Urales para acabar con ellos. En toda la isla de Cerdeña tienen impresionantes yacimientos arqueológicos que denominan «tumbas de gigantes» pertenecientes a la época nurágica. Leyendas ecuatorianas hablan de antiguas ciudades edificadas por gigantes abandonadas por sus habitantes hace milenios y que, poco a poco, fueron mimetizadas por la selva. Algunos templos de Malta fueron edificados por ellos. Se dice que Tiahuanaco (situado sobre la orilla oriental del lago Titicaca, a casi 3.000 metros de altitud, en Bolivia) fue obra de los gigantes creados por el dios blanco y barbudo Viracocha.

Y con Teotihuacán ocurre algo parecido respecto a sus orígenes. Gigantes de más de tres metros, a los que llaman *Quinametin,* hacen acto de presencia una y otra vez, acompañados de dioses creadores y constructores.

Junto con las pirámides de Giza, en Egipto, y el coliseo de Roma, el yacimiento de Teotihuacán forma parte de las tres zonas arqueológicas con más visitas turísticas de todo el mundo, sin olvidarnos de Machu Picchu o Chichen Itzá. Situada a cincuenta kilómetros de la capital mexicana, llegó a extenderse por buena parte de Mesoamérica con una población de 200.000 personas en su época de esplendor. Una pasada. Parece un contrasentido, pero la ciudad más grande de la América precolombina es también la que tiene una historia más confusa. Gracias a la arqueología sabemos algo más sobre quiénes fueron sus constructores, que la hicieron de acuerdo a un patrón astronómico previo y luego la abandonaron.

El gran Octavio Paz dijo: «Para todos los mesoamericanos, la vida de aquí abajo es un reflejo del drama cósmico. Los hombres imitamos o reproducimos los actos de los dioses».

Y eso se refleja perfectamente en Teotihuacán. Diversas tradiciones indígenas recogidas por cronistas de Indias inciden en que en este lugar comenzó una nueva etapa para la humanidad. Aquí se sitúa el nacimiento del Quinto Sol; aquí los aztecas dicen que comenzó

su mundo; aquí habitaron los dioses y los gigantes; aquí se encontraron los indicios más antiguos del arte, del pensamiento religioso y de la forma de entender la vida y la muerte, que luego imitaron otras culturas posclásicas del valle de México.

Una traducción del idioma náhuatl popularizó a Teotihuacán como el «lugar donde los hombres se convierten en dioses». Fue un enclave elegido a conciencia. Recordemos que varios mitos relatan cómo hubo cuatro soles o edades en que los dioses trataron de hacer cada vez mejor al hombre y al alimento que habría de sustentarlo. Esos primeros hombres eran imperfectos. Es así que deciden reunirse en Teotihuacán para crear un nuevo Sol, un nuevo hombre y dotarlo de un buen alimento. Allí se reunieron los dioses después de que el mundo hubiese sido destruido cuatro veces y algunos se inmolaron en beneficio de la nueva raza de seres humanos que iban a poblar ese Quinto Sol.

Una de las versiones de ese mito creacional nos la proporciona el fraile franciscano Bernardino de Sahagún, que en 1529 fue enviado a México, donde vivió el resto de su larga vida. Tuvo ocasión de recuperar muchas tradiciones que le contaban los indígenas y, sobre todo, el mito del nacimiento del Quinto Sol en la majestuosa Ciudad de los Dioses, que explica cómo se fue poblando Teotihuacán con «señores» que conocían las cosas ocultas. Dice el relato:

> Allí se dieron las órdenes, allí se estableció el señorío. Los que se hicieron señores fueron los sabios, los conocedores de las cosas ocultas, los poseedores de la tradición. Luego se establecieron allí los principados… Y toda la gente hizo allí adoratorios, al Sol y a la Luna, después hicieron muchos adoratorios menores. Allí hacían su culto y allí se establecían los sumos sacerdotes de toda la gente. Así se decía Teotihuacán, porque cuando morían los señores, allí los enterraban. Luego encima de ellos construían pirámides, que aún ahora están. Una pirámide es como un pequeño cerro, solo que hecho a mano. Por allí hay agujeros, de donde sacaron las piedras, con que hicieron las pirámides, y así las hicieron muy grandes, la del Sol y la de la Luna. Son como cerros y no es increíble que se diga que fueron hechas a mano, porque todavía entonces en muchos lugares había gigantes y lo llamaron Teotihuacán.[39]

En esta narración se recalca que no fueron hombres comunes los que hicieron sus pirámides: fueron gigantes de carne y hueso que conocían «las proporciones sublimes» y que se «atrevieron a mirar a Dios cara a cara antes de caer en el olvido». Otro de sus pasajes es bastante más revelador:

> Desde Tamoanchan iban a hacer sacrificios al pueblo llamado Teotihuacán, donde hicieron a honra del Sol y de la Luna dos montes y en este pueblo se elegían los que iban a regir a los demás, por lo cual se llamó Teotihuacán que quiere decir Ueitiuacan, lugar donde hacían a los señores… Y los túmulos que hicieron al Sol y a la Luna son como grandes montes, edificados a mano, que

parecen ser montes naturales, y no lo son, y aún parecen ser cosa increíble, decir son edificados a mano y cierto lo son porque los que los hicieron entonces eran gigantes.

Ese lugar, Tamoanchan, ha generado controversia entre los historiadores. ¿Se trata de un lugar mítico o real? ¿Es el nombre del primer lugar que en el mundo habitó el hombre? No se han puesto de acuerdo. Por cierto, en otros relatos dicen que se habrían encontrado los huesos de estos gigantes. El historiador franciscano Gerónimo de Mendieta (siglo XVI) hacía referencia a ellos y afirmaba que incluso los había visto en su propio tiempo en tierras mexicas: «Hallóse en la memoria de los indios viejos cuando fueron conquistados de los españoles, que en esta Nueva España en tiempos pasados hubo gigantes, como es cosa cierta. Porque en diversos tiempos después que esta tierra se ganó, se han hallado huesos de hombres muy grandes». Aunque lo más seguro es que se refiriera a los huesos de grandes mamíferos extintos, como el mamut.

Teotihuacán es conocida por sus tres pirámides y su «calzada de los muertos», que atraviesa toda la ciudad sagrada. A lo largo de su recorrido, que culmina en la Pirámide de la Luna, se pueden observar diferentes y pequeñas estructuras piramidales que algunos investigadores señalan como conjuntos habitacionales de los antiguos sacerdotes. Son más de cien edificios religiosos y 2.600 estructuras. Es a inicios del siglo XX cuando se empieza a desvelar lo que estaba oculto entre aquellas colinas cubiertas de vegetación y tierra, olvidadas por la historia. El primero que se puso manos a la obra fue Leopoldo Batres, un pionero de la arqueología que contaba con los permisos oportunos de su amigo el presidente Porfirio Díaz. Contrató a zapadores para desbrozar esas colinas y descubrir que debajo había impresionantes pirámides escalonadas que dataron de la época tolteca, del siglo II a.C. Sus métodos no eran muy ortodoxos y al ir encontrando piezas arqueológicas, algunas de oro, Batres las fue saqueando y vendiendo al mejor postor.

Respecto a su antigüedad hay controversia en función de lo que dicen las leyendas y los nuevos descubrimientos arqueológicos. El historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, en el primer capítulo de sus *Relaciones e historia de la nación chichimeca* (siglo XVII), narra la genealogía indígena y los pobladores que hubo en el centro de México y el orden cronológico sería el siguiente:

—

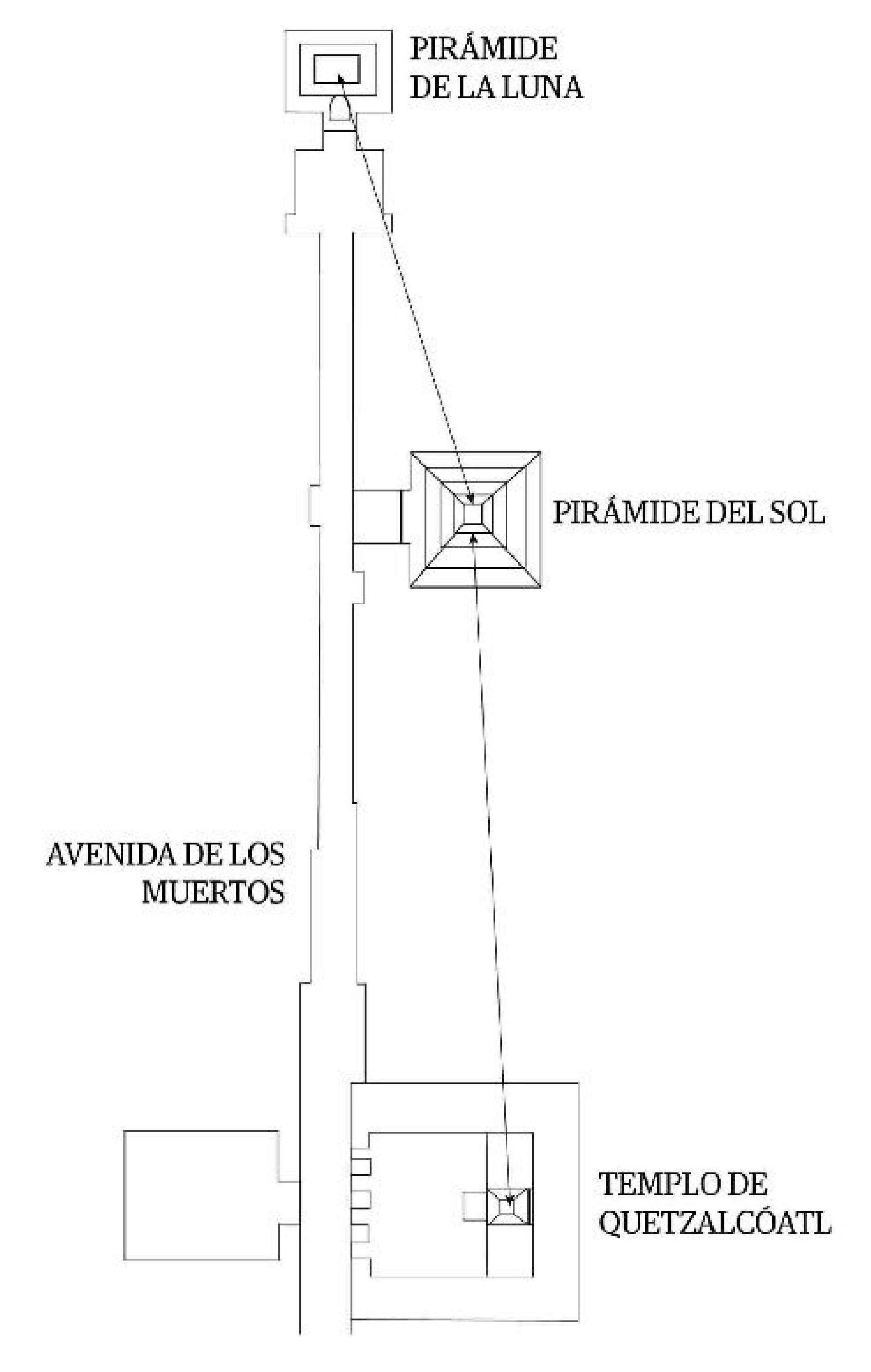
Los quinamentin (gigantes, en lengua náhuatl) que vivieron en el Segundo Sol o segunda edad.

—

Los olmecas-xicallancás.

—

Los toltecas: imperio de Tula.



No da fechas concretas. Fuentes como Bernardino de Sahagún o Ixtlilxóchitl identifican a los quinamentin con los teotihuacanos y les

atribuyen la edificación de las pirámides de Teotihuacán y Cholula. En los relatos indígenas que ellos recogen, se añade que Tlaloc fue el señor y rey de los quinamentin y que esta deidad tenía en Teotihuacán un papel preponderante.

Los historiadores más moderados sitúan su fundación en el 150 a.C. y los más valientes retrasan esa fecha varios siglos.

Un investigador tan polémico como documentado, Zecharia Sitchin, comentó lo siguiente:

> En la década de 1950, un destacado arqueólogo, M. Covarrubias, reconocía incrédulamente que las dataciones mediante carbono radiactivo asignaban al lugar «la fecha imposible del 900 a.C.». En realidad, posteriores dataciones por el mismo sistema dieron la fecha de 1474 a.C. Hoy se acepta comúnmente la datación hacia 1400 a.C.: la época en que los olmecas, que pueden haber sido el pueblo que edificó las monumentales construcciones de Teotihuacán, estaban creando grandes «centros ceremoniales» en otros puntos de México.[40]

Con cada nuevo descubrimiento en Teotihuacán se cambian muchos de los conceptos predeterminados. Hoy sabemos mucho más de la orientación de sus principales edificios, de sus pinturas murales y del culto a divinidades arquetípicas. Y han surgido unos cuantos misterios. Les cito dos de ellos: la creación del loberro o la utilización de la mica, un mineral inusual que, en realidad, es un poderoso aislante calorífico. A partir de estudios de arqueozoología aplicados a esqueletos de cánidos hallados en entierros de la Pirámide de la Luna y el Templo de la Serpiente Emplumada, esta antigua cultura practicó la hibridación del lobo y el perro con el objetivo de criar loberros que habrían sido usados con fines cinegéticos y para rituales sagrados, y que también estuvieron asociados a la milicia teotihuacana. Respecto al descubrimiento de esqueletos de niños y de la mica por parte de Batres, Javier Sierra nos cuenta sus investigaciones personales en su libro *La ruta prohibida*:

> Pero aquel otoño su suerte continuó, y a los cuerpos de los niños pronto se les unió algo más. En la quinta terraza, la más alta del conjunto de la hoy llamada Pirámide del Sol, un operario descubrió una gruesa capa de mica laminada que cubría una superficie enorme. Era un material raro para el lugar. Además, en 1906 aquella mica tenía un valor incalculable en el mercado. Se utilizaba para la construcción de condensadores, y se la consideraba un apreciado aislante eléctrico y térmico que solo fundía a temperaturas superiores a los 1.100 grados centígrados. Por alguna oscura razón, los arquitectos de Teotihuacán la colocaron allá hacia el siglo II a.C., en el momento de mayor expansión de su civilización. La cuestión era ¿para qué?[41]

Aquellas placas se vendieron de manera infame. Hubo que esperar hasta 1983 para que fueran halladas unas cámaras subterráneas —en el mal llamado «Templo de la Mica»— aisladas por placas de mica. De acuerdo con las investigaciones realizadas, la mica es muy difícil de

encontrar en la zona de México.

> Según los análisis efectuados por la Fundación Viking, descubridora de aquel recinto, la mica tenía un DNI inconfundible que decía de dónde había sido extraída. Al estar formada por oligoelementos específicos, se supo que había salido de una veta rocosa situada a más de 3.200 kilómetros de distancia. En Brasil. Y ese sí era un enigma en toda regla: ¿cómo hicieron, hace veintidós siglos, para cortar casi 30 metros cuadrados de mica y trasladarlos intactos, sin carreteras ni transportes avanzados, hasta aquel lugar? La inspectora se encogió de hombros y sin mostrar demasiada sorpresa, rio.[42]

Algunos arqueólogos han pensado que eran una suerte de calderas que proporcionaban calor a los habitantes de la ciudad. Sitchin tenía otra opinión al afirmar, en la obra antes citada:

> Nuestra opinión personal es que todos esos elementos —la presencia del Señor y la Señora de las Aguas junto a la divinidad principal, Quetzalcóatl; la avenida en pendiente, las series de estructuras, cámaras subterráneas y túneles, la desviación del curso del río, las secciones semisubterráneas con sus compuertas y los compartimentos bajo tierra revestidos de mica— formaban parte de una instalación científicamente planeada para separar, refinar o purificar sustancias minerales.

La teoría del arqueoastrónomo Víctor Torres Roldán, que expone en su libro *Ciudades estelares*, realiza una nueva lectura e interpretación de Teotihuacán, relacionando esta urbe con la creación del cosmos de los mayas descrita en el Popul Vuh y la lápida de Pakal en Palenque, que sería como un mapa en miniatura de los mismos elementos estelares que están en Teotihuacán.

Primero dice que ha habido un error en la traducción al castellano de la palabra náhuatl *micóatl*, que fue traducida como «Calzada de los Muertos», cuando en realidad tendría una «x» y sería *mixcóatl* en el texto original y, por tanto, significaría «Vía Láctea», que daría más sentido para la representación cosmológica que se buscaba en esta ciudad y en otras. Víctor Torres asevera que fue construida para diseñar o recrear en la Tierra la bóveda celeste el 13 de agosto de 3114 a.C. que según el Popul Vuh es la fecha mítica cuando se crea el mundo. En esa noche la Vía Láctea y la Eclíptica se atravesaron formando una cruz con la Osa Mayor al norte y la constelación de Escorpio al sur.

Se parte de la base de esa cosmovisión sobre el origen del mundo a partir del reordenamiento de los dioses del universo en una Quinta Era basada en el árbol cósmico. De ahí que las urbes formen una cruz de norte a sur, en la que el cuerpo vertical sería la Vía Láctea y la línea que la cruza las constelaciones de Orión (en el lado derecho) y Géminis (en el lado Izquierdo), así como la concepción en tres niveles del mundo maya: Cielo, Tierra e Inframundo.

Si lo que está abajo es como lo que está arriba, cada elemento

constructivo de Teotihuacán tendría un significado, como ciudad estelar que es y, sobre todo, cuando esa avenida se inundaba de agua pues entonces se convertía en un río, en un espejo que refleja el cielo.

Para Víctor Torres la Pirámide de la Luna representa la Osa Mayor, la Pirámide del Sol al astro rey, el complejo Xala a las Pléyades, el Patio de las Micas a la estrella Sirio, el conjunto Patlachique a la constelación de Escorpión y sus cuatro estrellas principales y la calzada de los muertos a la Vía Láctea, así como el cauce del río San Juan marcaría la frontera del mundo, al norte, y del inframundo, al sur.[43]

Habría otras ciudades prehispánicas estelares que buscarían ese mismo reflejo celestial como Tenochtitlán, Monte Albán, La Venta o Cuzco y su forma de gigantesco puma, aunque en otras partes de la Tierra buscaban un patrón similar como ocurrió en Changan (la capital de la dinastía Han).

Los mexicas se basaron en el diseño de esta vetusta ciudad para construir Tenochtitlán, edificada a principios del siglo XIV conforme a un ideograma divino. Está ubicada sobre una isla en medio del lago Texcoco y utilizó canales como sendas para estructurar geométricamente la ciudad. Vista desde arriba sería un mandala perfecto, un eje del universo con cuatro cuadrículas marcadas por esos cuatro caminos que son los que representaban a los cuatro dioses principales, con su recinto ceremonial en el centro y con dos torres gemelas —los santuarios a Tlaloc y Huitzilopochtli— que enmarcaban el sol que se levantaba por encima del gran templo. La ciudad, por tanto, era una réplica del cielo, una cosmovisión similar a lo que ocurría en Angkor Wat, en Camboya, o con el templo de Borobudur, en Java.

Escribió Graham Hancock que «muchas, si no todas las ciudades mayas fueron diseñadas para reflejar en la Tierra el supuesto diseño de los cielos… En cuatro lugares —Uxmal, Chichen Itzá, Yaxchilán y Palenque— puede ser reconocida una secuela zodiacal casi completa».[44]

Otro caso: el complejo arqueológico de Utatlán, concebido a imagen de Orión. Esa idea primordial y cósmica de que algunas civilizaciones se dedicaron a imitar sobre el suelo las figuras o constelaciones del Zodiaco aparece recogida en la novela de Javier Sierra *Las puertas templarias* y en su ensayo *En busca de la edad de oro*.[45]

Y también está relacionada con algo que contamos al principio de este libro cuando hablamos de *Picatrix* y la tradición de fabricar supertalismanes en forma de ciudades que imitaban ciertas estrellas

del firmamento para obtener de ellas todo su «poder».

Volvamos a Teotihuacán, porque estaba diseñada y estructurada para reproducir las moradas del cielo donde vivían sus dioses, demarcando las zonas de vida y de muerte. Esta ciudad y otras que están hechas bajo el prisma de la arquitectura sagrada y de la arqueoastronomía serían el punto de intercesión entre el eje vertical que se levanta hacia el cielo (representado por su templo o pirámide principal) y el plano horizontal de la existencia humana. Eso se ve claramente en la Cúpula de la Roca en Jerusalén o con la Kaaba de La Meca, ejes y centros de sus respectivos «mundos».

Era más grande que la Roma imperial. Hace unos años se produjo un descubrimiento de campanillas, de esos que te hacen replantearte todo lo que sabías de una vieja cultura. En las entrañas de una de sus pirámides se encontró mercurio líquido en una cámara cercana a un túnel inexplorado, lo que ha dado pie a una serie de teorías sobre la función y origen de este «lago». La cámara se encuentra literalmente bajo la Pirámide de la Serpiente Emplumada y la extracción del mercurio líquido, que se mantiene en dicho estado al permanecer a temperatura ambiente, debió de representar un gran esfuerzo. Solo podría ser explicado por la existencia de una tecnología muy avanzada. Pensaban que el hallazgo, realizado por el equipo del arqueólogo Sergio Gómez, correspondería a la tumba de algún alto dignatario. No fue así. El mercurio líquido se interpretó que había sido puesto allí para simbolizar un río o un lago del Inframundo, algo similar a lo que ocurre con el mausoleo del emperador chino Qin Shi Huang. Restos de mercurio se han encontrado en otros tres sitios, dos son mayas y uno olmeca, pero ninguno en cantidades tan grandes.

¿Dónde están enterrados los reyes teotihuanacos? Su búsqueda se lleva a cabo desde hace un siglo y encontrarlos sería uno de los grandes hitos arqueológicos del siglo XXI en Mesoamérica. Al fin sabríamos su origen étnico y su morfología, aunque en la época prehispánica a los grandes gobernantes se los solía incinerar. De todos los objetos encontrados, Gómez destaca las cuatro figuras (tres mujeres y un hombre) que «llevaban todavía una bolsa en la que portaban objetos para hacer magia, para ver el pasado y adivinar el futuro». También había miles de semillas de diversas plantas y árboles, algunas de las cuales el equipo intentará germinar en condiciones de laboratorio, y fragmentos de piel humana, que se espera que puedan servir para obtener una muestra de ADN.

Varias de las pinturas murales representan escenas de personas bebiendo una poción alcohólica lechosa conocida como pulque, hecha de savia de maguey o agave. Estudios previos insinuaron que el

pulque podría haber ayudado a mantener viva a la gente en Teotihuacán, ya que resiste las heladas y la sequía mejor que el maíz.

Ahora bien, la Calzada de los Muertos sigue siendo uno de los grandes interrogantes. Es un eje principal de 40 metros de ancho, dirección sur-norte, con un ángulo de orientación de 15° 25’ hacia el este, con respecto al norte astronómico. Esto llama la atención, pues lo lógico hubiera sido orientarlo a los cuatro puntos cardinales. Tiene 1.700 metros de longitud, aunque se adivina su continuación otros 600 metros más, aún sin descubrir. En esta avenida se ha creído ver una representación de la Vía Láctea.

En uno de los trabajos de investigación de Graham Hancock —y que plasmó en su libro *El espejo del paraíso: un viaje en busca de las civilizaciones más antiguas* (1999)—, realizado junto a su esposa Santha, se propuso la idea de demostrar que hace unos cuantos miles de años (pongamos 12.000) ya existieron en todo el planeta pueblos que tenían avanzados conocimientos astronómicos y que se limitaron a marcar «lugares equinocciales» y hasta conocían fenómenos tan sutiles como la precesión, en el que el eje longitudinal de la Tierra se mueve como una peonza trazando un giro completo cada 26.000 años. Algunos de estos aspectos los comenté en mi libro *Grandes misterios de la arqueología*, al que me remito.[46]

Para Hancock serían una especie de sabios astrónomos fundadores de civilizaciones que se encuentran no solo en Mesopotamia y Egipto, sino también en México, donde sus antiguos pobladores veneraban a dioses que daban las indicaciones precisas para edificar; por ejemplo, Teotihuacán, una de cuyas funciones simbólicas sería marcar el movimiento de la constelación de las Pléyades. Nos dice que algunas tradiciones nahuales describen ese proceso y cómo era controlado por unos misteriosos «compañeros de Quetzalcóatl» versados en los secretos del universo. Porque la Avenida de los Muertos es, según demostró en los años veinte Stansbury Hagar, una representación de la Vía Láctea, que debían recorrer los difuntos hasta el más allá. Graham Hancock conjetura que en un principio esta avenida estaba llena de agua.

El río San Juan fue desviado adrede a través de canales artificiales para que atravesara perpendicularmente la avenida, dividiendo la ciudad en cuatro cuadrantes. Se trazaron calles y se levantaron palacios o templos. El escritor Anthony. F. Aveni llama a esto «orientación sagrada» y señala que centros ceremoniales posteriores (como el de Tula) respetaron esta orientación, aunque no tuviera sentido en sus ubicaciones y en la época en la que se construyeron. La conclusión de sus investigaciones es que, en el momento de la

construcción, la orientación se trazó para permitir la observación de la bóveda celeste en determinadas fechas clave de su calendario.

A la llegada de Hernán Cortés, Teotihuacán ya estaba casi extinta y los cronistas no hacen referencia a esta metrópolis. Se cree que sus habitantes la abandonaron alrededor del año 700 debido a la sobrepoblación y al agotamiento de los recursos naturales, no sin que antes hubiera graves disturbios e incendios. Entre revolución o evolución optaron por lo primero. Llegaron los toltecas y también se fueron al cabo de un tiempo. Los españoles ya lo encuentran en ruinas y deshabitado.

Algo grave pasó para que una etapa terminara y un nuevo Sol empezara a florecer y calentar, sepultando en el olvido una de las culturas más extensas y enigmáticas de toda América.

26. ALTAGRACIA: EL LOURDES DEL CARIBE

El santuario conserva ese sabor espiritual y colonial alimentado por las plegarias de los miles de fieles que se acercan cada año para dar su tributo a la patrona de esta isla que comparte territorio con Haití, para pedirle toda clase de deseos y dejarle todo tipo de ofrendas. Por algo la llaman «la madre protectora del pueblo dominicano». Pero también de muchos haitianos.

Cuando visité esta basílica catedral católica, los cientos de personas que guardaban cola para tocar y besar el cuadro de Nuestra Señora de Altagracia eran haitianos que habían pasado la frontera para pernoctar en ese lugar sagrado. Eran familias con niños pequeños. Durante la espera, unos comían, otros dormitaban y otros se lavaban en una fuente cercana. Parecían los más pobres entre los pobres. Se notaba la miseria en sus ropas y en sus ojos la esperanza de que la Virgen aliviara sus desgracias.

Lo paradójico es que los hoteles lujosos de La Romana y de Bayahibe están a menos de una hora de allí. Un contraste típico de estas naciones caribeñas. Sin duda, es el epicentro religioso de esta república caribeña y antillana, lugar de peregrinación porque el país tiene como patrona a Nuestra Señora de la Merced, si bien su divina protectora es la Virgen de Altagracia. Y eso lo tienen muy claro dominicanos y haitianos.

El santuario es una monumental obra arquitectónica, ubicada en la localidad de Higüey. La construcción que vemos en la actualidad es relativamente reciente. Fue inaugurada el 21 de enero de 1971 y los artífices fueron dos arquitectos franceses, Dunover de Segonazc y Pierre Dupré. Antes ya había culto, porque esta basílica fue construida para reemplazar el antiguo santuario construido en 1572. Se levantó para dar lustre a una devoción que sigue estando inalterada desde aquel año. Como todo gran templo cristiano, no solo está cimentado sobre el ladrillo y el hormigón, sino sobre una aparición, unos milagros y una fe ciega.

En el sanctasanctórum de la basílica está la joya de la corona: un pequeño lienzo pintado al óleo que representa a la Virgen en actitud de oración con un niño recostado bajo ella, al que dirige su mirada. No tiene más que 45 centímetros de alto y se cree que data de finales del siglo XV o principios del XVI. El marco que sostiene la imagen es de oro y piedras preciosas, elaborado en el siglo XVIII. Su cabeza está enmarcada por un halo de rayos rodeado con doce estrellas. Además, sostiene una corona dorada, que es un añadido a la pintura original.

Existen dos historias sobre el origen de este cuadro con fama de

milagroso. La más inverosímil y aceptada por el pueblo la relata monseñor Juan Félix Pepén, en su libro *Donde floreció el naranjo* y cuenta que una hija pequeña, a la que cariñosamente se la denomina La Niña, le pidió a su padre, que iba de viaje de negocios a la ciudad, un cuadro de la Virgen de la Altagracia que ella había visto en sueños de manera reiterada. El padre quiso complacerla y lo buscó en la ciudad de Santo Domingo, pero nadie conocía esta advocación mariana, ni siquiera los canónigos del cabildo ni el mismo arzobispo. De vuelta a su hogar, pasó la noche en la localidad de Los Dos Ríos, en la casa de un amigo donde había pedido asilo y refugio esa misma noche un anciano. Durante la cena comentó el extraño encargo que la había hecho su hija y el viejo sacó entonces de su bolsa un pequeño lienzo enrollado y le dijo que eso era precisamente lo que buscaba. El anciano se lo entregó y desapareció al día siguiente, al amanecer, sin que nadie supiera cómo lo hizo ni hacia dónde marchó.

El misterio surgió con más intensidad cuando el cuadro, una vez entregado a su hija, desapareció de la casa. Apareció en una mata de naranjo, y lo hizo varias veces. Entendieron que allí mismo había que construir la primera ermita y allí mismo empezaron los prodigios. Al pie de aquel naranjo, que aún se conserva, la niña mostró a los habitantes de la zona su soñada imagen. Era el día 21 de enero y desde ese momento quedó establecida la festividad y el venerado culto de la Virgen de la Altagracia, siempre en ese día, confundida en sus principios con el nombre de la Virgen de la Niña.

La otra historia más prosaica es que ya en el año de 1506 se daba culto a la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de Altagracia, cuyo cuadro pintado al óleo fue traído de España por los hermanos Alfonso y Antonio Trejo. Al mudarse estos hermanos a la ciudad de Higüey, en la isla de La Española, llevaron consigo esta imagen de estilo flamenco y, más tarde, la ofrecieron a la parroquia para que todos pudieran venerarla.

El canónigo Luis Gerónimo de Alcocer, en su relación de 1650, dice lo siguiente:

> La imagen milagrosa de Nuestra Señora de Altagracia está en la villa de Higüey, como a treinta lenguas de la ciudad de Santo Domingo; son innumerables las misericordias que Dios Nuestro Señor ha obrado y cada día obra con los que se encomiendan a su Santa imagen: consta que la trajeron a esta isla dos hidalgos naturales de Pacencia (se debe de referir a Plasencia) en Extremadura, nombrados Alonso y Antonio de Trejo que fueron de los primeros pobladores cristianos de esta isla, personas nobles como consta de una cédula del Rey Don Felipe Primero, año de 1506, en que encomienda al Gobernador de esta isla que los acomode.

El 12 de octubre de 1970 el Gobierno dominicano declaró la

basílica monumento nacional y pasó a ser catedral de la diócesis de Higüey el 15 de agosto de 1972. Llega más dinero de donativos procedentes de todas las clases sociales. La puerta de entrada es de bronce y en ella están labradas en casetones las escenas más importantes de la leyenda y la edificación. La basílica tiene una forma arquitectónica original, con los arcos alargados en un intento de representar la figura de la Virgen con sus manos en actitud de oración, tal como está en el cuadro. Y que por campanas sonoras no quede, pues tiene un campanario que alberga 45 campanas que cuando repican se oyen en media isla.

De hecho, la que se considera como la primera película-documental netamente dominicana realizada por Francisco Palau en 1922 se titula *La leyenda de la Virgen de la Altagracia* y eso nos da idea de la importancia de este lugar de culto a la hora de ser el escenario elegido. Y otro documental más actual, de 2016 —*Camino a Higüey*— cuenta las historias reales de seis personas que dicen haber vivido un milagro de la «Tatica» (como la llaman los dominicanos) y recogen sus testimonios mientras peregrinan a la basílica para agradecer sus favores y, por lo que dejan como recuerdo, son muchos.

27. LA HABANA: LA TUMBA DE LA MILAGROSA

Hay tumbas y tumbas. La más visitada y respetada del cementerio de La Habana es, indudablemente, la de La Milagrosa. No deja de ser curioso que muchos asistan a una necrópolis precisamente para pedir ayuda o para que los proteja de algo o de alguien.

Esto ocurre en el Cementerio de Colón, curioso y evocador nombre, pues aquí ya no se encuentran los huesos de Cristóbal Colón ni de ninguno de sus familiares. No obstante, es el camposanto mayor de América y uno de los más famosos, historiados e importantes de todo el mundo. Habrá unas 56.000 tumbas, donde se calcula que han enterrado a más de dos millones de seres. Las cifras impresionan. En sentido literal, hoy en día hay más muertos que vivos en La Habana; y no es una metáfora.

La tumba de Amelia, santa popular cubana, es punto obligado de visita. Concede milagros principalmente a madres que, como último recurso, han acudido a ella en busca de salud para sus hijos o a rogarle que les conceda la posibilidad de engendrarlos. Nunca faltan flores en esta sencilla tumba y eso que cada tarde las retiran, ni faltan personas que van a hacer peticiones. Innumerables son los poderes curativos que la población atribuye a la desdichada parturienta.

La historia de Amelia Goyri de la Hoz, de origen vasco, es digna de ser contada. Desde muy joven estaba enamorada de José Vicente Adot Rabell, que además correspondía a su amor, pero debido a la posición social inferior del muchacho sus padres se oponían rotundamente a esta relación. Vieja cantinela que se repite una y otra vez. Amelia tuvo que esperar a la muerte de su padre para poder casarse con el hombre que de verdad amaba. Apenas había transcurrido un año del matrimonio cuando en el primer parto sobrevinieron complicaciones debidas a la hipertensión y murieron ambos, la criatura y la madre, que apenas tenía veinticuatro años. Esto sucedió el 3 de mayo de 1901, día que se celebra la festividad de Santa Cruz.

Amelia fue enterrada en una modesta bóveda del cementerio, ya que el esposo se opuso a que fuera sepultada como le correspondía por su rango social, en el lujoso panteón de los marqueses de Balboa. Según era costumbre en la época, la mujer fue enterrada con la niña que nació sin vida, colocada a sus pies. Se cuenta que el viudo visitaba su tumba dos y tres veces al día, tocando con la mano el frío mármol, así como una de las argollas para despertar a su amada. Y la siguió visitando diariamente durante cuarenta años, hasta la fecha de su muerte.

La triste historia de José Vicente llega a oídos de su amigo el artista cubano José Vilalta Saavedra, el mismo autor del monumento escultórico que está encima de la portada del cementerio, del monumento al poeta José Martí en el Parque Central y de muchas otras obras. Al enterarse del suceso se ofreció a hacer una escultura a la mujer. En ese momento, el artista se encontraba en Italia, por lo que solicitó al esposo que le enviara una fotografía para que quedara lo más parecida posible. Allí mismo hizo la obra con mármol de Carrara y la llevó a Cuba personalmente en 1909. El brillante resultado es la escultura que adorna hoy la tumba. En ella aparece una mujer joven de pie, cuya vista se dirige hacia lo alto con los atributos alusivos a la fe y la caridad, que lleva a un niño en un brazo y con el otro sostiene una cruz.

A partir de ese momento, José Vicente Adot incorporó un nuevo ritual: cuando se iba a marchar hacia su casa tras rezar ante la tumba de su querida esposa, se retiraba lentamente sin darle la espalda, caminando hacia atrás.

Y esa costumbre se ha perpetuado hoy en día. Los que hacen una petición a Amelia, luego se marchan de esa misma forma. Años después, en 1914, cuando Amelia llevaba trece años muerta, falleció el padre de José Vicente y se decidió enterrarlo en la misma bóveda que Amelia, así que se procedió a exhumar sus restos. José Vicente pidió estar presente para ver a Amelia por última vez y aquí llegó la tétrica sorpresa. Con estupor, todos los presentes descubrieron que los dos cuerpos estaban intactos y que Amelia estrechaba a la criatura entre sus brazos.

La noticia de lo ocurrido se propagó por la ciudad y por todo el país. A partir de ese momento Amelia se convirtió en «La Milagrosa», la protectora de las futuras madres y niños, que concede aquellos deseos que le piden y que tengan que ver con la fertilidad o la enfermedad.

José Vicente murió en 1941 y, de acuerdo a sus deseos, fue enterrado junto a su amada. La famosa argolla de la tapa de la bóveda que tocó durante cuarenta años desapareció, pero aún se mantienen las otras tres que los fieles día a día tocan para hacerle peticiones con mucha fe.

La tumba es digna de ver. Se diferencia de todas las demás por sus numerosas baldosas de mármol y azulejos de cerámica, todos ellos de agradecimientos. Son tantos que invaden las tumbas cercanas. No sabría calcular su número. Más de quinientos, posiblemente más de mil, y eso que las van retirando paulatinamente. Tuve tiempo de fotografiar y leer algunas peticiones y agradecimientos del estilo

«Gracias Amelia por ayudarnos en nuestro viaje», «por concedernos nuestros deseos», «por hacer mi gran sueño realidad», «Madre Milagrosa, gracias por haberme complacido en lo que te pedí». Y luego suele aparecer el nombre y la fecha. Algunas son de lo más curiosas, como la que dice: «Amelia, gracias por haberme *consedido* lo de mi yerno. Juanita». Textual. ¿Qué era eso de su yerno? Me temo que nos quedaremos con la duda.

Hay otras baldosas con notas muy emotivas, con mucho sentimiento y gratitud: «Gracias por regalarme el milagro de la vida», «Gracias Amelia por ayudarme en todo y estar a mi lado en momentos difíciles, gracias por todo lo que he logrado», «Que la magia de tus milagros nos acompañe siempre». Eran de personas de Venezuela, de Chile, de Francia y de otros países. Vi una de Las Pedroñeras, de Cuenca, en España, y vi muchas casitas de madera colocadas en sitios visibles, sin duda en agradecimiento por haber obtenido una vivienda.

Yo también hice el ritual. Tras realizar mentalmente mi petición a Amelia, aprovechando que en ese momento no había nadie, me retiré lentamente desandando mis pasos. La tradición es la tradición y cada sitio merece su respeto y su silencio.

Hay un recipiente para donativos, protegido con un candado, y se ve la foto de Amelia junto a la de su marido. Por cierto, es de las pocas tumbas que tienen fotografías. Nunca le faltan flores (en las demás no se ven, pues se retiran por normativa interna debido al calor y los insectos) y diariamente acuden cientos de personas que esperan su turno pacientemente para tocar la lápida de mármol, pedirle a La Milagrosa por sus hijos y retirarse respetuosamente. El Día de la Madre es casi imposible acudir a este lugar debido a la gran cantidad de visitantes.

Diversas ofrendas como ropas de bebé, biberones, juguetes y hasta dinero que dejan los creyentes sobre la lápida del panteón son llevadas por una persona regularmente a la congregación de santa Teresa, en su sede del Vedado, donde se destinan para fines de beneficencia.

Ya que estamos en este cementerio, les propongo visitar otra tumba con fama de milagrosa, algo menos conocida por los católicos, pero no así por los santeros. Me refiero a la tumba del Hermano José, unas cuadras más al norte de donde está La Milagrosa. Y aunque la llaman así, en realidad la que está enterrada es una santera llamada Leocadia. Pude apreciar muchos azulejos con agradecimientos y en el suelo eran perceptibles restos de puros, velas y flores de algunos rituales realizados.

Leocadia Pérez Herrera fue durante muchos años una médium o

santera muy famosa de La Habana, que con sus aciertos y premoniciones se ganó el respeto de creyentes y no creyentes. Alcanzó popularidad y respeto porque a ella acudían personas importantes, así como gente de pueblo de bajo nivel económico y elevada fe. Muchas veces solucionaba sus problemas, sueños, anhelos, penas o dolencias sin cobrar nunca un centavo.

El Hermano José, Taita José o Tá José, nombres con los que se le conoció en vida, era el guía espiritual al que ella consultaba. Un espíritu que, por boca de Leocadia en trance, realizó grandes obras de caridad. Nadie supo nunca su nombre verdadero ni su procedencia. Taita José predijo el día exacto de la muerte de Leocadia y le juró que él también descansaría eternamente junto a ella. Leocadia falleció el 3 de junio de 1963 y fue enterrada en una modesta tumba junto al cuadro de Taita José, acompañada por un cortejo fúnebre impresionante. En su tumba están los colores del panteón yoruba, y cada uno corresponde a una deidad. En definitiva, una persona muy querida por su gente y cuyo recuerdo, a día de hoy, permanece vivo en un lugar de muertos.

Para completar el recorrido, otras tumbas dignas de visitarse, bien por su espectacularidad o bien por sus ilustres fallecidos, son:

—

La tumba del ingeniero José Matta, que es una réplica en miniatura de una de las famosas pirámides de Egipto. Quiso ser enterrado como un faraón tras su deceso en 1919. Para que luego digan que no hay pirámides en Cuba.

—

La tumba realizada por Mariano Benlliure para la familia Falla Bonet, de lo más trabajada y artística: una pirámide truncada de granito gris pulido, sobre la cual descuella una realista escultura de bronce representando la ascensión de Cristo. Ah, y con la firma visible del escultor valenciano.

—

La tumba de un masón: se trata de un obelisco negro dedicado al general Máximo Gómez.

—

La sepultura de Eugenio Casimiro Rodríguez, condenado a cadena perpetua en 1918 y que quiso ser enterrado de pie. Fue su última voluntad, para «caer parado» en el infierno.

—

La tumba del dominó. Se trata del sepulcro de la señora Juana Martín de Martín, apasionada de ese juego de mesa. Tanta fue su emoción que falleció de un infarto con la ficha del tres doble en la mano. En honor al suceso, su tumba de mármol blanco muestra la ficha fatal.

—

La tumba de la poetisa Dulce María Loynaz (muerta en 1997) y la del escritor Alejo Carpentier (muerto en París en 1980).

28. CATATUMBO: UN IMÁN PARA LOS RAYOS

Ahora es el momento para que aprendan nuevas palabras: ceraunofobia, tonitrofobia, astrafobia y brontofobia. Se trata de las denominaciones técnicas utilizadas para describir el miedo exagerado a los rayos, relámpagos y truenos. Y si usted padece de alguna de estas fobias es mejor que no vaya a Catatumbo ni visite los lugares incluidos en la lista que en 2014 publicó la Misión de Medida de Precipitaciones Tropicales (TRMM), un proyecto conjunto de la NASA y la Agencia Aeroespacial de Japón (JAXA).

La lista está encabezada por Lagunilla, en el lago Maracaibo (Venezuela), donde los satélites registran una media de 232 rayos y relámpagos por kilómetro cuadrado al año. Destacan igualmente las poblaciones de Kabare (205 rayos y relámpagos por kilómetro cuadrado al año) y Kampene (176), en la República Democrática del Congo.

Que el primer puesto esté ocupado por el lago Maracaibo no pilló por sorpresa a nadie, pues desde hace años se viene produciendo el llamado «relámpago del Catatumbo», que es especialmente frecuente entre abril y noviembre. Tuve conocimiento por vez primera de este fenómeno atmosférico gracias a la obra del geólogo italiano Angelo Pitoni. Estaba de explorador por esas zonas al servicio de la Shell Caribbean y le interesaba ver de cerca estos rayos luminosos de los que tanto había odio hablar y que se pueden apreciar a trescientos kilómetros de distancia. Cuando Pitoni llega a este escenario y lo presencia, se da cuenta de que está en un lugar mágico y sorprendente, e incluso sufre una especie de catarsis que le conecta con una entidad o con su «yo superior» que le impele a escribir sobre ciertas verdades reveladas que le llegan a su mente. En una de sus páginas escribe: «La energía del relámpago del Catatumbo, con su realidad y su misterio, ha actuado como catalizador entre la materia y la antimateria, y así es cómo has logrado escindirte y poder hablar conmigo mismo».[47]

Fuera de estas veleidades literarias y metafísicas, lo cierto es que este lago y este relámpago han generado mucha leyenda y superstición, porque el lago Maracaibo es la «capital» de los relámpagos en la Tierra, donde mayor concentración existe, lo que supone ser la primera fuente generadora de la capa de ozono atmosférico al producirse 280 descargas eléctricas por hora.

El fenómeno fue bautizado como «Relámpago del Catatumbo» porque se creía que solo sucedía en el delta de este río al desembocar en el lago Maracaibo, el más grande de Sudamérica. De hecho, fue

durante varios siglos un «faro natural» para orientar a los navegantes que, procedentes de las Antillas Holandesas, o llegados desde otros puertos, tenían como destino el Golfo de Venezuela.

Incluso Lope de Vega, en *La Dragontea*, relata cómo la luminosidad desplegada por el relámpago le permitió a un vigía divisar las naves de Francis Drake en 1595 y alertar a la guarnición, que logró repeler el ataque nocturno. El explorador Alexander von Humboldt fue uno de los primeros en mencionar las luces del río Catatumbo como «explosiones eléctricas que son como fulgores fosforescentes». Luego se dijo que, en 1886, nueve personas fueron quemadas por este fenómeno, también conocido como «La Luz de Maracaibo».

Los *yucpas* y los *wayúu* atribuyen el fenómeno a la presencia de los espíritus de los guajiros caídos, cuya forma de dar testimonio es resplandecer. En el himno del estado Zulia, de la República venezolana, la primera estrofa lo menciona con palabras rimbombantes:

> La luz con que el relámpago tenaz del Catatumbo,
> del nauto fija el rumbo, cual límpido farol;
> el alba de los trópicos, la hoguera que deslumbra
> cuando al cenit se encumbra la cuadriga del sol...
> ¡No emulen de tus glorias el fúlgido arrebol!

Si quiere presenciar este milagro de la naturaleza debe ir al sur del lago Maracaibo. En realidad, no se trata de un relámpago, o por lo menos de uno convencional, ya que nunca se escucha el trueno, a pesar de su enorme fulgor.

Buscando el origen de este imán para los rayos, Andrés Zavrostky, de la Universidad de Los Andes, llegó a la conclusión de que la causa es una tormenta permanente de índole esencialmente eléctrica, entre nubes y tierra, en la Gran Ciénaga, al oeste del lago Maracaibo, una zona permanentemente inundada con abundante nubosidad y pluviosidad durante todo el año, que conforma el Parque Nacional Ciénagas de Juan Manuel. De una manera clara, se podría decir que el fenómeno se produce al converger en dicha zona unas nubes cargadas de electricidad con suelos cenagosos repletos de metano igualmente cargados, en un medio de baja presión atmosférica provocada por el desvío que sufren los vientos alisios que llegan del noreste al chocar con la sierra de Perijá, con alturas superiores a los 3.500 metros.

El fenómeno eléctrico es un constante destello nocturno (de 16 a 40 descargas por minuto) nube-nube. No hay contacto nube-tierra o tierra-nube. No es de extrañar, por tanto, que el lago Maracaibo concentre un gran número de mitos y leyendas, desde apariciones fantasmales hasta avistamientos de ovnis. Incluido el puente: desde su

inauguración el 24 de agosto de 1962, este gigante de hormigón y acero de Sudamérica ha visto a muchas personas que deciden lanzarse para acabar con su vida, en concreto, a la altura del pilar veintiuno. Es el Puente Rafael Urdaneta.

Los mitos de los Barí, un pueblo que se niega a desaparecer, son especialmente simbólicos y mágicos. Habitan en la hoya del río Catatumbo, región boscosa y tropical en el departamento norte de Santander, en Colombia, en la frontera con Venezuela. Los mitos hacen referencia a sus orígenes divinos y están vinculados a esta zona. Uno de los principales es el siguiente:

> En el principio de los tiempos los Barí vivían en el Cielo, un lugar situado arriba, muy arriba de la Tierra; era una especie de edén cubierto de árboles hermosos y aguas cristalinas, en cuyas fuentes no solo se reflejaban sus figuras, sino que jugueteaban los peces con las siluetas bellamente coloreadas de las flores. Un día miraron por entre un tenue follaje hacia abajo y descubrieron la tierra y en ella no solo bosques con animales de todas las especies, sino ríos plenos de peces y frutas por doquier.
>
> —Cómo será de agradable cazar y pescar allá —se dijeron y optaron por descender.
>
> Para ello se valieron de larguísimos y resistentes bejucos que iban uniendo por sus extremos; cuando lo consideraron suficientemente largo, lo arrojaron al vacío y comenzaron a bajar por él, unos detrás de otros.
>
> Cuando todos se encontraban sobre la tierra pasó un zamuro o gallinazo y con el pico cortó el larguísimo bejuco. Así quedaron los Barí por fuera de su Cielo y desde entonces vagan sin cesar por las regiones del Catatumbo, esperando encontrar algún día el camino del Cielo para volver a encontrarse en el lugar de sus más grandes aspiraciones.[48]

Esta etnia define el relámpago del Catatumbo de manera poética como la concentración de millones de cocuyos (luciérnagas) que todas las noches se reúnen en este lugar para rendir tributo a los padres de la creación.

29. BRASILIA: LA CAPITAL PROFETIZADA

Cada lugar donde tomaba tierra (y digo bien, porque casi todos los trayectos hay que hacerlos en avión como si fuera un autobús aéreo) me parecía totalmente distinto del anterior.

Los contrastes geográficos y culturales que allí vi y viví no los había percibido en ninguna otra parte del mundo. El sabor africano de la población de Salvador de Bahía no se parecía en nada al sabor gaucho de Porto Alegre, capital del rico estado de Río Grande do Sul. Las cataratas de Iguazú (un total de 275 saltos) vistas desde el lado brasileño, del argentino y desde el cielo —en helicóptero— me hicieron entender por qué los indios llamaron a este paraje «el lugar donde nacen las nubes». Un baño en las aguas del Río Negro, infestado de pirañas, tenía para mí el mismo morbo y peligro que pasear por la noche y solo por la playa de Ipanema en Río de Janeiro.

Recuerdo Brasilia como una ciudad futurista y utópica un tanto inhóspita, hecha a la medida de los vehículos y no del ser humano. Fue construida en apenas tres años y con cierta guasa me dijeron que el ciudadano de Brasilia está compuesto de tres partes: «Cabeza, tronco y coche». El cosmonauta Yuri Gararin afirmó nada más verla: «La impresión que tengo es la de estar llegando a un planeta diferente».

Durante más de mil días, unos 60.000 trabajadores tomaron la región y, guiados por las directrices de los arquitectos Lúcio Costa y Óscar Niemeyer, dieron forma a una ciudad atípica. La nueva capital del país reemplazó a Río de Janeiro y a Salvador de Bahía, ambas en la costa atlántica, como centro de la vida política. Se trata de uno de los proyectos de ingeniería más ambiciosos de la historia mundial: crear una ciudad en donde antes había desiertos y pantanos remotos. El proyecto fue concebido para reflejar la fe de Brasil en el futuro, idea que se plasmó en edificaciones vanguardistas y diseños urbanos. Crearon de la nada el lago Paranoá, un enorme estanque destinado a incrementar la humedad de una zona casi desértica y convertido en la actualidad en sede de la tercera mayor flota de embarcaciones deportivas del país, un dato que llama la atención si se tiene en cuenta que la urbe dista 1.200 kilómetros del océano Atlántico.

La ciudad, vista desde el aire, tiene forma de cruz o forma de avión. Posee calles muy anchas y edificios que aún resultan llamativamente modernos. Entre ellos se destacan los ubicados en la plaza de los Tres Poderes. Allí, el poder ejecutivo está representado por el Palacio de Planalto, el poder legislativo por el Congreso Nacional, y el judicial por el Supremo Tribunal Federal; todas obras de

Óscar Niemeyer.

Antes de que Brasilia fuera Brasilia, muchos visionarios brasileños durante dos siglos habían soñado con este lugar para llenar el centro de una nación que estaba prácticamente deshabitada. En 1891, el primer Gobierno republicano de Brasil envió a un grupo de geógrafos y naturalistas para que estudiaran los posibles emplazamientos, dentro del estado de Goias, lugar donde nacen los tres grandes ríos del país: el Amazonas, el Paraná y el Sao Francisco. Tenían claro que en esta zona es donde se ubicaría la futura capital federal y esta idea había sido incluso recogida en la primera Constitución republicana de 1891.

Al trasladar la capital al interior, el Gobierno del Brasil independiente de los portugueses pretendía ayudar a poblar aquella zona rural, atrayendo habitantes de áreas muy pobladas mediante el traslado de la administración pública y con el objetivo de modernizar la nación, convirtiéndola en una ciudad próspera de funcionarios. Ese era el sueño de Juscelino Kubitschek, pero había un plan oculto, puesto que también la iban a convertir en un centro espiritual. Querían que lo terrenal y lo celestial estuviera unido de alguna manera.

La catedral de hormigón que construyó Niemeyer es un icono católico de la capital, cuyo diseño recuerda la corona de espinas de Jesucristo, aunque la auténtica devoción de la ciudad es el culto a Dom Bosco, que no era brasileño. Este sacerdote italiano, creador de los salesianos, profetizó en 1883 que surgiría una nueva civilización en una tierra de leche y miel en el centro de Sudamérica, dentro de unas coordenadas que muchos apreciaron que coincidían con el lugar donde hoy se encuentra Brasilia. Y a fe que se lo tomaron en serio. Esta profecía supuso una legitimación espiritual del suelo elegido por Kubitschek, y todos estaban de acuerdo, a pesar de lo inhóspito y alejado del lugar. De hecho, la primera edificación construida no fue un ministerio, un banco o el parlamento, fue una pequeña pirámide junto al lago Paranoa, en conmemoración de la visión de Dom Bosco.

Si Brasilia es una ciudad profetizada, debe gozar de todos los augurios talismánicos. Está escrito que, en la noche del 29 de agosto de 1883, Dom Bosco tuvo un sueño místico. Él lo reveló durante la reunión del capítulo de la Congregación Salesiana celebrada el 4 de septiembre de ese año. El padre Lemoyne anotó todo. Cuenta que fue arrebatado por los ángeles y viajó con ellos en un sueño que no era solo un sueño. Vio el advenimiento de una gran civilización en un lugar concreto:

> Luego vi que llegábamos a la ciudad de Cartagena, Colombia, y que desde allí emprendíamos un viaje en un tren que volaba por los aires, y recorrimos toda América del Sur. Allí aprendí cosas hermosísimas acerca de la fauna, la flora y

> la topografía de todas esas inmensas regiones. Desde la ventanilla del tren que volaba por los aires vi desfilar bosques, montañas, llanuras, ríos inmensamente largos que yo no había imaginado que fueran a desembocar tan enormemente lejos del sitio donde nacieron. Miles y miles de kilómetros de selva virgen que está sin explorar. Allí vi las cordilleras de Colombia, Venezuela, Guayana, Brasil y Bolivia. Y logré ver lo que hay debajo de las montañas: riquezas inmensas que un día serán descubiertas. Muchas minas de metales preciosos. Minas grandísimas de carbón; depósitos de petróleo tan ricos y abundantes como hasta ahora no se han encontrado en otras partes.
>
> Y una voz me dijo:
>
> —Cuando se exploten las riquezas que están escondidas en estas montañas, estas tierras serán tan ricas como la Tierra Prometida que brotaba leche y miel. Tendrán una riqueza incalculable…
>
> Subimos otra vez al tren que volaba por los aires y al pasar sobre la Patagonia, me di cuenta de que ese territorio es mucho menos ancho de lo que los geógrafos han imaginado hasta ahora. Al pasar sobre una selva vimos a un grupo de salvajes que mataban a un prisionero de raza blanca y lo cocinaban y se lo comían. Vimos también muchísimos animales feroces en aquellas selvas que rodeaban a ríos interminablemente largos.[49]

Los intérpretes de la profecía creen que cuando hace las descripciones geográficas y habla de una gran planicie, entre los paralelos 15 y 20 del hemisferio sur, y que al fondo de la misma había un lago, área donde surgiría una tierra de la que manaría leche y miel, estaba hablando de los terrenos de la futura Brasilia.

Ya puestos, el templo más impresionante de todos es el maravilloso santuario dedicado a Dom Bosco. Cuando se va llegando al lugar, desde lejos se puede apreciar como una enorme caja de hormigón de gran altura, compuesta por unas ochenta columnas de estilo gótico en todo su alrededor y vitrales de doce tonalidades de azul que simbolizan un cielo estrellado. Los muros son vidrieras donde predominan los colores azul y violeta y cuando la luz se filtra a través de dichos cristales que cubren prácticamente la totalidad de la pared (que llega a los 2.200 metros cuadrados), se crea una atmósfera especial, muy mágica, muy espiritual… que, en combinación con la música o el silencio, genera un estado mental adecuado y apaciguado, tal como pude comprobar por mí mismo. Brasilia no solo es católica. Goza también de la reputación de ser la «capital del tercer milenio», debido a los más de quinientos cultos que han florecido en los últimos años en la ciudad. Como si quisiera rodearse de todos los talismanes espirituales posibles para prosperar en el tiempo y el espacio.

Además de la catedral Metropolitana y de la Igrejinha de Fátima, allí radican el Centro Islámico de Brasil, la Iglesia Mesiánica Mundial, el Templo Budista Seicho-No-Iê, el Oratorio del Soldado y la Catedral de la Iglesia Universal del Reino de Dios. La Ciudad Ecléctica

Yokaonan es de las más conocidas. Fundada en la ciudad de Santo Antônio do Descoberto, en el estado de Goiás, la religión es una mezcla de los seguidores espiritistas de Allan Kardec y los de umbanda. La Iglesia Bahá'í también tiene su sede en este lugar cuyo objetivo es reunir a todas las religiones para unificar los principios éticos y morales que cada una ofrece.

Tuve oportunidad de acercarme al Templo de la Buena Voluntad (*Legiao da Boa Vontade*) con forma de pirámide en cuya cúspide se encuentra el mayor cristal de cuarzo puro encontrado en Brasil y en cuyo interior hay que seguir la senda de un laberinto purificador. Me acerqué al llamado valle de la Aurora (a sesenta kilómetros de Brasilia), al sur de Planaltina, donde habitan unos estrafalarios personajes que practican un culto de lo más variopinto y sincrético fundado por la clarividente Tía Neiva en 1959, en el que se mezclan sin disimulos los espíritus Aluxá y Jaruá con Jesucristo y el indio Flecha Blanca, una de las encarnaciones del espíritu de san Francisco de Asís. Uno de sus sacerdotes, además de realizarme una «limpia con huevo», me hizo partícipe de la inminente llegada del fin del mundo para el final del milenio. Otro apocalipsis que no llegó.

Lo que tiene de especial Brasilia es que es el ejemplo más vivo en el mundo de una ciudad planificada a conciencia, yo diría con «consciencia». Y se hizo para convertirla en un foco de atracción para miles de funcionarios y habitantes en busca de nuevas oportunidades, así como para congregaciones religiosas, esotéricas y espiritistas. El mencionado urbanista Lúcio Costa dijo que «el cielo es el mar de Brasilia». Dom Bosco predijo aquí el surgimiento de una gran civilización y hoy Brasilia tiene una población de 2.600.000 habitantes. Ni que decir tiene que es el santo patrón de su capital federal, el cual sigue vigilando y protegiendo esta gran urbe, que aún no ha dicho la última palabra.

Por cierto, un dato más que tal vez les pueda resultar interesante. Si se fijan en la bandera brasileña, verán que tiene una esfera representando el universo con diversas constelaciones y estrellas y una franja en el medio con un lema que dice: *Ordem e progresso* (orden y progreso). Algunos desconocen que está inspirado en el lema de alguien que no era brasileño, sino francés, en el positivismo de Auguste Comte: «*L'amour pour principe et l'ordre pour base; le progrès pour but* (El amor por principio, el orden por base; el progreso por fin)». Algo que se puede aplicar a Brasilia sin ningún problema.

POR EUROPA

Saber es recordar.

PLATÓN

30. ÇATAL HÜYÜK: LA COLMENA DE LA DIOSA MADRE

Imaginen una próspera y vetusta ciudad, el trazado de sus calles, sus gentes caminando por ellas, sus tiendas, sus carromatos, sus casas y sus templos. Pues de la que voy a hablar no se parece a nada de eso. Nos vamos atrás, muy atrás en el tiempo, a los inicios del Neolítico. Nos situamos geográficamente en Anatolia, que luego formaría parte de Turquía.

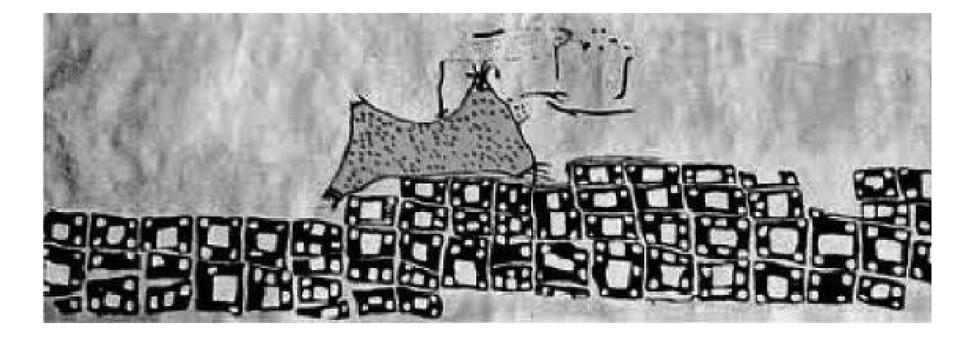
Nos adentramos en Çatal Hüyük, la ciudad bloque, apelmazada o, si prefieren, la «ciudad mazacote» o «ciudad-colmena», una ciudad en la que no se entraba, sino a la que se subía. Sabían muy bien lo que hacían.

La investigación de las primeras urbes sigue siendo prioritaria para arqueólogos y antropólogos. Establecer cuál fue la primera no es tarea fácil. Algunos dicen que la más antigua del mundo, aún en pie, es Jericó, en Palestina, que tendría más de 10.000 años. Otros apuntan a Eridu, en Irak, con 7.500 años. Y otros defienden que el primer asentamiento que merece el nombre de ciudad sería Uruk, a unos 225 kilómetros de Bagdad.

En lo que fue Mesopotamia, florecieron las tres civilizaciones más importantes del mundo antiguo: Babilonia, Asiria y Sumeria. Entre el Tigris y el Éufrates, ríos que marcan la vida y la muerte, se situaría el comienzo de nuestra civilización al menos desde el momento en que hay registros escritos.

La diferencia entre un asentamiento y una ciudad no solo radica en su número de habitantes, sino en su propia estructura. La ciudad se construye en torno a lugares sagrados como templos y oráculos, luego estarían las dependencias administrativas y, por último, el palacio o castillo del gobernante de turno. Alrededor de este núcleo se levantan barrios de agricultores, ganaderos, artesanos o comerciantes. Eso es lo habitual. Luego hay excepciones y una la representa Çatal Hüyük, que han datado en el año 7700 a.C., considerada la primera ciudad estructurada de la historia (en fin, hay serias dudas de que sea la primera). Pero vaya forma de estructurarla.

Si la observamos desde un dron nos daremos cuenta de su originalidad. Lo más interesante es que se ha encontrado un mapa que dibuja la estructura original de la ciudad. Está considerado el más antiguo de la historia y eso ya los convierte (a la ciudad y al mapa) en algo digno de mención, porque su datación es anterior, por tanto, al nacimiento de la escritura. No es un mapa al uso, sino una pintura donde se aprecia un volcán en erupción detrás de la ciudad que tiene una estructura geométrica.



Mapa de Çatal Hüyük

Los arqueólogos creen que este grabado, al estar donde está, se hizo para invocar la protección de los dioses de las acometidas de ese volcán, tanto para las viviendas como para las tierras agrícolas, así como para la fertilidad de las cosechas.

Bajo la dirección del arquitecto británico James Mellaart, comenzaron las excavaciones, en las que se encontró una gran cantidad de murales prehistóricos tallados en piedra. Entre los grafitis de un determinado mural había un dibujo que parecía un mapa, ese mapa, y se dató en unos 8.000 años. Hasta enero de 2014, se creía que representaba la piel de un leopardo, pero según estudios realizados por Axel Schmitt, de la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) y sus colegas en la revista *PLoS*, este mapa representa un conjunto urbano organizado y planificado a vista de pájaro, con el volcán Hasan Dagi, situado a 130 kilómetros al noreste de Çatal Hüyük, en una fuerte erupción de fondo que debió de dejar huella en la memoria y en la urbe.

Çatal Hüyük ocupó aproximadamente trece hectáreas y los restos hallados han dado a conocer uno de los casos más singulares de urbanismo de todos los tiempos: la ausencia de calles, con viviendas hechas de adobe y pilares de madera. Todas unidas entre sí, sin puertas al exterior, con unos pequeños ventanucos para que entrase la luz y el aire. La única forma de desplazarse era por los tejados. Desde el techo se accedía a las casas. Era un sistema de protección y ventilación sumamente original. Se colocaban unas escaleras de mano en la pared y para arriba o para abajo. La vida y las tertulias transcurrían en los tejados.

Ni calles ni murallas. Y otra curiosidad: la propia ciudad era un cementerio. Junto a todo ello, y cerrando así simbólicamente el ciclo vital, los muertos se enterraban en los suelos de sus casas, tal vez buscando la ayuda y protección de sus antepasados. Cada casa tenía su linaje de muertos. El problema estaba en el posible olor que desprendían hasta convertirse en huesos mondos y lirondos, aunque

antes eran expuestos al aire libre para orearse. La vida y la muerte en la misma vivienda y todas apelotonadas. Los esqueletos eran sepultados en cuclillas dentro de cestos, aunque en algunos casos la cabeza era separada y enterrada aparte o utilizada en actividades rituales.

Al ser todo el conjunto un solo bloque sin aberturas, las estructuras defensivas eran innecesarias. No necesitaban murallas porque la propia ciudad era una muralla sólida, y pocos ataques debió de sufrir. En todo caso, resultó ser el conjunto neolítico más grande y mejor conservado de Oriente Próximo.

Como la aldea se levantó en una colina, la diferencia de altura servía para poder abrir ventanucos en el lado de la pared escalonado sobre la casa más baja adyacente. Los tejados no eran tales, pues no había tejas: estaban construidos con vigas de madera sobre las que se extendía una cubierta formada por una base de esteras con barro apisonado encima. Las paredes estaban enlucidas con yeso y a menudo decoradas con pinturas de animales, sobre todo toros, y, en algunos casos, quizás paisajes muy estilizados. Estas pinturas parecen tener un sentido similar al de las cuevas rupestres: no son tanto decorativas como propiciatorias de la caza o conjuradoras de algún peligro.

Además de las casas «normales», los arqueólogos excavaron también unos cuarenta «santuarios» (llamados *shrines*). En sus muros se encontraron frescos que mostraban escenas de caza, danzas rituales, hombres con penes erectos, extintos uros, así como buitres precipitándose sobre figuras descabezadas.

El símbolo más impresionante y más representado en Çatal Hüyük es la mano humana, tal como las que pintaron los hombres primitivos varias decenas de milenios antes en las paredes de sus cavernas. Aplicaban la pintura entre los dedos y alrededor de las manos, reproduciendo de esta forma la imagen en negativo. Las conjeturas sobre su significado apuntan que representaba las manos sanadoras del chamán, que era una huella de propiedad, que era un rito de paso por la vida de quienes la imprimían. O todo junto.

¿Y sus dioses? En 1961 se encontró la conocida Diosa Madre, una estatuilla de arcilla cocida que representa a una mujer obesa y desnuda dando a luz sentada en un trono flanqueado por dos felinos. Mellaart estaba convencido de que la de Çatal Hüyük era una pacífica sociedad matriarcal que rendía culto a una deidad primordial femenina. Esta interpretación fue aceptada durante mucho tiempo. Así, la arqueóloga Marija Gimbutas relacionó estas sugerentes figuras con una «Virgen neolítica», a diferencia de la «Venus paleolítica». En su libro *Diosas y dioses de la vieja Europa*, escribió:

Las típicas esculturas del VII milenio de Çatal Hüyük, en el centro de Anatolia,

toman la forma de una enorme mujer, bien en posición erguida, bien sentada, sujeta por leopardos. Normalmente, o tiene las manos en los pechos o descansan sobre las cabezas de animales que las acompañan.[50]

Para Gimbutas, este personaje tuvo que ser una Diosa Madre primigenia. «Ella era la fuente de vida, de todo lo que producía fertilidad y, al mismo tiempo, era la poseedora de todos los poderes destructivos de la naturaleza».

En el prefacio a la última de sus principales obras, *The Civilisation of the Goddess* («La civilización de la Diosa», 1991), Gimbutas escribió:

La civilización que floreció en la antigua Europa entre los años 6500 y 3500 a.C., y en Creta hasta el año 1450 a.C., disfrutó de un largo periodo de vida pacífica ininterrumpida, que produjo expresiones artísticas de elegante belleza y refinamiento, demostrando una calidad de vida superior a la de muchas sociedades androcráticas y estratificadas (…). En el quinto milenio y principios del cuarto a.C., justo antes de su hundimiento en la Europa centro-oriental, los antiguos europeos tenían ciudades con una considerable concentración de población, templos con varios pisos de altura, una escritura sagrada, espaciosas casas de cuatro o cinco habitaciones, ceramistas profesionales, tejedores, metalúrgicos del cobre y del oro, y otros artesanos que producían todo un abanico de sofisticados productos. Existía una floreciente red de rutas comerciales, por la que circulaban mercancías como obsidiana, conchas, mármol, cobre y sal a lo largo de centenares de kilómetros.

Para la autora, esta civilización se basaba en un orden social en el que hombres y mujeres poseían el mismo estatus.

La vida religiosa de la antigua Europa se centraba en el culto a una diosa, que adoptaba muchas formas. La tierra era reverenciada como encarnación de la diosa, y se veía la muerte como un regreso al útero de la tierra/diosa, junto con piezas de cerámica sumamente decoradas, lo que nos proporciona un panorama bastante detallado de las tradiciones artísticas y religiosas de estas comunidades.

Los habitantes de Çatal Hüyük fueron un buen exponente de ese tipo de civilización que, en sus mejores momentos, debieron de llegar a la cifra de 10.000 (según Mellaart), y que formaban una comunidad de agricultores donde la cebada, el trigo, los garbanzos, los guisantes y las lentejas no faltaban en su dieta. También pastoreaban ovejas y vacas, puesto que de vegetarianos no tenían nada.

Mellaart fue apartado de la excavación a causa de un escándalo extraño, el llamado «*affaire* Dorak», que tuvo su origen en 1959, cuando publicó un artículo en el que daba cuenta del descubrimiento de un tesoro en una casa y que le habían permitido dibujar. El supuesto hallazgo incluía piezas espectaculares de oro y plata: brazaletes, copas, dagas… Una lámina de oro con jeroglíficos egipcios que hacían referencia al faraón Sahura, segundo monarca de la V Dinastía de Egipto, lo que situaba el conjunto en algún momento de mediados del tercer milenio a.C. Mellaart supo de su existencia gracias

a una misteriosa mujer griega a la que conoció en un tren el año anterior, una historia que ya quisiera para sí Agatha Christie. En cualquier caso, después de tres años de investigación, la policía turca llegó a la conclusión de que el arqueólogo había formado parte de la trama del robo de un tesoro... ¡que nadie había visto nunca! La causa contra Mellaart fue archivada en 1965 por inexistencia del cuerpo del delito, pero el Gobierno turco retiró el permiso de excavación al arqueólogo británico.

La consecuencia más grave de este embrollo fue que Çatal Hüyük permaneció sin excavar durante décadas, hasta que fue reabierta en 1993, bajo la dirección del británico Ian Hodder, que optó por un ritmo más pausado en las excavaciones. Su interpretación de los hallazgos, en los que ha identificado hasta dieciocho niveles de ocupación, ha enriquecido y desvelado muchos más aspectos curiosos. Por ejemplo, hallaron más estatuillas y se dieron cuenta de que, al final, hay tantas figuritas femeninas como masculinas y muchas de animales. Otro caso son los cráneos encontrados. Cuando un individuo era importante en Çatal Hüyük, su cabeza era separada del cuerpo al morir. El número de cráneos masculinos y femeninos encontrados es casi idéntico. Al menos en eso, no había diferencias de clase ni de géneros.

El último misterio es por qué abandonaron esta ciudad. El que estuviera protegida interna y externamente no impidió que su próspero desarrollo se interrumpiera bruscamente hacia el año 5700 a.C. por un pavoroso incendio que causó su abandono y su final. Coció el adobe pero permitió que las paredes de hasta tres metros de altura quedaran en pie. Paradójicamente, ello contribuyó a facilitar su conservación para convertirse en una cápsula del tiempo herméticamente cerrada durante siglos, hasta que fue descubierta en 1958.

¿Cuál fue el origen de ese terrible incendio en aquella época remota? ¿Una erupción volcánica? El hecho cierto es que esta ciudad desaparece, sus habitantes emigran y justo en esos tiempos empiezan a desarrollarse las grandes ciudades entre el Tigris y el Éufrates…

31. RECORRIENDO LA «LEY» DE SAN MIGUEL

Muchos santuarios y numerosas catedrales poseen un altar o una capilla dedicados a san Miguel. A veces está representado en la propia fachada del templo, siempre con su espada a punto de machacar a alguien. ¿Por qué este arcángel y no otro? ¿Hay favoritismos respecto a Rafael y Gabriel? ¿Eso de ser el jefe de la milicia celestial le da puntos extra?

Pues todo tiene su miga y su razón de ser. Por ejemplo, en la catedral de Jaén, la llamada Puerta de los Fieles (la de la izquierda) está protegida por un san Miguel Arcángel, considerado tradicionalmente el guardián por excelencia de la puerta de los recintos sagrados, encargado de impedir la entrada al demonio y a las bestias inmundas. Es un altorrelieve pétreo y se lo ve dando mandobles con su espada flamígera a toda clase de réprobos que están tirados a sus pies, un duro varapalo a una legión de demonios cuya expresividad y movimiento —claramente barrocos—, contrastan con el carácter heroico, casi sin despeinarse, del arcángel, cual Rambo celestial. Y en el interior de la catedral jienense tiene también su correspondiente capilla, como no podía ser menos.

Recordemos que san Miguel —Mikhael— significa «¿Quién como Dios?» (Ap 12, 7-9) y es el que vence y expulsa del Cielo al demonio, de ahí su función protectora allí donde se encuentre. Además, es muy dado a aparecerse a jóvenes monjas, curas, obispos y feligreses (que se lo digan a Juana de Arco) para suministrar consejos y mensajes que luego tienen su transcendencia histórica. Se le representa alanceando a un dragón o a un demonio, otras veces porta una balanza de pesar las almas en el Juicio Final. Como juez de las almas —psicostasis se llama—, abunda en la pintura flamenca, italiana y española. Al tener como oficio vencer al Mal en todos sus aspectos y manifestaciones, se considera el patrono y protector de la Iglesia católica. Y, ya puestos, es el patrón de los paracaidistas y de los caballeros armados. Cuando el Anticristo venga a la Tierra, él será —asegura el profeta Daniel—, quien aparecerá entre los hombres para defenderlos y protegerlos.

Lo interesante, al menos para un servidor, es su asociación unívoca con determinados enclaves montañosos. Y no solo eso, sino también su relación con las «líneas ley», esas líneas rectas imaginarias que unen vestigios y restos arqueológicos de carácter religioso en una especie de senderos telúricos. No son las líneas Hartmann que comenté capítulos atrás, sino otra cosa diferente, aunque al final todo tiene sus puntos de conexión.

Hace algunos siglos existía una ruta de peregrinación que unía

tres enclaves de alto contenido espiritual. Iba desde el santuario de Sant'Angelo, en Gargano (Puglia, sureste de Italia), luego pasaba por la abadía de San Michele (Piamonte, Italia) y terminaba en el Mont Saint-Michel (Normandía, Francia); los tres separados por más de 2.000 kilómetros. Había que caminar mucho, casi tanto como en el camino jacobeo francés, pero los peregrinos aseguraban que el esfuerzo compensaba. Curiosamente, y aquí viene lo bueno, más allá de que estos tres lugares estén conectados por el culto a san Miguel, también lo están por una «línea ley» que aporta misterio al asunto de las alineaciones arquitectónicas. Y son más de tres. Habría que encontrar un patrón común, un punto de anclaje y de encaje, un posible código oculto en estas alineaciones para evitar la casualidad y encontrar la causalidad. Y una de esas claves tiene nombre propio: san Miguel, entidad que cristianiza viejos lugares que antaño tuvieron cultos paganos. La otra clave consiste en su leyenda de «matador de dragones» y deberíamos saber que el dragón no solo representa a un animal mitológico o al Mal en sentido amplio, sino las fuerzas subterráneas de la Tierra.

Bajo la premisa de que muchos aspectos de la historia de la religión no han merecido la suficiente atención, la existencia de monasterios muy antiguos construidos para honrar a san Miguel en Inglaterra y en el resto de Europa, es uno de ellos. En todos esos enclaves se habla de leyendas de apariciones de este arcángel y se han construido basílicas, santuarios y templos de lo más lujosos para honrar su memoria. La mayoría están situados en una línea recta perfecta, como si fueran señalados por «él mismo», si hemos de creer la literalidad de esas leyendas. Algunos investigadores anglosajones denominan a esta línea «la espada de san Miguel», porque está marcada por santuarios donde se han registrado manifestaciones espectaculares suyas y sobre un mapa tendrían la forma de una espada.

El trazado tiene un punto cero: comienza en Irlanda, en una isla desierta, donde el arcángel Miguel se habría aparecido a san Patricio en el siglo V para ayudarle a vencer al demonio. Aquí surgen los cimientos del primer monasterio: el de Skellig Michael. La línea se dirige después hacia el sur y se detiene en Inglaterra, en St. Michael's Mount, un islote de Cornualles que, con la marea baja, se une a tierra firme. Justo aquí, san Miguel habría hablado y aleccionado a un grupo de pescadores, instruyéndolos en la nueva fe.

La línea sacra prosigue a Francia e incide en otra célebre isla, la de Mont Saint-Michel, en la costa de Normandía, que lo convierte en uno de los sitios turísticos más espectaculares y visitados. Antes se

llamaba monte Belenos y estaba dedicado a este dios celta. ¿Van viendo las pistas? Este islote está rodeado por el mar durante doce horas y el resto del día se une al continente. Ya de por sí, toda una singularidad, pero por alguna razón el arcángel eligió esta roca para aparecerse en sueños al obispo de Avranches, san Auberto, un día al amanecer del año 708 y le insta a que construya una ermita allí mismo, posiblemente en el lugar menos idóneo para edificar lo que sea, por esas constantes subidas de la marea. Y se lo pide con el fin de alejar para siempre las fuerzas del Mal. Auberto ignoró las dos primeras visiones, por lo que —a la tercera va la vencida—, san Miguel, un poco harto de tanta obstinación, le dejó una marca con forma de cruz en la cabeza. Ya no le quedó más remedio que llevar a cabo la construcción del oratorio, que, con el paso del tiempo, se convertirá en una abadía benedictina (año 966) y, más tarde, se construirán albergues para cobijar a los miles de peregrinos que allí llegaban buscando la bendición y protección del arcángel, que parece que llevara una cinta métrica y un astrolabio para medir su siguiente aparición.

A unos mil kilómetros de distancia, en Val de Susa, en el Piamonte italiano, surge el cuarto santuario: la Sacra di San Michele. La construcción de la abadía benedictina empieza en torno al año mil y ya sabemos que en esa época creían que el mundo se iba a terminar de un momento a otro, al menos el mundo cristiano, porque en las demás creencias religiosas sus calendarios se rigen por otros parámetros. Está a unos cuarenta kilómetros de Turín y es desde siglos un lugar visitado por peregrinos que recorren la Vía Francígena. En la capilla principal están sepultados los miembros de la familia real de los Saboya y esa espectacular abadía de San Michele es la que inspiró al escritor Umberto Eco su novela, éxito de ventas, *El nombre de la rosa*. Por cierto, en enero de 2018 sufrió un incendio que casi la destruye, sin que muriera nadie. Las alas angélicas debieron de hacer su efecto.

Trasladándose otros mil kilómetros en línea recta, se llega a la Puglia, al monte Gargano, un importante promontorio sobre el mar Adriático que forma la «espuela» de la «bota», donde hay una gruta de montaña. Aquí ya se hacían cultos en época griega y romana y, más tarde, se convirtió en el santuario de san Miguel Arcángel, el cual se comenzó a construir en el año 490, cuando tuvo lugar su aparición a un obispo. Como vemos, no se aparece a cualquiera. No tuvo éxito a la primera y se le apareció de nuevo para ordenarle entrar en la cueva y, entonces, le dijo algo muy revelador en cuanto a la elección de ese lugar concreto para el culto: «No es necesario que me dediques esta

iglesia, yo mismo la he consagrado con mi presencia. Entra y bajo mi asistencia ora y celebra el sacrificio de la Misa. Te enseñare cómo yo mismo he consagrado este lugar».

Al penetrar en ella, el obispo comprobó que ya había un altar revestido con un mantel rojo y una cruz de cristal que nadie antes había visto. Y en la entrada había una pequeña huella de pie incrustada en el mármol, que pensaron que sería la del arcángel. No entramos a valorar el tamaño del susodicho. Años después, en 668, se hizo muy popular este santuario porque el ángel se aparece de nuevo a los habitantes de la cercana Siponto, ayudándolos en la batalla que sostenían contra los longobardos. Tanto interés puso san Miguel en este mismo sitio que lo favoreció con una cuarta aparición, esta vez ante el arzobispo Alfonso Puccinelli, en 1656, para eliminar una terrible peste dándole el remedio de manera solemne y contundente, además de guardar tres días de oración y ayuno:

> Sabe, oh pastor de este rebaño, que he obtenido de la Santísima Trinidad que cualquiera que lleve con verdadera devoción las piedras de mi santa cueva, alejará de su casa, de la ciudad y de cualquier otro lugar la peste. Tú bendice las piedras, grabando sobre ellas la señal de la cruz con mi nombre.

Ya nadie tenía dudas de que el arcángel los protegía de manera directa y reiterada de cualquier calamidad.

Por si fuera poco, el 3 de julio de 1917 el padre Pío peregrinó a la gruta de Gargano para venerar *in situ* a san Miguel, de quien era muy devoto. Mientras estaba orando, casi en éxtasis, las gotas de agua que caían de la gruta no le llegaron a mojar, a diferencia de a sus acompañantes seminaristas. Con anterioridad a esta fecha había experimentado repetidas veces la protección del arcángel en sus luchas contra Satanás, tanto en Pietrelcina como en el convento de Santa Ana, en Foggia.

Desde Italia, la huella, línea o «espada del arcángel» llega al sexto santuario, en Grecia, en la isla de Symi, una isla de ensueño del mar Egeo y con un monasterio para honrarle que alberga una efigie de tres metros de alto. Notarse, se hace notar y los milagros menudean, como pueden suponer.

Esta línea sacra está en perfecta alineación con el ocaso del sol en el día del solsticio de verano. Y eso no es todo. Dentro de Inglaterra hay otra línea recta de monasterios dedicados a san Miguel… Resulta que, en 1969, John Mitchell (el apellido le venía a la perfección) descubre una alineación que, partiendo desde el Monte St. Michael, en la punta de Cornualles, atraviesa Inglaterra desde el punto más occidental hasta su punto más oriental, que sería Norfolk, pasando por el famoso otero de Glastonbury, el Tor, con su «torre de San Miquel», y las Piedras de Avebury (potente centro energético y megalítico de la

línea).

Una posible explicación a este culto migueliano es que sería una transposición de ritos paganos dedicados al dios Mercurio o a Hermes, entidades que vigilan y protegen las encrucijadas, con construcciones alineadas en clave ocultista y luego reconvertidas para mayor gloria de san Miguel. La labor iconográfica que cumplen san Jorge y san Miguel como héroes «matando dragones» (aunque si nos fijamos veremos que el dragón nunca está muerto, sino dominado) no se puede desdeñar alegremente. La simbología del dragón ha cambiado con el paso del tiempo, las circunstancias políticas o religiosas: en la época de Constantino el dragón encarnaba el paganismo; con san Isidoro de Sevilla recalcaba los vicios o pecados capitales; luego se lo identifica con el Mal y el demonio iracundo, o incluso con el control de las calamidades naturales, inundaciones o pestes, como fue en el caso del papa Gregorio el Grande. Pero antes de todo eso, al menos en Occidente, el dragón, al igual que la serpiente, representaba la sabiduría y las fuerzas telúricas. «Las venas del dragón» era el nombre que daban los chinos y los celtas a esas energías del subsuelo que había que controlar, dominar, para beneficiarse de ellas.



¿Esos enclaves citados responden a genuinas y auténticas apariciones de este arcángel en la Tierra? Eso dicen las leyendas. Y no las vamos a cuestionar. Pensar que todo es una simple coincidencia sería insultar a los maestros constructores medievales. Todos ellos evocan el poder de esos elevados lugares sobre la conquista del

séptimo cielo y el hecho de que estén consagrados a este arcángel quizás signifique que actuaban como puertas entre el Cielo y la Tierra. En el fondo, él es un intermediario entre estos dos niveles, es el más invocado, el más rezado, al que más personas le piden ayuda y dicen que se debe a su papel de «guerrero espiritual».

Hasta el momento, no se ha hecho un estudio exhaustivo sobre estas advocaciones y los puntos telúricos elegidos, casi siempre en altura, pero todo indica que existe esa correspondencia con multitud de ejemplos que podríamos seguir poniendo. El historiador Juan G. Atienza lo tenía claro:

> San Miguel, por ejemplo, además de ser santo común a musulmanes, cristianos y judíos, fue el heredero de grandes mitos religiosos de la humanidad; como Hermes, vence a los monstruos simbólicos; como Osiris, pesa las almas de los muertos y decide su destino; como Lug, es maestro oculto de saberes secretos, y como Mercurio, se alza en patrono de mercaderes que trafican más en cosas del alma que del cuerpo.[51]

En España, el culto a san Miguel tuvo su efervescencia en el siglo XIII, a juzgar por el número de iglesias consagradas y los topónimos otorgados, sustituyendo a devociones precristianas. Tenemos nuestros propios santuarios dedicados a san Miguel en lo más alto, sean montes o cimas de montañas, como el de San Miguel de Aralar, en Navarra (vinculado a una aparición, la de don Teodosio de Goñi, y a un dragón). O la iglesia prerrománica de San Miguel de Lillo, edificada en 842 por el rey Ramiro I en el monte Naranco, en los alrededores de Oviedo. Y también San Miguel de Liria, mantenido por una comunidad religiosa en la cima de una colina, a veinticinco kilómetros al noroeste de Valencia. Un dato más: el primer monasterio de monjas de Castilla —o lo que es lo mismo, de España—, tuvo su asentamiento en la provincia de Burgos, y fue precisamente en San Miguel de Pedroso, bajo la advocación de este santo arcángel. Lo fundó la monja Nonna Bella en 759.

El escritor Miguel G. Aracil localizó una de esas «líneas ley» en Cataluña, que iba desde la iglesia románica de Sant Miquel, situada en Segur de Calafell (Tarragona) hasta el monasterio de Sant Miquel de Cuixa, en los Pirineos orientales. Una línea de 240 kilómetros que pasa por Montserrat, la cueva del Salnitre en Collbató o por el monasterio de Ripoll y muchos lugares relacionados con la vida del abad Oliba.[52]

Debe quedar claro que, en su calidad de seres celestiales, los ángeles se convirtieron automáticamente en protectores vitalicios de los humanos y que no necesitaban que se recurriese a ellos de manera machacona, como sucede con a los santos, para obtener sus cuidados. Aparecen cuando les da la gana, sin rogativas de por medio. Veremos

más ejemplos en este libro sobre su actuación proteccionista en momentos críticos y angustiosos para una determinada población.

32. ESCOCIA E INGLATERRA: LA PIEDRA FETICHE Y LA «DOTE DE MARÍA»

El día de san Andrés, el 30 de noviembre de 1996, fue un gran día para los escoceses. Se acercaron al castillo de Edimburgo unas doce mil personas para presenciar un momento histórico. Una comitiva formada por altos dignatarios políticos y religiosos escoltaba un trono que iba a pasar de manos británicas (representadas por Michel Forsyth, secretario británico para la nación escocesa) a manos escocesas (representadas por el reverendo John MacIndoe), con una condición: que volviera a Londres para su uso en futuras coronaciones, por lo que ahora puede ser visto en el castillo de Edimburgo, junto al resto de las joyas de la corona escocesa.

Tanto boato, pompa y circunstancia tenía su motivo. El tesoro era la Piedra del Destino, objeto de nombre rimbombante perteneciente a la realeza escocesa, que, por diversos avatares, había estado en manos inglesas durante setecientos años desde que la robaron en el año 1296 de la abadía escocesa de Scone (hoy Palacio de Scone). Fue sustraída por el rey Eduardo I de Inglaterra, quien recibió el apodo de Piernas Largas (como así le llaman en la película *Bravehearth*) y al que también deberíamos añadir el de Manos Largas. Se la llevó a la Abadía de Westminster donde ha estado en la Capilla de San Andrés, bajo la silla del trono inglés en Londres, llamada «Silla de San Eduardo». Sobre ella han sido coronados todos los reyes británicos excepto María II de Inglaterra. Hay leyendas, sin embargo, que afirman que Eduardo I no logró llevarse la auténtica piedra, ya que los monjes de la abadía de Scone la ocultaron y entregaron al rey inglés una copia o falsificación. Vamos, que le dieron un cambiazo en toda regla en sus mismas narices.

¿Por qué una piedra de arenisca de 152 kilos tiene el tratamiento de tesoro real? Hay una parte de leyenda referida a su origen y otra de historia para comprender su importancia. La leyenda la remonta a periodos bíblicos, diciendo que fue la utilizada por Jacob para recostar su cabeza soñando con una escalera que ascendía al Cielo (Génesis 28:10-18). Los más graciosos la llaman la «almohada de Jacob» y dicen que es la misma en la que Moisés hizo brotar agua durante su peregrinación por el desierto. No dicen cómo.

Provenga de un sitio o de otro, lo cierto es que la leyenda habla del poder divino y mágico que la Piedra del Destino confiere a quien la posea. Los primeros en usarla fueron los monarcas de la Dalriada, reyes escoceses, ingleses y británicos, como una pieza crucial de la ceremonia de coronación durante los últimos mil años. La piedra,

entonces y ahora, es el símbolo de la independencia escocesa más importante de todos los tiempos. Sus diversos nombres indican sus peripecias: Piedra de Scone, Silla de la Coronación, Silla Fatal o Lia Fáil (en gaélico), o Piedra de Tara.

En el libro *Monuments Celtiques* (1805), Jacques Cambray asegura haber visto esta inscripción profética sobre la piedra: «Ni fallat fatum, Scoti quocumque locatum Invenient lapidiem, regnasse tenetur ibidem (Si el destino es verdadero, los escoceses serán conocidos por haber sido reyes donde sus hombres encuentren esta piedra)».

Hay varios objetos que tienen asociada la palabra «destino». Uno es la «Lanza del Destino», que sería la legendaria lanza del centurión Longinos con la que abrió el costado de Cristo (se puede ver en el museo Hofburg de Viena, aunque hay otras tres distribuidas por otras zonas del planeta). Tenemos la «Mesa del Destino», conocida como la «Mesa-Espejo de Salomón», con la que se podían ver «los siete climas del universo», anhelada por judíos, romanos, visigodos y musulmanes. Existe la «Calavera del Destino», de cristal de cuarzo, de un supuesto origen maya, encontrada en Belice en el año 1927 por Mike Mitchell-Hedges. Y, por último, ya hemos hablado de la «Piedra del Destino» para coronar a los reyes ingleses.

Sobre estos cuatro «objetos de poder», sagrados por antonomasia y simbólicos por naturaleza, la leyenda asegura que tienen una especie de «maldición». Cuidado con aquel que obtiene uno de ellos porque tendrá en sus manos el destino del mundo, aunque sea por unos breves instantes, pero si lo pierde también pierde su vida. Los nazis y su rama esotérica Ahnenerbe lo sabían, y aun así se arriesgaron en su aventura de conseguirlos para afianzar la llamada «superioridad de la raza aria» y el III Reich. Buscaron la lanza en Viena (y la consiguieron), la mesa en España, la calavera en México y la piedra la tendrían cuando Inglaterra cayera en su poder. Buscaron incluso el Santo Grial y el Arca de la Alianza… y terminaron como terminaron.

Las Islas Británicas están bien servidas de misteriosos talismanes pétreos o metálicos. Solo hay que acercarse al British Museum para ver unos cuantos, incluida la piedra de Rosetta, un moái de verdad pascuence o el espejo de obsidiana de John Dee con el que se comunicaba con los ángeles en el lenguaje enoquiano.

Otro pedrusco menos conocido se encontraba en pleno centro de Londres, en el 111 de Cannon Street (enfrente de la estación homónima), encajado en uno de los muros de una sucursal de WH Smith, donde pasaba bastante desapercibido a pesar de la hornacina que le habían hecho. Se trata de la London Stone, un bloque de caliza de 43 centímetros de alto. En la Edad Media se hizo popular y los

monarcas adoptaron la costumbre —luego perdida— de golpear ritualmente la piedra con sus espadas, tal como refleja Shakespeare en su obra *Enrique VI*. En tiempos de Isabel I se le hicieron poemas y en el siglo XVII se vendían, como recuerdo, pedazos arrancados a martillazos. ¿Por qué tanto interés por una piedra aparentemente anodina?

Los arqueólogos opinan que su origen se remonta a la época de la ocupación romana, quizá era un miliario de la calzada para indicar la distancia (un mojón para nosotros), tal como expresó el gran Charles Dickens en su poco conocido *Diccionario de Londres* (1878). Había una reja que lo protegía de actos vandálicos, porque alguno ha sufrido. Lo cierto es que hay teorías para dar y tomar, alguna realmente estrambótica, como que sería la piedra de donde Arturo extrajo Excalibur. Otra hipótesis refiere que podría ser un talismán o fetiche que los druidas usarían es sus cultos.

Las especulaciones sobre su origen se remontan al siglo XVI, que es cuando surgen las primeras descripciones sobre su existencia y las mismas señalaban a esta piedra como el talismán basado en un refrán inventado que la unía con la legendaria fundación de la ciudad de Troya. Tal como ocurre con los cuervos de la Torre de Londres, si un día faltara la piedra o volasen los cuervos, entonces sería el fin de Londres. Fue el rey Carlos II quien redactó un decretó en el que se establecía que al menos seis cuervos deberían estar siempre en la torre. El día que estas aves la abandonen, entonces el reino se desmoronará. Para evitar que se cumpla la profecía, se les corta un poco las alas. ¿Lo sabían?

Siendo rigurosos, todo indica que esa piedra formaba parte de la entrada de un complejo arquitectónico romano, un edificio administrativo de Londinium, como así fue llamada la capital por los romanos cuando fundaron la ciudad en el año 43. En mayo de 2016 se llevaron la roca de Cannon Street, ya que se hicieron obras en el edificio y para preservarla ahora se exhibe en el Museo de Londres, con mayor pompa y boato, dentro de una urna. No es lo mismo, pero la piedra sí es la misma.

Edimburgo, Londres, Westminster, y nos falta ir a Walsingham, una población inglesa de una transcendencia capital en su devenir religioso. Resulta que la Virgen se apareció en ese lugar a una noble sajona, a quien pidió construir una réplica de su hogar en Nazaret y los fieles comenzaron a acudir al lugar. Corría 1061, cinco años antes de la invasión normanda de Guillermo el Conquistador y reinaba Eduardo el Confesor, fundador de la abadía londinense de Westminster, donde él mismo está enterrado (le declararon santo) y se

corona tradicionalmente a los reyes de Inglaterra.

Dice la tradición que una mujer sajona llamada lady Richeldis de Faverches, Ricarda para los allegados, señora feudal de Walsingham, condado de Norfolk, pedía insistentemente en sus oraciones hacer algo en honor de la Virgen y entonces fue llevada en sueños hasta Nazaret, donde vio la casa en la que nació María y se le indicó que levantara una réplica en Inglaterra, donde el arcángel Gabriel (el de la Anunciación) se le apareciera, para que las gentes acudieran allí a pedirle favores y consuelo en sus necesidades. La Virgen prometió: «Deja que todos aquellos que estén afligidos o necesitados me busquen en esa pequeña casa que tú mantendrás para mí en Walsingham. Pues los que allí me busquen obtendrán socorro».

Para cumplir el encargo, Richeldis tuvo que tomar nota detallada de la forma y dimensiones de la casa que veía en sus sueños lúcidos. Como no había grandes piedras en la zona de Walsingham, construyó en madera la que habría de llamarse *Holy House* o Casa Santa.[53]

Cuando se construyó la capilla, Walsingham estaba en segundo lugar, solamente tras Canterbury en importancia en las peregrinaciones inglesas. Este santuario tal vez sea la primera iglesia mariana de la isla, donde más tarde —hacia 1340— se construyó una gran basílica. Inglaterra fue conocida entonces como la «Tierra de María» o «Dote de María» y consideraban que estaba bajo su protección. Era la «Nazaret británica», un lugar santo. Al igual que sucedió con el Camino de Santiago, el Walsingham Way se fue jalonando de hospicios, monasterios, refugios y capillas a lo largo de las distintas rutas, bien definidas, que seguían los peregrinos.

A una milla del santuario, se construyó una capilla dedicada a santa Catalina de Alejandría y pronto empezó a surgir una costumbre pedestre. Al igual que Moisés se descalzó porque Dios le dijo que era sagrado el suelo que pisaba al acercarse a la zarza que ardía sin consumirse, cuando llegaban los peregrinos a esta capilla se descalzaban para «entrar en Tierra Santa» y recorrer el último trecho hasta Walsingham. Así fue como la empezaron a llamar *Slipper Chapel* o capilla de las zapatillas.

El rey Enrique VIII, otrora peregrino a Walsingham, hizo que este santuario cayera en el olvido. Con su cisma y la instauración del anglicanismo, el santuario católico fue saqueado y quemado. Ya sabemos que el alegato de nulidad de su matrimonio con Catalina fue rechazado por el papa, que en su día le dio el calificativo de *Fidei Defensor* (que todavía hoy se representa con las letras «FD» en todas las monedas inglesas). Este defensor de la fe rompió con Roma y se proclamó a sí mismo jefe de la Iglesia de Inglaterra. Desde ese

momento, el culto a la Virgen perdió todo su protagonismo.

Como predijo el papa León XIII a Charlotte Boyd, fundadora de varios orfanatos, en el año 1897: «Cuando Inglaterra vuelva a Walsingham, la Virgen regresará a Inglaterra».

Desde la Segunda Guerra Mundial se está haciendo lo posible para que renazca el culto a la Virgen María y este santuario tenga el predominio que creen que se merece. El conjunto de la Iglesia inglesa y galesa renovó la consagración al Sagrado Corazón de María el 16 de julio de 1948 en el santuario de Walsingham, donde se encuentra la patrona de Inglaterra. Una encuesta del año 2003 demostró que este santuario es ahora el más visitado de Inglaterra. Y en el año 2020 está previsto que Inglaterra sea elevada nuevamente a la categoría de «Dote de María» (*Dowry of Mary*), cualidad que desde el siglo XI anda un poco renqueante.

«Cuando reflexiono sobre el pasado de esta enorme metrópolis me parece asistir al desarrollo de una espectacular obra de teatro en la que los actores son reyes, reinas, príncipes, nobles, prelados, genios, poetas, filósofos, estadistas y soldados». Lo escribió Dickens en el mencionado *Diccionario de Londres*. Y algo sabría, digo yo.

33. ROMA: DONDE LA SUPERSTICIÓN ES UN ARTE

Cuando hablamos de la capital de Italia nos vienen a la mente dos adjetivos y una frase hecha: «Roma eterna», «ciudad santa» y eso de que «todos los caminos conducen a Roma». Lo de eterna es porque no tiene fin, nunca termina de verse. Lo de santa porque en el mundo católico hay cinco «ciudades santas». Roma y Jerusalén son dos de ellas. Tres de los cinco lugares se encuentran en España (Santiago, merced a la tumba del Apóstol; Santo Toribio, por albergar el mayor pedazo de la cruz de Cristo y Caravaca de la Cruz por su famosa cruz de doble trazo). Lo más apropiado sería denominarlas «ciudades jubilares», ya que todas tienen la concesión de año jubilar, cada una bajo unas condiciones específicas, pero es común a ellas que se vayan repitiendo y nunca de manera ocasional. En todas se obtienen indulgencias plenarias decretadas por la Santa Sede, o sea, salvoconductos de salvación, esto es, cuestión de fe.

Roma, al igual que París, bien vale una misa y un peregrinaje. El intrincado sistema de comunicaciones terrestres construido por los romanos se extendía desde la península ibérica hasta el Cáucaso y desde Inglaterra al Golfo Pérsico. Cerca de cuatrocientas vías, con más de 70.000 kilómetros de longitud, que ya son kilómetros de los de entonces, sin hormigón armado, que unían Roma con las zonas más recónditas del Imperio; toda una red de caminos por razones militares y administrativas. Su nombre dependía de la función que desarrollaban. Por ejemplo, la Vía Salaria estaba relacionada con el transporte de la sal. Obvio. Y eso de tener un país poderoso, independiente y extranjero en el interior de sus contornos —como eran los Estados Pontificios, ahora llamados Vaticano— también ayudaba a que el peregrino eligiera ese destino como meta final. Por tal motivo se ha conocido Roma como la capital de dos Estados. Un lugar al que el poeta Antonio Machado le dedicó estos versos:

Romero, para ir a Roma,
lo que importa es caminar;
a Roma por todas partes,
por todas partes se va.

Además de todo eso, es una ciudad que presume de tener buenas defensas y protecciones de lo más variadas y heterogéneas. Deriva de que los antiguos romanos eran muy supersticiosos, más de lo que nos imaginamos, y eso formaba parte de su vida cotidiana y también de sus fiestas, como las Parentalias o las Lemures. La superstición era una característica fundamental de todo buen ciudadano. Conjuros, remedios, ofrendas y amuletos eran habituales para ganar el favor de

los dioses, conseguir buenos augurios o combatir el mal de ojo. Uno de los símbolos más importantes dentro de estas creencias era el *fascinus*, un falo que podía presentar gran diversidad de modificaciones y añadidos. Su origen es muy antiguo, asociado al dios griego de la fertilidad, Príapo, que en el mundo romano se emparentó con Baco. De hecho, durante la fiesta del *Liber Pater* se sacaba en procesión un gran falo. Habitualmente, tenía dos utilidades: como símbolo de fertilidad agrícola y humana (de la siembra, la cosecha y la concepción de la mujer favoreciendo los nacimientos) y para evitar el aojamiento.

Sabemos que para favorecer la reproducción vegetal, animal y humana era frecuente en santuarios la ofrenda de exvotos en su honor, al igual que se celebraban fiestas en las que el momento principal del ritual era el culto al falo, que llevaban en andas, como si fuera una divinidad, por todo el foro de la ciudad. En el ambiente del culto de *Liber Pater* es donde se enmarcan los amuletos fálicos y demás objetos con la misma alusión a la fertilidad agrícola, como las jarras asociadas al uso ritual y el consumo del vino.

Pongamos un ejemplo cercano. En Emérita Augusta, la actual Mérida, capital de Extremadura, no podían faltar las representaciones fálicas en casas, puentes y acueductos intentando proteger de males y potenciar la fecundidad de la urbe. En el puente romano sobre el río Guadiana está grabado un falo. Se ve bastante bien y es doble. Con 792 metros, es el segundo más largo del mundo (me refiero al puente romano), porque el primero está sobre el Danubio. El falo está esculpido sobre uno de los sillares graníticos que sostiene el primer arco del puente, bajo la actual entrada a la alcazaba y puerta de acceso occidental de la ciudad. Está de perfil y en horizontal, orientado hacia la derecha, con los testículos bien definidos a su izquierda, dotado con un grueso tronco que termina en un afilado glande, con los restos de unas posibles alas que lo complementarían. El falo del puente romano de Mérida sigue protegiendo a la ciudad dos mil años después de su fabricación, desde que en época de Augusto fuese allí colocado por un tallista anónimo de la colonia.

No es ni mucho menos el único que tienen protegiendo la ciudad, aunque sí el único doble. Hay otro tallado en la muralla romana, protegiéndola, y otros tres en los pilares del acueducto de los Milagros, suponemos que protegiendo algo tan valioso como el agua, aparte de todos los que se exhiben en el Museo Nacional de Arte Romano. Los hay que son un primor, que brillan como el oro o la plata, y otros son de bronce o de hueso… sin pudor alguno y con poder acreditado —dicen—. La mayoría tenía un uso muy personal e

intransferible, otros servían para cuestiones funerarias y hogareñas.

Otro de los símbolos que protegen la ciudad emeritense es la cabeza de medusa, símbolo apotropaico que los romanos y emperadores grababan en sus uniformes, corazas y escudos. Pues bien, Mérida es la ciudad del mundo que más cabezas de medusas posee, todas protegiendo a su manera distintos habitáculos de la ciudad:

— El Templo de Marte (hoy «Hornito» de Santa Eulalia) está lleno de cabezas de medusa con sus pelos rizados de serpientes.

— El Pórtico del Foro luce en su friso unas preciosas cabezas de medusa, protegiendo una zona tan importante como era el foro municipal.

— En la Asamblea de Extremadura, antiguo hospital San Juan de Dios, apareció en el suelo (aún puede verse bajo el cristal) un mosaico romano repleto de medusas. Y las hay en numerosos mosaicos aparecidos por toda la ciudad.

Decía el historiador griego Polibio que los romanos eran más religiosos que los propios dioses. Por tanto, su vida estaba regida y condicionada por las creencias y los designios de los lares, manes y penates, entre otras divinidades de más alto rango. Plinio el Joven recuerda la costumbre antigua de comenzar a hablar u obrar con una plegaria a los dioses. Los romanos eran un pueblo extraordinariamente apegado al pasado. Su religión tuvo un carácter práctico. Hoy diríamos que ponían una vela a Dios y otra al diablo. El culto familiar o popular estaba dividido entre los lares (protectores del hogar, caminos y ciudades), los penates (protectores de las despensas), los manes (antepasados siempre con ganas de echar una mano) y los lemures (espíritus malévolos prestos a atormentar a la primera ocasión que tuvieran). Este pueblo asimiló a los antiguos dioses de los caminos para convertirlos en sus lares, a los que rendían culto en estos mismos caminos —lares viales—, en las encrucijadas —lares compitales, con ofrendas durante la festividad de la *Compitalia*— o en límites de terrenos y localidades —*Lares Praestite*—. Había para todos los gustos. Respecto a estos últimos hay que señalar que el emperador Augusto colocó altares en honor a ellos con bancos para meditar, motivo por el que también se los conoció como *Lares Augusti*. Poniendo cómodos asientos el chascarrillo es fácil de hacer.

La llegada del cristianismo supuso que los antiguos lares viales romanos fueran sustituidos por marcas más acordes a la religión imperante (cruces, cruceiros, altares o capillas con un santo dentro), como las que discurren a lo largo del Camino de Santiago. De igual modo, muchos de los lugares sagrados dedicados a los lares viales se consagraron a san Julián, edificándose ermitas e iglesias como la de San Julián de Prados (o Santullano) en Oviedo y situada, como era de esperar, en un antiguo cruce de caminos.

Las imágenes de los penates se conservaban en el interior del domus, en el *tablinum*, junto al cual ardía siempre una llamita y se les ofrecían pequeños sacrificios en días señalados. En caso de que la familia emigrara, los penates también lo hacían, al igual que hacen los duendes y trasgos de las leyendas astures y cántabras. Por otra parte, estaba el culto al *genius*, que es el numen tutelar sobre los hombres y las cosas.

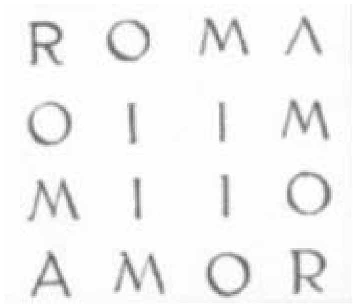
Hasta aquí lo referente a talismanes y a dioses hogareños y profilácticos. Pero una gran ciudad necesitaba otro tipo de protecciones con más empaque, empezando por el nombre secreto de Roma.

Ya no corremos peligro de muerte por revelarlo. Las propuestas más famosas fueron la de Florenti o Flora por el origen de las fiestas florales o bien Valenti o Valentia por las muchas fortificaciones que defendían Roma; nombres de los que habrían surgido los títulos de las ciudades por ellos fundadas como Florencia y Valencia. El escritor latino Servio (siglo V), en un arrebato de inspiración, declaró que el nombre de Roma podría provenir de Rumor o Rumen, que era como se habría conocido al río Tevere o Tíber en el pasado, que significaría algo así como «ciudad del río».

Una pista sobre el enigmático nombre secreto nos la da la no menos enigmática diosa Angerona, de origen arcaico, cuyo culto estaba inmerso en un gran sigilo. De hecho, era uno de los dioses titulares y tutelares de la ciudad de Roma, cuya fiesta se celebraba el 21 de diciembre. Su estatua ya decía mucho (o nada) porque tenía la boca tapada con un dedo sobre los labios, señalando u ordenando un silencio estricto. Qué pena que no nos haya llegado ni un triste ejemplar. Los autores clásicos indicaban que esa diosa y esa postura se relacionaban con el secreto del auténtico nombre de la ciudad de Roma. Esto lo decía, entre otros, Plinio el Viejo, en comentarios vertidos en su *Historia naturalis*, del siglo I.

El historiador bizantino Giovanni Lorenzo Lido, en el siglo V, nos aporta más claridad a este oscuro asunto al decirnos que Rómulo pronunció el nombre de la ciudad… Una ciudad que tenía tres

nombres: uno secreto, uno sagrado y uno público. El público estaba claro (Roma), el sagrado era Flora o Florens y el nombre secreto… Lido se atrevió a escribir y decir en alto ese nombre. Para él parecía evidente que, por su relación con la diosa Venus, no podía ser otro que AMOR, anagrama de ROMA. En las ruinas de Pompeya hay un grafiti, con forma de cuadrado mágico, compuesto de cuatro letras por cada lado que bien pudiera ser este:



Aparece también en Ostia Antica y en otras partes del Imperio. Es la teoría más popular y aceptada, dada esta curiosa coincidencia semántica, aunque parece demasiado fácil el desciframiento del enigma. Nunca lo sabremos con certeza. La diosa Angerona sigue guardando silencio y no hablará ni siquiera bajo la tortura o el olvido.[54]

En el trascurso de su historia, que abarca tres milenios, Roma ha sido la capital de una monarquía, una república y de todo un imperio. Una ciudad repleta de acontecimientos sociales, políticos, militares y religiosos, en la que se tenían muy en cuenta los designios, augures, arúspices, oráculos y prodigios que sucedieran en los límites de su territorio, donde todo lo bueno y lo malo podía ocurrir. Había que evitar invasiones exteriores, altercados internos o epidemias mortíferas con todos los métodos naturales y sobrenaturales que los romanos tuvieran a su alcance.

Lo cierto es que la «ciudad eterna» es un lugar de eterno trasiego y tránsito, lo que genera dos efectos principales y contagiosos: la convierten en foco de cultura y foco de enfermedades. San Gregorio de Tours, obispo del siglo VI, narra en su crónica uno de los hechos más sonados y pestilentes. Cuenta que morían cientos de personas por las calles sin saber qué hacer. El nuevo papa, Gregorio I —que luego sería llamado san Gregorio Magno—, para implorar la misericordia de Dios, ordenó a todos los clérigos, religiosas y seglares de Roma que elevasen súplicas incesantes. Y siguió un protocolo para distribuir a la gente. Los niños fueron situados en la iglesia de los Santos Mártires Juan y Pablo, las viudas se congregaron en la iglesia de Santa Eufemia y los

casados en la basílica de San Clemente. Cada grupo estaría acompañado por los presbíteros de cada distrito, que entonarían los salmos penitenciales. Así, turnándose y sin cesar, estos grupos orarían y ayunarían durante tres días. Al cabo, todos irían en procesión penitencial hasta la basílica de Santa María la Mayor, para implorar el auxilio de la Madre de Dios. Pasaron los tres días y el 25 de abril del año 590, a las tres de la tarde, cada sección salió de su recinto llorando y rezando. Al cruzar el puente sobre el río Tíber, apareció de pronto sobre el mausoleo de Adriano un ser sobrenatural con una espada de fuego en la mano y con un gesto solemne —y casi teatral— la envainó lentamente dando a entender que la plaga cesaba por la súplica confiada del pueblo. Peste eliminada. Y se concluyó que el aparecido fue al arcángel san Miguel.

El 29 de septiembre del año 610, Bonifacio IV consagró definitivamente ese día y aquel sitio exacto para mayor gloria de la entidad celestial, es decir, el palacio funerario o mausoleo del emperador Adriano se dedicó a san Miguel, llamándose desde entonces y hasta hoy Castel Sant'Angelo. Si algún día lo visitan, alcen la vista y vean que en la cúspide hay un ángel de bronce en actitud de envainar la espada. En el Museo del Capitolio puede verse una piedra con una huella que, supuestamente, sería la del santo arcángel, para dar más veracidad a la historia.

La cosa va de Gregorios, pues durante la consagración como papa de san Gregorio XV (año 1621), otra terrible peste estaba devastando Roma. Se hizo una gran procesión encabezada por una pintura de la Virgen Gloriosa (obra atribuida a san Lucas) y durante la misma una densa nube de aire nauseabundo se detuvo ante la pintura. Los presentes escucharon, entonces, a un coro angélico cantar *Regina Coeli, laetare, alleluia*. Y ya se pueden imaginar que desde ese momento la epidemia se fue desvaneciendo. A falta de escudos o rodelas caídas del cielo a modo de regalo de los dioses para ciertos menesteres profilácticos, servía una estatua de san Pedro, de la Virgen o del arcángel san Miguel.

Puestos a observar, Roma tiene un buen número de obeliscos egipcios, un total de trece, aunque la historia de cada uno sea muy diferente. En el Renacimiento, los papas decidieron reconfigurar Roma, cambiaron la disposición de las calles y encontraron sepultados varios obeliscos que colocaron en muchas de sus plazas. Era para ellos el emblema de una antigua civilización que duró muchos siglos, un símbolo que unía Tierra y Cielo, poder y eternidad. Los antiguos egipcios fueron los primeros en labrar obeliscos que colocaban frente a tumbas y templos. Los llamaron *tejen*, que en lengua jeroglífica

significa «protección» o «defensa», por lo que se ha especulado sobre su relación con Ra, el dios del Sol.

Los obeliscos, por su forma y función, llegaron a Europa. Uno al Vaticano, que hoy decora la plaza de San Pedro. El mismo que una vez estuvo en el antiguo templo de Heliópolis. Resulta paradójico que uno de los iconos más destacados de esta monumental plaza romana, epicentro espiritual del catolicismo y símbolo del poder papal, sea de un claro origen pagano. Los romanos (tras la conquista de Egipto) habían heredado de los Ptolomeos el gusto por los obeliscos para embellecer sus conjuntos monumentales, siendo innumerables las grandes agujas de granito que arrancaron de los templos egipcios para llevarlas a otro sitio.

Calígula, en su obsesión por los faraónicos proyectos navales, hacia el año 40 se fijó en la gran mole pétrea que estaba en Alejandría e hizo trasladarla en barco hasta Roma con el objeto de instalarla en su propio Circo en memoria de sus antecesores Augusto y Tiberio. Después, pasaría a convertirse en el Circo de Nerón y Maximus, el primer y mayor de todos. No fue hasta 1585 cuando un papa, Sixto V, en su propósito de embellecer Roma, encomendó al genial arquitecto italiano Domenico Fontana cambiar la ubicación del obelisco desde el antiguo Circo Maximus hasta el centro de la plaza porticada, proyecto de Bernini. La operación fue todo un éxito. Y allí está, en la plaza de San Pedro, frente a la basílica vaticana, erguido desde el 10 de septiembre de 1586, como un pararrayos pétreo, marcando el kilómetro cero del mundo católico.

Algunos dicen que el esplendor de Roma como capital del mundo occidental aún no ha desaparecido. Un tema recurrente en la *Exégesis* de Philip K. Dick es la hipótesis de que la historia se ha detenido en el siglo I y que el Imperio romano nunca cayó, sino que aún pervive bajo otros disfraces. Dick consideraba a Roma el ejemplo del materialismo, cuya población había sido esclava de las posesiones materiales, sobre todo cuando se olvidó de las doctrinas gnósticas. En su cosmovisión de VALIS, Dick repite una y otra vez: «El Imperio nunca acabó».

Roma fue y sigue siendo una encrucijada y muchos de los caminos, a pesar de todos los avatares, conducen a ella.

Las profecías del Coliseo

En el siglo VII, en un monasterio benedictino del Sunderland, el monje Beda el Venerable, además de escribir tratados eclesiásticos y científicos, recogió algunas profecías de su tiempo en el libro *Collectanea*. Una dice: *quamdiu stat Colysaeus stat Roma; quando cadet Colysaeus cadet Roma et mundus* (mientras perviva el Coliseo, pervivirá

Roma. Cuando caiga el Coliseo, caerá Roma y el mundo).

Beda no había estado en Roma, ni había visto nunca el Coliseo, tan solo se hacía eco de una profecía anterior a él porque representaba la grandeza, la soberbia y la fortuna de Roma. Pero ¿por qué el Coliseo fue visto durante mucho tiempo como un lugar mágico y misterioso?

A diferencia de muchos otros edificios de la antigua Roma, no se transformó en un lugar de culto cristiano, como lo fue el Panteón (convertido en la iglesia de Santa María de los Mártires). El Coliseo es el símbolo de las persecuciones de Nerón y Domiciano contra los cristianos que tuvieron lugar en este anfiteatro. Lugar de juegos y de sufrimiento, lugar de risas y de muerte, lugar de ostentación y de vanidad. No solo para los cristianos era un símbolo de oprobio, sino también para los judíos. Se ha hallado una antigua inscripción referida a la construcción e inauguración del Coliseo en el año 80 de nuestra era (fue tan fastuosa que sacrificaron a nueve mil animales en los juegos inaugurales) y hace referencia a que fue erigido con el dinero del botín. ¿A qué se refiere? Al de Tito en la guerra con los judíos y, más concretamente, al oro del Templo de Salomón que trajo de Jerusalén, aparte de miles de prisioneros usados luego como esclavos en la edificación del anfiteatro.

Esas profecías consideraban el Coliseo como un pilar, cuya caída determinaba la de Roma y la caída de Roma determinaba la caída del mundo entero. Silogismo muy básico. Ya en los Oráculos Sibilinos se registraba una profecía sobre la caída del mundo como consecuencia de la caída de Roma si esta perdía el favor de los dioses. De ahí tanta fiesta en su honor, tanto amuleto y tanto ritual.

Otra leyenda, nacida en la Edad Media, hablaba acerca del Coliseo como punto de reunión de brujos adoradores del diablo, que se dirigían a sus acólitos con la siguiente pregunta: *Colis Eum*, que traducido del latín significa algo así como «¿quieres servirle?» o «¿lo quieres?», en referencia a si acogen al diablo en su vida haciendo con él un pacto tácito.

Benvenuto Cellini sabía las emociones que despertaba el Coliseo, las energías que allí se generaban y su importancia a nivel mágico. Cellini tuvo una vida de novela. Hábil con el cincel (y también con el cuchillo), este artista y orfebre florentino dejó su autorretrato en un libro donde cuenta de todo, incluidos sus coqueteos con la magia. Tuvo numerosos incidentes que lo convirtieron, a lo largo de su vida, en un rebelde sin causa, un asesino, un inadaptado que, merced a su enorme talento (y a su inteligencia para hacerlo valer), siempre supo salir airoso de las situaciones más adversas. Cellini se mudó a Roma y

allí se enamoró de una mujer llamada Angélica, amor fugaz que duró hasta que ella se hartó y se fue de su lado. Cellini recurrió entonces a un cura de Sicilia, ducho en las artes nigrománticas, para que, mediante una evocación a los espíritus, consiguiera estar con su amada. Y para ello se utilizaron distintos productos: humo de incienso o hierbas, diferentes sustancias narcóticas y un libro de fórmulas mágicas. El ritual se debía realizar en el Coliseo de Roma.

Acompañados del ayudante de Cellini, un chiquillo de doce años que actuaría como médium, el cura nigromante empezó haciendo un círculo mágico, escribió distintos caracteres en su interior y dibujó figuras que representaban a entidades protectoras angélicas y diferentes nombres de Dios. Tras quemar hierbas aromáticas para atraer a los demonios y repetir hasta la saciedad la fórmula de evocación, los demonios comenzaron a aparecer, revoloteando por el Coliseo. En el interior del círculo se encontraban Cellini, el mago, el niño y dos acompañantes más que se dedicaban a cuidar del fuego y los incensarios.

> El nigromante empezó a proferir sus terribilísimas invocaciones y llamaba por sus nombres a los demonios jefes de todas aquellas legiones sobre los cuales él tenía poder en nombre de Dios vivo, omnipotente, increado, inmortal. Se dirigía a ellos en hebreo, en latín, en griego. En muy poco tiempo se abarrotó el Coliseo de demonios, habían acudido en número cien veces superior a los de la primera sesión.[55]

Cellini cuenta que el niño gritó de terror, el cura-mago temblaba de pánico y se esforzaba en despedirlos con suaves palabras, aunque estas parecían no tener el menor efecto. Para asegurarse, el nigromante quemó «estiércol del diablo» con el fin de ahuyentarlos (planta llamada asafétida que produce muy mal olor). Uno de los ayudantes que se encargaba del fuego fue a quemar la hierba, pero de tanto miedo que tenía, no pudo evitar hacer sus pedorretas y necesidades encima. El hedor fue más fuerte que el estiércol del diablo y eso quitó un poco de seriedad al ritual. Al alba, el médium aseguró que apenas quedaban diablos y, pegados los unos a los otros, abandonaron el círculo…

Así lo cuenta Cellini y no sabemos lo que hay de cierto o de exageración en su testimonio.[56] Es verdad que el Coliseo se consideró un lugar perfecto para realizar rituales y convocar a espíritus de diferente pelaje, al ser el sitio donde se produjeron muertes violentas de personas cuyas almas errantes debían de estar pululando en busca de consuelo.

Hoy el Coliseo (el Anfiteatro Flavio) es uno de los lugares más visitados, con seis millones de personas al año, que abarrotan sus gradas ya no de espíritus inmundos sino de turistas mundanos ávidos

en rememorar las emociones de antaño. Con razón en julio de 2007 el Coliseo se convirtió en una de las Siete Maravillas del Mundo Moderno y uno de los lugares más rentables de Roma.

En fin, no sé si será verdad ese aforismo que dice: *Roma veduta, fede perduta* (vista Roma, perdida la fe), pero lo mismo se podía aplicar a Lourdes o Jerusalén y otros lugares santos cuando se ve cómo algunos pícaros comercian descaradamente con la devoción, basándose en la excesiva ingenuidad o credulidad de la gente.

Y como el mundo hasta el momento continúa y Roma también; el Coliseo sigue en pie como símbolo de poder omnímodo de aquel imperio.

34. MESINA: ¿CIUDAD PROTEGIDA DE PELIGROS?

Hemos visto que hay ciudades que se protegen contra cualquier injerencia interna y externa y consiguen sus fines. Otras lo intentan, pero da la sensación de que los efectos obtenidos son contrarios a lo que se pretenden. Una es Mesina, que por su situación geográfica siempre ha estado expuesta a numerosos peligros. Demasiados.

Hoy en día es fácil cruzar sin ningún percance los más de tres kilómetros que separan la península itálica de la isla de Sicilia gracias al transbordador que une ambos puntos. Sin embargo, durante milenios fue el escenario para los desaguisados de dos bestias marinas llamadas Escila y Caribdis. Con esos precedentes, no es ninguna sorpresa descubrir que entre ambas orillas del estrecho hay un potente remolino. De hecho, la expresión «entre Escila y Caribdis» se utilizaba en el pasado con el mismo sentido que hoy empleamos «entre la espada y la pared». Pasar por allí era tentar a la suerte, el ánimo y el humor de estos dos monstruos. Los marineros lo consideraron un lugar maldito hasta que el terremoto de 1908 alteró el curso de las aguas y se cargó los remolinos y la tradición. Hoy el estrecho es un ir y venir de barcos sin problemas en sus travesías.

Pues bien, embarcados en el *ferry* y llegados sanos y salvos a Sicilia, antes de dirigirnos al centro histórico de la ciudad de Mesina observemos su puerto. En él hay una columna octogonal y espigada de sesenta metros, en cuya cúspide está la estatua de bronce dorado de una Virgen (la Madonna della Lettera) de siete metros. Lo primero a destacar es que no se trata de la Virgen del Carmen, patrona de los marineros como sería lógico pensar. Lo segundo es que se construyó en 1934 y la estatua es más conocida como «Madonnina», en cuyo pedestal se puede leer una enorme frase escrita en latín: *vos et ipsam civitatem benedicimus* (te bendecimos a ti y a tu ciudad). ¿Qué significa? Pues que Mesina tiene una bendición perpetua emitida por esta Virgen de la Carta desde hace siglos. Es una especie de vigía marinera con la idea de proteger no solo la entrada del puerto, sino lo que hay más allá del puerto. Cada 3 de junio se celebra un acto solemne para celebrar esa supuesta protección de Mesina. Por tanto, ¿estamos en lugar seguro?

A ver cómo lo digo. Mesina es una ciudad gafe. A lo largo de su historia le ha pasado de todo y casi todo malo. Ha sido atacada, tomada, saqueada y destruida en varias ocasiones por distintos pueblos, incluidos los cartagineses. Por su puerto entró la peste negra en 1347 y también el cólera y varios terremotos la han castigado en los siglos XVII, XVIII y XIX, diezmando la población. En 1575 la peste

causó la muerte de más de cuarenta mil personas. En 1743 otra peste bubónica hizo de nuevo sus estragos y cuarenta años después, en 1783, un terremoto la dañó seriamente. Mucha gente murió y muchos edificios tuvieron que reconstruirse.

Cuando todo parecía volver a la calma, en septiembre de 1848 la ciudad fue ocupada, no por lo bubónico sino por las tropas borbónicas bajo las órdenes de Filangieri, tras un duro bombardeo que había sido ordenado por el rey Fernando II (el de las Dos Sicilias) y que dejó la ciudad como un queso de Gruyère. Y cuando ya estaba saliendo de esa funesta suerte, sufrió otro terremoto, esta vez en 1894. Sus habitantes no se podían creer que esa mala racha durara tanto tiempo, pero aún quedaba por llegar lo peor…

Faltaba otro terremoto, más fuerte aún, que tuvo lugar el Día de los Santos Inocentes —ironías del destino—, el 28 de diciembre de 1908 (el mismo año que ocurre la misteriosa explosión de Tunguska). La ciudad —o lo que quedaba de ella— fue prácticamente destruida a consecuencia del tsunami provocado. Murieron 84.000 de los 120.000 habitantes con que contaba en la época. Eso obligó a reedificar la ciudad casi desde cero. Por si fuera poco, la costa se hundió unos cincuenta centímetros, con lo que eso suponía.

Aquí no termina la cosa. Fue la ciudad más bombardeada de Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Finalmente fue ocupada por las tropas aliadas el 17 de agosto de 1943. Por todo eso apenas hay edificios históricos más allá del siglo XIX, salvo gloriosas excepciones. Entre esos monumentos reconstruidos se alza orgullosa una catedral normanda (datada de 1160), situada en la Piazza del Duomo, cuyos cimientos son originales de la época, aunque lo que más llama la atención es su torre y su reloj astronómico, solo en parte parecido al de Praga.

La historia de la catedral no le va a la zaga en cuanto a calamidades. En 1254, durante los funerales de Conrado IV, unas velas incendiaron toda su estructura de madera. Los terremotos de 1783 y 1908 la destrozaron por dentro y por fuera y una bomba incendiaria lanzada por los aliados durante la Segunda Guerra Mundial acabó con todos sus frescos y mosaicos y redujo a cenizas la sillería del coro. Los habitantes la volvieron a reconstruir, fieles al estilo de la basílica inicial.

En el exterior de la catedral, lo que destaca es la torre campanario moderna, el *campanille*, que posee en su centro un curioso reloj astronómico que da algo más que la hora y está acompañado por unos graciosos autómatas, todo dividido en diversas casetas a lo largo de la torre con sus siete niveles. Un alarde tecnológico de primera

magnitud, obra de los hermanos Ungerer, construido en Estrasburgo e inaugurado el 15 de agosto (día de la Ascensión) del año 1733. Una maravilla verlo en funcionamiento. Doy fe de ello, porque pude subir a la torre y observar sus engranajes. A las doce de la mañana, a la hora del ángelus, se pone en funcionamiento y vemos una procesión de autómatas de bronce que van desfilando y narrando historias locales, con un león que ruge, un cuervo que grazna y un gallo que cacarea. Lo del gallo es de traca, mide 2,20 metros de altura, levanta la cabeza, bate tres veces las alas y entona el quiquiriquí, aunque el sonido gutural que yo escuché se parecía más al de un tiranosaurio. Y entre sus figuras no podía faltar la Virgen de la Carta. En una de esas casetas a modo de cuadros animados, se ve cómo un ángel le entrega la carta a la Madonna, esta levanta su brazo bendiciendo, extiende la carta desenrollada entre sus manos y luego va pasando la comitiva de hombres para rendirle tributo.

La advocación mariana de la catedral se origina en la leyenda que dice que la Virgen escribió una carta de su puño y letra, en hebreo. La envió a través de una delegación que fue a verla en Palestina. María envía bendiciones a la ciudad que sufrió una terrible hambruna en el año 42, fecha en la que se convierte al cristianismo gracias a san Pablo, el mismo que porta tan curiosa carta de presentación, incluyendo un «mechón de sus cabellos».

De tan extraordinaria misiva, ¿qué fue? Pues lo que suele ocurrir con estas pruebas tan llamativas, que desapareció en el año 430 y a partir del siglo XVIII afloraron unas cuantas copias que decían ser fieles a la original. La adoración de Nuestra Señora de la Carta, patrona de Mesina —como se pueden imaginar—, no se confirmó hasta 1716, cuando el monje Gregory Arena llevó a la ciudad una traducción de la carta al árabe. La traducción más extendida, deja claro su afán proteccionista:

> Yo, María, Virgen, Sierva de Dios, Nuestro Señor, y humildísima Madre de Jesucristo, Hijo de Dios Todopoderoso y Eterno, saludo a todos los que habitan en Mesina. A todos les deseo salud y bendición en Nuestro Señor. Ya habéis aprendido algo de los embajadores que se os han enviado, y habéis recibido el Evangelio, reconociendo que el Hijo de Dios se hizo Hombre, y que sufrió su Pasión y muerte por la salvación del mundo. También habéis aprendido que Él es Cristo y el verdadero Mesías. Haced esfuerzos de perseverar. Os suplico. Y mientras tanto, os prometo a vosotros y a toda vuestra posteridad, mi asistencia en la presencia de mi Hijo.

Firmado: «María, Virgen, humildísima Sierva de Dios». Sin comentarios.

Por cierto, la catedral contiene y conserva aún los restos del rey Conrado, que fue monarca de Alemania y de Sicilia en el siglo XIII. Y

en esta ciudad bulliciosa se rodó parte de la película *Mucho ruido y pocas nueces*. Desde luego, mucho ruido sí que hay.

Antes de irnos, fijémonos en la preciosa fuente que adorna la plaza del Duomo, obra de Montorsoli, que está dedicada al legendario gigante Orión, tradicionalmente reconocido como el fundador de la ciudad. Los cuatro tanques en los que se colocan otras tantas estatuas de figuras masculinas representan cuatro ríos: el Nilo, el Tíber, el Camaro (un pequeño río local de donde se abastecía el pueblo) y el Ebro, para regocijo de los aragoneses.

Pero mucho ojo, que existe otra Virgen que también protege Mesina. Y bien que lo necesita. Me refiero al santuario de Santa María di Montalto o iglesia de Santa Maria dell'Alto, junto a un monasterio de la orden cisterciense. De hecho, en la escenificación de autómatas del *campanille* se representa la fundación de este santuario y todo ello con la música de fondo del «Ave María» de Schubert. En el año 1294, la Madonna se le apareció en sueños a fray Nicolás, pidiéndole que construyera una iglesia para ponerla bajo su nombre y a cambio los libraría de los enemigos franceses que por entonces estaban asolando la ciudad, en las famosas Vísperas sicilianas. Le dijo que al mediodía una paloma blanca iba a sobrevolar el lugar y dibujaría en vuelo el perímetro de la iglesia que se debía construir, si querían bendiciones y protecciones para esa localidad. Fray Nicolás fue remiso en primera instancia, pues pensaba que nadie le iba a creer y tras otra aparición de la Dama Blanca, las autoridades fueron a esa colina el 12 de junio, vieron el vuelo prodigioso de la paloma y construyeron la actual basílica en un tiempo récord. Antes de un año ya estaba lista. Y los franceses habían puesto pies en polvorosa por la intervención directa de esta entidad sobrenatural. Eso asegura la tradición. En el interior está un cuadro de la Madonna en el altar, rodeado de luces y de flores con la esperanza de que los proteja un poco más que la Virgen de la Carta.

Aun así, todo el complejo fue destruido por el terremoto de 1908 y luego reconstruido en 1911 respetando la estructura original. Y la fe en su Madonna-Dama Blanca no ha decaído por muchas desgracias que hayan asolado la ciudad de Mesina.

35. MEDJUGORJE: DONDE NO CAEN LAS BOMBAS

Medjugorje está en el corazón de Herzegovina, en la antigua Yugoslavia, a unos veinticinco kilómetros de Mostar. Actualmente su población es de 4.300 habitantes y todos son de nacionalidad croata, hablan la lengua croata, escriben con el alfabeto latino y son católicos, en medio de un país musulmán. Toda una rareza.

En junio de 1981 se produjo algo que cambió radicalmente su forma de vida, su aislamiento y su silencio. Desde entonces lo visitan millones de personas —creyentes o no tanto—, para comprobar lo que está ocurriendo allí, algo que no ha gustado a la Iglesia. En la primavera del 2010, el Vaticano creó una comisión internacional, encabezada por el cardenal Camillo Ruini, consejero del difunto papa Juan Pablo II, para estudiar el caso de las apariciones de Medjugorje y presentar sus conclusiones ante la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Los miembros de la comisión se expresaron a favor de reconocer el carácter sobrenatural de las primeras siete apariciones con trece votos a favor, un voto en contra y uno suspensivo. La comisión concluyó «que los seis chicos videntes eran normales psíquicamente, que fueron sorprendidos por la aparición, y que no hubo ninguna influencia exterior en lo que dijeron haber visto».

La falta de reconocimiento eclesiástico no ha impedido que desde 1981 más de treinta millones de fieles hayan visitado esta remota aldea al suroeste de Sarajevo. La aldea se ha convertido así en un próspero lugar turístico. Cuando uno se acerca a la Colina de las Apariciones de Medjugorje se da cuenta que no hay ermita para rezar, salvo unas cuantas cruces. La iglesia no está en ese mismo lugar, sino a unos dos kilómetros de distancia, en el pueblo. Bajo la advocación de Santiago Apóstol se construyó a finales del siglo XIX tras la creación de la parroquia (1892), por la visión que tuvo un sacerdote franciscano. En esa visión se advierte de que esa humilde aldea necesitará para el futuro una iglesia de grandes dimensiones y la dedica al santo patrono de los peregrinos. Es algo que llama la atención, pues ni por el tamaño ni la ubicación geográfica era lo más correcto. De hecho, la iglesia sufrió desperfectos por lo inestable del terreno y se reconstruyó desde 1934 hasta 1969. Lo que ocurre en Medjugorje no es nada habitual. Es obvio que sigue un esquema totalmente diferente del de apariciones marianas previas (y aprobadas), como Lourdes, La Salette, Pontmain, Fátima o Beauraing, por ejemplo. En ningún otro sitio se han registrado hasta cuarenta mil apariciones de la Virgen.

¿Cómo empezó todo? Fue el 24 de junio de 1981, festividad de san Juan Bautista, cuando unos adolescentes vieron una silueta femenina luminosa en el camino que bordea la colina de Podbrno. Para ellos es la Gospa (Nuestra Señora, en croata). El primer día, aproximadamente hacia las seis de la tarde, los niños Ivanka Ivankovic y Mirjana Dragicevic (ambos de dieciséis años) vieron una luz por encima de la colina y percibieron la silueta brillante de una joven. Ivanka gritó entonces: «¡Mirjana, mira, es la Gospa!».

El segundo día, el 25 de junio, los niños vieron un destello de luz, miraron hacia arriba y observaron a la Virgen, esta vez sin el niño. Era «indescriptiblemente bella» y sonriente. Les hizo un gesto con sus manos para que se acercaran. Subieron, se hincaron de rodillas y empezaron a rezar un padrenuestro, un avemaría y un gloria. La Virgen rezaba con ellos, menos el avemaría. Mirjana pidió alguna señal para demostrar a sus vecinos que no estaban locos. El tercer día vieron una luz que destelló por tres veces. Cuando salieron de casa, algunas mujeres mayores les aconsejaron llevar agua bendita con ellos para asegurarse de que no fuera el demonio quien les estaba haciendo creer lo que no era. Vicka arrojó agua en dirección de la visión, diciendo: «Si tú eres Nuestra Madre Bendita, por favor quédate, y si no, aléjate de nosotros». Entonces fue cuando Mirjana le preguntó su nombre y ella le contestó: «Soy la bienaventurada Virgen María».

El sexto día, 29 de junio, los niños fueron llevados a Mostar para un reconocimiento médico. El informe del jefe de servicio fue tajante: «No están locos los niños, sino la persona que los ha traído aquí». La multitud ese día, en la colina de las apariciones, fue mayor que nunca. De esta forma, los acontecimientos de Medjugorje continuaron hasta el 15 de enero de 1982. La Señora se apareció a veces, durante este periodo, en la iglesia. Incluso lo hizo ante el párroco, Jozo Zovko, mientras este rezaba el rosario. Se convirtió en defensor acérrimo de las apariciones y de los videntes, lo que le costó unos años de cárcel acusado de conspiración.

Debido a la prohibición del obispo diocesano, desde abril de 1985, los videntes dejaron de usar el entorno de la iglesia como lugar de las apariciones. Fueron a una habitación de la casa parroquial para recibir cada día nuevos mensajes y algunos secretos… Mirjana e Ivanka dicen que han recibido diez secretos que contienen los últimos capítulos de la historia del mundo y que cuando se cumplan ya no volverá la Virgen a aparecerse más en la Tierra. Los otros cuatro videntes, de momento, solo tienen nueve secretos, pero no sabemos si son los mismos en cada caso. De lo poco que ha trascendido es que se cumplirán en vida de las videntes y tienen un tono apocalíptico. Los

secretos han sido escritos, según dicen, por una fuente divina en un pergamino que solo Mirjana puede leer. Diez días antes de que se produzca el suceso que se describe en cada secreto, el vidente lo revelará al sacerdote que haya elegido como confesor y dedicará entonces siete días de completo ayuno —a pan, agua y oración— tras recibir el secreto y luego lo anunciará al mundo, tres días antes de su materialización.

Hasta el día de hoy, ninguno de esos diez secretos se ha revelado, aunque son muchos los cotilleos que han surgido en función de lo que han ido desgranando los videntes a lo largo de estos últimos años. La vidente Mirjana dijo: «Los dos primeros secretos serán avisos al mundo, eventos que ocurrirán antes de que el signo visible sea dado a la humanidad. Esto ocurrirá durante mi vida». Respecto al primer secreto, que llaman el «Aviso», dicen que muchas personas experimentarán una iluminación en sus conciencias. El segundo —llamado el «Día de la Consolación»— sería una advertencia para la humanidad. El tercer secreto (dado en julio de 1981) los seis videntes lo han descrito como una señal permanente, visible, indestructible y hermosa que la Virgen dejará en la Colina de las Apariciones. Se conjetura que podría ser una columna de luz que se podrá ver y fotografiar, pero no tocar. Mirjana dice que cuando se cumpla el tercer secreto los que sigan vivos tendrán poco tiempo para convertirse.

Aparte de los mensajes que ha ido dando la Gospa, son muchos los que creen que esta localidad posee una especie de protección. Durante la guerra de Bosnia (que duró de 1992 hasta finales de 1995) ninguna bomba cayó sobre Medjugorje. Los pilotos serbios dan testimonio de que no podían lanzar ninguna bomba, puesto que el territorio a atacar desaparecía de los radares o se veían cegados por una inmensa luz cada vez que la sobrevolaban. Un piloto tenía orden de bombardear esta aldea y cuando iba a arrojar la bomba, según confesó, una nube se posó encima de la localidad que le impedía ver el objetivo y al final cayó a varios kilómetros fuera del pueblo. No hubo ningún muerto en la guerra. Un «oasis de paz», lo llamaron sus devotos. La Virgen, en una de sus apariciones diarias a los seis videntes, ya prometió que «la protegería con su manto» de la guerra.

La escritora María Vallejo-Nágera, que sufrió una «conversión espiritual» en Medjugorje, especifica ese detalle:

> Es cierto que alguna bomba cayó ¡pero fue a parar sobre un granero de las afueras y solo mató a una vaca! Otros pilotos serbios (hoy conversos, con absoluta devoción por la Virgen María) afirman que al sobrevolar la aldea eran rodeados por una espesa neblina que, cubriéndoles el avión, hacía que se perdieran por el cielo.[57]

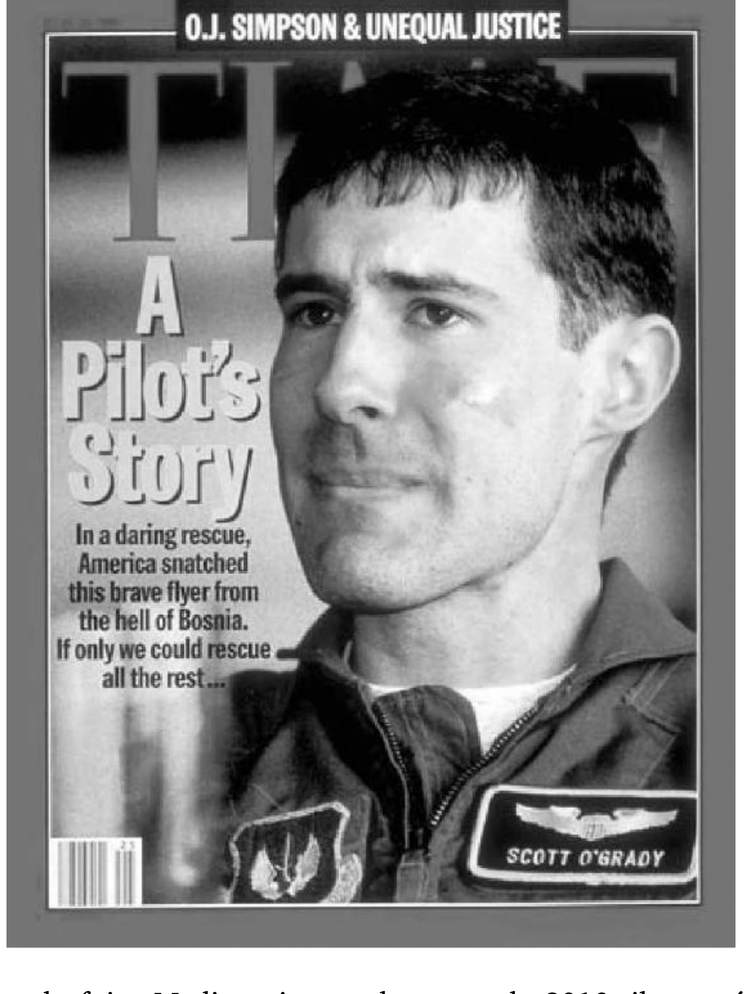
Existe el testimonio de un piloto del Ejército Popular Yugoslavo,

el cual relata que tuvo la orden de bombardear la parroquia de Medjugorje por su valor religioso y simbólico para minar la moral de los fieles, pero cada vez que lo intentaba una especie de neblina le envolvía, apareciendo luego a doscientos kilómetros de la aldea y el radar dejaba de funcionar. Dicen que fueron cinco los intentos de las fuerzas militares de bombardear el lugar y todos ellos se vieron frustrados. Se han difundido muchas leyendas urbanas al respecto, como la de uno de los pilotos, del que no se da su nombre, que cuenta que fue su madre quien le dijo que desistiera de obedecer esa orden: «No bombardees Medjugorje. Algo está pasando ahí. Toma a tu familia y vete». Y dicen que este piloto desertó del ejército y se fue con su familia hacia Nueva Zelanda.

Y hay otro testimonio, esta vez con nombre y apellido. En junio de 1995 un piloto norteamericano de la OTAN se perdió en Bosnia tras ser abatido su F-16 por la artillería serbobosnia. Se llamaba Scott O'Grady y salió milagrosamente indemne de su dramática aventura. Lo cuenta todo en su libro *Honored Return* (*Honor devuelto*) en el que confiesa: «Debo mi salvación a Nuestra Señora de Medjugorje», afirmación que luego ha repetido en una entrevista transmitida por la cadena de televisión CNN. En el libro escribe:

> El tercer día de estar escondido, pensando cómo la supervivencia es el primero de todos los tests espirituales, experimenté algo maravilloso e irrepetible. De repente, en la quietud de mi escondite, me acordé de los relatos de un amigo de mi madre que había visitado Medjugorje antes de que la guerra estallara en Bosnia. Esa tarde, me volví a Nuestra Señora en oración. Inmediatamente sentí su presencia. Se volvió más y más clara y palpable hasta el momento en que la vi. Es difícil de describir en palabras. La visión venía a través de la fuerza de mis sentimientos y ese sentimiento era extremadamente cálido, lleno de felicidad y paz.

En la entrevista de la CNN comentó: «Durante los seis días que estuve perdido en Bosnia, tuve una serie de misteriosas visiones que me daban la fuerza de resistir y poder superar los momentos más duros, aquellos en los cuales la tensión me cortaba la respiración. Vi como un gran halo de luz y sentí una voz armoniosa que me dio aliento y me dejó en el corazón una extraordinaria serenidad. De golpe, recobré la fe que tenía de niño». Su historia se publicó en la revista *Time*.



Cuando fui a Medjugorje, en el verano de 2010, iba atraído por todo lo que conocía de las apariciones y en ese momento no me imaginaba que yo también iba a presenciar uno de esos prodigios (no me atrevo a llamarlo milagro). Resulta que hay un cristo de bronce, el «Cristo del Agua» lo llaman popularmente, que representa a Cristo resucitado y glorioso con los brazos en cruz. La estatua de bronce es obra del escultor esloveno Andrej Ajdic y fue erigida en la Pascua de 1998 al sudoeste de la iglesia parroquial, al borde del camino que conduce al cementerio. Al poco de colocar esa estatua, en el año 2002, empezó a manar un líquido acuoso de una grieta de su rodilla derecha. Un líquido que ahora los fieles recogen cada día haciendo colas para ver y tocar esas gotitas o enjuagar sus pañuelos de papel o de hilo, porque se considera que ese agua tiene propiedades milagrosas para sanar a los enfermos.

Estuve viendo durante un largo rato cómo las personas pasaban el

trapo por la grieta, cómo caía la gota y volvía a salir. Era curioso comprobar cómo la pierna izquierda, en los días de calor, está caliente y la derecha, de la que brota el agua y desgastada de tanto roce, está fría. «Es un auténtico desafío para la ciencia», me decían algunos de los allí congregados. Brotan gotas de agua continuamente, a veces muy poco a poco y otras con más abundancia. El cristo ha sido analizado y escaneado y no han encontrado trampa ni explicación oficial a este fenómeno. En noviembre 2010 se publicó que había dejado de manar agua de la rodilla de la escultura y así estuvo durante tres semanas, aunque el flujo volvió a restablecerse para alivio de muchos y desconcierto de otros.

Monseñor Zanic, obispo de Mostar, inicialmente creyó en las apariciones y luego declaró que se trataba de un engaño de los franciscanos. El 25 de julio de 1987 Zanic comentó de manera tajante:

> Es una falsedad que la Virgen está apareciendo en Medjugorje. Esto, como todo fraude o crimen, va contra la verdad. Es una situación trágica. ¿Los propagandistas extendieron mentiras, pero el obispo debe estar callado? Ella no está hablando en Medjugorje. Esa es la invención del padre Tomislav Vlasic, que está en estado de rebelión abierta contra su padre provincial y contra mí. La comisión médica invitada por los defensores de Medjugorje ha declarado que Vicka es una histérica. No ha habido un solo milagro. Ha habido muchas fotografías falsificadas. Grandes sumas de dinero se están amontonando. Periodistas, teólogos y propaganda, están todos comprados. Yo estoy completamente seguro de que todo acerca de las apariciones es una mentira, un fraude y una falsedad, y no puedo hablar contra mi conciencia; antes preferiría morir.

Como se pueden imaginar, estas declaraciones levantaron ampollas en el mundo de los creyentes. Desde ese momento se convirtió en el «ogro de Medjugorje». Murió en enero de 2000 y muchos fieles pensaron que era un castigo por su incredulidad.

36. MONTENEGRO: EL MILAGRO DE LA ROCA

Bosnia-Herzegovina hace frontera con la República de Montenegro, situada en la península de los Balcanes. «En el momento de la creación de nuestro planeta, la más hermosa fusión de tierra y de mar ocurrió en la costa montenegrina… Cuando las perlas de la naturaleza fueron creadas, una gran cantidad de ellas se esparcieron por toda esta zona». De esta manera tan poética, Lord Byron se refería al país adriático luego de una de sus visitas a inicios del siglo XIX.

Montenegro es uno de los países independientes más jóvenes de Europa. Hasta 2006 funcionó como una república confederada con su vecina Serbia y el turismo se reforzó. La fastuosa bahía de Kotor, cerca de la frontera con Croacia, se lleva todas las exclamaciones, miradas y elogios. Hay quien visita su capital —Podgorica— y otros van a esta bahía en la que se encuentra Perast y, en concreto, una intrigante isla cerca de su costa. Nunca antes había visto algo parecido: creas una isla y luego construyes una ermita. Lo normal es que la ermita se edifique sobre un suelo bien sólido. Y todo eso, ¿para qué? ¿Para albergar una estatua, un altar, una reliquia o un tesoro? Pues todo eso para mayor gloria de un cuadro, eso sí, no un cuadro cualquiera, como ocurre en el Santuario de Altagracia, sino uno prodigioso, de esos que hacen conversiones, historia y milagros.

El lienzo apareció un buen día de julio de 1452 encima de una roca que sobresalía en mitad del mar Adriático, frente a las costas de Perast. Era un icono de la Virgen con un Niño Jesús reposando en su brazo derecho. No había noticias de ningún naufragio cercano ni del paso de ningún barco. Apareció de la noche a la mañana, de golpe, por arte de magia, y ahí es cuando surge una singular historia que aún resuena. Los habitantes de Perast (que hoy tiene unos cuatrocientos moradores) pensaron que el lugar más idóneo para exhibir el cuadro «caído del cielo» sería en la iglesia del pueblo y hasta allí lo llevaron, pero ya he dicho que no es un cuadro normal, así que al día siguiente volvió a aparecer en la misma roca y en la misma posición. Se teletransportó él solito.

Entendieron que la Virgen les estaba diciendo, con su lenguaje particular, que quería permanecer allí mismo, aunque una roca es una roca y en ella no cabía una ermita, por pequeña que fuera. Por tanto, manos a la obra y a construir una isla lo suficientemente grande como para albergar la estructura y el peso de un templo cristiano, además de un jardín, un museo, una casa y lo que cupiese.

Según la tradición, la construcción de la ermita se vincula con la sanación inexplicable de uno de los hermanos de la familia Mortesic, y

que se considera el primer milagro terapéutico de la Virgen. Precisamente era el que días antes había encontrado el cuadro sobre una roca. Las autoridades eclesiásticas decidieron entonces asumir el coste de la iglesia para exponer el cuadro a la devoción y veneración pública. De hecho, el altar principal del templo se encuentra exactamente encima del peñasco donde se encontró el icono.

Hasta el 22 de julio de 1452, que se empezó a construir la isla metro a metro, en ese lugar tan solo había un amontonamiento de piedras, rocas y barcazas hundidas que no pasaba de ser un simulacro de triste islote. Desde aquel momento, pedrusco a pedrusco, peñasco a peñasco, el islote alcanzó una superficie de 2.000 metros cuadrados que hoy llega a 3.030.

Y muy pronto se convirtió en un lugar de peregrinaje para los marineros montenegrinos que por aquel entonces formaban parte de la República de Venecia. Los pescadores la convirtieron en su patrona, a la que invocaban en sus travesías, durante las tormentas, en sus enfermedades y en los naufragios. Y gracias a su intercesión benefactora, el Santuario de Nuestra Señora de la Roca —que así se llama—, está hoy repleto de exvotos, algunos de plata fina, con formas anatómicas y de cuadros donde se agradece el favor concedido. En muchos de ellos se ven escenas de naufragios en los que aparece en el cielo la Virgen salvadora y protectora. Es el santuario votivo de los marinos, un lugar mágico para ellos. Y se nota.

Quien se acerque por estos lares lo tendrá que hacer en bote-taxi o en barco, una travesía que no dura ni diez minutos. Entonces verá que hay dos islas muy próximas: una natural y otra artificial, una dedicada a un santo y la otra a una Virgen. La artificial es la única construida en todo el Adriático. La natural es la de san Jorge (Sv Jure) con la iglesia del mismo nombre construida en el siglo XVII y también un monasterio benedictino del siglo XII junto a un cementerio con sus cipreses bien puestos y enhiestos, lugar donde las familias nobles de Perast querían ser enterradas hasta 1886. Luego ya se dieron cuenta de que no había más sitio. Son las limitaciones propias de un diminuto islote. Dicen que el pintor suizo Arnold Bocklin se inspiró en esta isla-cementerio, además de la croata isla de Lokrum, para pintar su evocador lienzo *La isla de los muertos* (1880).

El templo alberga 68 pinturas de Tripo Kokolja, artista barroco de Perast. La obra más valiosa es ese icono prodigioso del siglo XV y se sabe que lo pintó Lovro Marinov Dobricevis, nacido en Kotor. En la parte trasera del altar hay un angosto pasillo y a mitad de su recorrido existe una abertura inferior donde se puede introducir la mano y tocar la piedra original y, de paso, algunas monedas que algún fiel ha

depositado confundiéndolo con un pozo. Esa roca es de un tipo que se denomina en latín *scopulus,* vocablo a partir del cual los pescadores llaman a las rocas con el nombre de *skrpio* y por eso su nombre es *Gospa od Skrpjela* (Nuestra Señora de la Roca). El santuario que vemos en la actualidad se construyó en 1632 para sustituir al anterior (de 1452) y la iglesia ha sido reformada y ampliada en varias ocasiones, sobre todo en 1722 y en 1979, año en que pasó a formar parte (junto con la bahía de Kotor) del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco.

Cuando se entra en el templo, por unas puertas de bronce labradas, obra del escultor Kosta Angeli Radovani (1991), se ven cuadros repartidos a diestro y siniestro colgados de varias paredes y a distintas alturas, por eso alguien con poca imaginación lo ha denominado la «Capilla Sixtina de Montenegro», nombre poco original y afortunado, teniendo en cuenta que son del culto ortodoxo. Según el censo de 2011, el 72 por ciento de sus habitantes pertenecen a la Iglesia ortodoxa, cuyos adeptos se dividen entre la Iglesia ortodoxa serbia y la Iglesia ortodoxa montenegrina, creada hace poco, en 1993.

Encima de los cuadros se observa un imponente tesoro, tanto en el sentido material como espiritual de la palabra, compuesto por más de dos mil exvotos en forma de placas de plata, expresando todas y cada una de ellas el agradecimiento de los fieles por la intercesión de la Virgen. Tienen un indudable valor religioso, sociológico y antropológico. Es una «joya», es un auténtico archivo de los navegantes montenegrinos en el que se puede seguir de manera cronológica los distintos avatares que ha generado esa zona durante siglos. Constituye una de las mayores colecciones de este tipo existentes en todo el mundo. Hasta 1624 había en el santuario seiscientos de estos exvotos de plata que, ese mismo año, fueron robados por los piratas del norte de África. No se amilanaron. El santuario siguió haciendo donantes, la mayoría marinos que sobrevivieron a tormentas, asaltos de piratas o crueles enfermedades. En muchos casos la gratitud se expresaba con el agregado, después del nombre del donante, de las letras VFGA (del latín: *Votum fecci gratiam accepi*: «Hice el voto, recibí la gracia»).

En la actualidad se encuentra en este santuario el Museo Arqueológico-Etnológico con piezas y artefactos que datan de hace 5.500 años en adelante. Más cercano en el tiempo, cada 22 de julio se produce la Fasinada, con cientos de embarcaciones que se acercan a la isla de Nuestra Señora de la Roca para lanzar piedras al agua y atraer así la buena suerte. Para ellos es una isla bendecida y los deseos allí llegan con más rapidez a su destinatario y se cumplen mejor que en cualquier otro lugar. La gente conmemora cada año la construcción de

la isla arrojando guijarros al mar desde sus barcas y barcos iluminados, lo que hace que la superficie de la isla vaya aumentando un poquito más, piedra a piedra. De forma paralela a la Fasinada se celebra el mismo día una de las regatas más antiguas de Europa, en la que embarcaciones a vela de la toda la bahía de Boka compiten para ver quién llega antes al islote artificial.

Una visita totalmente recomendable tanto si se va con ínfulas turísticas como con ansias históricas. El corazón místico de Montenegro tiene forma de isla artificial y si van allí sabrán por qué navegantes, pescadores, marineros, arqueólogos, antropólogos y todo hijo de vecino están convencidos de que, mientras siga en pie su santuario, sus vidas, haciendas y barcos estarán siempre seguros.

37. METEORA: REZAR A RAS DE CIELO

En la película *Solo para tus ojos* (1981) un James Bond (en este caso Roger Moore) impecable, impoluto, temerario, pletórico, desbocado e inmortal como siempre, realiza varias aventuras en Meteora. Las escenas de escalada de la parte final del filme se rodaron en el monasterio de la Santísima Trinidad. Inicialmente los monjes no lo aprobaron, llegaron a enfrentarse con la productora y boicotearon el rodaje tendiendo sábanas. Al final el asunto se arregló, me imagino que mediando el vil metal.

En este lugar de bosques, gargantas y pintorescos pueblecitos, en plena región de Tesalia (considerada por la mitología como morada de los dioses y país de los centauros) se encuentran ubicados, desde hace más de seiscientos años, veinticuatro monasterios bizantinos cuyos únicos accesos eran unos rudimentarios ascensores hechos de cuerda y cesto. Hoy han mejorado. Un meteórico proyecto en Meteora en la que actualmente son seis los monasterios ortodoxos que se pueden visitar. Cuatro de ellos son masculinos y dos de monjas, todos ellos con menos de diez habitantes cada uno. El más grande, y al que más tiempo hay que dedicarle, es el monasterio del Gran Meteoro (en griego Mégalo Metéoro) o monasterio de la Transfiguración.

Es otro mundo o más bien otra visión de Grecia, que no tiene nada que ver con el Peloponeso, ni con los teatros helénicos ni las ruinas de Olimpia. Son templos cristianos para huir del mundanal ruido en medio de un paisaje espectacular, como si fuera un decorado de Hollywood que comenzó a fraguarse hace sesenta millones de años por efecto de la continua erosión del río Tesalia y la incesante actividad sísmica de la zona. Según una leyenda, aquellos pináculos eran en realidad rocas enviadas a la Tierra y así quedó inmortalizado en su nombre: Meteora significa «cuerpo que cae del cielo» y hay pocos sitios en Europa para recrear la vista con una visión periférica de 360 grados y admirarse de la capacidad humana para construir edificios en lugares remotos donde solo lo harían las águilas.

Cada visitante tiene una sensación diferente. Unos de serenidad, otros de espiritualidad, la mayoría de sobrecogimiento o simplemente desean captar la belleza fotográfica. Quien quiera ir que sepa primero que antes tiene que desplazarse hasta Kalambaka. No vale ir con zapatos de tacón. A unos quince minutos, surgen tres caminos adoquinados y bien señalizados.

Los primeros habitantes que se instalaron en las montañas fueron unos monjes que buscaban no solo la soledad de la oración, sino también protegerse de los continuos asedios de turcos y albaneses. A

esta zona, que está a unos 250 kilómetros de Atenas, llegará Atanasio en el año 1334 —posteriormente san Athanasio Meteoris— huyendo de las incursiones de los corsarios, con el objetivo de crear un monasterio bien organizado, de acuerdo con los modelos del monte Atos —un distrito autónomo a pie del mar Egeo—. Diez años después y con la ayuda de catorce monjes, iniciará la construcción de Gran Meteora, el más alto de todos, a 613 metros por encima del mar, que tiene una iglesia de estilo bizantino con las reliquias del fundador Athanasio y unos valiosos frescos multicolores que relatan las persecuciones y martirios que sufrieron los cristianos.

En este monasterio hay un museo y lo más curioso es que en él se puede ver la importancia que han tenido los cenobios de Meteora a lo largo de su historia; no tanto como reductos de paz sino como puntos defensivos desde los que se luchó y derrotó —según se ve en lo expuesto—, a enemigos tan distintos como los otomanos y los nazis. Es llamativo ver en este lugar tanto recuerdo bélico (armas incluidas). Me llamó la atención un cuadro de estilo naíf en el que se veía a un soldado nazi despeñándose por un precipicio con su bandera con la cruz gamada. Muy revelador.

Auténtico vértigo da acceder al monasterio de Varlaam, una experiencia que te acerca a los cielos y a ese sudor frío que seguramente recorría la frente de aquellos monjes que se atrevían a subir con un rudimentario mecanismo de poleas. Lo construyó un monje de costumbres muy ascéticas llamado Varlaam, que se fue a vivir a lo alto de esta roca en 1350. Y como lo que más tenía era tiempo y mucha fe, se puso a edificar tres iglesias y una celda para sí mismo. Se fue solo y cuando murió el lugar fue abandonado. Dos siglos después, otros monjes, aprovechando lo que generosamente había hecho Varlaam, construyeron el actual monasterio. Antiguamente el acceso se hacía mediante andamios, luego con grandes escaleras de cuerda y con una red, la cual se utiliza hoy en día para subir alimentos y suministros para el mantenimiento del monasterio. En el año 1923 los monjes excavaron en la roca 195 escalones de cemento, que llevan actualmente a todos los visitantes a la cima de la roca. Antes solo apto para monjes musculosos y escaladores, ahora para cualquiera que tenga ganas de ver algo único y excepcional.

El monasterio de Roussanou o de Santa Bárbara es molón (bueno, todos molan) porque desafía al abismo con una construcción imposible, coronando la cúspide de una roca en el centro del territorio. Fue reedificado sobre las ruinas de un monasterio primigenio, en este caso, por los hermanos monjes venerables Josafat

y Máximo en 1545, quienes posteriormente lo remodelaron y decoraron por el año 1560. No se sabe a ciencia cierta a qué se debe el nombre de Roussanou, pero el de Santa Bárbara sí, por encontrarse allí las reliquias de la santa. La iglesia conserva pinturas en la pared y el iconostasio de madera donde se colocan los iconos. Es un monasterio minúsculo, con una pequeña capilla y una sala previa. Las mujeres no pueden llevar pantalones ni faldas por encima de la rodilla. Eso se suple con unos pareos que están a la entrada y que hacen la función de falda, con lo que se les permiten pasar. Decía mi mujer, Begoña, cuando lo visitamos en 2008, que se notaba que era un monasterio de monjas, pues tenían plantas con flores y los paños o pareos estaban recogidos y colgados de perchas, a diferencia de los monasterios de monjes, donde estaban tirados y desordenados en un cesto.

En ese ambiente monacal, iluminado de manera tenue, hay cuadros que dan repelús, con motivos de lo más siniestros sobre ejecuciones de santos o escenas apocalípticas. Todo un cómic de horrores o un catecismo donde no se oculta la sangre de aquellos primeros mártires. Recordemos que el Gran Meteoro fue atacado en dos ocasiones, en 1609 y en 1616. En ambas pasaron a cuchillo a numerosos monjes y la segunda vez quemaron la sacristía de la iglesia destruyendo las celdas. El misticismo es el oxígeno puro del lugar. Y se respira, doy fe de ello. De hecho, aprovechando esa peculiar atmósfera, en el año 2012 el director Spiros Stathoulopoulos rodó la película *Meteora*, que narra la historia de amor entre un monje ortodoxo griego y una monja rusa, obra que se localiza íntegramente en esta región griega.

Similar al espectáculo visual de Meteora es el del monte Athos, que no es tan fácil visitar. Hay que pedir permisos por vía oficial y no a todo el mundo se le concede. Se trata de un impresionante enclave protegido por la orografía y por sus santos griegos ortodoxos, entre ellos el omnipresente san Jorge. La tradición cuenta que la Virgen María estaba navegando de Jafa a Chipre para visitar a Lázaro, cuando su embarcación fue arrastrada hasta el entonces pagano monte Athos. La Virgen puso pie en tierra y, asombrada por la belleza del paraje, la bendijo y le pidió a su hijo que la convirtiera en su jardín. Se oyó: «Que este lugar sea tu herencia y tu jardín, un paraíso y un remanso de paz para aquellos que buscan la salvación». Y la montaña fue consagrada como el «jardín de Dios», y lo más curioso y chocante es que está blindado para las mujeres, que no pueden pisar este territorio autónomo bajo soberanía griega protegido por la Unesco y tampoco pueden acercarse a menos de quinientos metros de su orilla. El turista

masculino que quiera ir allí, antes debe presentar una copia de su pasaporte a las autoridades griegas. Son celosos de su intimidad y esclavos de sus costumbres.

El monte Athos o Monte Sagrado está situado en una península rocosa a orillas del mar Egeo y alberga veinte monasterios ortodoxos, incluyendo algunos de los más antiguos del planeta. Allá viven en la actualidad unos mil cuatrocientos monjes y cada día solo se permite la visita de cien peregrinos ortodoxos y otros diez no ortodoxos. No solo las mujeres están prohibidas. Según el doctor Graham Speake, un reglamento del siglo X afirma que todos los animales que sean hembras están excluidos del lugar. La única excepción, al parecer, son las gatas, porque sirven para cazar los molestos ratones. Los monjes querían conservar el celibato lejos de tentaciones. Según apunta Speake, «la regla era y siempre ha sido que solo los hombres capaces de tener barba podían visitar este sitio, por lo que los niños y eunucos estaban descartados. El temor era que una mujer se hiciera pasar como niño o eunuco para colarse dentro». [58]

Esta «mujerfobia» a estas alturas de la vida, en un país europeo, les ha traído mala prensa y varios disgustos. Pero siempre hay quien sabe burlar esta regla. Durante la guerra civil griega, entre 1946 y 1949, el monte Athos ofreció santuario a rebaños de los campesinos y unas mujeres y niñas formaron parte de una incursión que entró en Athos persiguiendo a los animales. Además, en 1953, María Poimenidou logró entrar vestida de hombre, lo que provocó un gran escándalo diplomático y que el Estado griego aprobara una ley que prohibía el acceso a las mujeres de manera radical, so pena máxima de doce meses en prisión a la que pillaran *in fraganti*. En virtud de esta ley, la policía detuvo a cuatro mujeres moldavas en 2008, absueltas por los monjes tras descubrirse que llegaron al monte Athos víctimas de una red de trata de personas.

38. LUDBREG: VIAJE AL *CENTRUM MUNDI*

Los que se aventuran a ir más allá de Dubrovnik, o a ver los escenarios de la serie *Juego de tronos* (Split, Žrnovnica o la fortaleza de Klis), se pueden topar con historias de vampiros vetustos (en Kringa), con leyendas de perversas reinas negras (en la fortaleza de Medvedgrad, cerca de Zagreb), con cuerpos incorruptos terapéuticos (en Vodnjan), con la cuna de los primeros neandertales europeos (en Krapina), con la mismísima casa natal de Marco Polo (en la isla de Korkula), con una isla maldita (Lokrum) o ir de cabeza al centro de la Tierra...

En mi último viaje a Croacia comprobé que esta república guarda un profundo secreto. Bueno, en realidad posee muchos, pero algunos no conviene revelarlos, de momento. Uno del que podemos hablar bien alto se refiere a Ludbreg, ciudad del noroeste de Croacia que pasaría desapercibida si no fuera porque es un enclave especialmente atractivo y atrayente, todo junto, al estar considerada un *Centrum Mundi*, así, en latín, pomposo título otorgado por sus 3.500 habitantes y remarcado en la plaza principal de la ciudad, con varios círculos concéntricos realizados en el suelo a base de adoquines de diferentes colores que a su vez señalan las ciudades más próximas y destacadas. Foto obligada es colocarse en el centro de ese círculo, donde se muestra una placa de bronce que tiene grabada una estrella de seis puntas junto con una media luna y sus coordenadas: 16º 37’ 21” E 46º 14’ 58” N. ¿Estamos en el centro del mundo?

Cuando miras un mapa de Europa o incluso de Croacia, ves que Ludbreg no está situada en un punto muy estratégico que digamos. Los romanos, al observar una buena ubicación geográfica, construyeron allí *Castrum Iovia*, un campamento y fortificación militar con una sofisticada infraestructura de canalización, alcantarillado, fórum y termas. Lo consideraron un centro crucial para el comercio y el tránsito, pero esto no justifica su sobrenombre.

Hay que esperar un poco más para que nazca una mujer con carácter y personalidad propia que influirá en su historia y su toponimia. Cuando el 1 de abril se celebra la fiesta de las inocentadas en gran parte de Europa, en esta localidad conmemoran la fecha del nacimiento de Ludberga. En los archivos del abad Paulino Honorius, en el registro del año 1141, consta que el 1 de abril nació la hija del administrador de la finca del conde Bela II, cerca de la ciudad de Varaždinske Toplice. Estos escritos nos dicen muy poco sobre ella. Lo escaso que sabemos es que ya desde niña era una buena exorcista que, con la ayuda de un crucifijo de madera, mantenía a raya al diablo e incluso lo expulsó de los límites de Ludbreg con tal virulencia que

Satanás fue a parar de golpe y porrazo al otro extremo del globo terráqueo, en el Pacífico Sur. La leyenda no repara en tintes de exageración y sigue diciendo que del impacto luciferino emergió un pequeño islote volcánico que ha pasado a la posteridad con el nombre de Antípoda. Tal cual.

Algunos buscaron atisbos de realidad en esta increíble leyenda, como el doctor suizo Erasmus Weddigen, filósofo e historiador del arte a quien le dio por hacer cálculos geográficos con un compás y un mapamundi que desplegó sobre la mesa. Su trabajo como organizador de un Laboratorio Estatal de Conservación en Ludbreg durante la guerra de 1995 a 1996 hizo que se interesara por las costumbres de esa localidad y quiso comprobar lo que había de cierto en torno a ese punto geográfico del que tanto hablaban. Quería saber por qué los romanos lo tomaron como referencia en sus incursiones a Dalmacia. Weddigen dibujó en un mapa varios círculos tomando siempre como punto focal Ludbreg y vio que en esas líneas imaginarias se encontraban las ciudades más importantes de Croacia, siempre según sus particulares cálculos. Las localidades de Koprivnica, Čakovec, Pralog, Letenye y Varaždinske Toplice estaban situadas a unos veinte kilómetros de Ludbreg. Y siguió estudiando el mapa a lo largo y a lo ancho, extendiendo ese círculo aún más lejos para cerciorarse de que algunas de las principales metrópolis europeas equidistaban: por ejemplo, Budapest y Viena, que están situadas a 225 kilómetros de Ludbreg. ¿Casualidad? El problema es que otras no guardan ese mismo patrón matemático y equidistante. Siguiendo con sus especulaciones, Weddigen aseguró que del otro lado del globo terráqueo la antípoda de Ludbreg sería un islote llamado precisamente Antípoda, de unos veinte kilómetros cuadrados de superficie y situado a unos ochocientos kilómetros al sur de Nueva Zelanda. ¿Leyenda confirmada? Eso creía él.

Hoy disponemos de sistemas topográficos muy sofisticados para saber con exactitud cuál es la antípoda o punto del planeta diametralmente opuesto a la ubicación geográfica que busquemos. Curiosamente, el 96 por ciento de los lugares del mundo tienen su antípoda en el mar. Sí señores, únicamente el 4 por ciento de la superficie emergida del planeta tiene su opuesto en tierra firme. No sabemos qué compás y qué mapa usó Erasmus Weddigen porque en las antípodas de Croacia —y de Ludbreg en concreto— no hay más que agua salada, bastante lejos de esa isla Antípoda, deshabitada.

Eso no debe desanimarnos, pues mucho más interesante es el hecho de que Ludbreg, a falta de ser un centro geográfico mundial, sea un «centro espiritual» de primer orden entre los fieles católicos de

gran parte de Europa. Nos tenemos que ir al año 1411, situarnos en la capilla del castillo de los condes Batthyány, hoy palacio de Santa Cruz, donde se produjo un milagro eucarístico y todo por culpa de una duda. Resulta que un sacerdote, cuyo nombre ha permanecido en el anonimato, celebró la habitual misa y durante la consagración del vino dudó de la verdad de la transubstanciación, es decir, de la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en las especies eucarísticas consagradas. Fue entonces cuando el vino del cáliz se transformó en sangre (algo parecido ocurrió en Cebreiro, Lugo, alrededor del año 1300 y en otras partes del mundo). El cura, lleno de confusión, escondió la reliquia detrás de un muro del altar principal. Encargó a un albañil ese emparedamiento y, tras pagar su trabajo, le obligó a que guardara silencio. Un silencio que duró hasta que el sacerdote no pudo más con sus remordimientos y poco antes de morir reveló dicho milagro y la ubicación exacta del cáliz.

Tras su confesión, la noticia se difundió velozmente y Ludbreg se convirtió en meta de peregrinación para ver el resultado del prodigio, es decir, la ampolla de cristal con sangre en su interior. Enterada la Santa Sede, ordenó que la preciada reliquia fuese llevada a Roma, donde permaneció por largos años, más de los que estaba previsto. Aun así, los habitantes de Ludbreg y sus alrededores continuaron la costumbre de peregrinar hacia la capilla del castillo. Una observación: aquí llaman castillo a lo que en España llamaríamos palacio renacentista. Al inicio de 1500, bajo el pontificado de Julio II, se convocó en esta localidad croata una comisión de investigación sobre los diversos hechos históricos relacionados con el milagro eucarístico y se constató que numerosas personas habían sido curadas mientras se encontraban en oración delante de esta reliquia sanguínea, solo al alcance de la vista y no de las manos.

El *Libro de los milagros* (*Liber miraculorum*) da fe de muchos de ellos y se encuentra en la planta alta de la capilla del castillo. Por cierto, en un lateral del altar hay una hornacina donde supuestamente se conservó el cáliz y que hoy tiene en su interior una vela con billetes y monedas a su alrededor, como si fuera un pozo de los deseos.

El hecho es que el 14 de abril de 1513 el papa León X publicó una bula dando marchamo de autenticidad a la reliquia y permitiendo su veneración. Incluso él mismo, en repetidas ocasiones, la llevó en procesión por las calles de Roma. Hoy la ampolla se conserva intacta en la citada iglesia de la Santa Trinidad, muy cerquita de la plaza del *Centrum Mundi*, resguardada en una custodia de oro y joyas realizada por encargo de la condesa Eleonora Batthyány-Strattman. Fue la familia Batthyány quien mandó llamar en 1753 al pintor Mihael Peck

para realizar unos frescos con la representación de las diferentes fases del prodigio, incluida la procesión del papa León X, que se pueden ver en la pared izquierda del altar mayor de la iglesia (también en los frescos pintados en el interior de la capilla del castillo).

Tal como me contaba el párroco de la iglesia de la Santa Trinidad, Josip Đurkan (con la inestimable traducción de nuestra guía turística, Hermina Sinjori), muchas personas que acuden allí con fiebres, calambres, hemorragias o fuertes dolores de cabeza se habrían curado al rezar delante de la «Reliquia de la Sangre del Milagro» —así la denominan— y que atrae cada año a miles de fieles. Le pregunté si habitualmente estaba coagulada o líquida y me respondió que estaba sólida a lo largo de todo el año y que no se licuaba en ningún momento como ocurre con la sangre de san Genaro en Nápoles o la de san Pantaleón en Madrid.

Me llamó la atención que la patrona de la ciudad, santa Ludberga, naciera el 1 de abril de 1141 y, precisamente, sea otro 1 de abril, el de 1411, cuando ocurre el milagro eucarístico. Las dos fechas, como si estuvieran en un espejo, son números palíndromos, es decir, iguales cuando uno de ellos se lee al revés. ¿Guiños calendáricos? No obstante, hacía falta un milagro de campanillas para reforzar la fe en la ampolla de sangre. Y lo hubo. Durante el siglo XVIII, la Croacia septentrional de Moslavina fue atacada por una epidemia de peste. El pueblo se dirigió a Dios y a sus santos para invocar su auxilio urgente. Lo mismo hizo el Parlamento croata que, durante la sesión llevada a cabo en 1739, promulgó el solemne voto de construir una capilla en el lugar donde se almacenaba el mayor tesoro del Reino de Croacia, concretamente en Ludbreg, si la peste remitía. La epidemia cesó, pero el voto prometido se olvidó. Solo fue cumplido en 1994, cuando el cardenal Pina lo propulsó y también gracias a que tres años antes se declaró en referéndum la independencia del país, junto con la desintegración de Yugoslavia. Se construyó entonces un santuario al aire libre, una capilla votiva, con su viacrucis y algunos paneles ricamente decorados con mosaicos de cristal de Murano. Cada primer domingo de septiembre se congregan unas 120.000 personas para recordar que esta ciudad es algo más que una ciudad, es el «punto central» de sus manifestaciones religiosas avaladas por una arraigada tradición.

Mirando en mi archivo de milagros eucarísticos, comprobé que, en cuestión de poco más de medio siglo, se produjeron muchos en toda Europa, unos dieciocho de los que tenga constancia, como si hubiera un plan o programación donde la sangre adquiría un especial protagonismo y los lugares donde se producía el prodigio se

convertían en focos de religiosidad y peregrinación, pequeños «centros del mundo» para la espiritualidad católica. Veámoslos, de manera cronológica:

1392. Moncada (Valencia, España)
1399. Poznan (Polonia)
1400. Boxmeer (Holanda)
1405. Bois-Seigneur-Isaac (Bélgica)
1410. Sinagoga del Corpus (Segovia, España)
1411. Ludbreg (Croacia)
1411. Weiten-Raxendorf (Austria)
1412. Herentals (Bélgica)
1412. Bagno di Romagna (Italia)
1417. Erding (Alemania)
1420. Monasterio de Guadalupe (Cáceres, España): milagro del padre Cabañuelas
1421. Bergen (Holanda)
1427. Zaragoza (España)
1429. Alkmaar (Holanda)
1430. Dijon (Francia)
1433. Aviñón (Francia)
1447. Ettiswill (Suiza)
1452. Frómista (Palencia, España)
1453. Turín (Italia)

Como diría el gran Chesterton: «Lo más increíble de los milagros es que ocurren». Ahí lo dejamos.

39. SINTRA: EL REGALO DE REGALEIRA

Decía el poeta Fernando Pessoa que el rostro de Europa era Portugal y su nariz era Sintra. Evidentemente, tenía buen olfato. Y ahí es donde precisamente vamos a parar en compañía de un brasileño un poco excéntrico, un poco masón, un poco soñador y un mucho ricachón. Respondía al nombre de Antonio Augusto Carvalho Monteiro.

Pero la locura, como la felicidad, tiene que ser compartida y en ese proyecto se embarcó con un arquitecto italiano, Luigi Manini, que también tenía ganas de hacer algo único, especial, espectacular, duradero y filosófico. Sin olvidarnos de Perpetua, la mujer de Monteiro, quien dio sus toques en el diseño y mobiliario. Querían edificar un «paraíso perdido», protegido por bosques, jardines, cuevas y estatuas, quizá por rituales y conjuros, para que la mansión estuviera fuera del alcance de los ojos profanos, incluso fuera del tiempo y del espacio luso, mezclando arquitectura con esoterismo.

Antes de que una idea se materialice, hay que pensarla y repensarla, darle forma y hacer las reformas necesarias con el objetivo de que nada falle. Fiel a ese principio universal de que «la energía sigue al pensamiento», el siguiente paso fue crear un diseño y una estructura basados en los jardines herméticos. El motor y el combustible fue nuestro personaje idealista y extravagante, Carvalho Monteiro, al que apodaron *Monteiro dos milhões* (Monteiro de los millones) porque con dinero todo es más fácil.

Nuestro protagonista nació en Río de Janeiro en 1848, de padres portugueses, en una familia que amasó una gran fortuna con el monopolio del comercio del café y las piedras preciosas. En lugar de derrochar el dinero en vicios mayores y menores, en placeres y banalidades, se propuso hacer su «refugio», su «mansión filosófica» como la llamaba, dando rienda suelta a su imaginación, cultura, fantasía, delirios y sueños. Todo le interesaba: los relojes, cuadros, estatuas, conchas, mariposas, la ópera, los libros —muchos libros, hasta tener una de las mejores bibliotecas de Portugal—, y no encontró mejor lugar para plasmar sus ansias de creatividad que en las faldas de la sierra de Sintra.

Ya la fachada del palacio es un libro pétreo escrito en clave. Al que le guste la simbología, va a tener una «hemorragia de satisfacción» al contemplar todos los detalles que Monteiro y Manini quisieron reflejar. Aquel que tenga «ojos para ver» y corazón para sentir, no quedará defraudado. Veremos la firma de la Gran Obra, que es el monograma de Carvalho Monteiro, sus iniciales «CM», todo unido por cuerdas y lazos, como si fuera un nudo gordiano o nudo de

Isis. El palacio está rematado por gárgolas y pináculos ojivales imitando al arte gótico, el argot de los iniciados. Los estilos están mezclados, como si fuera una Torre de Babel de lenguajes arquitectónicos, algo que pretendieron deliberadamente.

En un libro del criminólogo y profesor portugués Morales Anés se detallan muchos de los elementos esotéricos, místicos y míticos que se encuentran en el palacio. Anotamos cuatro de ellos:

1. El hermético uroboros (serpiente que se muerde la cola) a la entrada del Palacio da Regaleira.
2. Un medallón con el pelicano alimentando a los hijos, utilizado por fraternidades iniciáticas cristianas, como los Rosacruz, también a la entrada del palacio.
3. Las Tres Gracias masónicas: Fuerza, Sabiduría y Belleza en el techo de la oficina del propietario, en el segundo piso.
4. La referencia al «Encubierto» simbolizado por un gran sillón en una de las salas de la planta baja del palacio y que Carvalho Monteiro, quien creía en el mito del sebastianismo, reservaba para el rey que algún día vendrá.[59]

Monteiro era cristiano y su palacio tiene una capilla dedicada a la Santísima Trinidad, que no es una capilla cualquiera. Posee una orientación canónica perfecta: se entra por el oeste y el pasillo conduce al altar mayor que está en el oriente, por donde sale el sol y, en clave masónica, por donde emana la luz de la sabiduría, la iluminación divina. Así lo entendieron los albañiles románicos y góticos, y así lo entendió nuestro ilustre personaje. No en vano, en el techo está un triángulo o delta con el «ojo de Dios» y en el pavimento, entre los bancos de madera, podemos ver un precioso mosaico veneciano con la representación de un orbe terrestre y encima del mismo la cruz roja de la Orden de Cristo (aquella en la que ingresaron algunos caballeros templarios).

Esta capilla, además de decoración neomanuelina y ornamentos litúrgicos, tiene una cripta. La parte telúrica no podía faltar. Se trata de otro templo más austero, más ascético y más recogido. En su suelo está el clásico ajedrezado masónico del blanco y negro. Es una dualidad perfecta, incluso de templos sobrepuestos, que simboliza lo

visible y lo oculto, la luz y la oscuridad, la oración pública y la meditación silente.

En el exterior está el jardín, con una estructura precisa y un orden ascendente, salpicado de una flora tropical importada de Brasil, donde no faltan palmeras, datileras o helechos arbóreos gracias al microclima de Sintra. Más arriba está la Terraza de las Quimeras, monstruos híbridos que representan la ilusión y la utopía. Destaca la Torre de Regaleira, visible desde casi todos los ángulos, a la que hay que subir por obligación y por devoción. Faltaría más. Y hay que hacerlo por una escalera de caracol, un poco mareante. La torre es más bien una atalaya para divisar el paisaje en todo su esplendor, como si nos encontráramos en el centro de la Quinta, es decir, en la «quintaesencia» de ese pequeño microcosmos, en la unión del Cielo con la Tierra.

Nos queda el plato fuerte: el pozo iniciático y su mundo sumergido. En cuanto lo ves desde arriba se parece a una torre invertida que se adentra en las entrañas de la tierra. Un pozo que está hecho para bajarse de quince en quince peldaños hasta recorrer los nueve rellanos de esta inmensa galería en espiral. Otra espiral. Y nueve como los círculos concéntricos de los que habló Dante en su *Divina comedia* al referirse al Infierno. Una escalera sostenida por numerosas columnas que marcan el ritmo del descenso. A medida que uno va bajando los escalones, entre tanta vuelta y revuelta (a ser posible con tranquilidad y en silencio), nuestra percepción va cambiando con la luz, la atmósfera y el ambiente. Algunas personas se sienten mareadas y otras entran en un estado alterado de conciencia. Constituye una experiencia singular y única que nadie debería perderse si quiere adentrarse en el alma de Monteiro y su Regaleira.

Y cuando llegas al fondo… en el suelo hay una cruz enmarcada dentro del círculo, aliada con una estrella de ocho puntas, el emblema heráldico de Monteiro. Ya abajo, el recorrido continúa a través de galerías que nos conducen a laberintos ignotos, al mundo subterráneo poblado de criaturas visibles, como murciélagos, y quién sabe si por otras criaturas menos tangibles…

Nada es casual una vez más y creo que eso queda patente en el momento en que se entra en la Quinta y mucho más en ese submundo al que se accede a través del pozo iniciático. Lo que se busca es que cambie nuestra percepción de la realidad, que la penumbra se adueñe de nosotros al recorrer esas galerías de una manera pausada. Por eso es tan importante ir con la actitud adecuada (como en casi todos los lugares sagrados) pues si hay ruidos estridentes, carcajadas, cachondeo excesivo o conversaciones en voz alta, gran parte de ese

efecto lumínico, acogedor e iniciático se pierde. Y se pierden, además, el tiempo y la paciencia.

Todo el paisaje es caprichoso, rodeado de piedra, musgo y agua hasta que sales a la luz, donde esperan otros escenarios no menos sorprendentes, con más jardines, plazuelas, fuentes, jarrones, bancos, estatuas de dioses y animales fantásticos.

Para poner fin a este recorrido, digamos que Monteiro pasó a la historia por ser un filántropo y mecenas que quiso dejar aquí su testamento espiritual. En este lugar vivió sus últimos años, desde que falleció su mujer hasta su propia muerte en 1920. Monteiro pidió que el mismo Manini construyese su tumba en el cementerio dos Prazeres. La puerta del panteón se abría con la misma llave que el Palacio de Regaleira. Y la decoración es «marca de la casa»: un búho que simboliza la sabiduría y amapolas, símbolo del eterno sueño…

Su hijo Pedro lo heredó, tuvo muchas dificultades económicas y acabó vendiendo la finca a la familia alemana D'Orey. El hijo llegó a organizar ceremonias de iniciación con un grupo reducido de personas, entre ellas Fernando Pessoa, quien, en algunos de sus poemas, habló de la belleza y la magia de Regaleira.

La sierra de Sintra no solo alberga la Quinta de Regaleira. Tiene otros tesoros arquitectónicos y artísticos envueltos en misterio. Con razón se la ha llamado «Sierra de la Luna», según una tradición mítica, por su innegable influencia. Cerca está el Palacio da Pena, mandado edificar en 1840 por Fernando Saxe-Coburgo Gotha, primo de Luis II de Baviera, el rey loco. Fernando se convirtió en rey de Portugal con el nombre de Femando II y fue un gran amigo del padre de Carvalho Monteiro. Un rey masón que quiso reflejar en el Palacio de la Pena unos arcanos a veces indescifrables. Sería imperdonable —y una verdadera pena— no visitar este enclave con el que el compositor Richard Strauss se emocionó tanto y sobre el cual escribió lo siguiente:

> Hoy es el día más feliz de mi vida. Conozco Italia, Grecia y Egipto, pero nunca vi nada que valiese la pena. Es la cosa más bella que he visto. Este es el verdadero jardín de Klingsor y, allá en lo alto, se encuentra el castillo del Santo Grial.

Dos auténticos regalos son estos dos palacios, o tres, si sumamos el Castillo de los Mouros, al que seguramente se refería Strauss. O cuatro, si añadimos el Convento dos Capuchos…

En el aire de Sintra se respira mucha historia y se destila aún mucha energía…

TERCERA PARTE

ESPAÑA EXTRAÑA Y PROTEGIDA

España es el único lugar del mundo donde dos y dos no suman cuatro.

DUQUE DE WELLINGTON

40. ASTURIAS: EL ÍDOLO PÉTREO

A veces se construye una estatua, un templo o monumento para dejar claras las intenciones que se buscan y a veces se aprovecha lo que ya está allí, dispuesto por la naturaleza, para potenciar los efectos de lo que se cree. *In illo tempore* ocurrió con Peña Tú, en el concejo asturiano de Llanes.

En el año 2003 asistí como ponente al III Congreso de Escritores y Periodistas de Turismo, Viajes y Aventuras, en Llanes, y Fernando Sánchez Dragó habló del ídolo de Peña Tú diciendo que era el principal monumento del tubalismo hispánico, e hizo —como era de esperar—, alusión a la raíz etimológica de este término basado en cultos y ritos de toros en épocas prehistóricas, a una posible representación de Túbal o Tu-Baal, a cruces semánticos y fonéticos entre las raíces bur-tur con que se llega al nombre de Peña-Tú con el significado de «risco del toro» o del «buey indómito», y demás historias relacionadas con tan singular enclave mágico. Durante el coloquio, una persona de la localidad levantó la mano y soltó de golpe:

—¿No será que el nombre viene de «peñatu», que es como llamamos los asturianos a esta clase de peñas?

A todos, incluso al propio Dragó, se le abrieron los ojos del entendimiento a tan intrincado misterio. Tantos años elucubrando sobre el origen del nombre y resulta que proviene del bable «peñatu». ¿Y si fuera cierto? Otra teoría habla de Peña del Atún, pues al parecer esa forma se divisa en alta mar cuando los barcos merodean la costa. En el siglo XVIII, en un documento de deslindes del lugar de 1712, se hacía mención a la Peña Atuna, Piedra Atún o Piedra Tú.

Está a unos diez kilómetros de la población, en el término de Puertas de Vidiago, pero antes hay que hacer una parada previa. En agosto del 2006 se inauguró un Aula Didáctica, una especie de Centro Interpretativo de Peña Tú que es visita obligada como antesala a lo que luego veremos en vivo y en directo. Hay paneles explicativos del hallazgo del ídolo y una reproducción de la roca declarada Patrimonio Nacional Prehistórico de alto interés desde el año 1923.

A Peña Tú hay que ir adrede, sabiendo adónde vas, para descubrir un increíble monumento natural reconocido y marcado como sagrado por generaciones de hombres antiguos que veían en él a una entidad protectora y, por tanto, algo digno de protegerse.

A este ídolo los lugareños lo llamaban «Cabeza del Gentil», una denominación que recogió el conde de la Vega del Sella y Eduardo Hernández Pacheco a principios del siglo XX, lo cual ilustra la idea de

ser un lugar de veneración. La palabra «gentil», como la de «mouro», indica una raza legendaria pagana que habitó en un tiempo pasado muy lejano, no datable cronológicamente por la gente del pueblo.

Cuando se descubrió e investigó oficialmente este monumento, en 1913, era una época donde en España estaban ocurriendo muchas cosas a nivel arqueológico y paleantropológico. Desde que en 1879 se descubrieran las pinturas de la cueva de Altamira y en 1893 se hiciera lo propio con la Dama de Elche, se empezó a despertar interés por esta clase de hallazgos, que se fueron repitiendo en el inicio del siglo XX. Lo malo es que al poco de descubrirse Peña Tú empezó la Primera Guerra Mundial y no eran momentos favorables para la divulgación de esta clase de descubrimientos en el resto de Europa.

Tuve la suerte de verlo con las explicaciones del catedrático de Prehistoria de la Universidad de Oviedo Miguel Ángel de Blas Cortina, quien nos contó que el peñasco está en la Sierra Plana de la Borbolla, un valle fértil regado por el río Purón, y que en realidad eso que veíamos desde un punto de vista geológico era un paquete de cuarcitas ordovídicas. Era una forma de quitar misterio al pedrusco, aunque solo en parte. Señaló que tanto el lugar como los alrededores eran únicos en toda esa zona. El enclave cumplía el viejo principio de «ves y eres visto», concepción especial en las sociedades primitivas. Y todo esto ocurre en Peña Tú. En esa zona la densidad de la población en la Prehistoria (estamos hablando del Neolítico) era alta porque existían buenas posibilidades de recolección, pesca, marisqueo y caza.

Lo más seguro es que esas tribus subieran a esta sierra y descubrieran la singularidad de esta roca con forma extraña de animal, de promontorio, de faro, de dios y hasta de antena. Cada uno vería lo que quería ver, fruto de la pareidolia, pero todos coincidirían en que este peñasco, por su propia ubicación, estaba «señalado» por los dioses. Y había que adornarlo y modificarlo.

Fueron ellos los que reconocieron una morfología singular que lo convertía en un santuario, sencillamente porque las condiciones geológicas y demográficas lo permitían. Todo un «centro de poder, de decisión y referencia espiritual del oriente de Asturias durante miles de años», nos explicó. Y especificó que fue un periodo que duró entre seis mil y ocho mil años, nada menos. Más longevo de lo que han asegurado algunos arqueólogos. Los grabados y pinturas de Peña Tú están orientados al este, a la salida del sol. Hasta en eso fueron puntillosos.

De Blas dice que para apreciar la grandeza de Peña Tú hay que hacerlo con un recorrido preciso. Primero hay que ver el perfil de la roca, ver la cabeza de un reptil con la boca abierta. Y efectivamente,

aunque hay castaños que dificultan un poco esa visión, se puede ver esa silueta con el fondo del cielo. Sería un zoomorfismo. El continente (el insólito peñasco) da valor al lugar y por eso se graban imágenes, el contenido. Peña Tú no se puede ver de manera estática, hay que rodearla para verla con los ojos de nuestros antepasados, para darnos cuenta, al igual que se dieron cuenta ellos, de que esa roca no es una roca cualquiera, que no hay otra igual a cientos de kilómetros a la redonda, que estaba ahí, marcando y definiendo un lugar sagrado.

El siguiente paso es colocarnos sobre una piedra elevada, hacia el sur del monumento. Hay que tener cuidado porque el precipicio está en el mismo borde. Situando los pies en esa piedra se pueden apreciar tres cazoletas alargadas que tienen una curiosa forma: como si fueran los dedos y garras de un reptil. Desde allí se puede ver la cabeza, el cuerpo y hasta una pata del bicho. En esa pared vertical se aprecia una morfología que recuerda la piel de un reptil, con una estructura escamada. Para la mentalidad de un hombre del Mesolítico, era la clara representación de un animal reptiloide. ¿Qué más pruebas necesitaban para saber que estaban ante un lugar único? Y lo que hicieron fue sacralizarlo en varias etapas. Primero, los hombres del Paleolítico y luego los del Neolítico lo convierten en santuario, en tumba, en lugar de ceremonias, de rituales y sacrificios.

Si nos ponemos en su mentalidad —y así lo sugiere De Blas— cabría pensar que la roca está llena de fuerza y eso se transmite a los que están allí. En los alrededores se han encontrado sesenta túmulos, algunos con cámaras funerarias en su interior y la mayoría en muy mal estado. Los más antiguos pueden tener más de cinco mil años y se los denomina con el sugestivo nombre de «cofres dolménicos». Es una clara referencia a la memoria de los linajes que por allí han pasado en un mecanismo de legitimación: «Donde están mis muertos está mi lugar». Y para que quede constancia se realizan pinturas rupestres en color rojo, figuras esquemáticas representando seres humanos y colecciones de puntos, en un primer momento. Luego se hicieron grabados más sofisticados, como ese famoso ídolo de más de un metro de alto. Al menos hay tres etapas diferentes de asentamientos y de personas que quisieron dar una mayor singularidad al enclave talismánico.

Hoy día el monumento está rodeado por dos vallas: una perimetral que se colocó a mediados del año 2006 y una más próxima al monumento de Peña Tú que impide ver de cerca los relieves y las pinturas, para preservarlas de un deterioro mayor del que ya han sufrido. Si podemos acceder al interior, veremos que hay una plataforma labrada debajo de las pinturas, es decir, que no es de

origen natural, sino que alguien labró la piedra para que tuviera la forma de altar en el que colocar algo o a alguien.

El ídolo de Peña Tú es un término muy ambiguo y posiblemente para Miguel Ángel de Blas no sea un ídolo religioso, sino un personaje de carne y hueso, el jefe de una tribu o clan representado tal vez vivo o tal vez muerto. Al personaje en cuestión solo se le ven los ojos y la nariz y tiene una serie de trazos, rayas y símbolos. Parece estar envuelto en una gran vestimenta de jefe tribal, con la cabeza cubierta por un tocado o penacho. Sin embargo, puede tener otra interpretación: pudiera corresponder a sus ropajes mortuorios. En su extremo inferior asoman los pies (bueno, más bien su pie derecho provisto de cuatro dedos, pues el izquierdo está deteriorado y tan solo se intuye).

El ídolo y el puñal (que no espada) es lo último que se graba en esta parte de la pared rocosa. ¿Una ofrenda mortuoria? El que lleva el puñal es como el que lleva la pistola, indicando que es el jefe. Se sabe que tenía que ser un puñal de cobre por la forma genuina de la Edad del Cobre, unos 1.700 años antes de nuestra era.

Otra pista valiosa que nos da Peña Tú es la ubicación del ídolo. Está casi fuera del panel porque cuando llegó la nueva generación no podía suplantar lo ya existente. Hasta hace poco se ha creído que esa figura era la más antigua de todas las representaciones y, sin embargo, fue la última en hacerse.

Los habitantes que por allí merodearon (estamos hablando sobre el año 1800 a.C.) quisieron beneficiarse de lo que ya existía y se legitimaron respetando lo que ya había. Y lo que había eran unas pinturas alusivas a animales en color ocre. Por eso el ídolo está a la derecha, casi cayéndose de la roca, y el puñal no está donde debería estar, en la parte de abajo, a la altura de la cintura del ídolo. Está en una parte superior, casi antinatural, por la sencilla razón de que hay una pintura antropomorfa roja debajo y no quisieron destruirla. A todos les inspiró mucho respeto esta roca zoomorfa e hicieron lo posible para cuidarla y preservarla, creyendo que así estarían más cerca de su potencial energía y de la protección de sus dioses.

En definitiva, el ídolo representa una tercera generación de artistas que llegaron al lugar y vieron que tan solo les quedaba ese espacio libre para hacer ese extraordinario grabado rodeado de rayos y con un puñal a su izquierda.

En siglos posteriores se van produciendo diversos vandalismos. Por una parte, graban cruces en el panel para cristianizar el lugar en su clásico intento de alejar a entidades paganas y demoniacas. Siempre ha sido así. Por la forma, parecen ser cruces de la Baja Edad

Media. Al cristianizar el lugar se reconoce que ese poder atávico sigue existiendo y hay que canalizarlo. Sigue siendo un lugar de culto, un lugar eminentemente mágico. El último episodio de la barbarie son los restos de un fusilamiento. Hay impactos de bala sobre la parte baja del ídolo. Pero no son balas de la Guerra Civil española sino anteriores a 1912, fecha del descubrimiento. Posiblemente sean impactos del siglo XIX. ¿Por qué? No parece el lugar indicado para el fusilamiento de una persona. Todo indica que estaban «ejecutando» al Gentil.

Este episodio sería simultáneo a la época en que muchos intentaron buscar un tesoro en las inmediaciones de Peña Tú. Abundaron leyendas y libros de magia donde se decía que debajo o cerca de allí había un pellejo de vaca repleto de pepitas de oro. En cincuenta años hicieron más daño que en cincuenta siglos. Los túmulos funerarios se saquearon y se vendieron las piezas de bronce que se encontraron, pensando que eran de oro. Nunca se encontró ningún tesoro.

Teorías sobre el significado de sus pinturas abundan más que las setas de ese mismo enclave, donde por cierto se pueden encontrar con facilidad ejemplares de *Amanita muscaria*. En la parte inferior, seis figuras antropomorfas están al lado de otra central que empuña un cayado o un bastón de poder. El antropólogo asturiano Constantino Cabal creyó que se trataba de una danza ritual, el antecedente al pericote, típico baile de Llanes, en el que participan seis personas, separadas en grupos de tres, y que se danza al son de un tambor y una pandereta. No se necesita ser muy ducho en cuestiones de bailes populares para darnos cuenta de que la teoría de marras está cogida por los pelos por no decir que es descabellada, ya que estamos en presencia de unas pinturas que tienen una antigüedad de más de cuatro mil años y los antecedentes de la mayoría de nuestras danzas no se remontan a más de unos pocos siglos. Más bien parece la representación de una ceremonia chamánica para entrar en trance y ponerse en contacto con sus dioses, con o sin *Amanita*.

Faltaba la teoría de Amador Rebullida Conesa, quien cree que Peña Tú tiene un alto contenido calendárico y astrológico, viendo representaciones del Sol y de la Luna, que corresponderían a los ojos del ídolo.[60]

Personalmente, creo que la gran roca hacía las funciones de monumento apotropaico y que esa figura tan enigmática, llamada «ídolo de Peña Tú», representa a un dios, no a un guerrero o a un personaje con cierta influencia en la tribu. El cuchillo o puñal otorga poder, como ocurre con algunas estatuas que simbolizan a dioses que también están provistos de sus armas reglamentarias. La plataforma

bien pudo ser un altar para sacrificios de animales. No olvidemos que la sangre es la golosina de los dioses.

Una vez visto el ídolo y ya en la parte baja, si la sed y el hambre aprietan, recomiendo adentrarse en la localidad de Puertas de Vidiago para tomarse unos culines de sidra y una buena fabada, con fama en toda la zona: hasta el ídolo la conoce. No solo de espiritualidad vive el hombre…

41. CÁDIZ: LA COLUMNA TALISMÁNICA

La ciudad de Gadir siempre ha ocupado un lugar estratégico. Las crónicas árabes dicen que allí se levantó hace muchos siglos una de las numerosas estatuas talismánicas que servían para proteger determinados lugares y, a la vez, para marcar los límites del mundo conocido, civilizado y seguro. Algo grandioso que se ha perdido en la neblina del tiempo. No sabemos a ciencia cierta quiénes fueron sus constructores. Lo que sí sabemos es quiénes fueron sus destructores.

Durante quince siglos, desde la fundación de la ciudad de Gades por los tirios hacia el año 1001 a.C. hasta la caída del Imperio romano en el siglo V, se mantiene el culto a Hércules casi de manera ininterrumpida, asimilado a la divinidad fenicia Melkart, dando lugar al *Hércules Gaditanus*, que tenía su templo (llamado Heraklion), con dos grandes columnas en su entrada. También hablan de otra torre sólida con su ídolo encima, lo que nos induce a pensar que eran cosas distintas, aunque dentro de un mismo complejo arquitectónico. Donde estaba ubicado el santuario mítico es hoy un islote conocido como Sancti Petri.

Según el historiador latino Pomponio Mela, el templo se empezó a construir en la época de la guerra de Troya, que es como decir «en tiempos de Maricastaña», y tenía un ara con un fuego que nunca debía apagarse. Bajo el templo estaban enterrados los restos del semidiós Hércules, de ahí su gran fama y condición de foco de peregrinaje. Además, para dotarlo de mayor sacralidad, contenía reliquias paganas, como el cinturón del héroe griego Teucro, «el Arquero de Troya» y fundador de Salamina, y partes del árbol de Pigmalión, un olivo cuyos frutos no eran aceitunas verdes, sino esmeraldas.

Muchos personajes ilustres visitaron este templo. Tito Livio narra que Aníbal arribó a la isla para ofrecer al dios sus votos y que este le protegiera antes de emprender la conquista de Italia. En este lugar, Julio César tuvo un sueño que le predijo el dominio del mundo.

¿Qué era ese ídolo que los autores denominan, asimismo, almenara y talismán? A simple vista era una construcción coronada por una estatua antropomorfa de gran perfección, a la que atribuían dos funciones: un poder sobre el mar que mantenía cerrado o abierto para la navegación y conservar la integridad y estabilidad política de la península.

El que más detalles proporciona sobre el ídolo es el viajero granadino Abû Hâmid al-Garnâtî (siglo XII) en su obra *Elogio de algunas maravillas del Magrib*, quien nos pone en situación, teniendo en cuenta que el mar Negro que menciona es el océano Atlántico:

Y en la confluencia de los dos mares hay una isla en la que hay una almenara de roca de pedernal en la que el hierro no puede hacer mella jamás. Tiene unas bases muy sólidas y no tiene ninguna puerta. Sobre la almenara hay una estatua en forma de ser humano, negra, envuelta en un manto que parece de oro y cuya mano derecha está extendida hacia el Mar Negro como si señalara con el dedo hacia algo. Y Dios sabe para qué se hizo esta estatua.[61]

Tanto le debió de impactar que, en su otra obra, *Tuhfat al-albâb* (El regalo de los corazones), aporta algunos datos más:

Hay una isla en Al-Andalus, en el punto donde confluyen el Océano Negro y el Mar de Rûm, donde se levantó una torre de piedra negra, en la que no fue utilizado el hierro. Mide cien codos de altura o más; de base cuadrada, su parte superior es redonda y carece de puerta por ser completamente maciza. En lo alto hay una estatua que representa a un hombre, al parecer de raza negra, envuelto en una túnica de oro, que viste de una manera extraña y singular. El hombro derecho lo lleva al descubierto, tiene extendidos el brazo y la mano, y con el dedo índice señala a la parte izquierda del Magrib, en el Océano Negro, en ademán de asir unas llaves. En este océano se levantan olas tan enormes como montañas y ningún barco se aventura en sus aguas, por los peligros que ello entraña. Pero solamente Dios conoce la verdad.

Hay más textos que se refieren a esta estatua talismánica, aunque lo esencial lo dijo este granadino. La primera vez que leí algo sobre esta columna fue gracias a un artículo de Andrés Guijarro, filólogo, arabista, traductor, licenciado en Filología Árabe y Estudios Árabes e Islámicos por la Universidad Complutense de Madrid. En pocas palabras, todo un experto en temas judíos e islámicos, rastreador de viejos textos como el que hemos citado en el que se describe una de las marcas que en la Antigüedad señalaban el límite físico del mundo conocido y, por ende, una de las estatuas talismánicas que se levantaron para la protección de lugares y colectividades. Las teorías sobre si era un monumento conmemorativo o funerario no parecen factibles, pues estaba ubicada a nueve kilómetros de la necrópolis de Cádiz.

La base medía 36,60 metros, con una altura total de 89, a la que habría que añadirle la estatua de su cúspide. Una bestialidad. Los autores antiguos afirman que se trataba de una piedra muy dura de color negro y origen desconocido, que no podían identificar y a la que llaman *kaddan* (se cree que podría ser piedra ostionera). El ídolo estaría hecho de cobre, bronce o una aleación de metales, incluso se hablaba de oricalco, y que el ropaje que cubría a la figura era de oro rojo (los cronistas más informados dicen que, en realidad, era de latón recubierto por una fina capa de oro). En el pecho de la estatua había una inscripción con «unas escrituras antiguas» cuya finalidad era advertir al viajero de que su camino terminaba allí. Más allá, *plus ultra* —como reza el lema de las columnas de Hércules— el mundo

peligroso y desconocido…

La ausencia de aberturas o de puertas para acceder al interior indica que no era un faro convencional como el Coloso de Rodas o el faro de Alejandría. La gente de Al-Andalus pensaba que esta estatua ejercía un cierto poder sobre las embestidas del mar y la llegada de enemigos. Una barrera invisible y energética cuyos efectos los sentían las aves que se posaban en ella al caer fulminadas. La mayoría de los autores musulmanes que hablan de esta gigantesca estatua la localizan en la *yazîrat Qâdis* (isla de Cádiz) o en «una isla situada en la confluencia de los dos mares», expresión esta de profundas resonancias coránicas (Cor. XVIII, 60). La *yazîrat Qâdis* parece corresponder a la actual Isla de León, que comprende las islas de Cádiz y de San Fernando.

¿Qué era este ídolo (*sanam*) al que los autores islámicos no dudan en catalogar de *tilasm* (talismán)? Hay teorías para todos los gustos. Desde las teorías que atribuyen su construcción a Hércules o bien a Alejandro Magno (así lo afirma al-Garnâti) y lo que dice la arqueología contemporánea: se trataría de una construcción romana de carácter conmemorativo utilizada por los navegantes de la zona como punto de referencia en sus travesías desde la bahía de Cádiz hacia puertos magrebíes. Las fuentes cristianas medievales identifican la integridad de la columna con la estabilidad política de Al-Andalus, que mientras estuviera erguida evitaba que los bereberes del otro lado del mar invadieran la península.[62]

En el capítulo IV del *Pseudo-Turpín* (a su vez libro cuarto del *Liber Sancti lacobi-Codex Calixtinus*) titulado «De ydolo Mahummet», escrito en el siglo XII, se narra cómo Carlomagno destruyó todos los ídolos e imágenes que encontró en Hispania, excepto el *Salam Cadís*, que le pareció impresionante y, según dicen los sarracenos, lo fabricó personalmente Mahoma. El cronista Silio Itálico habla sobre su construcción y mantiene que: «Se emplearon esclavos inmortales, que solía ser achacado a que Hércules en su magnanimidad les había transmitido parte de su poder para la construcción de esta torre».

Una leyenda normanda ratifica su poder mágico y cuenta que en el siglo XI un caudillo vikingo, Olaf, que había saqueado varios puertos de Portugal, cuando llega a esta torre tiene un sueño en el que ve una escalera que sube al cielo y se le aparece entonces un hombre similar al de la estatua de Cádiz que le advierte que coja sus drakares y sus bártulos y regrese cuanto antes a su país, cosa que finalmente hizo presa de un temor supersticioso. Corría el año 1014 y se trataba nada menos que de Olaf Haldradson, quien después sería san Olaf, rey de Noruega.

Tras años de prosperidad y pacífica convivencia en la isla de Qadis, la caída de una de las llaves que portaba el ídolo supuso un mal fario. Los agoreros dijeron que se avecinaba una importante desgracia. Al Himyari cuenta que la llave cayó en el 400 de la hégira (1009 de la era cristiana) y, según testimonios de gaditanos que consultó: «La llave era de hierro y pesaba unas ocho libras en la báscula» (el cronista Kazwini solo le concedió tres libras, sería otra báscula).

Fuera quien fuera su legendario arquitecto, lo cierto es que el ídolo se destruye en el año 1145 por orden del almirante almorávide Ali Aben-Muza Aben-Maimun, para hacerse con el oro con el que supuestamente estaba hecha la estatua, si bien su recuerdo perdurará hasta el siglo XVI, cuando es mencionada por varios autores cristianos en cuyas obras se vuelve a poner de manifiesto su identificación con uno de los pilares levantados por Hércules en el extremo occidental del mundo, las célebres «Columnas de Hércules».



Una obra titulada *Dikr bilad Al-Andalus* (Mención del país de Al-Andalus), hace referencia a la isla, al templo, a la torre y a su destrucción:

En esta isla se halla el monumento llamado Ídolo de Cádiz, situado a la orilla

> del mar; en altura, perfección y belleza, esta obra no tiene otro parangón que el monumento de la ciudad del faro, en Yillīqiya (Galicia). El Ídolo de Cádiz era una almenara de cien codos de altura… sobre la que aparecía una imagen antropomórfica de maravillosa naturalidad, equilibrio y tamaño; su rostro se volvía hacia occidente, donde está el Océano, y envolvía su cuerpo en un manto, protegiéndose del norte… Este faro constituía para los musulmanes un guía en el mar, pero fue destruido por Alī'Īsà b. Maymūn en el año 540 (1145-46), cuando se rebeló en la ciudad de Cádiz.[63]

La desgracia cayó sobre él. Poco tiempo después, murió violentamente en las revueltas de Al-Andalus, cumpliéndose esa maldición no escrita para quien destruyese un objeto sagrado o un talismán de estas características, y los ejércitos cristianos comenzaron con éxito, por Córdoba, las batallas que los llevarían a la conquista del territorio y a la ocupación definitiva de la isla de Qadis.

Una leyenda árabe muy simplona del siglo XVII, que se acompaña con la imagen del Ídolo de Qadis, aparece en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Francia. Es la única representación gráfica que tenemos de esa torre y con un estilo bastante naíf. Resumo la leyenda que nos cuenta al-Maqqari. Antes de que los musulmanes conquistasen Al-Andalus, gobernaba la isla de Cádiz un rey griego que tenía una hija de gran belleza a la que pretendían los reyes de las tierras vecinas. Como manda la tradición, la joven princesa puso sus condiciones. Solo se casaría con quien construyera en su isla un talismán que impidiera la entrada de los enemigos o con quien fuera capaz de traer a la isla agua potable desde tierra firme. Caprichosa, la joven. Dos pretendientes empezaron a trabajar en cada uno de los difíciles retos que se propusieron, por lo que hubo que preguntar a la princesa con cuál de ellos se casaría, a lo que ella contestó: «Me casaré con quien primero termine la obra que ha emprendido». Uno edificó junto al mar una máquina hidráulica y el otro una torre con una estatua que poseía virtudes mágicas. Era la figura de un hombre barbudo, con un vestido tipo túnica, cinturón y un manto dorado que, colgándole desde los hombros, le caía hasta la mitad de las piernas. Se cuenta que el primero en finalizar la obra fue el constructor del acueducto, pero el rey, temiendo que la obra del talismán se dejase inacabada, impidió que ese hecho se proclamara. Cuando el otro pretendiente terminó de edificar la torre, se le informó de que el ganador había sido el constructor del artefacto hidráulico. La noticia le resultó tan insoportable que subió a lo más alto de su torre y se arrojó al vacío. De esta forma, el rey y la princesa de la isla consiguieron las dos cosas: el agua potable y el talismán, un dos por uno, y desde entonces el océano se embraveció, con olas como montañas, cerrando la isla a la llegada de flotas enemigas.

El escritor gaditano Francisco Javier Castro se inspiró en esta columna y escribió la novela *Al-Sanam: la caída del Ídolo* (2005), en la cual juega un papel crucial la vida en una ciudad portuaria que en aquella lejana época vivirá uno de los capítulos más oscuros, intrigantes y decisivos de su historia.

Pero atentos, que Hércules sigue dando coletazos. Lo veremos en el capítulo dedicado a Toledo. Habría al menos tres ídolos conmemorativos de este héroe repartidos en tres puntos: en Cádiz, en Galicia (suponemos que se refiere a la Torre de Hércules tras liquidar a Gerión y usar su cráneo como cimiento para la torre y fundar Crunna, o sea, La Coruña) y en la ciudad de Narbona (eso dice al menos la *Crónica del moro Rasis,* del siglo X, en la que no nos adentraremos).

Son muchos los factores que convierten a Hércules en protagonista idóneo de los mitos fundacionales de la historia de España. Todo un paradigma de héroe griego, cuya figura le permite permanecer en el imaginario popular rescatado una y otra vez por las monarquías medievales y renacentistas.

42. EL TOLEDO ENCANTADO

El teósofo Marío Roso de Luna escribió una narración titulada *La venta del alma. Una página del Toledo judío* (1923), donde cuenta cómo encontró el manuscrito de un sefardí. En él dice que un joven judío, Illán Levi de Fez, registrando en los muebles de su tío, halló una llave que abría un subterráneo laberíntico. Descubierto por su tío, este le pone en antecedentes sobre el lugar y los tesoros que en aquel subterráneo se ocultan:

> No ignoras —le dice— las desgracias de nuestra raza, doquier perseguida y doquier potente. De la catástrofe que arrebató a mis padres y a mis deudos a poco de tú nacer, solo he sobrevivido yo, aquí en este vetusto Toledo ciudad que, según tradición constante, el Señor fundó cuando hizo el sol, porque cuando le encendió con su divina llama ya estaba en su mente hacer a ella sol de la divina hispana tierra. El poder de la inquisición misma contra los míos se hubo de doblegar al invencible de mi blanca magia cabalística, heredera directa de la que Tubaal, Tu-it-it o Hércules enseñaron en estos lugares mismos después del gran Diluvio. Y yo quedé aquí, rodeado de un puñado de elegidos poseedores del secreto de la Piedra filosofal, la Clavícula de Salomón y el Génesis de Henoch, base de la desdichada Apocalipsis, amén de las colecciones de Pistorius, de las teosofías de Porfirio y de otros secretos de nuestro pasado, tales como el de ese tesoro que la fatalidad os ha hecho descubrir.[64]

Roso de Luna y otros grandes investigadores de la historia oculta sabían que Toledo es una de las ciudades más mágicas del mundo y epicentro por excelencia de la magia hispana. Partimos de la premisa de que la vieja *Toletum* es una ciudad de ciudades, es decir, tenemos el Toledo carpetano, el romano, visigodo, musulmán y cristiano, sin olvidar el elemento judío. Todas y cada una de estas culturas han contribuido desde el punto de vista histórico, cultural, artístico, patrimonial pero también mágico, a construir el mito del «Toledo encantado».

Nos encontramos ante la ciudad con mayor número de leyendas constatadas de todas las temáticas posibles y algunas llevan a la fundación de la misma por un nieto de Noé o, incluso, llegan hasta el semidiós griego Hércules. Se ha hablado por activa y por pasiva de la leyenda de «La cueva de Hércules y el Palacio encantado» como núcleo desde donde partió la enseñanza de la nigromancia toledana y que a la par enlazó con uno de los sucesos más traumáticos de la historia de España: la caída del reino visigodo de Toledo con la famosa profanación del malogrado monarca Rodrigo y la consecuente invasión musulmana.

La leyenda del Palacio Encantado, o Cueva de los Cerrojos, nos pone en antecedentes de un mito universal cual es la profanación de

un recinto sagrado y la maldición que eso conlleva. Es como si violáramos un tabú, destruyéramos un talismán y eso acarrea consecuencias funestas y nefastas para el que lo ejecuta y para el pueblo o reino que representa.

El gran erudito Marcelino Menéndez Pelayo hace un resumen de esas leyendas que indican que Toledo fue la llave y la clave para que un reino cayera y empezara una nueva etapa en Hispania:

> El monte que sirve de asiento a la ciudad de Toledo está casi todo hueco. Estas cuevas, o algún edificio ruinoso por donde se penetraba en ellas, habían dado ya motivo a una célebre ficción arábiga, transmitida a nuestras historias. Cuenta Abdelhakem (murió en 871) que había en España una casa cerrada con muchos cerrojos, y que cada rey le aumentaba uno, hasta el tiempo de D. Rodrigo. Este no quiso echar el cerrojo, sino entrar en el Palacio Encantado, donde halló figuras de árabes con esta letra: «Cuando el palacio se abriere, entrarán en España los que aquí están figurados». Al-Makkari habla de un pergamino hallado por D. Rodrigo dentro de un arca en la casa de Toledo... Todavía es más curiosa la relación de Pero Días de Games en su *Victorial*, si bien la da por cuento. Hércules edificó en Toledo una gran casa de dos naves, con puertas de fierro y cerrojos. Cada sucesor añadía uno. Pero D. Rodrigo la abrió, y, en vez de los tesoros que esperaba, encontró tres vasijas, con una cabeza de moro, una langosta y una serpiente… Mejor contado está en la *Crónica general*: «Cuando el palacio fue abierto, non hallaron en él ninguna cosa, sino una arca, otrosí cerrada, y el rey mandóla abrir, y no hallaron en ella sino un paño pintado, que estaban en él escritas letras latinas, que decían así: «Cuando aquestas cerraduras serán quebradas y el palacio y el arca serán abiertos, y los que yacen lo fueren a ver, gente de tal manera como en el paño están pintados entrarán en España... E en a aquel paño estaban pintados homes de caras y de parecer e de manera de vestidos, así como agora andan los alarbes, y tenían las cabezas cubiertas con tocas».[65]

Varios cronistas árabes recogieron esas leyendas y uno de los más antiguos fue el pseudo Ben Qutaiba en Imamat wa-l-Siasat, que además nos habla de los objetos de gran valor que se encontraron en su interior, incluyendo la mítica Mesa de Salomón:

> Luego Musa marchó a través del país, hasta que llegó a la ciudad de los reyes, donde encontró un palacio llamado la «mansión de los monarcas», denominado así por la circunstancia de haberse hallado allí veinticuatro diademas de oro, una por cada uno de los reyes que habían reinado en España. Cada diadema tenía una inscripción que decía el nombre del rey al cual había pertenecido, el número de hijos que había dejado, el día de su nacimiento, el de la subida al trono y el de la muerte; porque había la costumbre, entre los soberanos godos de España, que la diadema usada por cada uno de ellos durante su vida debiera, después de muerto, ser depositada en aquella mansión. Además de estos tesoros encontró Musa en el mismo palacio una mesa en la que estaba el nombre de Salomón, hijo de David (sobre ambos sea la paz) y otra mesa de ágata. Cuando Musa vio estos objetos, los puso inmediatamente bajo la custodia de personas de confianza, elegidas por él, y los ocultó a los ojos de los

> suyos, pues tal era el valor de estos y otros preciosos objetos encontrados al tiempo de la invasión de España por los musulmanes, que no hubo un solo hombre en el ejército que pudiera (ni aun aproximadamente) apreciar su valor.[66]

Las «Profecías de los Falsos Cronicones», escritas paralelamente en el tiempo en que el cardenal Juan Martínez Silíceo envió una expedición desde el callejón de San Ginés n.º 3 hasta La Cueva de Hércules, en 1546, advierten que el final del mundo conocido comenzará con el descubrimiento de la legendaria Cueva de Hércules, cuando se entre por tercera vez en ella. En una de estas profecías se afirma que, dentro de la catedral de Toledo y en lo alto del altar-retablo que se levanta sobre la cripta, frente al llamado «Transparente», existe la figura de un ángel sosteniendo un pez. Se trata de una figura realizada por el pintor y escultor Narciso Tomé. Pues bien, según siguen relatando estas profecías, el día que se entre de nuevo en la Cueva de Hércules, el pez del ángel caerá al suelo de la catedral y será la señal inequívoca que anunciará el acontecimiento de una gran hecatombe que se extenderá por toda la Tierra, empezando por Toledo, y será el fin caótico de la Iglesia católica y de las organizaciones oscuras. Toma ya.[67]

Esta tradición la recoge un personaje tan pintoresco y ajeno a Toledo como fue el marqués de Sade. En *Los crímenes del amor* (1799) incluye un cuento alegórico que titula «Rodrigo o la torre encantada», en el que el marqués da su versión libre y fantaseada:

> Mientras el peligro aumenta, el desgraciado monarca está en vísperas de ser echado del trono; se acuerda entonces de un monumento antiguo que hay por los alrededores de Toledo, el que llaman la Torre Encantada; la opinión vulgar cree que está llena de tesoros; el príncipe corre a ella con el propósito de aprehenderlos; pero no es posible entrar en el tenebroso reducto. Una puerta de hierro provista de mil cerraduras le impide tan bien el paso, que ningún mortal ha podido todavía penetrar en ella. En lo alto de esta puerta terrible se lee en caracteres griegos: «No te acerques si temes a la muerte». Rodrigo no se asusta por esto: se trata de sus Estados, toda esperanza de encontrar fondos está perdida absolutamente: manda romper las puertas y sigue adelante.

El rey, tras cruzar varias salas con las más horrendas y dantescas visiones, penetrará en los mismísimos infiernos, donde habrá de seguir su búsqueda por lagos inflamados de fuego, volcanes sangrientos, llanuras gélidas pobladas de gigantes… hasta obtener por fin el tesoro apetecido. Pero los moros ya están invadiendo todo su reino y lo abate un guerrero, que resulta ser Florinda la Cava, en plan travestida y vengativa.

Es un hecho cierto que Toledo fue considerada la capital de la nigromancia desde la Edad Media hasta pleno siglo XVIII, el siglo de las luces. Incluso Gerberto de Aurillac, el monje benedictino que llegaría

a ser con el tiempo el papa Silvestre II, llega a Toledo a la edad de veinte años. Se escapó del convento abandonando a sus profesores y compañeros para estudiar en las universidades más prestigiosas y encontrar maestros que le enseñaran algo nuevo. Pasó por Toledo, lugar muy famoso en aquella época por el conocimiento clásico y ortodoxo que se impartía a un alto nivel. También le interesaba aprender lo más heterodoxo, subterráneo y mágico, así que se inició en el arte nigromántico para aprender ciertos secretillos que luego le valieron el apodo de «Papa Mago». El inglés Guillermo de Malmesbury afirmó, en su *Historia de los reyes ingleses* (siglo XII), que se había marchado a España con el objetivo de «estudiar con los árabes astrología y otras ciencias. Bajo su dirección, en dos años, aprendió el significado del canto y del vuelo de los pájaros, conoció las fórmulas mágicas para invocar a los muertos y adquirió, en definitiva, unos conocimientos perjudiciales y saludables…». Uno de los extraños artefactos que se le atribuyen es la construcción de un autómata.

La tradición del Palacio Encantado, entendido como un amuleto mágico todo él, nos remite al contexto de un hecho indiscutible: mientras se mantenga inalterado, con sus cerrojos y su ajuar, todo el reino seguirá en paz, pero en el momento en que el *statu quo* se vulnere aparecerá ante el intruso un mensaje amenazante y los efectos protectores del talismán se desvanecerán en el aire dando entrada a una nueva etapa, no sin que antes se produzcan cambios trágicos.

En los *Mabinogion*, una colección de historias medievales galesas, hay multitud de referencias a esta clase de encantamientos y poderes extraordinarios que utilizaban los druidas, como un caldero capaz de resucitar a los muertos, el arpa de Teirtu que toca sola en las fiestas, la botella mágica que mantiene los líquidos fríos o calientes, el anillo que utiliza el caballero de Owein para convertirse en invisible, la niebla druídica para paralizar los movimientos de los hombres, los ungüentos que todo lo curan, la nube misteriosa que transporta a los guerreros a lugares desconocidos, etc. En esa obra se habla de tres talismanes que se colocaron en Bretaña para proteger al país de invasiones:

La cabeza de Vran, hijo de Llyr.
Los dragones encerrados en un arca de piedra en Dimas Emreis.
Los huesos de Gwerthevyr Vendight.

Los tres fueron profanados. El rey Arturo desenterró la cabeza de Vran porque quería defender la isla con su propia fuerza y no con hechizos, y en ese momento comenzó una época convulsa para Gales y el resto de Gran Bretaña.

El historiador Eliano refiere el incidente de Jerjes, hijo de Darío, cuya codicia le hace irrumpir en el sepulcro de vidrio del rey Belo, el

cual estaba lleno de un óleo sagrado y un mensaje en una columna decía: «Quien abriere esta arca, hínchela de aceite o le sucederá mucho mal». Jerjes añadió todo el que pudo sin que subiera el nivel y sufrió seguidamente un trágico destino. El investigador A. H. Krappe cuenta varios ejemplos similares repartidos por todo el mundo cuyo *leitmotiv* es la profanación de un santuario, monumento o tumba.[68]

Glosar el Toledo encantado, mágico, hermético y prodigioso es tarea compleja. Explicar por qué durante siglos ha sido foco de atracción para magos, alquimistas, nigromantes, astrólogos, viajeros… que fuera la sede de la Escuela de Traductores o la capital de reinos e imperios. Solo se me ocurre recurrir a unas estrofas populares que se atribuyen a Padilla y que recoge un libro de Moraleda y Esteban:

Trescientas cincuenta calles
tiene la Imperial Toledo,
en cada una cien encantos
y en cada encanto un portento.

43. ¿DIOS ES ESPAÑOL?

Durante mucho tiempo, sobre todo desde la Edad Media y en la época del Imperio español, se pensó que España tenía una cierta protección celestial, pues no era normal que ganara tantas batallas y que todo le fuera tan aparentemente bien a nivel de conquistas y descubrimientos geográficos.

En el siglo XIII alguien proclamaba: «Pues esta España que decimos, tal es como el Paraíso de Dios». Así comenzaba Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León, su definición de España en la *Primera Crónica General*. Un paraíso de Dios que cuando llegan los musulmanes en 711 lo debe compartir con Alá. Un cronista árabe, hablando de las hazañas increíbles del Cid Campeador, achacaba sus éxitos a ser un enviado divino: «Este hombre, el azote de su tiempo, por su ansia de gloria, por la prudente tenacidad de su carácter, por su heroica valentía, fue uno de los milagros de Dios».

Muchos reyes se creyeron inspirados por la Virgen o por algún santo cuando tomaban una decisión o emprendían una batalla. Las leyendas remarcan apariciones celestiales a monarcas castellanos y aragoneses, dejando rastro en advocaciones, escudos, banderas y blasones. Fernando III el Santo era uno de ellos. Llegaba a tal punto su devoción que prometió levantar una ermita a la Virgen de Valme, cerca de la localidad de Dos Hermanas, si conquistaba Sevilla, hecho que parecía casi milagroso dado el mal estado de sus ejércitos. Pese a ello, sus huestes se batieron con valor en noviembre de 1248 y vencieron. Por supuesto, ermita levantada.

En la *Cronica del seu Regnat*, crónica del reinado de Jaime I el Conquistador, este rey propone la última cruzada a nobles y templarios y los anima diciendo: «Lo hacemos en primer lugar por Dios, en segundo para salvar España y en tercer lugar para que nosotros y vosotros adquiramos buena fama y gran nombre por haber salvado España». Dios estaba primero, luego la gloria.

¿Qué tiene España de especial para que seamos tan «capillitas»? Cualquier nación europea, sobre todo en épocas convulsas, quiere tener a Dios de su parte. Nada como estar a bien con el «jefe». España tenía que hacer honor a lo de «católica, apostólica y romana». En las numerosas revelaciones que tuvo santa Brígida de Suecia (en el siglo XIV), declarada por san Juan Pablo II copatrona de Europa en 1999, pone cierto énfasis en los españoles porque en una de ellas la santa preguntó a Jesucristo por qué se preocupaba tanto de España y le respondió de manera harto singular: «Estos me necesitan más».[69]

Todo eso lo que hacía era reafirmar que *Spain is different* y no solo

se limitaba a un eslogan que se popularizó a finales del siglo XX. Cuando llegó la conquista y colonización de América y tras las victorias españolas en la batalla de Bicoca de 1522 y la batalla de Pavía de 1525 sobre los franceses (donde el propio Francisco I fue capturado y trasladado a Madrid), el poder del Imperio español sobre Italia era incontestable. Las naciones europeas la temían. Incluso las tropas de Carlos V llegaron a saquear Roma sin ningún tipo de cortapisa ni recato. Y no pasó nada, ni siquiera encarcelando al papa en el castillo de Sant'Angelo. Los italianos vieron en el desafío español un sacrilegio sin que obtuviera castigo divino y solo podía tener una única explicación: *Dios s'era fatto Spagnolo* (Dios estaba de parte de los españoles), lo cual venía a asemejarse a que la suerte siempre soplaba a su favor.

Y muchos lo creyeron.

Para poner la guinda a esta fe, ocurrió el llamado «milagro de Empel», uno de los pasajes más famosos de los tercios en Flandes, que, aunque eran una fuerza multinacional, estaban vertebrados claramente en torno a los infantes castellanos. De acuerdo con la tradición, el 7 de diciembre de 1585, el Tercio del Maestre de Campo Francisco Arias de Bobadilla quedó acorralado en la desembocadura del Escalda (Scheldt), a merced de la poderosa flota rebelde. Abrieron los diques de los ríos para inundar el campamento español y pronto no quedó más tierra firme que el montecillo de Empel, donde se refugiaron los soldados. Sin embargo, una súbita helada inmovilizó a la armada holandesa y permitió a la infantería española, que estaba desolada y hambrienta, asaltar a pie los barcos rebeldes. Frente a la absoluta e inesperada derrota holandesa, el almirante Holak claudicó con una frase que ya ha pasado a la posteridad: «Tal parece que Dios es español al obrar, para mí, tan grande milagro».

Asimismo, aconteció el fortuito encuentro de una tabla flamenca con la imagen de la Inmaculada Concepción por parte de un soldado español y todo ello fue visto como un presagio favorable y «un divino nuncio». Desde entonces, la Inmaculada Concepción fue proclamada patrona de los tercios y de la actual infantería española.

La eterna guerra de Flandes y la progresiva recuperación de poder por parte de Francia marcaron el principio del fin de la hegemonía militar de España. Así y todo, en 1625, el año de la Rendición de Breda, la expulsión de las tropas holandesas de Salvador de Bahía, en Brasil, y la exitosa defensa de Cádiz frente a los ingleses, el conde-duque de Olivares, henchido de orgullo, se atrevió a recordar que «Dios es español y está de parte de la nación estos días».

Y eso que en el descalabro de la Armada Invencible muchos

vieron un cambio de tornas y que ese buen agüero celestial se les había terminado. Solo regresaron a España 66 barcos y 10.000 hombres. En su forma popular, el libro de Modesto Lafuente —*Historia General de España* (tomo XIV)— pone en boca de Felipe II: «Yo envié a mis naves a luchar contra los hombres, no contra las tempestades. Doy gracias a Dios de que me haya dejado recursos para soportar tal pérdida: y no creo importe mucho que nos hayan cortado las ramas con tal de que quede el árbol de donde han salido y puedan salir otras».

En Inglaterra lo vieron de otra manera. Solo unos meses más tarde el jesuita Ribadeneyra escribía una apesadumbrada carta al privado de Su Majestad (probablemente don Juan de Idiáquez), en la que intentaba explicarle lo aparentemente inexplicable: Dios había prestado oídos sordos a las oraciones y súplicas de sus piadosos servidores. Ribadeneyra echaba la culpa a los pecados españoles, por omisión y por comisión. El historiador Arturo Morgado lo manifestó con estas palabras: «Se dice que Dios en la Edad Moderna hablaba español, pero después de la Armada, Dios cambió de idioma».

Tras la batalla de Rocroi en 1643 y sobre todo en 1658, cuando la batalla de las Dunas dejó al descubierto los puntos débiles de los tercios, ese soplo divino pareció extinguirse y España empezó a añorar tiempos mejores. Y el cambio drástico, ese cambio de era y de dinastía, se produjo en 1700 con la muerte de Carlos II el Hechizado. Muchos no entendían por qué Dios, sus ángeles de la guarda y sus santos protectores miraban ahora para otra parte. ¿Acaso España entera estaba hechizada por malos agüeros? Eso no impidió que se siguieran construyendo iglesias, que los obispos dieran sermones asegurando que el Sumo Hacedor seguía estando con ellos (y con los católicos, claro), que cada domingo las iglesias se llenaran con cientos de fieles o que se venerasen con más fervor si cabe las reliquias de los mártires.

Echando la vista atrás, España ha sido un país de contrastes y de extremos: de Dios o del diablo, de místicos o de herejes, de Inquisición o de heterodoxos, de evolución o revolución. Bendito país. Machado lo supo expresar en uno de sus poemas: «La España de charanga y pandereta, cerrado y sacristía, devota de Frascuelo y de María».

Y otro poeta, Federico García Lorca, en una carta escrita desde Nueva York fechada el 14 de julio de 1929, resumió esta cosmovisión hispánica, tan tradicional y tan apegada a sus costumbres, con palabras que tal vez sorprendan a aquellos que pensaban que Lorca era un ateo republicano:

> Esta mañana fui a ver una misa católica dicha por un inglés. Y ahora veo lo prodigioso que es cualquier cura andaluz diciéndola. Hay un instinto innato de

> la belleza en el pueblo español y una alta idea de la presencia de Dios en el templo. Ahora comprendo el espectáculo fervoroso, único en el mundo, que es una misa en España. La lentitud, la grandeza, el adorno del altar, la cordialidad en la adoración del Sacramento, el culto a la Virgen, son en España de una absoluta personalidad y de una enorme poesía y belleza… Lo que el catolicismo de los Estados Unidos no tiene es la solemnidad, es decir, calor humano. La solemnidad en lo religioso es cordialidad, porque es una prueba viva, prueba para los sentidos, de la inmediata presencia de Dios. Es como decir: Dios está con nosotros, démosle culto y adoración. Pero es una gran equivocación suprimir el ceremonial. Es la gran cosa de España. Son las formas exquisitas, la hidalguía con Dios.[70]

La palabra «Dios» estaba en boca de todos, para rezarle, ensalzarle o insultarle. En última instancia, Dios tenía la culpa o era la esperanza en los casos más desesperados.

Y si Dios no interviene directamente, hay que buscar a sus intermediarios. Me imagino que sabrán que eso del patronazgo es un título que se otorga a los santos y que les confiere una particular importancia como defensores o protectores de una nación, un pueblo, una congregación religiosa, una institución o una profesión. Los santos relacionados con oficios o gremios muy poderosos, como joyeros o jueces, han sido plasmados con más frecuencia en el arte que otros. Todo por una cuestión de dinero más que de fe. Como casi siempre.

Recurriendo a la mera cultura general, muchos dirían que el patrón de España es Santiago el Mayor, o sea, Santiago de Compostela. Otros apuntarán el nombre de la Inmaculada y algunos más, sobre todo si son de Ávila, dirían que santa Teresa de Jesús. Efectivamente, todos ellos son copatronos de España, así como la Virgen del Pilar lo es de la Guardia Civil y capitana general del Ejército español. O, ya puestos, sabrán que la Virgen de Guadalupe es la patrona de la Hispanidad. Pero la mayoría ignorarán que existe un santo Ángel Custodio, que también sería una especie de copratono.

Nuestra tradición cristiana ha hecho que tengamos una cierta obsesión por protegernos contra las tentaciones del diablo, los pecados, los accidentes, las enfermedades, la muerte súbita… Contra todo. Y por eso hemos llevado encima —y lo seguimos haciendo— cruces de Caravaca, rosarios, escapularios, reliquias de santos o medallas. Tenemos miles de leyendas de apariciones que hablan de curaciones milagrosas. Recriminamos a los paganos por hacer uso de sus dioses y talismanes y ningún católico que se precie prescindiría de alguno de los objetos antes mencionados. Y mucho menos de rezar a aquel que crea que le puede ayudar.

El origen de la tradición sobre los ángeles custodios se remonta al Antiguo Testamento. En el libro del Génesis (3:24) se dice: «Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén un querubín con espada de fuego, para guardar el camino del árbol de la vida». Esta representación de Ángel Custodio del Paraíso se concretará con posterioridad en eficaz protector de lugares, ciudades, naciones o reinos enteros. Sus atributos son la espada y el escudo del reino o la ciudad que custodian. En algunos casos, cuando las ciudades son villas reales, el ángel porta en la mano izquierda la corona real, para que no falte de nada.

Dicho lo cual, cuando decimos ángel custodio o tutelar, ¿a qué ángel nos referimos en concreto? En el año 787, durante el Concilio de Aquisgrán, se decidió que únicamente se admitían para el culto los

tres arcángeles: Miguel, Gabriel y Rafael, dejando fuera del bote a muchos ilustres como Uriel o Azrael. San Basilio (siglo IV) dijo: «Entre los ángeles, algunos están encomendados a las naciones, otros a los fieles». ¿Y el de España quién sería?

Los tres niños a los que se apareció la Virgen en Fátima dieron testimonio de haber recibido antes tres visitas de un «ángel» que, como nos cuenta sor Lucía dos Santos (1907-2005) en sus *Memorias*, los instó diciendo: «Yo soy el Ángel de su guarda, el Ángel de Portugal». Pero no dijo el nombre. Repito: ¿y el de España? Su nombre es santo Ángel del reino de España, sin especificar más. Y su imagen, como ángel guerrero, se encuentra en un altar lateral de la iglesia de San José, de la calle Alcalá, 43, de Madrid, con una forma física definida. Pasa desapercibido entre tanta peana y tanto santo.

También es verdad que ya no es lo que era. No hay muchas imágenes repartidas por el territorio español. Algún cuadro, algún azulejo, alguna estampa y poco más. No son fáciles de encontrar. En el escudo de armas que porta el santo Ángel están representados los antiguos reinos de Castilla, León, Navarra y Aragón. Y en el centro del escudo, y en la pared, la flor de lis de la casa de los Borbones. Tal como dice Eslava Galán, con su clásica ironía:

> Es de creer que fue el propio Santo Ángel Custodio del Reino de España el que se apareció en sueños a Fernando VII y le sugirió que solicitara del papa León XII el permiso pertinente para rendirle culto en España alegando «las debidas gracias al Señor por los grandes y continuos beneficios que recibe la nación española por medio de su Santo Ángel tutelar». El culto nunca prosperó demasiado, excepto en ambientes aristocráticos vinculados a la Pía Unión de Oraciones al Santo Ángel de España.[71]

Tiene su gracia que la devoción fuera iniciada por Fernando VII, que pasó de ser *El Deseado* a ser el *Rey Felón* casi con un chasquido de dedos, y que, durante los años de la Década Ominosa, más que ejercer de custodio, hizo todo lo posible por desprestigiar y desproteger su país. Es lo que tienen las monarquías absolutistas.

Sobre esta devoción tan minoritaria escribió monseñor Eijo Garay en 1917, cuando era obispo de Tuy:

> No se trata de una devoción de origen privado, que pueda parecer a unos o a otros más o menos acertada; se trata de una devoción aprobada por la suprema autoridad de la Iglesia, y litúrgica, oficial. La Santa Sede Romana, accediendo a los piadosos deseos del Rey D. Fernando VII, concedió a España que el día primero de octubre de cada año se tuviere la fiesta del Santo Ángel Custodio de este Reino, con oficio propio, para darle gracias por la asistencia con que nos favorece, por haber puesto fin al cautiverio del Rey y a tantas calamidades como acaba de pasar España y para impetrar su auxilio y protección en los tiempos venideros.

No sabía este monseñor que los tiempos venideros iban a traer

más desgracias, como una guerra civil y una dictadura.

Todo esto se enmarca en la creencia de que existían ángeles tutelares para cada nación, siempre que se lo merecieran, claro, al igual que antes había dioses paganos principales para cada pueblo, aparte de otros muchos secundarios. Fray Valentin Long (O. F. M.) afirmó: «Si san Miguel ha sido llamado el ángel de Israel (…) esto implica que también otras naciones disfrutan de la custodia de un ángel especial. Abiertamente (la Sagrada Escritura) declara que lo tienen los persas y los griegos».

Por si quieren conocer (y algunos aprender de memoria) la fervorosa jaculatoria a este santo Custodio, aquí se la dejo: «Virgen Inmaculada, Santiago Apóstol, santa Teresa de Jesús y santo Ángel, patronos de España, conservadnos en la fe y defendednos de los enemigos de nuestra patria».

Dos obras literarias del Siglo de Oro nos presentan al Ángel de España auxiliando a los cristianos durante la Reconquista. La primera de ellas es *El Bernardo o la victoria de Roncesvalles*, cuyo autor fue Bernardo de Balbuena (1568-1627), obispo de San Juan de Puerto Rico, y nos presenta al ángel brindando ayuda a los españoles contra las tropas de Carlomagno. La segunda es el auto sacramental de Pedro Calderón de la Barca titulado *La devoción de la misa* (1637), cuyo argumento es la victoria sobre Almanzor que alcanzó García Fernández (siglo X), segundo conde de Castilla e hijo del legendario Fernán González. Uno de los personajes principales sobre los que se articula esta obra dramática es precisamente el ángel, que ocupa su lugar en la batalla contra los moros mientras el conde asiste a misa.

Valencia, Barcelona, Mallorca, Córdoba y Zaragoza también han tenido y tienen su propio, genuino y particular ángel custodio y, que yo sepa, nunca han tenido ningún conflicto jurisdiccional con el santo Ángel de todas las Españas…

45. CUANDO ENTRAS EN UN TEMPLO CRISTIANO, ¿QUÉ VES?

Supongamos que hemos entrado en una iglesia, con fe o sin ella, da igual, y no nos hemos fijado siquiera a quién está dedicada, si a una Virgen, a Cristo o a un santo local, que no es lo mismo.

Veremos objetos, adminículos, reliquias, exvotos, pantocrátor, cuadros por aquí y por allá, cruces de diferentes formas, emblemas, pendones, iconografía religiosa variada… y tal vez vemos sin ver y miramos sin entender absolutamente nada, como cuando un anglicano entra en un templo jainista o un taoísta entra en una sinagoga.

> ¿Por qué una santa sostiene unas tenazas? ¿Por qué esa otra lleva en la mano una palma y se apoya en una rueda dentada rota? ¿Por qué ese santo se señala una llaga en la rodilla izquierda y la da de lamer a un perro? ¿Qué significan el sombrero y las borlas del escudo de ese obispo? Ni idea. ¿Por qué hay cruces con dos travesaños derechos y uno torcido? Cero. Ni puta idea.[72]

Así se expresa el historiador Juan Eslava Galán en un libro en el que intenta analizar esos símbolos que a veces no entendemos bien, pues nos hemos alejado de ese mundo simbólico que puebla nuestras iglesias católicas y ya no captamos sus señales, no sabemos leer sus símbolos, ni mucho menos interpretarlos. Una cosa es el laicismo y otra es la ignorancia. Un poco de cultura general nunca viene mal.

Llegados a este punto, les propongo un ejercicio de observación. Cuando entren en una basílica o una catedral, a ver si encuentran a san Cristóbal pintado a gran tamaño. Muchos ni se dan cuenta de ello. Y aquellos que lo vean quizá no sean conscientes de su profundo significado terapéutico.

Son imágenes de san Cristóbal llevando a cuestas al Niño Jesús, vadeando un río y apoyándose en el tronco de una palmera, en la creencia de que quien viera esa imagen no moriría al menos durante las veinticuatro horas siguientes. Durante la Edad Media, el gigante san Cristóbal (o san Cristobalón, como le llamaban algunos) adquiere gran preponderancia a través de la *Leyenda dorada*, de Santiago de la Vorágine, y se le suele representar en un cuadro o directamente pintado en las paredes y murales de las iglesias, casi siempre cercano a la puerta lateral derecha (también en las puertas de las murallas de entrada a las ciudades). Y cuanto más grande, mayor su protección, o eso creían. Se puede ver en la catedral de Toledo, la de Jaén, la de Murcia o la de Sevilla, entre otras muchas. En seguida fue proclamado como santo protector de muchos oficios peligrosos, aunque se le ha cuestionado en la reforma litúrgica que hizo la Iglesia en 1970, al ser retirado del martirologio romano por las evidentes dudas que plantea su existencia, lo que no es óbice para que, dada su popularidad, la

Iglesia acepte su culto local. De hecho, san Cristóbal o santa Bárbara se celebran en muchas parroquias, diócesis y ciudades donde la devoción perdura y son patronos.

Al asegurar la piadosa tradición que su imagen sirve para evitar muertes súbitas, especialmente en la carretera, son muchos los que lo llevan colgado en el salpicadero de su coche o camión, como si se tratara de un ángel de la guarda. Y hoy en día se sigue considerando a san Cristóbal como el patrón de los conductores.

Son detalles que forman parte de un lenguaje legendario, oculto, sagrado y simbólico que corresponde a un determinado templo y en los que se pueden apreciar posibles elementos de protección. Por ejemplo, si hay cruces de Caravaca, petos de ánimas, cuerpos momificados de santos, cuadros o estatuas de san Miguel Arcángel, del Sagrado de Corazón de Jesús o de la Inmaculada Concepción. O si en el rosetón, puertas o vitrales encontramos el Sello de Salomón. Aparte de su significado litúrgico y católico, todos ellos son verdaderos talismanes que, lo sepamos o no, ejercen o han ejercido una influencia en los fieles que los han visto. Y recalco el verbo «ver» pues es necesaria su visión para que tengan eficacia.

Pocos emblemas existen que sean adoptados por las tres religiones del Libro. Dos de ellos son la Estrella de David y el Sello de Salomón, que aparecen representados en sinagogas, mezquitas y catedrales. Sin olvidarnos de que también están en templos hinduistas. Dicho en otros términos: el pentagrama y el hexagrama, dos símbolos universales.

Al doble triángulo entrelazado los cabalistas lo llaman Sello de Salomón y Escudo de David (*Magen David*) indistintamente, así como Escudo de Mikael (*Mikael Malaki*, es decir, «el Ángel en quien se encuentra Mi Nombre»). Suele haber una cierta confusión entre el Sello de Salomón (de seis puntas o hexalfa o hexagrama) y la Estrella de David (de cinco puntas o pentalfa). Hoy en día se utilizan como sinónimas ambas expresiones y no voy a ser yo el que líe más la cuestión. Me refiero al signo del hexagrama —Sello de Salomón— que posee un significado similar al del ying y el yang, como representación de los opuestos, así como de nexo de unión entre el Cielo y la Tierra o plasmación ideográfica de la sabiduría divina.

La estrella de cinco puntas es el pentagrama de los pitagóricos, la estrella flamígera masónica, un símbolo «microcósmico», mientras que el doble triángulo es un símbolo «macrocósmico». Tuvo una gran importancia en la práctica y la iconografía alquímica: los dos triángulos simbolizan el fuego y el agua, la conciliación de los opuestos. Según Juan Eduardo Cirlot, también simboliza el alma humana.

El uso más conocido y ancestral fue siempre el de su carácter protector y mágico, sin que estuviera vinculado a ninguna religión en concreto. Así, en la Edad Media era habitual encontrar amuletos y talismanes que reproducían el Sello de Salomón, generalmente con la estrella inscrita en un círculo y acompañada de varios puntos. Se creía que estos dibujos protegían a su portador del influjo de demonios y espíritus maléficos o, simplemente, de la mala suerte. Era frecuente grabar el sello en los marcos o dinteles de las puertas de entrada a las viviendas o en los escalones de las escaleras, con ese mismo carácter frente a intrusos no deseados o ante posibles incendios. Se colocaba también en pilares, muros, dovelas de los arcos y en los rosetones de iglesias y catedrales. Y siempre servía de conjuro contra el mal, aunque los inexpertos en simbología crean que es un simple elemento decorativo.

A botepronto, he aquí unos cuantos lugares sagrados en España donde podemos encontrar el Sello de Salomón:

— En el rosetón de la fachada principal de la catedral de Burgos.

— En una de las fachadas de la catedral de Valencia, en concreto, en la Puerta de los Apóstoles.

— En el claustro de la catedral Vieja de Lérida.

— En la abadía del Sacromonte de Granada.

— En el rosetón de la catedral de Palma de Mallorca, conocido como «el ojo del gótico», con un diámetro de catorce metros y casi cien metros cuadrados de vidrieras, lleva inscrita esa estrella de seis puntas formada por veinticuatro triángulos y lo componen 1.236 cristales.

Para algunos místicos, este talismán de Salomón combina el arte geométrico, la belleza y la fuerza. No se puede pedir más.

46. LA SAGRADA VÍSCERA: PANACEA DE INMORTALIDAD

El corazón sirve a la vez de elemento anatómico y artístico que se resalta en muchos cuadros que tienen que ver con Cristo y con la Virgen. Siempre se alude a ellos como el Sagrado Corazón de Jesús o de María. Es considerada la víscera más importante del cuerpo humano, donde residen el amor y la compasión divina. Ya en el siglo XII san Bernardo menciona «el muy dulce corazón de Jesús». Y con él todos los cistercienses apoyaron la causa.

El impulsor del culto al Sagrado Corazón de Jesús, junto con el Corazón de María, fue el normando Juan Eudes, fundador de la congregación de los eudistas el 25 de marzo de 1643. Unos años después, en 1667, vuelve a recobrar importancia esta iconografía al aparecérsele Cristo a la monja salesa Margarita María de Alacoque en su convento de Monyal, en Francia. Le señaló el órgano cardiaco que sobresalía sobre sus ropas y le comunicó de manera solemne: «Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres. Quiero que vean esta imagen para ablandar sus corazones. Esta devoción es el último esfuerzo de mi amor». La última frase sonaba a ultimátum. En una carta dirigida por ella a la madre Saumaise el 2 de marzo de 1686, le explica: «Él (Jesús) desea que usted mande hacer unas placas de cobre con la imagen de su Sagrado Corazón para que todos aquellos que quisieran ofrecerle un homenaje las pongan en sus casas, y unas pequeñas para llevarlas puestas».

Ella misma llevaba una sobre su pecho, debajo del hábito, e invitaba a sus novicias a hacer lo mismo. Totalmente confiada en su poder apotropaico, realizó muchas copias de estas imágenes y recomendaba su uso, pues era muy agradable al Sagrado Corazón. Dicho y hecho. Se empezaron a multiplicar en conventos e iglesias. A la santa se le estuvo apareciendo casi todos los días de su vida y tenía clara su misión, que no era otra que consagrar su vida entera a la devoción de este órgano de Cristo y todo lo que ello significaba.

La Iglesia no fue ajena a la divulgación de este culto, pues lo vio como un elemento de unión entre protestantes, jansenistas y católicos. Sus imágenes y estampas se divulgaron por Francia e Italia con suma rapidez, siempre con el mismo mensaje y la misma finalidad de proteger de peligros a aquellos que la llevaran encima y rezaran algunas oraciones *ad hoc*.

Se propagó tan rápidamente porque las diversas apariciones de Cristo y la propia Iglesia afirmaban categóricamente que daba unas indudables ventajas a sus practicantes. Estas son unas cuantas:

1. Bendeciré los hogares donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.
2. Estableceré la paz en el hogar.
3. Les daré todas las gracias necesarias en su estado de vida.
4. Los confortaré en todas las aflicciones.
5. Los pecadores encontrarán en mi Corazón un océano infinito de misericordia.
6. Los que promuevan esta devoción encontrarán sus nombres escritos en mi Corazón.

Para que no decayera esta devoción, que había cogido tanta fuerza en la Europa cristiana, Cristo se volvió a aparecer de la misma guisa, esta vez en 1733, a un joven seminarista de Valladolid llamado Bernardo de Hoyos que pensaba que en España no estaba teniendo la misma difusión. Gracias al padre Juan de Loyola, que recogió estos testimonios, podemos conocer la revelación que tuvo Bernardo, el 14 de mayo, que recibió la aparición sobrenatural de Cristo para darle la *Gran Promesa*:

> Dióseme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí solo, sino que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos, y pidiendo esta fiesta en especialidad para España, en quien ni aun memoria parece que hay de ella, me dijo Jesús: «Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes».

Frase que se ha convertido casi en un grito de guerra católico.

Se empezaron a reproducir las estatuas del Sagrado Corazón de Jesús en muchos lugares, pensando que, con la contemplación de su mera imagen, estaban protegidos de diversas calamidades. Una devoción que llegó con ganas de quedarse. Y lo hizo. Para que se vea el poder en la creencia ciega en este símbolo tan especial, se hicieron reproducciones más pequeñas que tuvieron dos finalidades:

1. Colocarlas en las puertas de los hogares, con el lema «El Sagrado Corazón de Jesús reina en esta casa». Todavía se puede ver en muchas localidades rurales la placa de

estaño.
2.
Llevarlas como si fuera un escapulario. Durante la Guerra Civil muchos soldados del bando nacional las llevaban adheridas a la ropa y estaban convencidos que les servía para detener las balas enemigas.

¿Vemos de nuevo el efecto apotropaico de estas imágenes tanto a tamaño gigantesco como diminuto? Esa es la función que cumple el Cristo del Otero o el Cristo del Sagrado Corazón, situado a seis kilómetros de la ciudad mexicana de Rosarito, encima de la localidad de El Morro. Las imágenes que se han hecho hasta el momento en mármol, bronce, madera o yeso derivan en su mayoría de la figura que esculpió el danés Bertel Thorvaldsen (1770-1844) en mármol de Carrara para la catedral de Nuestra Señora de Copenhague. Fijémonos en dos circunstancias: que es un Cristo resucitado con los brazos extendidos, pero sin el corazón en el pecho, y que esa catedral es luterana. Ambos aspectos no importaron para que se aceptara este modelo en el orbe católico para ser reproducido, si bien colocándole un corazón visible de forma que quedara claro que era el Sagrado Corazón de Jesús.

La fundadora de las Hermanas de la Caridad de santa Ana, la catalana María Rafols, reactivó el culto al Corazón de Jesús siendo testigo de varias revelaciones. En una del 19 de abril de 1815 reitera lo de reinar en España:

> Me hicieron ver y sentir muy apenados —Jesús y María— que hasta en su querida España se cebaría, y con más furia que en otras naciones, el espíritu del mal, trabajando sin descanso para borrar la fe cristiana en todos sus habitantes, y de manera especial querrán con gran empeño quitar, y quitarán de la vista de sus hijos pequeñuelos, tan amados de su Corazón, su Imagen y prohibirán que se les enseñe su doctrina divina.

Y para que no hubiera dudas, Jesús afirmó:

> Por más medios y maquinaciones que mis hijos desgraciados inventen para quitar la fe de España, no lo conseguirán… y por amor a las almas justas, puras y castas que en España siempre habrá, yo reinaré hasta el fin de los tiempos en ella de una manera singular, y mi imagen será venerada hasta por las calles y plazas.

Un siglo después, el rey Alfonso XIII, bien asesorado por obispos, durante la inauguración del monumento al Sagrado Corazón de Jesús levantado sobre la cima del cerro de los Ángeles (Getafe), en el centro geográfico de la península ibérica, le consagró España con hisopos de agua bendita y banda de música. Era el 30 de mayo de 1919, todo iba sobre ruedas y España, por lo general, siempre se ha mantenido fiel a esta devoción, si exceptuamos que durante la Guerra Civil unos

milicianos del bando republicano fusilaron esta estatua y luego la volaron en mil pedazos. Muchos católicos vieron en ello una gran afrenta contra sus creencias y un anticipo de la derrota de los agresores. Algunos dijeron que no hay acción sin reacción.

Está claro que la vida da muchas vueltas y hoy por hoy en calles y plazas no hay muchas imágenes explícitas de ese Corazón de Jesús, aunque dicen que en la escala celestial el tiempo no transcurre a la misma velocidad que en la escala humana…

Dentro del mundo católico es habitual la presencia de reliquias, exvotos, amuletos y talismanes en forma de medallas, cruces o estampas; y todos ellos con la finalidad de proteger tu vida, tu honor, tu hogar o tu alma. Esas efigies del Corazón de Jesús o de María cumplían esa finalidad.

Otro de esos talismanes es el «detente». Así, como suena. Nombre muy expresivo de aquello para lo que sirve. Aunque lo quieran enmascarar de otra cosa, pretende dar suerte y bendiciones de todo tipo, incluida la de preservar la vida en un conflicto armado. Se trata de un pequeño emblema hecho en tela que se lleva sobre el pecho con la imagen del Corazón de Jesús. Fue en el año 1720, durante una terrible plaga en Marsella, cuando esta pequeña «salvaguardia», como así se la llamó, se difundió entre todos los fieles. La imagen se bordaba con la leyenda «Oh Corazón de Jesús, abismo de amor y misericordia, en ti confío». Miles de estos emblemas los repartieron por toda la ciudad y alrededores. La leyenda piadosa relata que poco después la plaga cesó y se creyó que fue por esta razón y no por los paliativos médicos.

Se hizo tan popular que incluso en el juicio de la reina María Antonieta se adujo en su contra la posesión de un pedazo de papel muy fino que se encontró entre sus pertenencias, en el que una de estas imágenes estaba dibujada, con la llaga, la cruz y la corona de espinas, y con la frase: «Sagrado Corazón de Jesús, ten misericordia de nosotros». De nada le sirvió para conservar su cabeza sobre los hombros. Después de la guerra francoprusiana de 1870, las salvaguardias se usaron en más de una ocasión como escudo para proteger a muchos soldados franceses de las balas enemigas, con resultados inciertos.

La creencia en estos amuletos *prêt-à-porter* que podías llevar fácilmente en la cartera o en la ropa se extendió durante la Gran Guerra. El británico Edward Lovett dedicó su vida a recopilar amuletos de la suerte que llevaron encima los soldados. Había conseguido reunir unos 1.400 objetos, en los que los combatientes en la Primera Guerra Mundial confiaban para que les ayudaran a regresar

sanos y salvos a casa. Entre otros, podemos ver un trébol de cuatro hojas de mármol, una herradura de la suerte fabricada a partir de un trozo de casco alemán por un soldado belga herido, un cerdito de la suerte tallado en una pieza de roble irlandés o una insólita botellita mágica repleta de uñas de dedos.

Otros ejemplos: un broche con la figura de un gato negro que un soldado inglés llevó en el frente y, por supuesto, estampas religiosas. Gracias a *The First World War Galleries*, un libro de Paul Cornish que recopila material existente en las colecciones de varios museos sobre la Primera Guerra Mundial, podemos ver algunas de estas piezas en todo su esplendor. Que tuvieran o no poderes sobrenaturales solo lo habrán experimentado los propios soldados que participaron en aquellas batallas.

Camilo José Cela cuenta una anécdota sobre la Guerra Civil en una de sus novelas. La guerra comenzó mientras él estaba en Madrid, con veinte años y convaleciente de tuberculosis. Cela, de ideas conservadoras, logró escapar a la zona sublevada, se alistó como soldado, fue herido y luego hospitalizado en Logroño. Tres «margaritas» (enfermeras carlistas) visitaron la sala n.° 5 y en una cesta llevaban los regalos.

—Soldadito, te voy a condecorar con un escapulario del Sagrado Corazón para que te preserve de todo mal, mira lo que dice: «Detente, bala. El Corazón de Jesús está conmigo».

El artillero Camilo se puso pálido, se le escapó todo el color de la cara.

—No, no, muchas gracias, condecore usted a otro, se lo ruego, se lo pido por favor, yo llevaba uno prendido con un imperdible en la guerrera y aún no hace un mes me lo sacaron por la espalda, se lo digo con todo respeto, señorita, pero para mí que el Sagrado Corazón es gafe». [73]

El anarquista Armand Guerra (pseudónimo de José Estívalis Cabo), en sus memorias tituladas *A través de la metralla. Escenas vividas en los frentes y en la retaguardia* (1937), recuerda lo habituales que eran estos objetos: «Los curas han inventado esos escapularios, con la inscripción: "Detente bala", y los venden a los soldados, carlistas o falangistas, al precio de dos pesetas por escapulario, bendecido y todo ¡El oscurantismo y la ignorancia se perpetúan en los terrenos facciosos! ¡Pobre España!».

Los curas decían que había que situarlo cosido junto al pecho, a la altura del corazón, o llevarlo oculto como un colgante. Sus poderes sobrenaturales estaban, según ellos, probadísimos. Incluso un papa, Pío IX, en 1872 concedió una indulgencia de cien días, durante los

cuales serían intocables todos aquellos que exhibieran los escapularios bendecidos y rezaran un padrenuestro, un avemaría y un gloria.

Ante su proliferación, surgieron dudas sobre si debían ser bendecidos o no para que surtieran efecto. La Iglesia lo explicó al año siguiente:

> Como no es un escapulario en el sentido estricto de la palabra, sino más bien un escudo o emblema del Sagrado Corazón, las reglas generales para el escapulario propiamente llamado no son aplicables a él. Así que no necesita ni una bendición especial, ni una ceremonia o inscripción. Es suficiente con usarlo para que cuelgue en el cuello.

¿Esta creencia es algo rancio, del pasado, de tiempos de las guerras carlistas o de la Guerra Civil española? Parece que no y les muestro una prueba. El 7 de marzo de 2012, el caballero legionario Iván Castro Canovaca, jiennense de veintitrés años, recibió un balazo durante un combate en Afganistán. Aquel día su sección fue sorprendida por un ataque talibán. Una bala impactó cerca del cuello, atravesó los dos pulmones, rozó la aorta y se alojó bajo la axila izquierda. Él, antes de salir de patrulla, había colocado en su chaleco, en el velcro donde pone el nombre, un «detente bala», una pequeña imagen del Cristo de la Buena Muerte por un lado y del Sagrado Corazón por el otro. «Parece que hizo efecto, porque la trayectoria de la bala ha sido increíble», dice. De hecho, los doctores que le atendieron aseguran que debería haber fallecido en los diez primeros minutos después del impacto. «Ha sido un milagro», enfatiza. Gracias al «detente» y al sargento José Moreno Ramos, que corrió cuarenta metros bajo fuego enemigo para taponar su herida, Iván se recupera hoy de sus heridas en su pueblo.[74]

Siguiendo con esta tradición del siglo XVII, las carmelitas descalzas de Toledo han confeccionado hasta seiscientos «detente bala» para los soldados españoles de la misión UNIFIL desplegados en el Líbano. Los escapularios fueron bendecidos por el capellán del contingente y ofrecidos a los soldados para que, quien quisiera, pudiera portar el emblema en el pecho.

La eficacia de los talismanes, sean los que sean, no reside en su tamaño, forma o diseño, sino en la creencia.

47. ZARAGOZA: LUGAR DE CONTACTO CELESTE

«Zaragoza, Zaragoza, no sabe lo que se pierde quien no te goza», afirma el dicho popular. Y, por si hay dudas, lo mejor es ir y vivirlo. Que Zaragoza es una ciudad única, genuina y especial nadie lo niega. Que tiene el primer templo mariano de la cristiandad, tampoco. Que su Basílica del Pilar es el templo barroco más grande de España, está demostrado. Que el Ebro, otro «río de la vida», estructura y condiciona su urbe, es una obviedad. También se podría decir que todas las ciudades son especiales y únicas. Es verdad, pero pocas ostentan tantos elementos de protección «divina».

Se podría empezar por la propia Virgen del Pilar, que elige ella misma esta ciudad hispana para aleccionar a un Santiago Apóstol alicaído porque no consigue convertir a muchos paganos. Como recuerdo, le deja un pilar mágico transportado por ángeles traído directamente del Cielo.

Podríamos continuar con la llegada de los romanos, que construyeron la muralla entre el siglo I y el siglo III de nuestra era, que llegó a tener una longitud de unos 3.000 metros y 120 torreones. Esa muralla no solo protegía a Caesaraugusta (Zaragoza), sino que condicionó el trazado urbano durante muchos siglos, pues fue aprovechada por visigodos y musulmanes.

Con la llegada de los árabes la protegieron además con varios talismanes repartidos por su perímetro y no digamos con la presencia del omnipotente y omnipresente san Jorge, siempre con su jamelgo blanco, que, aunque santo de Capadocia, no conoce fronteras y se hizo sentir por estas tierras aragonesas para ayudar a las tropas cristianas durante la Reconquista. Amén de su ángel custodio (que lo tiene) y los numerosos milagros y prodigios que acumulan sus santos locales y sus reliquias.

La crónica del granadino Al-Garnati (siglo XII), especifica que Zaragoza tenía una protección concreta contra bichos inmundos. Como lo leen. Se dice que el hecho de que no entraran culebras, serpientes, escorpiones ni insectos molestos se debía a la protección e influjo directo del santón Hanl ibn Abd Allah (muerto en 719), que elaboró un talismán específico. En ocasiones, se le ha considerado el fundador de la mezquita de la «ciudad blanca», uno de los nombres que recibió Zaragoza en su época por la cantidad de edificios encalados con este color y por la sal allí existente. ¿Seguirá estando vigente esta protección para que no haya alimañas dentro del recinto de la ciudad? Depende de lo que entendamos por alimañas. Lo malo es que esta clase de protecciones mágicas suele tener fecha de caducidad,

una especie de obsolescencia programada que también afecta a los talismanes alimañeros.

Es curioso observar que este tipo de conjuros talismánicos era habitual, si se sabía hacerlo, claro está. Otras veces no eran necesarios ni los conjuros. Plinio el Viejo dice que las características de la tierra de Ebusus (Ibiza) hacían que huyeran las serpientes y aquellos viajeros que llevaran consigo puñados de esta tierra estaban protegidos contras ellas: «La tierra de Ebusus ahuyenta las serpientes, la de Columbraria (Formentera) las engendra y son muy dañinas para todos, a menos que se traiga consigo tierra ebusitana».[75]

En el mismo sentido se pronuncia Pomponio Mela: «Enfrente de Ibiza está Formentera, la cual me viene a la memoria porque, al ser muy abundante en muchos y maléficos géneros de serpientes, es completamente inhabitable. Sin embargo, si se entra en un lugar previamente rodeado de tierra ibicenca, es un lugar agradable y sin peligro, pues aquellas mismas serpientes que de otra manera suelen acometer a todo aquel que encuentran, huyen lejos asustadas». ¿Qué tendrá el polvo de Ibiza? Las serpientes a las que se referían Plinio y Pomponio (que nunca visitaron las islas) podrían ser las lagartijas de gran tamaño que aún hoy recorren su geografía.

Pero hay más. El astrólogo Hanas al-Sanani predijo a Abd al-Malik ibn Marwan el ascenso al trono como quinto califa omeya y se dice que por sugerencia suya sus huesos fueron enterrados en Zaragoza, para hacer efectivo un talismán astrológico de origen grecolatino de protección de la ciudad. Lo que dura hasta que Alfonso I el Batallador la reconquista en 1118 y la convierte en capital del reino de Aragón. También al-Sanani fue el encargado de determinar las alquiblas de las mezquitas de Zaragoza y las de Córdoba, a sabiendas de lo importante que es para la orientación a la Kaaba de La Meca activar todos los puntos cardinales en oración, creando un centro del mundo.

Ahora bien, aparte de estas refriegas bélicas, el símbolo espiritual por antonomasia de Aragón es la Virgen del Pilar. El relato más antiguo fue labrado sobre el sarcófago de santa Engracia, que se conserva en Zaragoza desde el siglo IV, tres siglos después de los hechos. Uno de sus bajorrelieves representa el descenso de la Virgen ante el apóstol Santiago. Hasta el siglo XIII no se consignó por escrito esta aparición y se hizo en el códice de *Las Moralia in Job* de Gregorio Magno (hoy en el archivo de la Basílica del Pilar). Dice así:

> En la noche del 2 de enero del año 40, Santiago se encontraba con sus discípulos junto al río Ebro cuando oyó voces de ángeles que cantaban Ave María, gratia plena, y vio aparecer a la Virgen Madre de Cristo, de pie sobre un pilar de mármol. La Santísima Virgen, que aún vivía en carne mortal, le pidió

al Apóstol que se le construyese allí una iglesia, con el altar en torno al pilar donde estaba de pie y prometió que «permanecerá este sitio hasta el fin de los tiempos para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mi intercesión con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio».

Con esos «regalos» no hacen falta indulgencias plenarias. Habla de portentos y maravillas *sine die*. Por prometer que no quede.

La monja de clausura soriana María de Jesús de Ágreda —llamada «la dama azul»— en su libro *Mística ciudad de Dios* (1670), daba cuenta de algunos detalles jamás comentados antes. Según ella, fue nada menos que el propio Jesús quien eligió Zaragoza entre todos los lugares posibles de la península como destino de la primera aparición de su madre:

> Estando un día la Santísima Virgen orando por Santiago, se le presentó su Divino Hijo en persona y le dijo: «Quiero, Madre Mía, que vayas a Zaragoza, donde está ahora Santiago, y le ordenes que vuelva a Jerusalén, y, antes que parta de aquella ciudad, edifique en ella un templo, en honra y título de vuestro nombre, donde seáis venerada e invocada para beneficio de aquel Reino, y beneplácito vuestro y de nuestra beatísima Trinidad. Madre Mía, en quien se complace mi voluntad: yo os doy mi Real Palabra de que miraré con especial clemencia y llenaré de bendiciones de dulzura a los que con humildad y devoción vuestra me invocaren y llamaren en aquel Templo, por medio de vuestra intercesión».[76]

De esta versión se deduce algo importante para la época: la divinidad tuvo un gran interés por dejar constancia de su paso por aquel enclave y protegerlo a su manera, pues además de hacérselo saber a sor María de Jesús de Ágreda se lo comunicó también al carmelita fray Domingo de Urzola, a quien dicen que se le apareció la Virgen sobre el mismo «pilar» para hablarle en estos términos: «Este lugar, mi Hijo y Yo lo hemos visitado y visitamos muchas veces, teniendo particular protección de esta mi ciudad».

Atentos al matiz: «De esta mi ciudad». Es la validación de Zaragoza como lugar elegido. Este tipo de selecciones divinas fue habitual en el pasado precristiano de Europa, pero la mayoría de las veces no son tan explícitas. El hecho es que en el siglo II se construyó una sencilla capilla para guardar el Pilar y así venerarlo mejor, más tarde una iglesia románica, luego otra mudéjar, le sigue una gótica y, finalmente, una catedral-basílica terminándose las obras en 1711, si bien el aspecto que hoy tiene se debe a una reforma llevada a cabo en 1754 por Ventura Rodríguez. Si viéramos un plano de la planta de la basílica comprobaríamos que absolutamente todo está estructurado conforme a la ubicación de la santa capilla, en cuyo interior está la sagrada columna, la cual se muestra a los fieles a través de un pequeño ventanuco. Por si hay algún despistado, un cartel dice: «Aquí se venera y besa el Pilar puesto por la Virgen».

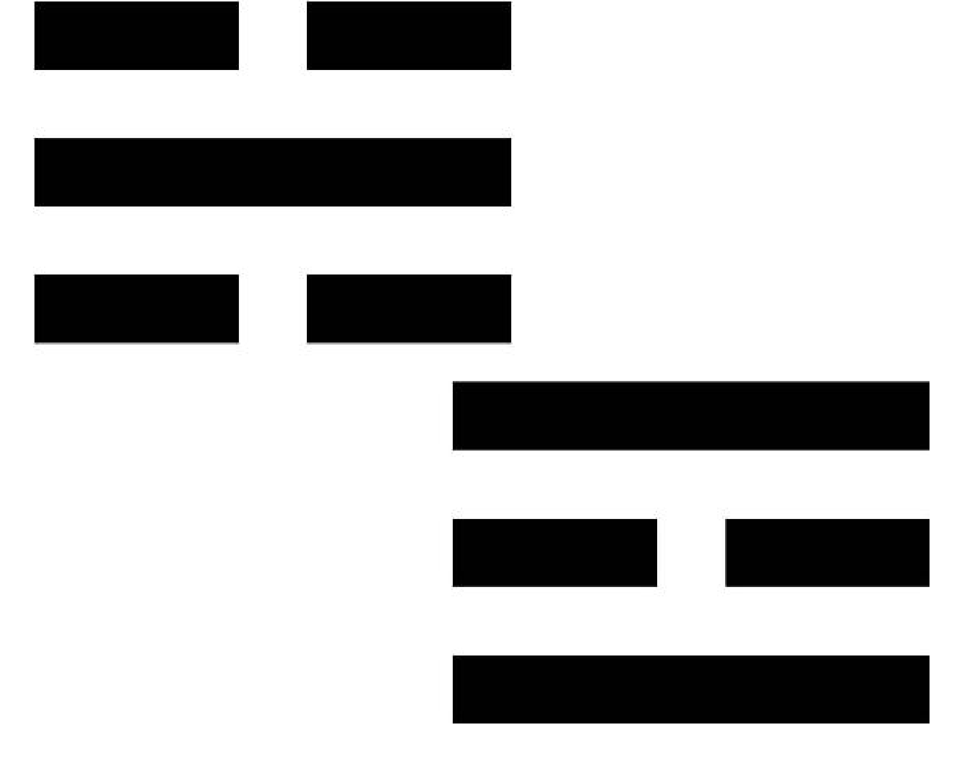
Piedra sagrada, *betilo*, litolatría… llámenlo como quieran, pero allí está. Es habitual ver una fila de fieles esperando su turno para besar o tocar la piedra. Y ni las alertas sanitarias han podido con una tradición centenaria. Por ejemplo, ante el riesgo de contagio de la gripe A, allá por 2009, el Ministerio de Sanidad desaconsejó este tipo de ritos. Sin embargo, la fe pudo más que los consejos y los fieles seguían postrándose ante la Virgen para besar el jaspe. Tanto beso a lo largo de tantos siglos ha acabado por desgastar el mármol. Poco.

Hay una evidente vinculación de la tradición pilarista con la tradición jacobea. Por ello, Zaragoza y Compostela, el Pilar y Santiago, constituyen dos ejes fundamentales, en torno a los cuales ha girado durante siglos la espiritualidad de la patria española.

Para el coleccionista de amuletos, en la sacristía, y solo ahí, se pueden adquirir unas cintas llamadas «medidas de Nuestra Señora del Pilar», las cuales llevan un grabado de 38 centímetros, la medida exacta de la altura de la Virgen. Para que adquieran todo su poder sanador, se dejan una noche en contacto con la imagen mariana y luego se bendicen. Son de distintos colores y el donativo es de un euro por cada una, al menos cuando yo las compré. En Zaragoza es raro el coche que no lleve una de ellas, pues las consideran como un talismán que da suerte y protege al conductor, más que san Cristóbal.

Como sé que les gustan las rarezas, ¿sabían que esta basílica es además el único edificio cristiano de Occidente que presenta símbolos taoístas?

Al menos así lo defiende el médico José Manuel Chamorro Navarro (Zaragoza, 1952), quien alude a las seis líneas alternativamente continuas y discontinuas que aparecen labradas en relieve en los cimborrios de las ocho cúpulas de las naves laterales del templo. A ojos de un turista no es más que una decoración geométrica, sin más. A ojos de un taoísta —y de Chamorro— eso se asemeja a un hexagrama de los que forman parte del *I Ching*, un texto chino oracular de más de tres mil años de antigüedad traído a Occidente por misioneros jesuitas. Compuesto por 64 hexagramas, está considerado un libro de sabiduría que dicen que contiene las leyes que ordenan todo el universo. Ahí queda eso.



Como cada cimborrio es octogonal, haciendo un simple cálculo de matemáticas básicas: 8 x 8 = 64 veces que se repite. Si eso ya es curioso, mucho más lo es que el número 64 del *I Ching* es el último y corresponde al hexagrama Wei-Chi, formado por seis líneas alternativamente continuas y discontinuas, que representa, agárrense a la silla, la unión del Cielo con la Tierra o la materia con el espíritu… y el Pilar haría las funciones de *axis mundi.*

¿Tuvo la Virgen en especial estima a la ciudad de Zaragoza en particular y a España en general? La respuesta es sí y no. Me explico. Cuando las apariciones de la Virgen comenzaron a popularizarse a partir del siglo XIII, otro país compartió con el nuestro el favor de María. Esta se apareció al fraile carmelita inglés Simón Stock, a quien no solo entregó el primer escapulario de la historia (otro «regalo virginal»), sino que le manifestó su profundo amor a Inglaterra, país al que —dijo— consideraba «su dote». El 16 de julio de 1251, hallándose en oración en Cambridge, se le apareció de manera espectacular, similar a Santiago, acompañada de una multitud de ángeles. Le entrega entonces el escapulario y le dijo: «Este será privilegio para ti y todos los carmelitas; quien muriere con él no padecerá el fuego eterno; es decir, el que con él muriese se salvará».

Ningún país tiene la exclusividad de la protección divina, aunque algunos están más «enchufados» que otros.

Por último, Zaragoza tiene un ángel custodio propio. En sus épocas gloriosas, la muralla tuvo doce puertas, aunque hoy en día solo queda en pie una, la Puerta del Carmen. La principal de ellas era la Puerta del Ángel, derruida definitivamente en 1867. Se llamaba así porque la coronaba una escultura del ángel de la guarda, obra de Pere Joan que fue realizada en alabastro policromado hacia el año 1442 y que se conserva en la actualidad en el Museo Provincial de Zaragoza. ¿Cómo es? El Ángel Custodio sale de una especie de montículo de nubes, vestido de armadura y manto, como los guerreros de la época, dispuesto a luchar contra cualquier enemigo que se interponga, sea hombre, demonio o calamidad.

No se crean que este tipo de estatuas protectoras solo coronan edificios religiosos, también lo hacen en edificios civiles y seculares. En las obras de construcción de la nueva Casa Consistorial, el alcalde de entonces, Luis Gómez Laguna, encargó al escultor Pablo Serrano la realización de dos grandes estatuas de piedra que deberían flanquear la puerta principal en 1965. Una era el Ángel de la Ciudad y la otra la figura de san Valero, obispo y santo patrón de Zaragoza —que no lo habíamos dicho hasta ahora—, cuya calavera y otras reliquias se veneran desde el siglo XII en la catedral del Salvador, La Seo. Una relación difícil entre estos dos personajes por ver quién protege más y mejor la capital aragonesa. Y algunos maños sin enterarse.

Sea como fuere, el escritor aragonés Baltasar Gracián ya decía aquello de que «en Zaragoza, hasta la misma locura tiene cura».

48. LOS PROTECTORES DE VALENCIA

La ciudad de Valencia está protegida por los cuatro costados. Y digo cuatro porque hay cuatro. La Virgen de los Desamparados, un ángel custodio y los dos Vicentes: san Vicente Mártir y de san Vicente Ferrer.

En el resto de la Comunidad Valenciana hay otros, dependiendo de la provincia y de la localidad. Para un valenciano de raigambre, su Virgen de los Desamparados es lo más de lo más y se la invoca para cualquier clase de deseo o protección. La inclinación de la cabeza que tiene, que a ojos de la gente le hace aparecer como *geperudeta*, se debe a que fue esculpida para ir acostada sobre los ataúdes, protectora de los sintecho, pobres de solemnidad, desfavorecidos y desamparados. En 1885 es cuando se la nombra patrona de Valencia gracias a una bula del papa León XIII, aunque mucho antes ya se la tenía como tal.

Si nos vamos a la ciudad de Alicante, san Nicolás es intocable desde hace ocho siglos porque se le ha venerado como patrón y seña de identidad en su historia. Dos son los patrones de la diócesis de Segorbe-Castellón: san Pascual Bailón y la Virgen de la Cueva Santa, cuyo santuario se ubica en una gruta mágica del Montemayor (Altura), una de las cimas más altas de la sierra Calderona. Su ermita se encuentra a veinte metros de profundidad, por lo que, de manera acertada, también es la patrona de los espeleólogos.

San Vicente Ferrer es popularmente conocido como *San Vicent el del Ditet*, el santo del «dedito», porque según la leyenda obró varios milagros alzando su dedo índice. Era un dominico con fama de taumaturgo y excelente predicador. Daba unos sermones que no dejaban dormido a nadie, sino todo lo contrario: los exaltaba e insuflaba energías debido al poder de su oratoria. Murió en la ciudad francesa de Vannes en el año 1419 y antes dejó un mensaje esperanzador para los valencianos, el cual se puede considerar como su testamento espiritual. El mensaje decía así:

> ¡Pobre patria mía! No puedo tener el placer de que mis huesos descansen en su regazo; pero decid a aquellos ciudadanos que muero dedicándoles mis recuerdos, prometiéndoles una constante asistencia, y que mis continuas oraciones allí en el Cielo serán para ellos, a los que nunca olvidaré. En todas sus tribulaciones, en todas sus desgracias, en todos sus pesares, yo les consolaré, yo intercederé por ellos. Que conserven y practiquen las enseñanzas que les di, que guarden siempre incólume la fe que les prediqué, y que no desmientan nunca la religiosidad de que siempre han dado pruebas. Aunque no viva en este mundo, yo siempre seré hijo de Valencia. Que vivan tranquilos, que mi protección no les faltará jamás. Decid a mis queridos hermanos que muero bendiciéndoles y dedicándoles mi último suspiro.

En el proceso de su canonización se le atribuyeron 860 milagros (uno arriba, uno abajo), suficientes para ser catalogado como el santo con mayor número de ellos, según el *Libro Guinness de los récords*. Se le atribuye la fundación del primer orfanato registrado en Europa y que todavía sigue funcionando en Valencia. A él se debe que Barcelona tenga también su Ángel Custodio, algo que contaremos un poco más adelante.

Valencia fue fundada por los romanos en el año 138 a.C. bajo el nombre de Valentia, tierra de los valientes. Según el historiador romano Tito Livio fue un premio concedido a unos legionarios recién licenciados de las guerras celtíberas. Un retiro dorado. Todavía lo sigue siendo para muchos que han alcanzado la tercera o la cuarta edad. Debido a las raíces romanas de la ciudad y la fuerza de la tradición de la mitología clásica transmitida hasta la actualidad, en Valencia encontramos múltiples referencias a los personajes que protagonizan los mitos, convirtiendo la ciudad en un recorrido de dioses y semidioses que, a su manera, protegen algunas zonas del casco antiguo.

Porque Valencia siempre estuvo muy relacionada con los cultos femeninos, derivados de su proximidad al mar y de la gran cantidad de fuentes de la que goza. Tanto es así que el escudo más antiguo de la ciudad la representa sobre las aguas, lo que hizo que los griegos la llamaran Hidrópolis. Toda la ciudad está repleta de estatuas mitológicas, en sitios claves y estratégicos (en los Jardines de Montforte, en el Templo de la Fama en la Lonja, en las fachadas del Teatro Principal o del Teatro Olympia). Así pues, Valencia queda protegida y vigilada por los dioses del Olimpo, quienes continúan aún tentados por la vida terrenal, siendo un reflejo de los defectos y pasiones humanas que velan por el destino de los valencianos.

Precisamente, en la fuente de la plaza de la Virgen se encuentra la figura de un hombre que sujeta en su mano un objeto del que salen frutos. Representa el río Turia y el objeto es una cornucopia o cuerno de la abundancia, que hace referencia al mito griego de Zeus y Amaltea. La figura aparece en varios edificios y esculturas de la ciudad en referencia a la fertilidad de la zona.

Cualquier valenciano conoce esta canción: *Ángel Custodi de Deu infinit, guardeu la ciutat de día y de nit per a que no entre el mal espirit* (Ángel Custodio, de Dios infinito, guarde la ciudad de día y de noche para que no entre el mal enemigo). Su figura tiene un valor emblemático desde que los jurados proclamaron su fiesta en 1446, como protector de la ciudad y de todo el reino, pues, ya puestos, no costaba nada ampliar su protección unos cuantos kilómetros a la

redonda. Esta apasionada devoción hacia el Ángel Custodio ha dejado su huella, aunque muchos valencianos no detecten sus diversos vestigios: escudos medievales que lo representan, una plaza en el centro de la ciudad, una legendaria posada que se llevó por delante la gran riada de 1957 o el puente moderno que evoca su tradición son unos cuantos ejemplos.

Más allá de la fe que se tenga en el citado ser celestial, reinventado en la Edad Media, es indudable que forma parte esencial de la historia de Valencia. En 1392, en la Sala del Consell de la Casa de la Ciudad, donde se reunía el Gobierno municipal, se ordenó la figuración del Ángel Custodio en estos términos: *l'àngel tenent en guarda la dita ciutat* (Valencia) *per disposició divina*. A diferencia de lo que ocurría con los santos, cuyas primeras representaciones se realizaron en templos, en el caso del Ángel Custodio de Valencia, las más antiguas se hicieron en el Ayuntamiento porque protegía a la ciudad en su conjunto, a toda la población que la habitaba. Por eso fue honrado a través de un culto municipal, gestado en las capillas de las casas consistoriales, las cuales pronto le popularizaron mediante procesiones. En mayo de 1396, uno de los pintores más célebres de la época, Marçal de Sax, pintó en la Sala Mayor de la Casa de la Ciudad de Valencia *la magestat divinal e l'Àngel tenint en guarda la dita ciutat e pregant per aquella*.

Tuvo tal raigambre la confianza que el pueblo tenía en él que, durante la peste de 1475, la Magistratura Suprema mandó que se pintasen sobre cuatro grandes tablas las imágenes del santo Ángel Custodio y se colocaron en las cuatro puertas principales de la ciudad para ahuyentar así a los causantes de tanta desolación. Desde ese momento, san Jorge representaba al brazo militar y el de la nobleza, la Virgen con el Niño al cuerpo eclesiástico, mientras que el Ángel Custodio pasó a representar el estamento de los ciudadanos, al pueblo llano. Hay un lienzo del siglo XVI de Juan de Juanes, donde se ve al Ángel Custodio con una espada desenvainada en una mano, mientras que en la otra sostiene una corona real, como símbolo de la categoría de reino de Valencia en una época en la que aún se mantenía fresca la memoria de su esplendor político y militar.

La provincia de Valencia también tiene otros ángeles guardianes. Y uno es muy especial. Corría el año 1392 y un ser sobrenatural y alado se apareció por la calle a una anciana de Ayora, cuando esta localidad estaba pasando un momento crítico en cuanto a mortandad por una epidemia. La eligió y le escribió unas extrañas letras en la palma de la mano. El suceso fue recogido por el cronista Miguel Molsós, que lo narra de la siguiente manera:

En el segundo lunes de enero salía de la villa una piadosa mujer llamada

Liñana, para ir a la de Jarafuel, distante de allí dos leguas; y en el camino a la inmediación de aquella, en su misma huerta encontró un bello mancebo, que le dijo: «Vuelve a Ayora y di que vengan y hagan una rogativa todos los años en este sitio y cesará la peste y el hambre»; y replicando la buena mujer que no la creerían, el mancebo le escribió en la palma de la mano unos caracteres y desapareció. Volvió la mujer a Ayora, refirió el pasaje a clérigos y jurados, la creyeron, fueron en procesión e hicieron rogativa en el sitio señalado, y cesó al instante y enteramente la peste y el hambre.[77]

Se pensó que aquel bello mancebo no podía ser otro que un ángel y desde entonces el santo Ángel es el tutelar de Ayora. La celebración de su fiesta se hace el segundo lunes de enero de cada año, fecha en la cual la población peregrina en romería desde el centro de la villa (con la imagen del santo Ángel), hasta las puertas de su ermita donde se realiza la rogativa. La importancia de esta tradición es tan grande que en el propio escudo de la villa aparece una alusión a este milagro: «Soy de la villa de Ayora». Dicho queda.

Por ir cerrando este capítulo y para que vean una muestra más de que esta tierra acumula varios prodigios, otro ocurrió en las afueras de la ciudad de Valencia, entonces recién arrebatada a la morisma por el rey Jaime I. Ante la inminencia de un ataque masivo, el propio monarca manda a Berenguer de Entenza proteger un promontorio cercano a Luchente. Entenza decidió entonces que se oficiara una misa al aire libre, con la sana y santa intención de fortalecer espiritualmente a sus hombres antes de la batalla. Encargó los preparativos a Mateo Martínez, sacerdote de Daroca. Apenas hubo terminado la ceremonia, los sarracenos lanzaron un súbito ataque. Mosén Mateo decidió esconder bajo unas piedras las seis hostias que le sobraron de la misa, envueltas en un paño o corporal. Al acabar la batalla y mientras los sarracenos se retiraban, el sacerdote empleó su tiempo en buscar el corporal y… ¡tachán! Las hostias se habían convertido en carne y habían empapado de sangre el lienzo. Su mutación la entendieron como un designio divino. Dios, dedujeron todos, estaba con las tropas de don Jaime. Son las que fueron a parar a Daroca (Zaragoza) y desde el siglo XIII se veneran como los famosos Corporales de Daroca.

El defensor celestial de los valencianos no ha dejado de estar presente en una de las fiestas más ancestrales: la procesión del Corpus Christi de Valencia. Además, cuenta con su parroquia, ubicada en la calle Salamanca, construida en 1946. En este templo el entonces cardenal de Buenos Aires ofició una misa. Era Jorge Mario Bergoglio y hoy es el papa Francisco I. ¿Tendría algo que ver el Ángel Custodio?

49. LOS FAVORES DE SANTA EULALIA

Eulalia u Olalla, tanto monta, es una de esas santas cuya biografía tiene más tintes de leyenda que de historia, hasta el punto de que en 2004 fue retirada del martirologio romano, pasando a ser una «santa tradicional», aunque se permite su culto local. Lo mismo les ha pasado a santa Bárbara, a san Cristóbal, a san Jorge y santa Úrsula, entre otros.

Dicho así no tendría mayor importancia, pero santa Eulalia está considerada la patrona de Mérida (y además es alcaldesa perpetua), la copratrona de Barcelona (junto con la Virgen de la Mercé) y la otra patrona de Asturias, junto con la Virgen de Covadonga. Tres lugares donde su importancia, protagonismo y protección han tenido un papel preponderante. Para colmo, hay dos lugares donde dicen que están sus restos mortuorios: en un sarcófago ubicado en la cripta de la catedral de Barcelona y en una urna de plata en la catedral de Oviedo.

Es indudable que algo no está muy claro, que alguien ha copiado (o plagiado) a alguien. La hagiografía nos dice que fue martirizada en el año 304 cuando contaba con trece años de edad y sufrió trece tormentos, a cuál más salvaje. La primera referencia que tenemos sobre santa Eulalia es un himno del poeta Aurelio Prudencio de mediados del siglo IV ubicándola en Emérita Augusta.

A esta santa se la adjudican varios milagros porque da mucho juego al ser la cristianización de una diosa pagana (posiblemente Cibeles) y por ser considerada auxiliadora ante diversas vicisitudes. Por ejemplo, los godos la tenían en alta estima y veneraban su templo en Mérida —así como la reliquia de su túnica— y todo ello a raíz de que el rey visigodo Teodorico II, tras arrasar muchas ciudades y destrozar sus iglesias, entrase en Mérida e, inexplicablemente, se cuidase muy mucho de profanar la basílica de la mártir. Se dice que la santa se le presentó en sueños en 456, le ordenó que levantase el cerco y así lo hizo por el temor que eso le inspiró. Lo cuenta Hidacio en su *Cronicón*, del siglo V, y también el pasaje en el que al jefe militar suevo Heremigario, por injuriar a la santa, le perseguirá la mala suerte y, al final, morirá ahogado en el Guadiana.

En *La España sagrada*, del fraile agustino Enrique Flores (1756), historiador y catedrático de Teología de la Universidad de Alcalá, se hace la siguiente mención a sus infalibles dotes de protección desde antaño:

> Pues en tiempo de los suevos y godos no fue destruida (se refiere a Mérida) sino saqueada por Heremigario Suevo, lo que le costó la vida por castigo del Cielo y queriendo el godo Teudorico poner las manos en la ciudad, lo aterró

con prodigios la gloriosa patrona Santa Eulalia, como refiere Idacio. Fuera de esto, no padeció Mérida infortunios de ruinas por hostilidades sino por la ancianidad de las fábricas que no pueden prevalecer contra los siglos.[78]

Con estas credenciales, no me extraña que antes de que Santiago Apóstol fuera declarado patrono de España, se invocara a santa Eulalia como protectora de las tropas cristianas durante algunas batallas de la Reconquista. Sin olvidarnos de san Jorge y de san Millán, que también hicieron lo suyo.

La estatua de la mártir santa Eulalia, que se encuentra actualmente en la Rambla (construida con distintas piezas romanas) giró sola para proteger de la peste a la ciudad. Desde entonces, no ha habido epidemias de peste en Mérida. Lo recoge el periodista Mariano José de Larra, tan observador él en todo cuanto hacía y escribía en sus artículos, que tiene una serie sobre sus viajes por tierras extremeñas. En concreto, en *Las antigüedades de Mérida*, en su segundo y último artículo, dice algo muy significativo que le contaron sobre la estatua:

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada a Santa Olalla, patrona de la que fue colonia romana, llamada «el hornillo de la Santa», por haber sido martirizada allí; está construida con fragmentos de un templo de Marte; el viajero no se cansa de admirar los relieves, los trozos de columnas… Sobre una alta columna romana, que se levanta en medio de una plaza, domina una efigie de Santa Olalla mirando al Oriente. Al llegar aquí y concluir nuestro paseo, se acercó a mí mi cicerone y me dijo con notable fervor:

—Repare usted, señor; esta es otra vez Santa Olalla; yo no me acuerdo qué año hubo en Mérida una peste muy mortífera; la Santa miraba entonces a Poniente; hiciéronle grandes rogativas, y una mañana amaneció vuelta al Oriente y cesó la peste; desde entonces mira a esa parte, y ya no se teme la peste en Mérida.

Efectivamente, parece que desde entonces no ha vuelto ningún azote de esa especie a afligir a la antigua colonia romana, si se exceptúa el cólera, y ese, todo el mundo sabe que no es peste, con lo cual queda en pie la tradición, y la santa siempre vuelta.[79]

Tras la invasión de Tariq, dicen que sus restos salen de Mérida y llegan a Asturias para ponerlos a salvo gracias al rey Silo, que los traslada a Santianes de Pravia, donde estaba la capital del reino en su época, y que años más tarde fueron llevados hasta Oviedo. Y su influjo llegó a las tierras del norte. Don Pelayo se mandó enterrar en una iglesia bajo la advocación de esta santa, en concreto en Santa Olalla de Abamia (Olalla es lo mismo que Eulalia en bable) donde previamente había sido enterrada su esposa, porque confesó que esta santa le protegió en varias de las refriegas que tuvo contra los musulmanes.

Por el carisma de la santa, Mérida se vuelca los días 9 y 10 de diciembre en celebraciones, porque consideran que protege a la villa y

a sus hogares desde hace siglos. Su imagen procesionaba por las calles emeritenses cuando la ciudad padecía males e infortunios. Actualmente solo lo hace esos dos días de diciembre. La fe ya no es la misma ni tampoco los peligros ni la necesidad. Un refrán asegura que «por santa Eulalia, siempre el tiempo cambia». Cada vez que había sequía se sacaban sus restos en procesión y «mano de santa»: caía un buen chaparrón. Por este prodigio y otros, se decidió en 1630 convertirla en patrona de Oviedo y nueve años más tarde en patrona de toda Asturias. A día de hoy, la Virgen de Covadonga es la patrona del principado a nivel popular y legal, pues la ha desplazado elegantemente en cuanto a culto se refiere, pero no está destronada del todo.

Entonces, ¿por qué es también la patrona de Barcelona, aparte de Mérida? Aquí está la cuestión. El primer testimonio escrito del santuario de Santa Eulalia en Barcino es un himno del obispo Quirico, fechado en el año 660, que reproduce el nombre, el año, los martirios y los tormentos de la santa en un caso claro de duplicación de personalidad hagiográfica. No era infrecuente este tipo de maniobras y más con los primeros mártires del cristianismo, un terreno donde, ante la escasez de documentos, todo valía, incluidas las reliquias por sospechosas que fueran y más si venían con un certificado del obispo de turno. Ya hemos comprobado que para el pueblo llano eso no impide que sus influjos milagrosos sean igualmente eficaces.

Muchos barceloneses desconocen que el 12 de febrero es la fiesta de santa Eulalia y se quedan confundidos al enterarse de que es la patrona de la ciudad, cuando creían que lo era la Mare de Deu de la Mercè, cuya festividad (24 de septiembre) coincide con la fiesta mayor de la Ciudad Condal. En realidad, la Mercè (como es popularmente conocida) es copatrona de Barcelona junto a santa Eulalia, desde 1868.

La catedral está bajo su advocación, tiene varias estatuas en su interior, en su cripta reposan las supuestas reliquias de la santa (su sepulcro es una obra maestra de la escultura gótica) y sus trece años y trece martirios se recuerdan de manera harto original con trece ocas vivas que corretean por el claustro. Barcelona ha pedido ayuda a esta santa y mártir en momentos de peligro. Así, cuando la ciudad declaraba la guerra a algún enemigo se encomendaba a ella y la forma explícita de hacerlo y conseguir su favor era colgando el pendón de santa Eulalia en la ventana central de la fachada del *Ajuntament*.

Tal era la fe que tenían en esta bandera y sus virtudes mágicas como amuleto de protección que el 23 de agosto de 1361 se enarboló contra los franceses que habían entrado por el Rosellón y llegado

hasta Gerona. En 1461 fue aireada por los «tercios de Santa Eulalia» en la batalla de Montjuic. Y en 1473 ondeó una vez más contra los franceses cuando estos pretendían invadir Perpiñán. En 1588 se adoptó la bandera procesional de santa Eulalia como única bandera de la ciudad. Desde entonces, hay noticias de salidas del pendón de santa Eulalia contra epidemias y enemigos de la urbe. Esa tela daba seguridad psicológica porque sabían que representaba mucho más que una tela. Es una patrona fetiche de la ciudad, cuyo pendón invicto y milagroso se volvió a enarbolar en el sitio de 1706 y fue invocado oficialmente en julio de 1713, siempre con resultados positivos.[80]

El pendón de santa Eulalia tiene, por lo tanto, un significado histórico y espiritual muy importante porque ondeaba en el balcón de la Casa de la Ciudad en julio de 1713 cuando el Consejo de Ciento, en medio de la guerra de Sucesión, decidió resistir. También era el estandarte que blandía Rafael de Casanova cuando fue herido durante la última acometida en la defensa de la ciudad, el 11 de septiembre de 1714. En el pendón estaba inscrito un lema: *exsurge, Deus, Judicam Causa Tuam* (levántate, Dios nuestro, a defender tu causa). Un pendón talismánico, sin duda alguna.

Cada 2 de octubre, las mujeres embarazadas iban a rezar a santa Eulalia y a comer allí una granada, símbolo de fertilidad, solicitando así protección para su bebé.

La plaza del Ángel debe su nombre al ángel que, según la leyenda, se apareció aquí mismo a la comitiva que trasladaba el arca con las reliquias de santa Eulalia a la catedral. El sarcófago se volvió tan pesado que resultaba imposible moverlo. En ese instante, apareció un ángel que señaló a uno de los canónigos de la procesión. Este, pillado *in fraganti*, confesó que se había quedado un dedo del pie de la santa como reliquia. Una vez restituido el dedo mutilado, los restos pudieron cruzar las murallas y llegar a la catedral. En 1618 se instaló en la plaza un obelisco coronado por un ángel de bronce cuyo brazo señalaba la imagen de la santa. Ambas figuras se eliminaron en el siglo XIX.

Sigamos con ángeles. Si santa Eulalia no puede dar abasto con tanta demanda de peticiones, Barcelona cuenta también con La Mercé, La Moreneta y con un ángel custodio. Los que conozcan la ciudad sabrán que la Puerta del Ángel de la muralla tiene este nombre porque a finales del siglo XV ocurrió un acontecimiento muy curioso. Un buen número de menesterosos acudía a diario para pedir en las puertas de las iglesias y mercados. Una de las entradas era conocida por el Portal de los Ciegos hasta que a principios de 1398 san Vicente Ferrer llegó a la ciudad desde la comarca del Vallés para dar sus encendidos

sermones, acompañado por una multitud de seguidores y, al llegar a ese lugar, sobre una torre de la muralla, apareció entonces un ángel alado portando una espada. Asombro, rumores, lágrimas, expectación… Y Vicente le preguntó:

—*Ángel de Déu ¿qué fas aquí?* (Ángel de Dios ¿qué haces aquí?).

El Ángel respondió:

—*Estich guardant Barcelona per ordre del Altissim* (Estoy guardando Barcelona por orden del Altísimo).

Una buena declaración de principios y ante un testigo tan prominente y mediático, lo cual originó que se hicieran varias capillas y estatuas representado su imagen —la del ángel—, que han ido sufriendo distintos infortunios. En 1955, el escultor Ángel Ferrán Vázquez —su nombre de pila ya era una señal— realizó una pequeña imagen del Ángel Custodio, con una espada en la mano y una corona en la otra, que regaló a la ciudad colocándose en su emplazamiento original de la antigua Puerta del Ángel, que hoy ocupa el Banco de España (buen lugar para proteger) y en cuya fachada, si buscamos bien, lo podremos encontrar dentro de su hornacina, auscultando y defendiendo la ciudad casi a escondidas.

50. PALENCIA: EL CRISTO DEL OTERO

Las imágenes son una expresión artística y suelen estar hechas para ser observadas y admiradas en museos y en templos, colocadas en una plataforma, pedestal o peana, cumpliendo una función que va más allá de la simple decoración.

El lugar siempre es importante, al igual que la época en que se construye y las intenciones con que se hace. Si son religiosas o místicas, provocan ciertos efectos emocionales. Una de esas estatuas está en la cima del castillo de Monteagudo, en Murcia, dominando todo el valle. Se trata de un cristo de catorce metros con los brazos extendidos que se divisa a decenas de kilómetros, marcando una silueta en el cielo en forma de cruz que a nadie deja indiferente. La que se ve en la actualidad es de 1951 y es copia de otra que se hizo en 1926, la cual fue destruida durante la Guerra Civil. Se ha intentado retirar en varias ocasiones alegando que representa un símbolo totalitario del franquismo. En una de las últimas intentonas, el Tribunal Superior de Justicia de Murcia desestimó el recurso alegando que era un símbolo religioso anterior al franquismo y que ya formaba parte de la tradición cultural murciana.

Lo que no dice esa sentencia es que se puso allí, a unos cinco kilómetros al noreste de la ciudad, para que protegiera a la misma. Obedece a que en 1926 Alfonso XIII consagró España, de manera oficial y solemne, a la devoción del Sagrado Corazón, en la creencia de que sus influjos espirituales servirían para atraer prosperidad y paz. Y es entonces cuando se decidió erigir en el cerro de Monteagudo, sobre las ruinas del castillo musulmán del mítico rey Lobo, aquella primera escultura hecha por Anastasio Martínez.

Ese cristo murciano es menos conocido que el Cristo del Otero, en las proximidades de la ciudad de Palencia, salido de las manos de un gran escultor e icono de su cultura, Victorio Macho. Fue colocado sobre uno de los cerros que rodean la ciudad e inaugurado en 1931. Posee una altura de veintiún metros, situándolo entre los cristos más grandes del mundo, aunque no es el mayor como se dice en algunos folletos turísticos. El Cristo Redentor de Río de Janeiro mide treinta metros y tampoco es la estatua de ese tipo más alta.

El monumento, colocado en alto, no solo parece bendecir la ciudad, sino que, efectivamente, la bendice. Al menos ese era su propósito inicial y este hecho no es nada casual. El otro nombre que recibe, menos popular, es el de Monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Ya hemos hablado del simbolismo místico de la sagrada víscera. La estatua es de cemento blanco, con postura hierática y con sus dos

manos levantadas en actitud de bendecir. Está concebido como un faro que se levanta de manera vertical sobre el horizontal paisaje castellano.

A los pies de la misma estatua se encuentra excavada la ermita de Santa María del Otero, de tres naves, junto con un museo dedicado expresamente a algunas obras y proyectos del autor, además de ser el lugar de reposo de Victorio Macho, que eligió este sitio por considerarlo el lugar más idóneo. Lógico. Él sabía que era más que una estatua, era su tumba.

Las preguntas que uno se puede hacer son del tipo: ¿por qué se levanta un monumento de estas características en Palencia y no en otro lugar? ¿Por qué Cristo y no una cruz o una imagen de la Virgen? Y las respuestas vienen por dos vías. Hay una leyenda inverosímil que nos hace remontarnos a más de ochocientos años y nos dice que hubo otro cristo presidiendo otro cerro al lado del actual. Se trataba de una estatua mucho más grande y, además, de oro.

Nos remontamos a 1171, año en que nació la reina de Castilla doña Berenguela, hija del rey Alfonso VIII. A ambos les encantaba la ciudad de Pallantia, su nombre romano. Vinieron a visitarla varias veces, y en una de ellas, empezó a tomar forma el proyecto de erigir una colosal estatua del Corazón de Jesús en el cerro más alto de la ciudad, a modo de emblema cristiano y de protección, pese a estar alejado del casco histórico. La estatua tenía sus evidentes dificultades técnicas y conseguir tanto oro no era tarea fácil, ni siquiera para la hija de un monarca. Quería que se viera desde los cuatro puntos cardinales y que el reflejo del sol incidiera sobre ella para que el efecto fuera mucho más espectacular. Medía treinta metros de altura, pesaba más de 11.000 toneladas y su base tenía cinco metros de diámetro. Todo un coloso. Pero ¿qué ocurrió para que esa estatua no llegara hasta nuestros días y su recuerdo se haya perdido? ¿Dónde fue a parar? ¿Se fundió para otros menesteres?

Una tarde se desencadenó una tormenta con gran aparataje eléctrico, con muchos truenos de esos que atemorizan al más valiente. Y al amanecer del 10 de diciembre de 1344, el Cristo ya no estaba. Se había esfumado. Surgieron dos teorías que pronto fueron rechazadas: nadie la pudo robar pues no tuvo tiempo material para ello y no pudo deshacerse o fundirse con los rayos por muy potentes que fueran en aquella noche. Los vecinos llevaron sus picos y sus palas y empezaron a excavar cerca del terreno donde estuvo ubicada la estatua, por ver si recogían algo de oro. Nada de nada.[81]

Hoy la estatua acongoja (otra palabra no me atrevo a escribir) si estás a los pies de algo tan grande que te mira desde las alturas. Es un

patrimonio artístico, cultural y religioso ignorado por los que no son de Palencia, como suele ser ignorado el hecho de que la universidad más antigua de España también es de Palencia (no la de Salamanca). Y del mismo modo que la gente ignora que Alfonso VIII, en el año 1208, fuera el creador de dicha universidad. Pues bien, ocurre igual con el hecho de que el cristo se erigió sobre un enclave que guarda algunos secretos. Porque allí estaba la cueva de santo Toribio.

Un dato a tener en cuenta es que el Cristo del Otero asiste año tras año, desde que se inauguró en 1931, a la «pedrea del pan y el queso», que tiene lugar durante la celebración de la romería de santo Toribio. Sus raíces hay que buscarlas en una viejísima historia popular del siglo VI, que sitúa a la vieja Pallantia como el lugar donde, abrazando las doctrinas heréticas y ecologistas de Prisciliano, hicieron oídos sordos a los sermones y recomendaciones de Toribio; quien además fue apedreado de manera inmisericorde por los palentinos y hubo de refugiarse en una cueva, en el cercano cerro del Otero, donde oró y oró hasta que se produjo una inundación del río Carrión, que los palentinos interpretaron como una maldición divina. Subieron a la cueva para pedirle perdón y que las aguas volvieran a su cauce. En recuerdo de estos hechos, se adecentó dicho lugar y se construyó en ella una ermita. Y sobre esta ermita se levantó el imponente Cristo del Otero. Cada año acuden miles de personas, ya no tanto con connotaciones espirituales, sino más bien profanas y gastronómicas. En procesión se lleva la imagen del santo, acompañada de las autoridades civiles y eclesiásticas que cumplen así un «voto de villa».

Lo veamos o no, el lugar siempre es lo más importante y todo, al final, está relacionado.

51. CÓRDOBA: LOS TRIUNFOS DE SAN RAFAEL

Durante la época de Al-Andalus y la Edad Media, Córdoba era la ciudad más próspera, lujosa y culta de toda Europa. Cuando se convirtió en la capital del Califato, tenía la mejor biblioteca y los mejores médicos y los más doctos sabios. Y, por si faltara algo, todas las protecciones divinas que fueran necesarias, al igual que pasaba con la Alhambra de Granada.

Y siguió protegida tras la Reconquista, a tenor de lo que dice una tradición que se remonta al año 1278. Durante una epidemia de peste, el fraile mercedario Simón de Sousa afirmó que se le había aparecido una entidad sobrenatural que se identifica como el arcángel san Rafael, en el convento Casa Grande de la Merced, y le había curado. El fraile comunicó la noticia al obispo diciéndole que este le había dicho que si quería que la peste acabase debía colocar una estatua del arcángel en la catedral, estatua que sigue en dicho lugar a día de hoy. Rafael significa en hebreo «Dios sana» o «la medicina de Dios», lo cual es ya bastante significativo sobre su misión. Viste atuendo de peregrino y suele llevar un gran pez en la mano, acompañando al joven Tobías.

Si lo de Simón de Sousa fue sonado, hubo una confirmación más rotunda justo tres siglos después. El cronista Teodomiro Ramírez de Arellano recoge en sus *Paseos por Córdoba* (1873) la siguiente historia:

> Cuando la peste asolaba la ciudad en el siglo XVI, el Arcángel San Rafael se le apareció al padre Roelas en cuatro ocasiones, revelándole que él salvaría a la ciudad. El sacerdote, temeroso de que todo fuera un engaño de sus sentidos y después de consultar el caso con teólogos de la Compañía de Jesús, visitó al provisor, quien le ordenó que, si se producía una quinta aparición, le preguntase quién era. Así fue, en la madrugada del 7 de mayo de 1578 se produjo esta quinta aparición en la que San Rafael le dijo al sacerdote: «Yo te juro, por Jesucristo crucificado, que soy Rafael, ángel a quien Dios tiene puesto por guarda de esta ciudad».[82]

Lo curioso es que tenemos el documento donde queda constancia de este testimonio personal del sacerdote.

El padre Andrés de las Roelas no lo hizo público durante su vida, salvo a personas concretas para que le asesorasen sobre la naturaleza de esa aparición. Tras su muerte se dio a conocer este revelador testimonio donde el arcángel le dijo que tenía como misión ser custodio de la ciudad, indicándole, además, como un mensaje extra, los nombres de los restos óseos de los mártires ubicados bajo los cimientos de la iglesia de San Pedro. Estos santos mártires de Córdoba son los patronos de la ciudad, no san Rafael, como algunos creen. En realidad, es el custodio eterno y no sé bien quién tendría más

categoría.

Siempre es bueno acudir a las fuentes documentales y en este caso tenemos la fortuna de contar con un valioso manuscrito titulado: «Apariciones que tuvo el venerable presbítero Andrés de las Roelas en razón del sepulcro de los Santos Mártires que se halló en la parroquia de San Pedro de la ciudad de Córdoba, año de 1575. Escritas por el venerable presbítero Juan del Pino, por cuyo original (manifestado por los señores beneficiados) está sacada fielmente esta copia».

Aparece en él un grabado de san Rafael con un báculo en la mano izquierda, un pescado en la derecha y, al fondo, la silueta de una iglesia.

Empieza con un Decreto fechado en Toledo el 22 de enero de 1583, donde se declara que las reliquias de las que se hacen mención dentro de la iglesia de San Pedro deben ser veneradas como auténticas por todos los fieles cristianos. Y en la página 9 del manuscrito se hace referencia a las apariciones de Andrés de las Roelas, escritas en primera persona por el presbítero cordobés a la edad de cincuenta y dos años. Empieza diciendo:

> Caí en una gravísima y muy prolija enfermedad al fin del año pasado de 1577 por el mes de octubre de la cual después de catorce sangrías y todas las demás diligencias que humanamente los médicos pudieron y supieron hacer, por más cierta se tenía mi muerte que la esperanza de mi vida… rogaba y suplicaba cada día en este tiempo largo de mi enfermedad (que duró hasta víspera de Pascua Florida de este año de setenta y ocho) a los dichos Santos Mártires fuesen intercesores a Dios Nuestro Señor me diese salud, para que con ella y su favor pudiese yo remediar necesidades de tantos. Y por cinco veces, en distintas y diferentes noches, sin ver persona ni visión alguna, pareció que me decían: *Salte al campo y tendrás salud*.
>
> Después de esto y desde la víspera de Pascua de Flores, me sucedieron muchas veces en días interpolados y continuos, visiones las cuales, para descargo y seguridad de mi conciencia, secretamente comuniqué con personas doctas y de buena conciencia, y también por evitar otros inconvenientes, temiendo por mis deméritos no fuese ilusiones del demonio.

Y sigue relatando que cuando salió al campo, bastante renqueante y debilitado por la enfermedad, haciendo caso a aquella audición fantasmal, le llegó de pronto un olor «suavísimo como del Cielo» y oyó pasos de caballería, volvió la cabeza y vio a «cinco caballeros mancebos muy apuestos y hermosísimos vestidos de jubones blancos y calzas del mismo color». Tras los saludos, le dicen:

> —Por vuestra vida Señor, pues sois sacerdote, vais al prelado a quien esté en su lugar y le digáis que aquel sepulcro que se halló en San Pedro y huesos de los santos, que los tengan en mucha veneración porque vendrán a esta ciudad muchos trabajos y enfermedades y mediante ellos serán libres.

En esos momentos, Andrés de las Roelas pensaba que eran

cortesanos o genoveses dedicados al comercio de las lanas y que de camino venían a ver el sepulcro. Más tarde, al desaparecer de su vista, a pesar del buen trecho de camino llano que había desde el lugar donde él estaba, se daría cuenta de que no era nada de eso. Aun así, se dio una buena carrera para ver si por ventura los podía alcanzar y verlos de nuevo. Y nada. Ni siquiera preguntando por ellos nadie le dio razón y llegó a la conclusión de que eran ángeles que le habían dado un mensaje para el prelado. Cuando llegó a su casa se encontró renovado de fuerzas, sano, sin flaquezas y en perfectas condiciones. Dice que ocurrió todo eso el Sábado Santo, en la tarde del 29 de marzo de 1578. Pero no transmitió ese mensaje al prelado. En el manuscrito se habla de otras visiones posteriores como la del último día de abril, en que oye unos pasos por la puerta de su habitación y, al poco:

> Vide un hombre vestido de una ropa blanca larga a manera de la de los comendadores: el rostro no le pude ver ni en las demás noches que después volvió a mi aposento y asentose en una silla frontero de mi cama y dixome:
>
> —¿Por qué no habéis querido hacer lo que os encomendaron aquellos cinco caballeros? Porque tiempo ha de venir que ha de hacer Dios misericordia con este Pueblo, por intercesión de los huesos de estos mártires, porque han de suceder graves enfermedades y pestes y sobre las mujeres flujos de sangre.

Y lo mismo le sucedió otra noche que vio a esa entidad de la misma forma y hábito, sentado en la misma silla. Siempre para recriminarle que no diese ese mensaje a sus superiores eclesiásticos. Andrés tenía dudas de si esa visión era demoniaca o realmente divina. En la cuarta noche le pregunta si era ángel de luz o demonio:

> Entonces dio como una palmada y dixo, ahora haced lo que os tengo dicho y no os descuidéis, y fuese sin decir más palabra y quedó en el aposento un olor suavísimo que duró todo ese día, tal como el del Sábado Santo.

Al final comunicó estas visiones al padre Enríquez, que le aconsejó que fuera al prelado y le contara todo, pues no había muestras de ser ilusión del demonio. Efectivamente, al cabo de unas pocas noches vuelve tan extraño visitante nocturno a dejarse ver en el aposento de Andrés de las Roelas diciendo «Dios te salve». Y le hizo la revelación más importante y que tuvo transcendencia en los años y siglos venideros. Con estas palabras le dijo:

> Tú me conjuraste la última vez que vine aquí y no te dije quién era por tu inobediencia. Yo te juro por Jesucristo Crucificado que soy Rafael Ángel a quien tiene Dios puesto por guarda de esta Ciudad.

Y acto seguido le añade una lista de mártires de los que el cura no tenía conocimiento: Argimiro monje, Leovigildo, Cristóbal, Victoria, Flora, María, Helias, Hieremias…

Más adelante, le dice algo muy importante que sirvió para perpetuar lo de los «triunfos» de san Rafael:

> Y dile que, en el tiempo de esta peste, el obispo Pascual hizo mi imagen y la bendijo con mucha solemnidad y la puso en lo supremo de la torre, de tal arte que anduviese siempre mi rostro contra los aires inficionados en peste y otras tempestades. Y así Dios ha sido servido por esta causa haber hecho mucha merced a esta ciudad. Y esto hizo el obispo a imitación de mi imagen que está en Roma, la cual fue puesta en otra peste.

Sin duda, se estaba refiriendo a la peste que asoló Roma en el siglo VI y a que el papa san Gregorio mandó hacer una imagen del arcángel san Miguel en lo alto del castillo de Sant'Angelo agradeciendo su intervención, tal como hemos contado en el capítulo dedicado a Roma.

La confesión del manuscrito del siglo XVI termina con la expresiva frase: «Juro *in verbo sacerdotis* es verdad. Y lo firmo de mi nombre. Andrés de las Roelas».

El padre Roelas fallecía en Córdoba en el año 1587, a los setenta y dos años, siendo dignas de resaltar la prudencia y discreción con que en todo momento trató cuanto hacía referencia a estos prodigios, dando conocimiento de los mismos solo a los teólogos. De esta forma, tuvieron que pasar veinticinco años para que la relación completa de las apariciones y revelaciones del arcángel san Rafael, dictadas por el padre Roelas a su amigo Juan del Pino, pudiesen ser leídas. Desde que se tuvo noticia de este hecho, se estableció un oratorio en la casa en la que había vivido el sacerdote, iniciándose en 1610 las obras para erigir una iglesia dedicada a su culto. En su interior está constituida la sede de la Ilustre Hermandad del Arcángel San Rafael, Custodio de Córdoba, que tiene como misión velar por la perpetuación de los cultos a su titular y que se celebran todos los días 7 de cada mes y de forma especial el 7 de mayo.

De aquellas apariciones se derivó el considerar al arcángel como verdadero custodio de la ciudad, para protegerla de cualquier incidencia negativa. Y a fe que lo ha conseguido, dicen sus habitantes. Desde entonces, la imagen de la ciudad de Córdoba está muy relacionada con las representaciones pétreas de san Rafael, en forma de «triunfos», monumentos en cuya cima hay una estatua suya. Están financiadas por particulares y corporaciones locales. Tal vez la más importante y fastuosa es la que se encuentra entre la Puerta del Puente, más conocida como Arco del Triunfo, y en la mezquita-catedral. Es una obra de Verdiguier terminada en 1781 que se sostiene sobre una columna, mandada construir en acción de gracias por haber librado el arcángel a la ciudad de un terrible terremoto.

Al menos hay once triunfos repartidos por toda la ciudad. Rafael es muy popular en Córdoba, dando nombre a un buen número de los nacidos en esta provincia. Por tanto, y a modo de resumen, hay dos

fechas claves de la historia de la capital del califato para sentirse privilegiada:

En 1278 Córdoba fue asolada por la peste, al igual que el resto de Andalucía, y las oraciones, súplicas, rogativas y penitencias no hacían el efecto suficiente. En aquel tiempo, el titular de la silla de Osio era el obispo Pascual. Y una entidad identificada como san Rafael se le aparece al padre Simón de Sousa, de la Orden Mercedaria, estando en el coro suplicando al Señor el remedio de tanto desastre. Díjole el arcángel: «Dirás al obispo, haga poner mi imagen encima de la torre, y encargue a todos me sean muy devotos y celebren mi fiesta todos los años, y con esto cesará el contagio».

En 1578 el padre Andrés de las Roelas afirmó que se le había aparecido el arcángel, curándole de una enfermedad y diciéndole que tenía como misión ser custodio de la ciudad.

El poeta Julio Aumente quiso inmortalizar al arcángel san Rafael en su soneto dedicado a Córdoba;

> Amarillo el limón, la palma ardiente,
> la granada de sangre, la dorada
> naranja en el vergel, la perfumada
> higuera, traen su aroma del oriente.
> En las romanas piedras de tu puente
> un arcángel destella luz alada,
> ¡oh silenciosa Córdoba callada,
> dormida en el rumor de la corriente!

Por si faltara algo a la ciudad, es la patria de Séneca, el gran filósofo del estoicismo, y cuatro lugares suyos han sido declarados Patrimonio de la Humanidad. Único caso en el mundo…

52. ÉCIJA: SALVADA DE LA PESTE

Dicen que «a perro flaco todo son pulgas» y que en épocas de vacas flacas se cree más en la providencia y en los milagros.

Las crisis más mortíferas, trágicas y pavorosas corresponden —metafóricamente hablando—, a los cuatro jinetes del Apocalipsis. Uno de ellos es la peste, considerada en la Edad Media un arma del diablo, una maldición infernal provocada por los errores y pecados de un pueblo. El antropólogo Carmelo Lisón Tolosona nos dice que durante el Siglo de Oro español se creía a pies juntillas que parte de la sociedad estaba endemoniada, que el Mal, en sus múltiples manifestaciones —fueran guerras, epidemias, hambrunas, motines, impotencia del monarca, hechizos, desgobierno, etc.—, estaba presente en las plazas públicas y en los rincones de palacio. Y todos se miraban de reojo.

Durante esos años fatídicos en que los médicos no encuentran solución para la enfermedad y los sacerdotes no paran de dar el viático, las leyendas hablan de extraños personajes que aparecen de sopetón, venidos de no se sabe dónde, que ofrecen remedios para que la peste desaparezca. Son generalmente hombres que el pueblo identifica con pastores, peregrinos o monjes. Escogen a una persona joven para darle los consejos precisos, gracias a los cuales se pueden salvar de morir y luego desaparecen sin dejar rastro, generando una simbiosis de misterio, prodigio, milagro y gratitud que no llega a ser recompensada. Es habitual que al final piensen que han sido providenciales ángeles enviados por Dios, que, apiadado, hace caso a las súplicas del pueblo.

Hoy sabemos que la peste que asoló y desoló Europa durante gran parte de la Edad Media y hasta bien avanzado el siglo XVIII se transmitía a través de la picadura de las pulgas que estaban contagiadas con la bacteria *Yersinia pestis*, transportada de un lugar a otro principalmente por las ratas. La enfermedad provocaba fiebre, dolor de cabeza, hinchazón, escalofríos y la aparición de manchas y bulbos negros en la piel. Principalmente afectaba al sistema respiratorio y al nervioso, llegando a provocar una muerte agónica. Era una manera fea de dejar este mundo. Las causas se desconocían y cuando algo se ignora en medicina se recurre a la magia y a lo sobrenatural.

La baja productividad de los campos, el hambre, la falta de higiene y la debilidad del sistema inmunitario de la gente hicieron que la epidemia se convirtiera en un arma letal que acabó con la vida de miles de personas y miles de animales. Se la temía más que a un

nublado y numerosas leyendas, desde el siglo XIII al XVI, hacen referencia a la aparición por tierras catalanas, castellanas y andaluzas de ciertos individuos que dan mensajes y remedios para paliar una epidemia, generalmente de cólera o peste. A cambio, piden que el pueblo se comporte cristianamente o que le construyan una ermita.

Hay muchos casos significativos que se produjeron en la península ibérica y que podría argumentar. Como dice el aforismo que «para muestra bien vale un botón», elegiré el de Écija, que había padecido una «gran pestilencia» en 1350 y volvió a aparecer de nuevo en 1429. Estaban recientes estos hechos en la memoria de los ecijanos cuando el lunes 20 de febrero del año 1436, antes del alba, apareció alguien que no era de la villa y ni siquiera de este mundo. No era la Virgen, ni Jesucristo, ni san Miguel, ni san Rafael, sino alguien al que no esperaban. Se le describe como un varón de punta en blanco, con rasgos hermosos que se identifica a sí mismo como san Pablo, para que no le adjudiquen otros motes. Da instrucciones para la reforma de Écija y se pone a amenazarlos por su actitud tan poco católica. La crónica escrita en el pergamino original del escribano de la ciudad, don Gerónimo de Guzmán, da pública fe de los hechos portentosos:

> En aquel lugar antes dicho, una noche poco antes del amanecer, un mozo de catorce años de edad, llamado Antón de Arjona, vio estando despierto un hombre muy hermoso a maravilla, el cual venía vestido de unas vestiduras blancas, y dijo (haciendo esta declaración ante la Justicia que le examinó) que en viéndole tuvo gran temor, y el dicho hombre le habló, y le dijo, que no tuviese miedo, que él era S. Pablo Apóstol de Cristo nuestro Señor. Le encomendó la tarea de advertir a las autoridades locales de los vicios y pecados que se cometían contra Dios, amenazando con una epidemia de peste si estos no se corregían.
>
> Para que fuera creído en su encargo, le anudó los dedos de la mano derecha y le ordenó que se organizara una procesión con las jerarquías civiles y religiosas y todo el pueblo al convento de San Pablo y Santo Domingo, de la orden dominica, y allí, después de la Santa Misa y sermón, a la vista de todos, pasó la mano por una cruz, desatándoseles los dedos y quedando la mano sana.
>
> El Cabildo municipal, en recuerdo de este hecho y como acción de gracias por la protección del apóstol, formuló el voto perpetuo de acudir cada año, el día veinticinco de enero, festividad de la Conversión de San Pablo, al citado templo en procesión y celebrar solemne función religiosa, lo que se sigue realizando de forma ininterrumpida hasta el día de hoy.

Es llamativo que ese personaje se identificara como san Pablo y sellara la mano derecha del chico de manera antinatural, uniéndole los dedos unos con otros, una especie de mudra o «señal de los elegidos», como hizo el ángel de Ayora unos años antes a la anciana Liñana. Y todo para que le creyeran. Es como la «marca del zorro», pero a la ecijana o al estilo paulista.

El personaje en cuestión se quería hacer notar a través del jovenzuelo Antón, manifestando que tenía un especial interés en proteger esa población. Hay que recordar una vieja leyenda en la que san Pablo habría conocido a un ecijano llamado Hieroteo que le habló de su tierra y, en su peregrinaje apostólico, fue a predicar a la ciudad astigitana en el foro próximo a un templo dedicado al culto imperial. Los defensores de esta teoría dicen que en la Primera Carta a los Corintios se testimonia que san Pablo vino a los límites de Occidente, es decir, la Bética, según la terminología de la época.

Lo cierto es que el culto a san Pablo en el siglo XV estaba más bien abandonado. Había santos mucho más populares y, al parecer, más serviciales. Las *Relaciones topográficas de Felipe II* (1575) nos dan idea de esta falta de atención a san Pablo porque en 540 poblaciones de Castilla la Nueva, solo una iglesia parroquial estaba consagrada a él. De más de novecientas ermitas, ni una. Y de más de mil quinientos votos, solo diez se dedicaban exclusivamente a san Pablo. Normal que quisiera dejar su huella de manera tan explícita.[83]

Desde aquel día de 1436, la creencia en el «milagro de san Pablo» fue constante entre los ecijanos, dado que la peste no les afectó lo más mínimo y así lo corrobora el hecho de que el 17 de enero de 1573 el arzobispo de Sevilla, Cristóbal de Rojas y Sandoval, declarase fiesta de precepto el día 25 de enero. O el voto no se hizo correctamente o esta protección tenía fecha de caducidad porque desde marzo hasta septiembre del año 1601 hubo otra pestilencia en Écija y alrededores en la que murieron más de diez mil personas. Aun así, el papa Urbano VIII expidió una bula en 1642 declarando a este santo patrón canónico de la ciudad.

A Écija se la conoce con varios sobrenombres. Uno es la «ciudad de las once torres» y otro es la «ciudad del sol» y así aparece en su escudo y su bandera con un sol radiante, porque hace siglos hubo un templo pagano consagrado al astro rey, a semejanza de la Heliópolis egipcia. Otros prefieren dar otro sentido a ese sol y la denominan «la sartén de Andalucía», aunque este título se lo disputan acaloradamente otras localidades andaluzas como Montoro (Córdoba).

Quizás porque aquí naciera Luis Vélez de Guevara, el autor de *El diablo cojuelo* (que se las sabía todas en cuanto a hechizos), el hecho es que a sus dos protectores y patrones —san Pablo y la Virgen del Valle— les atribuyeron que, durante la inundación de febrero de 1963 del río Genil, la mayor de toda su historia, cuyas aguas llegaron a subir metro y medio, el daño no pasara a mayores y solo hubiera pérdidas materiales, que no personales.

A lo largo de los siglos, en numerosas ciudades andaluzas se han

dedicado procesiones, rogativas, novenas, votos y juramentos a sus cristos y santos con el fin inmediato de parar las epidemias y sequías. En Sevilla se hicieron ofrendas al Cristo de San Agustín y a la Virgen de la Hiniesta Gloriosa. En Málaga la protección se relaciona con la aparición del Cristo de la Salud. Un ejemplo de rogativa tipo sería la siguiente: «Líbranos, Jesús, de las calamidades de esta vida… Preserva a este pueblo de todos los males; lánzale tu celestial bendición para que no perezca, castigando así la multitud de nuestros pecados».

No sé si eran muy devotos de estas plegarias los famosos «siete niños de Écija», buscando protección divina contra las persecuciones del cuerpo armado de los escopeteros de Andalucía (aún no había nacido la Guardia Civil), porque ya sabemos cómo acabaron todos estos bandoleros, que no eran siete, ni niños, ni de Écija (al menos, no todos ellos).

53. LOS «VOTOS DE VILLA»

El rito y el mito se resisten a desaparecer en la península ibérica, que aún guarda en la recámara un amplio repertorio de votos y promesas en agradecimiento por favores divinos al salir indemne de alguna catástrofe natural o calamidad artificial.

Había un simulacro de negociaciones con la entidad celestial de turno para librarse, por ejemplo, del azote de una plaga. A cambio, se adquiría el compromiso de dedicarle una festividad anual con procesiones, oraciones, expiaciones o lo que fuera menester. Y el compromiso contraído era a perpetuidad, como si se tratara de un contrato formal registrado por un notario. Incluso se especificaban sanciones a las familias que no enviaran un miembro a la procesión del santo o no hicieran lo estipulado, como ayunos o estipendios. El incumplimiento de cualquier vecino del pueblo podría provocar la invalidez de ese «contrato divino» y que la plaga volviera a resurgir. Eso suponía una gran responsabilidad, no siempre bien asumida.

Algunos de estos compromisos penitenciales se llevaban al extremo y eran tan singulares como el de los buenos azotes en la espalda que se autoinfligen los «picaos» de San Vicente de la Sonsierra, o los «empalados» del extremeño pueblo de Valverde de la Vera, o los «amortajados» que pasean sus ataúdes en varias romerías gallegas. En casi todos los casos obedecen a una promesa hecha a la Virgen, a Cristo, un arcángel o algún santo (la mayoría de las veces es san Roque o san Sebastián) por algún favor recibido, pero no un favor cualquiera sino uno de alta alcurnia donde la vida y la salud de los vecinos estaba en juego. Y se empezaron a denominar «votos de villa» o «votos de promesa».

Uno de los más antiguos cumple ocho siglos de existencia, que ya son años. Me refiero al instaurado en el año 1187 cuando 237 pueblos del entorno de Jaca y San Juan de la Peña hicieron voto solemne de que un vecino de cada casa acudiera allí con su cruz parroquial cada octava de Pentecostés, lo que a día de hoy siguen cumpliendo los habitantes de Botaya en honor de san Indalecio, considerado protector de cosechas y haciendas. Los *indalecios*, algunos con sus vestiduras blancas, parten con sus cruces desde el monasterio nuevo de San Juan de la Peña, llevando en procesión la imagen del santo hasta el monasterio viejo. Un acto solemne y sagrado.

Hay más. Desde el siglo XV, sale en el mes de enero el «pelegrí de Tossa», un vecino de Tossa del Mar (Gerona) andando desde la Costa Brava hasta Santa Coloma de Farners, distante una treintena de kilómetros, para agradecerle a su san Sebastián haberlos salvado de la

peste. Le prometieron que cada año harían esta procesión en acción de gracias si no moría nadie más. Y así fue.

Estos «votos» están repartidos por toda la geografía española y la sola mención y descripción de cada uno de ellos podría llevarnos un libro entero y verdadero. Por tanto, me voy a referir a uno con una tradición que lleva tres siglos a sus espaldas. Se trata del muy poco conocido «voto público» de Tierzo, en la provincia de Guadalajara, con una población que actualmente no llega a las treinta almas censadas. Quise cerciorarme de que esta vetusta tradición, que procede de 1653, sigue viva de forma ininterrumpida hasta hoy en día, con un lapsus temporal de 1968 hasta 1999, por la sencilla razón de que no había vecinos que pudieran hacer esa caminata penitencial.

Se sigue celebrando el último sábado de junio y sus componentes van vestidos con mortajas blancas y coronados con un capirote o cachirulo blanco, como lo llaman en la zona. El origen está en una epidemia de cólera (otras versiones dicen que de peste) que asoló a la población en aquel año, con la funesta consecuencia de que murieron veintiún vecinos en tres meses (marzo, abril y mayo). Imploraron entonces a la Virgen de la Hoz, cuyo santuario está a pocos kilómetros, inmerso en el barranco o foz de Corduente, y empezaron las rogativas con una procesión de todos aquellos que estaban con ánimo y fuerza de realizarla.

Los capirotes son un residuo de los sambenitos de la Inquisición, al igual que pasa con los cofrades que portan el capuchón en las procesiones de Semana Santa, en señal de recogimiento y mortificación. Este concepto permaneció en los siglos siguientes, considerándose una forma de penitencia, adoptada por diferentes cofradías e introduciendo el elemento de ocultar el rostro para evitar que se sepa la identidad del penitente. Con los capirotes de Triezo ocurría lo mismo, aunque ahora ya no es necesario. Todos saben quiénes son. Durante años fue frecuente que los que llevaban esa vestimenta pidiesen ser amortajados y enterrados con la túnica blanca que portaron durante este voto de villa, para que la promesa fuera más sincera y sentida.

Pude ver un cuadro de estilo naíf en el santuario de Nuestra Señora de la Hoz, en concreto en el comedor, donde, tras la misa preceptiva, los cofrades acaban dándose un homenaje gastronómico. El lienzo representa al pueblo penitente vestido de saco blanco, como si fuera un exvoto, con una leyenda que se ha ido borrando con el tiempo en la que se cuenta el motivo de que cada año, al toque de campanas, se inicie esta caminata de varios kilómetros. Por suerte conservamos el texto original que así rezaba:

En el lugar de Tierzo Jurisdicción de Molina el año de 1653 siendo cura el Ldo.

D. Francisco Martínez de la Zeja por espacio de tres meses hubo una grave enfermedad y se ofreció a ir a Nª Sª de la Hoz, en romería. Fue Dios servido enviar por su Madre salud, y en acimiento de gracias ofreció este cuadro. Se renovó el año de 1750 a devoción de Juan Pablo v.º de dho. lugar siendo cura D. Gregorio López, y se renovó este cuadro el año de 1830 siendo Párroco D. Basilio Sanz… Regidores Antonio Pérez, e Ignacio Martínez, y Juan Manuel Rico Procurador.

El cuadro está repintado al perderse sus colores. Pregunté a un vecino de Tierzo por la eficacia de este voto y confirmó que, desde aquella lejana fecha del siglo XVII, ni Tierzo ni las poblaciones por donde transcurre la procesión han vuelto a tener más epidemias de cólera o de peste. Es otra forma de protección, con capirotes, rosarios, cruces y caminatas, que sigue muy arraigada en pueblos de esta zona castellana. Pero no es el único pueblo que la practica. Doce localidades cercanas al santuario celebran sus rogativas en días señalados: Corduente, Ventosa, Terraza, Rillo de Gallo… Y no podía faltar el señorío más importante, Molina de Aragón, que cada primero de mayo, mientras otros celebran el día internacional del trabajador o la fiesta de Beltane (para los más celtíberos), ellos hacen algo parecido a Tierzo con el mismo destino: la ermita de la Virgen de la Hoz, como punto geodésico-telúrico-mágico-espiritual de primer orden. Algunos exvotos vi allí, incluidos grilletes oxidados de cautivos de Argel, en la sacristía protegida por una reja de hierro que me fue abierta amablemente por uno de los dependientes de la hospedería.

CUARTA PARTE

ANEXOS DE PROPINA: LUGARES PELIGROSOS

Nunca pienso en el futuro, llega demasiado pronto.

ALBERT EINSTEIN

Toda acción tiene su reacción y toda parte tiene su contraparte. Si hemos hablado de lugares talismánicos y protegidos por alguna circunstancia, deberían existir otros a los que les pase todo lo contrario. Lugares de bonanza se contraponen a lugares calamitosos, los hay bendecidos y los hay maldecidos. Y quizá uno de los temas más extraños y muy poco conocidos, que tiene que ver con esa desprotección, es el mito de las «siete torres del diablo», algo que preocupó siempre a René Guénon, que de esoterismo y simbolismo sabía un rato.

En sus cartas al corresponsal rumano Vasile Lovinescu se demuestra que hasta sus últimos días quiso establecer los puntos geográficos del planeta Tierra en los cuales se desarrollaba la acción antiespiritual que iba en contra de la lógica evolución humana. Él los llamaba «centros contra-tradicionales». Según los textos sagrados, cada torre estaría resguardada por sacerdotes de una sociedad secreta, la de los *yezidíes*, como un poderoso centro de contrainiciación. Posiblemente, Guénon pensaba en un hadiz (dichos del profeta Mahoma) que se refiere al fin de los tiempos y que guarda relación con el río Éufrates (que pasa por dos países donde estarían dos de estas torres: Irak y Siria): «El Éufrates se secará probablemente, destapando un tesoro de oro bajo su cauce. Quienquiera de vosotros que lo atestigüe debería abstenerse de coger nada».

Muchos han interpretado este hadiz en relación al «oro negro» o petróleo. El mandato del profeta Mahoma en orden a abstenerse de tomar este tesoro, indica el peligro implícito en este. ¿A qué tesoro se refería? Por otra parte, no es menos curioso que sea en Irak precisamente donde se encuentra Mosul, el más importante centro de los *yezidíes* (conocidos frecuentemente, con razón o sin ella, como «adoradores del diablo»).

El escritor Javier Sierra, en su documentada novela *Las puertas templarias*, hace referencia a las «Siete Torres del Diablo», ubicadas de tal manera que conformarían en el cielo la constelación de la Osa Mayor. En su obra habla de una «terrible verdad»:

> —No, mi fiel Saint Omer. Aquel sabio musulmán vino para advertirnos que Antioquía era una de las plazas fuertes que protegían la ruta hacia un lugar maldito que los cruzados debíamos evitar a toda costa. Se trataba de una de las siete torres que el mismísimo Diablo había hecho construir entre Asia y África, levantándolas en regiones tan remotas como Mesopotamia o las lindes de Nínive. El-Makrisi nos explicó que aquellas torres estaban en manos de los seguidores de cierto califa llamado Yezid, enemigo de su sultán, y abogados de la inocencia de Lucifer y su buena voluntad para con los hombres.

—¿Defendían a Lucifer?

—Aunque parezca increíble, así es. Los *yezidíes* creen que fue el único ángel con suficiente valor para cuestionar a un Dios colérico y justiciero como el de los judíos o el del Profeta.

—¿Y la «terrible verdad» de la que habláis?

—El-Makrisi nos reveló que una de esas torres de acceso al Infierno se erigió en Jerusalén, precisamente en este mismo lugar. Nos juró que los turcos tomaron la ciudad con la secreta intención de sellar esa entrada para siempre y auguró que, si les echábamos de aquí, como sucedió, recaería sobre nosotros la responsabilidad de constituir una nueva estirpe de guardianes de la Puerta. De lo contrario, el Mal volvería a emerger por ella.[84]

Para Sierra, que toma el dato de Michel Lamy (*La otra historia de los templarios*), los *yezidíes* creían que estos enclaves estaban instaurados y seleccionados por Lucifer como centros de proyección del poder sobre los hombres (como «el ojo rojo de Saurom» en la saga de *El señor de los anillos*) y los escondieron bajo siete torres que imitaban la disposición de la Osa Mayor.

La verdad es que suena a videojuego de ficción histórica, tipo *Assassin's Creed*, con un aventurero protagonista en busca de esas siete torres que dan mucho *yuyu* y que esconden un terrible secreto, el cual es mejor preservar para la humanidad hasta que llegue el momento oportuno. Pero son varias las noticias que nos indican que estos lugares pueden existir.

Estas siete torres estarían colocadas en los siguientes lugares:

1. Zona del monte Nuba (Sudán)
2. Níger
3. Siria
4. Kurdistán (Irak). En la zona de Lalish
5. Turkestán (Urales)
6. Estuario del Río Ob (Siberia)
7. Isla de Belvy (mar de Kara, Rusia)

De acuerdo con los libros sacros de los *yezidíes*, la caída de estas siete torres implicará el fin del universo. Tal cual. Cabe aclarar que este universo es el nuestro, el que conocemos, pues la cosmogonía *yezidí* afirma que existen varios más. Su religión dispone de dos libros

sagrados: el *Kitab al-jilwah* (Libro de Revelación) y el *Mashaf* (Escritura negra), a cuál más esotérico. El problema es que esas torres no se ven a simple vista. Solo algunos de los *yezidíes* más notables conocen la ubicación exacta de cada una de ellas. La más famosa está en Lalish, que es una especie de Vaticano para los *yezidíes* y, al igual que los musulmanes con La Meca, deben peregrinar una vez en la vida a esta localidad para rendir tributo a Melek Taus. Con excepción de Lalish, el resto de puntos o torres son usados para llevar a cabo rituales secretos de marcado carácter esotérico.



Una de esas fuentes literarias se refiere a William B. Seabrook, una especie de Indiana Jones, pero más trotamundos y más todoterreno, imbuido por el misterio, que llegó al país de los *yezidas* y, en un lugar llamado Cheik Adi, escondido en las montañas del Kurdistán, afirmó haber encontrado una de las Siete Torres de Shaitan, en sus propias palabras «uno de esos faros fabulosos de los que se habla en los mitos y los cuentos persas, árabes y kurdos». Según su testimonio, existen siete de estas torres que se ocultan desde Manchuria y el Kurdistán hasta el Tíbet, pasando por Persia. Desde ellas los sacerdotes *yezidas* rendían culto a Melek Taos, el «Ángel del pavo real», identificado por Seabrook y otros autores como Shaitan o Satán. Dejó escritas sus increíbles experiencias en *Adventures in Arabia* (1927):

> Extendiéndose a lo largo de toda Asia, desde el norte de Manchuria, a través del Tíbet y Persia y terminando en el Kurdistán, existe una cadena de Siete Torres en cumbres de montañas inaccesibles. En cada una de esas torres se encuentra perpetuamente un sacerdote de Satán, que emite vibraciones ocultas negativas que controlan el Mal en el mundo.

De acuerdo con la cosmovisión *yezidí*, Dios dispuso de siete ángeles o seres santos en su superficie, siendo Malek Taus el más importante de ellos. Se le representa con la forma de un pavo real, y al rebelarse contra la orden divina de postrarse ante Adán (y, por ende, ante la raza humana), fue relegado a habitar durante siete mil años en el Infierno, donde sus llantos consiguieron apagar los fuegos del Averno. Tras ese tiempo, fue aceptado como uno de los ángeles o príncipes celestiales que vagan por la Tierra.

El otro nombre de Malek Taus es Shaitan, el mismo que El Corán da a Satanás. De ahí lo de «adoradores del diablo». Malek Taus está representado por el color azul y un pavo real. Nadie viste ese color, que es tabú para los fieles. Sus miembros, unos quinientos mil, componen una minoría religiosa de lengua kurda instalada en el norte de Irak y que considera al Diablo como al jefe de los ángeles. Esta religión esotérica fue desarrollada en el siglo XII por el jeque Adi ibn Moussafir, un místico sufí, cuya tumba se venera en Lalish. Por tanto, esas torres son mucho más que un símbolo, se trata de una geografía sagrada y oculta con fines aviesos. Para Guénon es toda una lucha de fuerzas opuestas: el último grado de la jerarquía «contrainiciática» está ocupado por los «santos de Satán» (*awliyâ esh-Shaytân*), que son, en cierto modo, lo inverso de los verdaderos santos (*awliyâ er-Rahman*) y que manifiestan la expresión más completa de la «espiritualidad al revés» o la gran parodia (lo dice con mayor extensión en sus obras *El simbolismo de la cruz* y *El reino de la cantidad*).

Luz y oscuridad. Una vez más. Como en *El señor de los anillos*…

Creo que ya hemos visto con cierta profusión que hay lugares considerados «protegidos» por distintas razones, muchas de ellas de índole mágica o espiritual. Y ya puestos, ¿los hay acaso que estén desprotegidos? Pues los hay, y muchos. También por diversas circunstancias. Nos vamos a fijar en algunas islas que, a pesar de su carácter turístico y paradisiaco, albergan algún tipo de maldición o de ubicación que las hace susceptibles de tener mal fario o de convertirse en un futuro próximo en lugares infernales. Pondré dos ejemplos del primer caso: uno en Croacia y otro en Italia. Son pequeñitas, pero matonas.

La pequeña isla de Lokrum, cubierta de bosques, está enfrente de Dubrovnik. Unos monjes se instalaron allí en 1023, cuando la municipalidad donó la isla a los benedictinos, conocidos como «monjes negros» por el color de sus hábitos. Encontraron en este pequeño rincón del Adriático repleto de paz y tranquilidad lo que buscaban para sus oraciones y sus trabajos de jardinería. Permanecieron allí hasta 1806, cuando las tropas napoleónicas, que habían invadido lo que entonces se conocía como la República de Ragusa (que abarca lo que es actualmente el extremo sur de Croacia y una pequeña parte de Montenegro) los obligaron a abandonar la isla. Sin otra alternativa, aceptaron irse, pero antes pidieron hacer una misa de despedida en la iglesia de Santa María. El deseo les fue concedido. Una vez finalizada la ceremonia, todos los monjes cubrieron sus cabezas con sus capuchas, dieron tres vueltas enteras a la isla llevando en la mano una vela encendida y rezaron unas oraciones que no eran las habituales.

Desde aquel preciso momento, la isla quedó sellada y protegida, por siempre jamás, de intrusos. Quien quisiera vivir y dormir en ella no lo tendría fácil.

Casualidad o destino, lo cierto es que todos los que se vincularon a la isla de Lokrum terminaron bastante mal. Por empezar, los tres miembros de la aristocracia croata que ayudaron a los franceses para adueñarse de la isla tuvieron finales trágicos: uno murió ahogado, otro asesinado y un tercero se suicidó. El capitán Tomaševic, que fue el primero en adquirir la isla una vez que cayó la República de Ragusa, pasó de millonario a mendigo casi sin escalas. Vendió la isla al archiduque Maximiliano de Habsburgo, que se instaló allí en 1859. Construyó una mansión de verano e hizo llevar a Lokrum desde las islas Canarias una colonia de pavos que se fueron reproduciendo y hoy en día pueden verse por todos lados. No llegó a disfrutar por mucho

tiempo su casoplón, porque en 1864 Maximiliano fue nombrado emperador de México y, a los tres años, fue fusilado por mandato de Benito Juárez.

Por cierto, a los pies de la Torre de Maximiliano (con un mirador de lujo) se levanta la Cruz del Tritón, un monumento de piedra en recuerdo de los marineros ahogados en el naufragio del buque imperial *Triton* en estas aguas en el año 1859. No se relajen, que hay más desgracias.

Un noble llamado Dujmovic Poljica, al poco tiempo de adquirir la isla tuvo que venderla porque quedó en la quiebra. Luego pasó a manos de un tal Jakopovic, un supuesto «doctor» de Budapest que en realidad era un peluquero. Su mentira se descubrió poco tiempo después de que comprara la isla. Por ese motivo fue humillado y ya no tuvo oportunidad de trabajar. Al quedarse sin dinero decidió donar la isla a un pariente que se ahogó cuando iba en barco hasta allí.

Luego cayó en manos de Rodolfo de Habsburgo, heredero del Imperio austrohúngaro, quien terminó suicidándose en enero de 1889 (o asesinado de un tiro a manos de algún miembro de la corte, según indican algunos rumores) junto con su amante la baronesa María Vetsera, en el pabellón de caza de Mayerling. La madre de Rodolfo, la emperatriz Sissi, creyó que sería buena idea invitar a los benedictinos a instalarse nuevamente en la isla para así terminar con la maldición, pero ellos rechazaron el regalo. Como tampoco pudo venderla, acabó donando una gran cantidad de dinero a los dominicos, que sí aceptaron quedarse con esas misteriosas tierras. Quisieron venderlas en una subasta, no lo consiguieron y Lokrum volvió, una vez más, a las manos imperiales. De modo que la princesa Isabel Windishgratz, hija del difunto Rodolfo, se hizo cargo de ella. Al poco tiempo de esta compra, fue asesinada por un anarquista italiano.

No faltan las historias e historietas relacionadas con esta perla del Adriático. Una perla envenenada para algunos. Lo cierto es que hace ya varios años que nadie habita en ella. En 1963 fue declarada patrimonio natural y en 1976 se constituyó en reserva especial de vegetación bajo el cuidado de la Unesco. Incluso tiene un mar Muerto que es un pequeño lago de agua salada de diez metros de profundidad que está comunicado con el mar y que se encuentra en el sur de la isla. La isla se puede visitar, aunque no se permite pernoctar en ella. Salvo el que quiera tentar a la suerte…

No es la única isla gafada. Otra atrae la mala suerte a quien la compra, que ya son ganas. Me refiero a Gaiola, uno de los islotes más pequeños de la provincia de Nápoles. Detrás de su aparente serenidad se esconde un aterrador pasado. Por ello ha sido bautizada como «la

isla maldita». Paradójicamente, antes era conocida como «Euploea», sobrenombre de la diosa Venus, protectora de los marineros que la invocaban para tener una feliz navegación y que hasta tenía su templete propio. En el siglo XIX el islote estaba habitado por un ermitaño al que conocían por «el mago». Todo normal y tranquilito. Su protección desapareció el 12 de agosto de 1911, cuando el crucero *San Giorgio*, de la marina italiana, recién salido de los astilleros de Castellammare di Stabia, chocó contra sus rocas y murieron bastantes personas. Desde ese momento es como si la polaridad se invirtiera. La diosa Euploea hizo mutis por el foro y el islote se convirtió en un lugar poco saludable.

En la década de los años veinte era propiedad del matrimonio Braun. Ella murió ahogada en el mar y él apareció muerto al día siguiente por un disparo en la cabeza y envuelto en una manta. El siguiente propietario fue el alemán Otto Grunback, que murió de un ataque al corazón durante su estancia en la villa. El farmacéutico suizo Maurice-Yves Sandoz, que vivió en este islote hasta los años cincuenta, no corrió mejor suerte, al terminar internado en un hospital psiquiátrico en Suiza, donde se suicidó. Los siguientes propietarios parece que no escarmentaron. Por ejemplo, Karl Paul Langheim, un industrial del acero alemán que cayó en bancarrota. La isla también perteneció a Gianni Agnelli, el dueño de Fiat, que sufrió la trágica muerte de su único hijo, que se suicidó muy joven y posteriormente de su sobrino, el que iba a ser el futuro presidente de la empresa, fallecido a la edad de treinta y tres años. Paul Getty, magnate del petróleo que sufrió en 1973 el secuestro de su nieto, por el que tuvo que pagar diecisiete millones de dólares; Gianpasquale Grappone, empresario de una compañía de seguros que acabó de manera poco segura en la cárcel, embargado con deudas hasta las cejas, al estar involucrado en un fraude bancario. La prensa volvió a hablar de nuevo de la maldición de la isla Gaiola en 2009, tras el asesinato de Franco Ambrosio y su esposa Giovanna Sacco, propietarios de una casa en Nápoles, frente a la isla.

¿Todo eso fue por influjo magnético de la isla? No lo creo. Pero la fama es la fama y esta isla no está entre mis futuros destinos favoritos.

Aparte de devaneos proféticos o malditos, hay circunstancias geográficas que tienen mucho más peso a la hora de decidir si un país sigue existiendo o, simplemente, desaparece de la faz de la Tierra, engullido por terremotos o por las aguas. Ya sabemos que la naturaleza cuando se empeña en algo lo consigue y poco podemos hacer al respecto (ya ha habido cinco catástrofes mundiales que arrasaron casi toda la vida en el planeta y eso que aún no había *Homo*

sapiens). Lo cierto es que el tan cacareado cambio climático, lo crean o no algunos, está haciendo estragos y algunas islas, que tienen el estatus de país independiente y están prácticamente al nivel del mar, van a pagar las consecuencias en cuestión de poco tiempo.

Según todas las encuetas realizadas por climatólogos, las idílicas Maldivas, archipiélago compuesto por 1.192 islas en el océano Indico (de las cuales 203 se encuentran habitadas), debido a la subida del nivel del mar y la decoloración de los corales, quedarán completamente sumergidas en menos de un siglo. El expresidente de este país musulmán buscó la compra de tierras en el vecino sureño de Asia para mover a su pueblo cuando suceda lo inevitable.

Para miles de habitantes de Vanuatu y Kiribati, las consecuencias de este proceso ya se dejan sentir. Año tras año, tienen que vivir con la idea de que pronto sus países se hundirán por completo. El nivel del mar en el Pacífico occidental está aumentando unas cuatro veces más rápido que el promedio mundial, contaminando las aguas subterráneas, envenenando las tierras cultivables y tragándose islotes. Debido al calentamiento de los océanos, los ciclones tropicales y otros desastres naturales se están produciendo en la región con una intensidad inédita. Y las personas que van a huir de sus países natales, condenados a hundirse, hacen pensar en el nacimiento de una nueva categoría de migrantes: «refugiados climáticos».

El territorio de Kiribati está formado en su mayoría por arrecifes de coral, en concreto 32 atolones. La mayor parte del archipiélago asciende tan solo dos o tres metros sobre el nivel del mar. En 2009 los científicos advirtieron que hasta finales del siglo XXI el nivel del océano subirá 1,1 metros. Ante esta amenaza, el Gobierno ya ha comprado 6.000 hectáreas de tierras en Fiyi, a 2.200 kilómetros al sur de Kiribati. Creen que su existencia terminará en etapas. Primero, las capas de agua dulce serán destruidas, los árboles del pan, el cultivo del ñame y del taro desaparecerán y, al final, el agua salada lo inundará todo.

El ciclón Pam, catalogado como «uno de los peores en la historia del Pacífico», arrasó Vanuatu causando numerosas víctimas y dañando un 90 por ciento de los edificios de Port Vila, la capital del país, y eso fue más que un síntoma preocupante. En 1997, tres ciclones arrasaron casi el 7 por ciento de la masa terrestre de Tuvalu (otro de los catorce países que conforman Oceanía), según estimaciones de la ONU. La mayoría de sus habitantes, que no son muchos (unos 12.000), tienen la clara sensación de que son la última generación que va a vivir sobre esta isla. Preocupados por estos desafíos comunes, los países insulares y costeros de baja altitud crearon en 1990 la Alianza de Pequeños

Estados Insulares (AOSIS, por sus siglas en inglés), cuyo objetivo principal es alertar de los riesgos del calentamiento global. Los que tienen dinero ya están buscando viviendas lejos de allí con un poco más de altitud.

Por citar un último caso, Nauru, la república independiente más pequeña del mundo, es una diminuta y paradisiaca isla de poco más de 21 kilómetros cuadrados y 11.000 habitantes, que ostenta el récord de tener más gordos ricos del mundo por kilómetro cuadrado. El 90 por ciento de su población padece obesidad, diabetes, hipertensión, arterioesclerosis y problemas renales debido a su mala alimentación y la falta de ejercicio. Y se han hecho ricos a costa de los daños irreparables en su medio ambiente por la extracción masiva de fosfatos (a través del guano de las aves) y están condenados a desaparecer como nación ante el avance imparable de las aguas oceánicas. El Gobierno de la isla está en tratos con Australia, Taiwán y Nueva Zelanda para buscar refugio en sus territorios si ocurre lo peor y la isla sucumbe definitivamente, aunque muchos de sus habitantes lo harán antes por el colesterol (el malo, claro).

La gran paradoja del cambio climático es que las naciones que menos contaminación generan son las que más van a sufrir sus consecuencias.

Los mapas del futuro: ciudades y países que mañana pueden desaparecer

> Una muñeca de sal recorrió miles de kilómetros de tierra firme, hasta que, por fin, llegó al mar. Quedó fascinada por aquella móvil y extraña masa, totalmente distinta de cuanto había visto hasta entonces. «¿Quién eres tú?», le preguntó al mar la muñeca de sal. Con una sonrisa, el mar le respondió: «Entra y compruébalo tú misma».
>
> Y la muñeca se metió en el mar, con timidez, curiosidad y expectación. Pero, a medida que se adentraba en él, iba disolviéndose poco a poco, hasta que apenas quedó nada de ella. Antes de que se disolviera el último pedazo, la muñeca exclamó asombrada: «¡Ahora ya sé quién soy!».[85]

Ahora mismo, en el momento que se ha editado este libro, existen 194 países soberanos reconocidos por la ONU con autogobierno y completa independencia, lo que quiere decir que hay muchos más que no son reconocidos. En total, estaríamos hablando de unos 230, algunos con un territorio que cabe en el bolsillo del gigante de *Jack y las habichuelas* y otros son casi continentes en sí mismos, como India, Rusia, China o Brasil. De vez en cuando, surge uno nuevo como Sudán del Sur y hay que aprenderse su capital, su ubicación y su bandera para estar al día en cultura general; pero lo que ya no es tan frecuente es que desaparezca alguno de ellos.

Resuenan tambores de guerra, geoestratégicos y geoclimáticos, que nos dicen que eso puede ocurrir en los próximos años y ningún santo ni talismán los va a librar de su suerte.

Con la documentación en la mano, poniendo los pies en la tierra y la mirada en el cielo, si trazáramos una hoja de ruta con todo aquello que han vaticinado profetas, místicos, videntes y agoreros de todos los tiempos —especialmente del siglo XX—, el panorama que espera a la Tierra es un tanto desolador. No sé a qué dioses tendremos que invocar para que nos protejan de lo que está por llegar. San Nostradamus creo que no vale.

Edgard Cayce, Gordon Michael Scallion, las hermanas Lusson, Joe Brandt, la Asociación Luz Matutina, entre otros muchos, han diseñado con sus respectivas visiones un nuevo mapa terráqueo en el que las tierras que ahora forman continentes, regiones y ciudades van a dejar de serlo, al menos con la forma que tienen en la actualidad. Son muchas las profecías que hacen referencia a países que desaparecerán en un futuro próximo. ¿Se sabe cuáles son? Tomen nota:

1. En Europa sufrirían funestas consecuencias Copenhague, Marsella, Praga, islas británicas, países escandinavos,

Alemania, Ucrania o Estambul.

2.

En Norteamérica algunas ya son previsibles y otras no tanto: San Diego, Santa Bárbara, San Bernardino o Los Ángeles, por lo de la falla de San Andrés, aunque también incluyen a Nueva York, Florida o Vancouver.

3.

En el continente asiático no se libran la India ni Filipinas ni Japón, que serán países sacudidos por toda clase de terremotos y maremotos.

Por lo que se ve, España no quedaría tan mal parada, lo que no significa que su fisonomía fuera a seguir siendo la de una piel de toro y teniendo 47 millones de habitantes como tiene hoy.

¿Se han copiado unos a otros, beben de las mismas fuentes turbulentas o han mirado los mismos «registros akásicos»? Con la venia, daremos un vistazo cronológico a lo que podría acontecer a este planeta azul si sus inconscientes habitantes se empeñan en llevarlo a la destrucción con la colaboración inestimable de la propia naturaleza, que, cabreada por tanto desaire, pondría el punto final. Hay quien dice que dará un giro a su eje (que ahora tiene una desviación de veintitrés grados) para que, con los nuevos polos magnéticos y geográficos, haya unos nuevos y flamantes continentes y una nueva población, diezmada, eso sí. Empezaría así una nueva etapa, un Sexto Sol (según las profecías mayas y aztecas) o un nuevo *yuga* para los hindúes.

He descartado profecías que no tienen que ver directamente con este final de los tiempos, tan escatológico. Me he limitado a reseñar los acontecimientos, paso a paso, coincidentes y reiterados, sabiendo que ninguno de ellos corresponde con cosas que hayan ocurrido en el pasado ni en el presente. No menciono aquellas que hablan de guerras, crisis económicas y convulsiones en general, con interpretaciones ambiguas y dudosas en las que todo y nada sirva.

Los videntes, en el supuesto de que sus visiones sean exactas —y esperemos que no— suelen ver retazos deshilachados de una realidad y de un futuro que a veces logran situar en un espacio concreto, pero no en un tiempo determinado. De hecho, cuando han dado años exactos se han equivocado. Y ahí reside uno de los grandes problemas de los profetas: aciertan en los hechos (antes o después ocurrirán), no tanto en las fechas.

Se podría decir que hay cuatro actos en esta gran representación teatral u obra trágicoplanetaria con final, más o menos, feliz. Si las profecías provienen de un sector religioso se hace hincapié en la

inminente llegada del Mesías, de la segunda venida de Cristo, del Mahdi o de Maitreya. Antes, el planeta debe purificarse con unas cuantas sacudidas, catástrofes a tutiplén, donde no faltan el agua torrencial, los movimientos bruscos de tierra ni el fuego. Si las visiones provienen de un sector laico no se hace mención a esos líderes espirituales y se recalcan los aspectos más profanos y mortíferos.

El general Sánchez de Toca, en su obra *Los profetas del bosque*, analizó y compiló 75 vaticinios procedentes de Europa central que, en su conjunto, anuncian acontecimientos enormes que no se han producido en absoluto en las condiciones anunciadas: la invasión de las hordas orientales, la guerra contra el coloso del norte, la gran batalla junto al Rin, el polvo amarillo, el incendio de Viena, la escasez de sobrevivientes y el príncipe fuerte que traerá la era de paz. Las pautas van desde una gran guerra mundial y nuclear hasta que la naturaleza reaccionará violentamente, pasando por una nube tóxica en el cielo, tres días de oscuridad, la muerte de una gran parte de la humanidad y países que desaparecen. Todo terminará con una gran señal luminosa en el cielo que anuncia el inicio de una nueva era.[86]

La polaca Faustina Kowalska (muerta en 1938) escribió un *Diario* donde anotaba las distintas revelaciones que recibía de la Virgen sobre la urgencia e importancia del mensaje dado por su Hijo, con estas expresiones contundentes y amenazantes:

> Tú debes hablar al mundo de Su gran misericordia y preparar al mundo para su Segunda Venida. Él vendrá, no como un Salvador Misericordioso, sino como un Juez Justo. ¡Oh, qué terrible es ese día! Establecido está ya, es el día de la justicia, el día de la ira divina. Los ángeles tiemblan ante ese día. Habla a las almas de esa gran misericordia, mientras sea aún el tiempo para conceder la misericordia.

Ese es el *leitmotiv* un tanto machacón: lo peor está por llegar, nos debemos preparar para ello y será tan funesto que hasta los propios ángeles se asustan con solo pensarlo. Un *dies irae* que hará temblar los cimientos del mundo. Literalmente.

Es como si la paciencia del Ser Supremo, sea quien sea, hubiera llegado a su límite y cortara por lo sano, de un tajo, sin contemplaciones, matando a todo bicho viviente, justos y culpables, da igual. Es la Hora para los musulmanes, el Armagedón para los judíos, el Apocalipsis para los cristianos y el Ragnaron para las sagas nórdicas.

1. *Primer acto. Se producirían augurios previos*

Una especie de teloneros agoreros. Sánchez de Toca habla de señales que deben servirnos de aviso: el poderío inglés quedará quebrantado y

habrá revolución en Francia e Italia, y en el cielo se verá un sol de color rojo oscuro y dos lunas durante cuatro horas. Una antigua tradición oral que publicó por primera vez en 1953 el benedictino Frumentius Renner recogió: «Cuando la Pascua caiga en el día de san Marcos (25 de abril) hay que esperar una nueva catástrofe». El vaticinio se refiere a un año excepcional que tenga la Semana Santa más tardía posible. La última vez que el día de san Marcos cayó en Pascua fue en 1943 y no fue un año muy tranquilo que digamos, y la próxima, según parece, será en el año 2038.

Otro indicio o señal sería una gran debacle financiera mundial. El profeta bávaro llamado Mühlhiasl (muerto en 1830) veía tres épocas en el siglo XX, de las cuales la última terminaría con «el desescombro de los bancos», a la que seguiría una época dorada. Terremotos (como el de California), erupciones volcánicas en algunas partes concretas o la presencia de un cometa o asteroide en los cielos que puede desencadenar, por su proximidad, estas convulsiones. Faustina Kowalska decía*:* «Precediendo el día de la justicia, habrá una señal en el Cielo, dada a los hombres. Toda luz será apagada en el firmamento y en la Tierra».

En otras variantes, el principio del fin será el inicio de una guerra nuclear entre potencias del este contra las del oeste del planeta, provocada por una invasión de rusos, chinos y turcos. Tanto petardazo atómico, sobre todo en los océanos, haría despertar al espíritu de la Tierra de su letargo, que reaccionaría y empezaría a generar cambios en su corteza terrestre llevándose consigo millones de vidas de todas las especies animales y vegetales.

2. *Segundo acto. El episodio de los «tres días y tres noches de oscuridad»*

Muy mencionados en casi todos los ámbitos religiosos, serán días en los que desaparecerán tres cuartas partes de la humanidad. Calculen. Podría originar esa oscuridad tan mortífera una «nube roja» sobre el firmamento, una especie de gas tóxico que podría provenir de la cola de un cometa que pasara muy cerca de la Tierra, consistente en gases radioactivos o bien gases lanzados por alguna nación en medio de una guerra química o bacteriológica, lo que provocaría un aire pestilente y letal.

Los videntes recomiendan que nadie salga de casa durante esos tres días si no quiere engrosar la lista de fallecidos. Hay que taponar todas las ventanas y puertas y no respirar ese aire. También se habla de un «polvo amarillo» lanzado desde un avión provocando una franja de muerte desde el Adriático hasta el Báltico (Sánchez de Toca *dixit*). El oscurecimiento e infestación del aire que mencionan las tradiciones

centroeuropeas se refieren sin duda a la vieja creencia universal de los «tres días de tinieblas», con fundamento bíblico, que comparten otras culturas.

3. Tercer Acto. Habrá un nuevo mapa para la Tierra

Tras las señales previas y la oscuridad mortífera, habrá cambios dramáticos en la corteza terrestre en los seis continentes actuales, configurándose unos nuevos, ya que los polos darían un vuelco. Edgard Cayce, «el profeta durmiente», decía que cuando hubiera actividad en el volcán Etna (Sicilia) o explosiones en el Vesubio (Nápoles) y en el monte Pelado (Martinica) las cosas se empezarían a poner feas para el resto del planeta. La secuencia sería así respecto a Norteamérica:

— Gran terremoto en California debido al temido Big One, cuando la falla de San Andrés despierte y la península de California se convierta en una isla o, peor aún, se sumerja en el Pacífico. La famosa falla será la culpable del lento deslizamiento de las costas de California dentro del océano y, por tanto, de la desaparición de todas las ciudades que hay entre San Francisco y San Diego.

— Carolina y Georgia sufrirán inundaciones, desapareciendo de la faz de la Tierra.

— Más tarde Nueva York y otros estados, como Connecticut, de la costa atlántica serán inundados.

Así que la secuencia empieza en la zona del Pacífico y, por un efecto «bola de nieve», termina en la costa atlántica de Estados Unidos, con Nueva York sufriendo igual suerte. Entre medias, los Grandes Lagos vierten sus aguas en el Mississippi y este río divide en dos partes Estados Unidos. Desolador. Pero no se relajen, que hay más convulsiones. Respecto a los demás países, Cayce advierte:

1. Japón se hunde en el mar (en ese apartado coinciden casi todos, hermanas Lusson, Gordon Scallion, Joe Brandt, Asociación Luz Matutina, etc.).
2. El centro de Europa se hundirá, incluidas Alemania y Ucrania.

3. Inglaterra quedará sumergida y las islas británicas, en general, disminuirán su tamaño por hundimientos en el mar (algo similar dicen las hermanas Lusson).

Cayce profetizó esos trastornos geológicos entre 1958 y 1998. Se equivocó. Así que, de momento, tranquilidad en la grada. Zonas americanas seguras, según Cayce, serán Virginia Beach (donde él vivió hasta su muerte en 1945), también Ohio, Indiana, el occidente de Illinois, Canadá del sur y del este. Se dice que tuvo un extraño sueño en el que se vio en el año 2100 en Nebraska, que en ese momento estaba a orillas del océano, lo que indica que toda la parte occidental de Estados Unidos estaba inundada (Kansas, Nebraska, Colorado y Wyoming). Montana y ambas Dakotas se convertían en los graneros del mundo.

Una investigación en la que participaron más de cien científicos de varios entes públicos y compañías privadas habla de un gran seísmo en California antes del año 2032 con una probabilidad de que ocurra del 62 por ciento.

4. Cuatro y definitivo acto. La llegada de una Nueva Era

Llega el momento de la calma, una era más pacífica, armónica, con una cuarta parte de la población viva, famélica y desquiciada, pero esperanzada por ser los supervivientes elegidos (no sé si habrá algún zombi entre ellos), por empezar de nuevo y por tener un potente líder espiritual al frente. Para otros, lo que llegará será un príncipe, monarca universal o un emperador pacificador con el que iniciar una nueva etapa de la vida.

Muchas predicciones nos anuncian que, tras una dura persecución religiosa, un papa santo, unido al hombre que se alzará resueltamente contra el caos, traerá al mundo una edad dorada. Adiós a la Edad Contemporánea y volveríamos a la Edad de Piedra para aprender, a la fuerza, de nuestros errores. Un nuevo Ciclo, una nueva Era, un nuevo Sol…

Los países que van a pasarlas canutas

Veamos, por continentes y países los cambios que presumiblemente se van a producir en la corteza terrestre, sean provocados por una guerra nuclear, por procesos naturales o por el acercamiento de un cometa.

Últimas Profecías y Revelaciones para el Tercer Milenio es un libro escrito por Krishna Takur en 1999, un profeta mexicano que predijo poco antes de su muerte que habría un gran terremoto cerca de la península de Baja California a principios del siglo XXI y que los

norteamericanos identificaron como el *Big One*. Entre los estados de México más afectados se encontrarán Aguascalientes, Guanajuato, Hidalgo, Morelos, Querétaro, Puebla y San Luis Potosí. Con este gigantesco temblor se abrirá un cauce de agua de cincuenta kilómetros de frente, con quince kilómetros de profundidad que irá del mar de Cortés a la ciudad de Mexicali, distante 150 kilómetros tierra adentro. Del lado norteamericano, afectará a la presa Boulder, localizada en el río Colorado, ya que será incapaz de contener los miles de millones de metros cúbicos de agua salada provenientes del cauce formado a consecuencia del temblor.

Las hermanas Lusson fueron dos gemelas clarividentes de Estados Unidos llamadas «Los Oráculos de Géminis». Hablaron de una guerra mundial por la primacía del globo y cambios geográficos radicales. A saber:

AMÉRICA:

— Florida se convertirá en una isla.
— Nueva York se sumergirá bajo las aguas.
— América del Sur quedará unida a la Antártida.
— México y Canadá occidental sufrirán cambios geográficos.

EUROPA Y ÁFRICA:

— Portugal y España quedarán destrozadas por las inundaciones.
— Las islas británicas disminuirán su tamaño por hundimientos en el mar.
— El norte de África sufrirá graves terremotos que cambiarán su orografía.

Francisco Kugelbeer, un labrador de Lochau, tuvo visiones en 1922, donde vio los resultados de una guerra cruel: «Vapores de azufre lo llenan todo como si todo el infierno estuviera suelto. Incendio de París; durante las tinieblas, Marsella es arrastrada al mar, a una profunda fosa que se forma alrededor de la ciudad. Aparece una

cruz en el cielo. Es el fin de las tinieblas. La Tierra es un campo de cadáveres, como un desierto. Los seres humanos salen de las casas completamente trastornados».

Comentó que no habrá paz en Europa hasta que Praga no esté destruida, destrucción que está ligada a un cataclismo de la corteza terrestre. En el siglo XIII la monja Ludmila hizo un breve vaticinio que ha llegado hasta nuestros días: «Praga será totalmente destruida para la época en que haya un Estado checo y un Estado polaco independientes», que en aquella época era mucho ver y pronosticar. También la sibila Michalda (siglo XVII) anuncia la destrucción de su ciudad, Praga: «Los dos cincos que se enfrentan al diecinueve», mensaje cuya interpretación, hasta ahora, sigue siendo un enigma. El monje Hilarión del monte de Jasna Gora, que vivió a mediados del siglo XIX en el famoso monasterio polaco de Czestochowa, predijo que: «El gran reino que está en el mar será devastado por terremotos, inundaciones y tormentas... La isla se partirá en dos y se hundirá en su mayor parte». Mencionaba el hundimiento físico de Gran Bretaña.

Muy curioso fue el caso de Joe Brandt, que no era un profeta sino un adolescente de diecisiete años que tuvo una terrible visión del futuro del planeta mientras estaba en coma y se recuperaba de una contusión cerebral en un hospital de Fresno, California, en 1937. Lo que vio fue:

—

Japón desaparece bajo las aguas.

—

Una ola gigantesca destruye Hawái.

—

Aumento del mar Negro que origina que Estambul se inunde.

—

Sicilia es devastada por el Etna.

—

El Canal de Suez se seca.

—

Inglaterra, Irlanda y Escocia sufren inundaciones muy graves.

—

Los volcanes de Colombia y Venezuela entran en erupción.

—

California y todas las ciudades limítrofes se hunden en el océano Pacífico.

El papel cósmico de España

El vidente argentino Benjamín Solari Parravicini, que hacía sus predicciones en trance a base de psicografías, menciona el papel que tendrá en el futuro de la humanidad su propio país natal, sin olvidar que también España tendrá importancia en el establecimiento de ciertas colonias extraterrestres que se asentarán en la Tierra. Sí, hablaba de naves y extraterrestres en las décadas de los años treinta y cuarenta. En 1940 escribió: «España y Argentina serán unidas por un puente espiritual, sostenido por naves interplanetarias. En ambos países morarán ¡navieros blancos!».

Y diecinueve años más tarde vuelve a la carga con esta profecía: «España recibirá una raza de seres hermosos venidos de un planeta alejado de nuestro sistema solar. La Argentina igual lo recibirá y establecerán un puente de comunicación entre ambos países y el planeta de origen». De ser verdad, seremos testigos privilegiados de un acontecimiento a escala cósmica. No tenemos que ir a ninguna parte del universo para ver alienígenas, ellos vendrán aquí.

El citado general Sánchez de Toca hizo un extenso recopilatorio de profecías relacionadas con España que están por llegar y las conclusiones son las siguientes:

— Disturbios, saqueos o incluso guerra civil.

— Impacto de un cometa y caída de fuego estelar.

— Posible invasión por parte de tropas extranjeras (¿rusas?).

— Batalla sangrienta en los Pirineos.

— Batalla en las orillas del río Tajo.

— Tres días de oscuridad.

— Pobreza, hambruna, muchos muertos.

— Problemas con países musulmanes por la reivindicación de Al-Andalus como parte del Califato.[87]

Los mapas de Michael-Scallion

En todo este maremágnum apocalíptico merece una mención aparte Gordon Michael-Scallion. Este ingeniero de profesión tuvo en 1989 una serie de sueños que se sucedieron durante veintinueve noches consecutivas y le dieron claves de cambios importantes que ocurrirían en el planeta.

—

África se dividirá en tres partes: la meseta de Giza se hundirá y el agua llegará a Sudán y Gabón. El mar Rojo se expandirá, creando una corriente hacia las áreas de Sudán.

—

Filipinas y Japón se hundirán.

—

Parte de Indonesia se hundirá.

—

California se dividirá en 150 islas y gran parte de Nueva York se inundará.

—

Las costas de México y Yucatán se hundirán.

—

América Central se dividirá en islas y solo se verán las zonas que estén por encima de los quinientos metros de altura. El canal de Panamá será impracticable.

—

Se hundirá la cuenca amazónica. El Salvador, Sao Paulo, Río de Janeiro y partes de Uruguay se hundirán, así como las islas Falkland. Otra gran lengua de mar cubrirá gran parte de Argentina central.

—

Australia pierde un cuarto de su territorio y los desiertos se harán fértiles.

—

Nueva Zelanda aumentará de tamaño debido a la actividad volcánica.

En Europa la cosa no va a ir mucho mejor:

—

Los países escandinavos (Noruega, Suecia, Finlandia y Dinamarca) se hundirán en el mar, dejando como huella de su pasado cientos de pequeñas islas.

—

> París será una isla.
>
> —
>
> Gran Bretaña se fraccionará y solo sobrevivirán algunas pequeñas islas.
>
> —
>
> Italia será dividida por el mar. Venecia, Nápoles, Roma y Génova se inundarán, pero el Vaticano se salvará siendo trasladado a un lugar más alto.
>
> —
>
> Rusia se separará de Europa por un mar emergente y lo que quede se convertirá en el granero de Europa (Cayce ya nos dijo que el granero de América y del mundo serían Montana y Dakota).

Si nos ponemos mínimamente positivos ante tanta desgracia, surgirán nuevas tierras, como porciones de la mítica Atlántida que aparecerán en la costa este de Norteamérica, cerca de Florida, haciendo las delicias a los arqueólogos. Asombrosas ruinas de la Atlántida serán descubiertas en las Azores, las Bahamas, el golfo de México y el mar de los Sargazos. La meseta de Giza se hundirá, junto con sus pirámides, pero antes de que esto ocurra se producirán descubrimientos históricos sorprendentes bajo sus arenas. Lo malo es que no habrá museos donde guardarlos ni periódicos donde anunciarlos.

Y punto final: la profecía de Arthur Conan Doyle

Pocos conocen que el famoso escritor escocés Arthur Conan Doyle, convencido de que algo muy gordo se estaba preparando para el destino de la humanidad, hizo un estudio de los textos apocalípticos y del material que había recibido de varios médiums de Inglaterra y Estados Unidos. Poco antes de su muerte, escribió una carta, publicada póstumamente el 20 de julio 1930, en el *London Sunday Express*, con sus conclusiones:

> Si relatamos el curso de los acontecimientos como se indica en estos diversos documentos y lo cotejamos con nuestra información, el resultado es abrumador. Supondría un periodo de convulsiones naturales terroríficas durante las cuales una gran parte de la raza humana perecería. Terremotos de gran severidad, enormes maremotos parecerían ser sus causas. Hay mención de una guerra, pero eso parecería ser solo en las primeras etapas y sería de alguna manera la señal de la crisis. Los siguientes datos pueden ser considerados:
>
> Que la crisis llegará en un instante. Que la destrucción general y dislocación absoluta de la vida civilizada estará más allá de lo imaginable. Que habrá un corto periodo de caos total, seguido por algunos de reconstrucción. Que el periodo total de los trastornos durará unos tres años. Que los principales

centros de perturbación estarán en la cuenca del Mediterráneo oriental, donde no menos de cinco países desaparecerán del todo.

En el Atlántico habrá una subida de la tierra, que será una de las causas de las olas que provocarán grandes desastres sobre los americanos, los irlandeses y la costa de Europa occidental, incluyendo todas las costas británicas bajas. Hay también indicaciones de que habrá grandes trastornos en el Pacífico Sur y en la región japonesa.

El particular y personal fin del tiempo de Conan Doyle ocurrió el 7 de julio de 1930. Él era espiritista y creía en un mundo mejor. No se preocupen. Las profecías están hechas para no ser cumplidas. Al fin y al cabo, como decía el maestro Lao Tse: «Aquello que para la oruga es el fin del mundo, para el resto del mundo se llama mariposa».

Ahora respiren hondo y cierren el libro.

PEQUEÑA, MUY PEQUEÑA CONCLUSIÓN

Si han llegado hasta aquí después de leer todos y cada uno de los capítulos anteriores o, sencillamente, han venido directamente a esta página cuando han leído en el índice eso de «pequeña, muy pequeña conclusión» (yo lo hago en ocasiones), les quiero ofrecer una breve, muy breve reflexión sobre lo que para mí representan y significan todos los lugares, teorías, dioses y talismanes citados.

La necesidad de protegernos o defendernos contra enemigos visibles u ocultos, recurriendo a todo tipo de argucias, artimañas, artificios o rituales, viene de muy lejos, como habrán comprobado. Lo que ocurre es que a veces buscamos fuera lo que tenemos dentro, sin darnos cuenta de que la mejor defensa, protección, talismán, amuleto, oración, objeto mágico, *betilo*, *palladio* —o lo que se les ocurra— es algo inmaterial como nuestra propia mente y la forma que tenemos de enfocar la realidad…

Lo que para unos puede ser una chorrada para otros es de vital importancia. Porque nuestra mente es la que filtra experiencias, crea ideas, amplifica los miedos y la que nos lleva a paraísos cercanos o nos sumerge en infiernos profundos; y cuando hay miedos que condicionan nuestro futuro necesitamos algo o alguien que nos proteja. Los hombres, en realidad, no somos prisioneros de un ciego destino, sino prisioneros de nuestra propia mente. Si no la conocemos, si no la sabemos controlar, tendremos que recurrir a que otros nos digan lo que tenemos que hacer y a fiarnos de tradiciones, creencias y supersticiones (algunas obsoletas), que en sí mismas no están mal, salvo que se conviertan en apegos y los amuletos en muletas.

Es bueno tener un conocimiento de todas las teorías que leamos y de los talismanes que encontremos, pero de una manera u otra llegaremos a la conclusión de que, al final, somos parte de una sola mente universal que todo lo abarca. Todos estamos inmersos en el *anima mundi* y, a pesar de los siglos transcurridos, seguimos teniendo los mismos anhelos, esperanzas y deseos de vivir más y mejor.

Somos soñadores en este «gran teatro del mundo», rodeados de interrogantes y enigmas insondables que nos dan un aliciente diario a nuestra vida, si bien muchos de ellos no llegamos a comprenderlos del todo. Según vamos adquiriendo más y más conocimiento, las cuestiones que estudiamos, a veces, se hacen más comprensibles y, otras veces, todavía más misteriosas. Ahí está el meollo.

Ya pueden cerrar el libro.

Notas

1 Plutarco, *Vidas paralelas*, tomo I, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2009.

2 Indro Montaneli, *Historia de Roma*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976.

3 Plutarco, *Vidas paralelas*, tomo IV, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2009.

4 Plutarco, *Vidas paralelas*, tomo VI, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2009.

5 J. G. Frazer, *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

6 Jorge Dulitzky, *Akenatón, el faraón olvidado*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2004.

7 Biblia de Jerusalén, Deuteronomio, 28, versículos 13-10.

8 Salvador Freixedo, *¡Defendámonos de los dioses!*, Editorial Quintá, 1984.

9 Bernal Díaz del Castillo, capítulo XCIV: «Cómo fue la batalla que dieron los capitanes mexicanos a Juan de Escalante y cómo le mataron a él y el caballo y a otros seis soldados, y muchos amigos indios totonaques que también allí murieron».

10 Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno* (1615), Editorial Horizonte, 2012.

11 Diego Rosales, *Historia General del Reyno de Chile. Flandes Indiano*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1989.

12 Andreas Faber-Kaiser, *Sobre el secreto. La isla mágica de Pohnpei y el secreto de Nan Matol*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

13 La versión más antigua de la historia aparece en el libro de Rev. William Bingley *El norte de Gales*, editado en 1804. Este caso se cita en varias obras sobre sincronías, pero recomiendo la de Laureano Benítez Grande-Caballero, *Parasicología de los milagros*, Editorial Visión Libros, 2011.



14 La Guerra de los Treinta años, curiosamente, duró treinta años, entre 1618 y 1648, no como la Guerra de los Cien Años, que duró ciento dieciséis.

15 Paul Tabori, *Historia de la estupidez humana*, Ediciones El Aleph, Madrid, 1999.

16 Jesús Hernández, *Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial*, Nowtilus, Madrid, 2010.

17 Bourke, *Escatología y civilización. Los excrementos y su presencia en las costumbres, usos y creencias de los pueblos*, Círculo Latino, Barcelona, 2005.



18 Nicholas Roerich: *Shambhala, la resplandeciente*, Editorial Nous, Lugo, 2011. De su capítulo «Budismo en el Tíbet».

19 Abul-Casim Maslama Ben Ahmad, *Picatrix. El fin del sabio y el mejor de los dos medios para avanzar*, Edición de Marcelino Villegas, Editora Nacional, Madrid, 1983.

20 Bauval y Hancock, *Talismán: ciudades sagradas, una fe secreta*, Martínez Roca, Madrid, 2008. En otra edición lo titularon «Talismán. Arquitectura y masonería. Descubre los símbolos ocultos».

21 Javier Sierra y Jesús Callejo, *La España extraña*, Booket, Barcelona, 2015.

22 Blanche Merz, *Pirámides, catedrales y monasterios*, Martínez Roca, Madrid, 1987.

23 Juan Gómez, *Las cuevas y sus misterios*, Luciérnaga, Barcelona, 2018.

24 André Pochan, *El enigma de la gran pirámide*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.

25 Robert Bauval, *La cámara secreta*, Oberón, 2001.

26 *http://www.nachoares.com/dentro_piramide/ahmed-ibn-tulun/*

27 «Morabitos: lugares sagrados y reservas ecológicas», capítulo de María Dolores Vargas y Eduardo Seva incluido en el libro *IV Encuentro de Expertos sobre el paisaje ibero-magrebí*, Club Universitario, 2010.

28 La Biblia de Jerusalén, Libro de Isaías, 29, versículos 1-4.

29 Rafael Alarcón Herrera, *La maldición de los santos templarios. La estirpe de Lucifer*, Robinbook, Barcelona, 2009.

30 *El Corán*, traducción de Juan B. Bergua, Clásicos Bergua, Madrid, 1975.

31 Andrés Guijarro, *Los signos del fin de los tiempos según el Islam*, Edaf, Madrid, 2006.

32 Ferdinand Ossendowski, *Bestias, hombres y dioses*, Editorial Solar, 2006. Parte IV, capítulo II. El libro lo publicó en 1922.

33 Jaime Alvar, *Diccionario Espasa de Mitología Universal*, Espasa, Madrid, 2000.

34 *https://vidaeternaweb.wordpress.com/2017/01/20/*

35 *http://www.sanchezdrago.com*

36 Según la Organización Mundial de Turismo (OMT), durante el año 2016 Francia, Estados Unidos, España y China, por ese orden, siguieron copando los primeros puestos por llegadas internacionales. Y según la revista *Forbes*, el Gran Bazar de Estambul es el lugar más visitado, con 91 millones de turistas anuales.

37 Alberto Granados, *¿Es eso cierto?*, Aguilar, Madrid, 2009.

38 Jesús Maeso de la Torre, *La caja china*, Ediciones B, 2015.

39 Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de La Nueva España*, Dastin, Madrid, 2001.

40 Zecharia Sitchin, *Los reinos perdidos*, Martínez Roca, Madrid, 1994.

41 Javier Sierra, *La ruta prohibida*, Ediciones Destino, Barcelona, 2008.

42 *Ibíd.*



43 Víctor Torres, *Ciudades estelares: cosmología y simbolismo de las pirámides*, Plaza y Janés, Barcelona, 2005.

44 Graham Hancock, *El espejo del paraíso*, Grijalbo, Barcelona, 2001.

45 Javier Sierra, *En busca de la edad de oro*, Grijalbo, Barcelona, 2000.

46 Jesús Callejo, *Grandes misterios de la arqueología*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.

47 Angelo Pitoni, *El misterio de la raza perdida*, Edaf, Madrid, 1997.

48 Luis María Sánchez, *Colombia: mitos y leyendas*, Editorial Colina, 2001.

49 Está en el volumen XVI de *Memorias biográficas de San Juan Bosco*.

50 Marija Gimbutas, *Diosas y dioses de la vieja Europa (7000-3500 a.C.)*, Siruela, Madrid, 2014.

51 Juan G. Atienza, *Guía de la España mágica,* Ediciones Martínez Roca, Madrid, 1981.

52 Miguel G. Aracil, *Segunda guía maldita de Cataluña*, Editorial Bastet, 2002.

53 Cabe recordar que la leyenda dice que la casa de la Virgen fue transportada de Nazaret a Loreto, en Italia, por los ángeles el 10 de diciembre de 1294, debido al peligro de las cruzadas en Tierra Santa.

54 Néstor F. Marqués, *Un año en la antigua Roma*, Espasa, Madrid, 2018.

55 Benvenuto Cellini, *Vida*, Alianza Editorial, Madrid, 2006.

56 En la novela *Ascanio,* de Alejandro Dumas, se menciona este curioso incidente.

57 María Vallejo-Nágera, *Cielo e infierno, verdades de Dios*, Libros Libres, Madrid, 2012.

58 Graham Speake, *Mount Athos: Renewal in Paradise*, Yale University Press, 2002.

59 José Manuel Morales Anés, *Guía simbólica de la Quinta da Regaleira*, Eranos, 2012.

60 Amador Rebullida, *Astronomía y religión en el Neolítico-Bronce*, Egara, Barcelona, 1988.

61 Al-Garnati, *Elogio de algunas maravillas del Magrib*, CSIC e Instituto de Cooperación con el mundo árabe, Madrid, 1991.

62 Julia Hernández Juberías, *La península imaginaria: mitos y leyendas sobre Al-Andalus*, CSIC, Madrid, 1996.

63 *Una descripción anónima de Al-Ándalus*, ed. de Luis Molina, CSIC, Madrid, 1981.

64 Roso de Luna, *La venta del alma,* Antonio Pareja editor, 2001.

65 Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*.

66 En el libro de Fernando Ruiz de la Puerta, *La cueva de Hércules y el Palacio Encantado de Toledo*, Ediciones Breme, Madrid, 2004, aparecen varios relatos más desde el siglo IX al XV.

67 El escritor José Godoy Alcántara (1825-1875) realizó unos magníficos estudios sobre los *Falsos Cronicones de las Profecías de Toledo*, que fueron publicados en su obra de 1868, la cual le valió su ingreso en la Real Academia Española de la Historia.

68 A. H. Krappe, «Le lègende de la maison fermée de Tolède», *Bulletin Hispanique*, 1924.

69 José María Sánchez de Toca, *Los profetas del bosque*, Corona Borealis, Málaga, 2011.

70 Federico García Lorca, *Obras VI, Prosa, 2, Epistolario*, Akal, Madrid, 1994. Y también en la editorial Cátedra, 1997, *Epistolario completo*.

71 Juan Eslava Galán, *La madre del cordero*, Planeta, Barcelona, 2016.

72 *Ibíd.*

73 Camilo José Cela, *Mazurca para dos muertos*, Seix Barral, Barcelona, 1983.

74 Declaraciones al periódico *La Razón* en abril de 2012.

75 Plinio el Viejo, *Historia Natural*, tomo III, Cátedra, Madrid, 2002.

76 Sor María Jesús de Agreda, *Mística ciudad de Dios*, Gaudete, Navarra, 2013.

77 William Christian Jr., *Apariciones en Castilla y Cataluña (siglos XIV-XVI)*, Editorial Nerea, San Sebastián, 1990.

78 Enrique Flores, *La España sagrada. Tomo XIII. Iglesia de Lusitania y su metrópolis Mérida*, edición de Rafael Lezcano, Editorial Revista Agustiniana, Guadarrama, Madrid, 2004.

79 Mariano José de Larra, *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Crítica, Barcelona, 2000.

80 Patricia Gabancho, *Les dones del 1714,* Editorial Columna, 2014.

81 Rafael del Campo Cano, «Una leyenda olvidada», *Diario Palentino*, viernes, 10 de abril de 2009. *http://www.diariopalentino.es*

82 Teodomiro Rodríguez, *Paseos por Córdoba*, Librería Luque Córdoba-Everest, León, 1985.

83 William Christian Jr., *Apariciones en Castilla y Cataluña (siglos XIV-XVI)*, Editorial Nerea, San Sebastián, 1990.

84 Javier Sierra, *Las puertas templarias*, DeBolsillo, Barcelona, 2008.

85 Tomado del libro *El canto del pájaro*, del místico y sacerdote Anthony de Mello (1931-1987).

86 José María Sánchez de Toca, *Los profetas del bosque*, Corona Borealis, Málaga, 2005.

87 José María Sánchez de Toca, *Los profetas de la piel de toro*, Akron, 2009.

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (mobi): enero de 2019
ISBN: 978-84-9164-497-2 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.